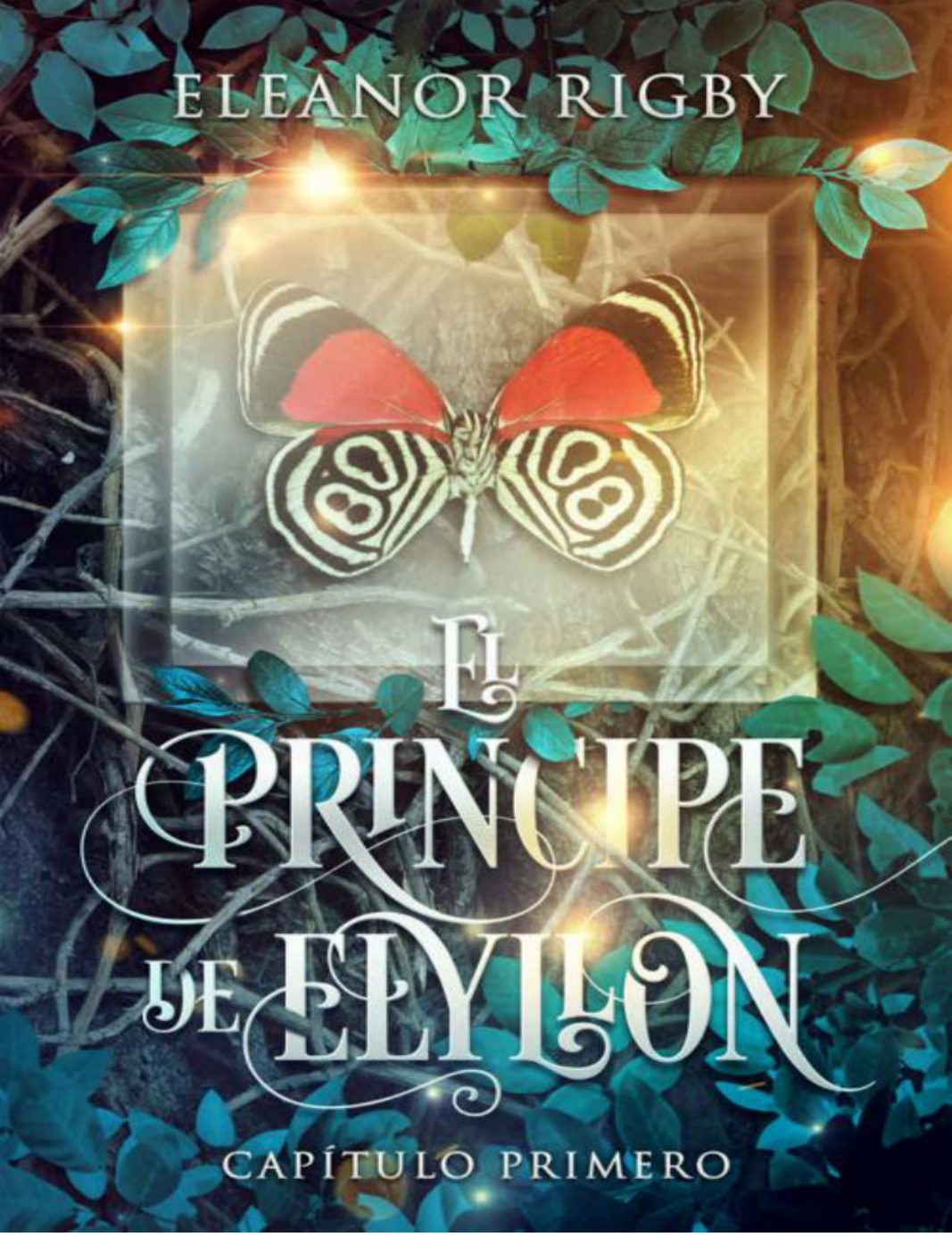
ELEANOR RIGBY



EL PRINCIPE DE ELYLON

CAPÍTULO PRIMERO

EL PRÍNCIPE DE ELYLLON
CAPÍTULO PRIMERO

Eleanor Rigby

© 2023, Eleanor Rigby

Título: *El Príncipe de Elyllon*. CAPÍTULO PRIMERO
Primera edición: marzo de 2023
Sello: *Independently published*
ISBN: 9798650778448
Diseño de portada: H. Kramer
(hkramer2018@gmail.com)
Maquetación: Elena Salvador
Imágenes: Adobe Stock Images

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

¡SÍGUEME EN REDES SOCIALES!

FACEBOOK

Eleanor Rigby

Twitter

@tontosinolees

Instagram

@tontosinolees

TikTok

@tontosinolees

La Confederación de Trevelyan
Océano continental
Mar del este
Mar de Kaelon
Mar de Kaelon
Bahía de Lagasse
Protectorados de Aranrhod
Colonias de Windmalm
Territorios independientes

1

Nada es para siempre. Te lo dicen una y otra vez desde que eres una cría hasta que lo aprendes por tus medios, pero no eres del todo consciente de lo que significa hasta que le sueltas mil pavos a un abogado civil para que se pelee con el que defiende a tu exmarido.

Tu exmarido. Ese hombre al que le juraste amor eterno con la intención de cumplirlo.

Lo curioso es que desde el preciso momento en que pronuncié mis votos por primera vez —fue la noche anterior a mi paso por el altar, y estaba sola ante el espejo de mi tocador— ya me chirrió la cantidad de promesas que tenía que hacer, pero no me pareció que fuese un mal intercambio teniendo en cuenta que recibiría algo similar por su parte.

En teoría.

Amor en la riqueza, en la pobreza, en la salud, en la enfermedad... Me esperaba una historia de cuento de hadas que sabía de antemano que disfrutaría a medias, porque esa entrega genuina, ese romance que todo lo puede, no sucede en la vida real. Pero si mi hombre no podía quererme por los restos —porque ni siquiera se preocuparía de hacerme una sopa de lata cuando pillara un resfriado—, por lo menos tendría un compañero que me evitaría la faena de ser hallada muerta en el salón tres meses después de exhalar el último aliento.

(Y devorada por los pastores alemanes de los que se quejaba Bridget Jones.)

Reconozco que no estaba cumpliendo un sueño al intercambiar anillos con Roberto. Huía del fracaso; esquivaba la bala de la soltería. Le sonreí a la cámara que sujetaban mis padres a la salida de la iglesia porque, ¡ja!, ESTA PRINGADA había conseguido que alguien cayera en la estafa piramidal y trampa humana que era ella misma y jurase aguantarla. Por lo menos durante un par de décadas. Más adelante el divorcio se plantearía como una jugosa alternativa y nadie me miraría con compasión o desdén.

Total, ya se habría separado media ciudad.

Ahora bien: esta falta de romanticismo no quita que ahora, tan solo unos meses después del presuntamente feliz enlace —el tío ni siquiera pudo concederme la indulgencia de disfrutar un puñetero aniversario. ¿Dónde está mi Pandora con el número uno grabado en referencia al primer año de casados?—, no sienta el corazón desgarrado. Y eso me lleva a pensar que quizá todo esto que acabo de decir es la mentira que se repite una divorciada para no tener que admitir que le ha fallado al amor de su vida, lo cual me haría triplemente pringada. Porque ¿cuántas mujeres con amor propio tendrían que hacer de tripas corazón para no romper a llorar delante de un tipo que agarró sus bártulos una noche e hizo bomba de humo? ¿Acaso un tipo de estas características se merece una sola lágrima?

Estoy sola con mi exmarido y dos abogados en una sala impersonal —el decorado minimalista del despacho genera un eco de iglesia abandonada donde reverberan las voces desapasionadas de los letrados. Mi único consuelo es el cuenco repleto de caramelos que ejerce de centro de mesa—, pero es como si tuviera delante a mi hermana mediana, mirándome con los párpados entornados y los brazos en jarras: «¡Qué poco te quieres a ti misma, Diana, y qué poco te importa!».

—Teniendo en cuenta que su cliente abandonó la residencia conyugal, no debería exigir los bienes que en ella se encuentran —está diciendo mi abogado.

Estoy de acuerdo, pero con la pequeña puntualización de que Roberto no estaba abandonando los bienes. Sé de buena tinta cuánto valora su colección de mariposas disecadas, ya que ha pasado más noches contándolas por vigésima vez que enredado en las sábanas conmigo.

A quien abandonaba era a mí.

En un voluntarioso esfuerzo de contención y escasa dignidad, me animo a lanzarle una tercera mirada llena de esperanza.

«Quiéreme quiéreme quiéreme quiéreme quiéreme QUIÉREME. Tampoco estoy tan mal. Y si este argumento no te convence, quiéreme porque tú tampoco estás tan bien».

Cuando hemos entrado al despacho principal del bufete de

abogados, Roberto ha evitado mirarme. Me he aferrado a que está avergonzado de lo mucho que ha degenerado nuestra situación, pero no cuadra que después de varios y desesperados intentos por mi parte para hacerle reaccionar no haya levantado la vista del regazo.

Entiendo que no todo el mundo tiene el coraje necesario para mirar a la cara a la mujer que dejó tirada con un portazo y un ecléctico «no puedo hacer esto» —¿qué es lo que no puedes hacer? Sea lo que sea, y si llevas haciéndolo nueve meses, ¿qué te cuesta continuar un ratito más?—, y a la que, para colmo, mandó unos días después una petición de divorcio. Pero si efectivamente le sobró valentía para dejarme cara de estúpida, qué menos que admirar su obra echando un vistazo. Le puedo asegurar que se va a dar por satisfecho, porque la mueca de una mujer que lleva dos semanas viendo *Lo que el viento se llevó* en bucle no tiene precio. Ni tampoco un simple gramo de maquillaje, porque no tiene ni energía para levantar la brocha del *contouring*.

Mis hermanas me han recomendado que me ponga guapa para restregarle lo que se ha perdido. No estoy segura de cuál es mi plan. Solo sé que no he seguido el de mis familiares. Desde luego me he planteado aparecer flotando en una nube de colorete y Chanel nº5 para que se arrepienta de haber sido un cerdo, pero también he barajado postrarme a sus pies y rogarle una segunda oportunidad. Si lo he descartado, no es porque de repente me importe en qué lugar quede mi autoestima, sino porque no estoy segura de querer que regrese. Ahora que lo veo encogido sobre sí mismo y haciendo un quiebro con la cabeza digno de la niña de *El exorcista* para evitar mi mirada directa, me doy cuenta de que estoy ante uno de esos casi hombres que van empequeñeciendo con el paso de los años. Se encorvan, sucumben al peso de las responsabilidades y la rutina los convierte en fantasmas de lo que fueron.

No sabría decir qué vi en Roberto. Quizá siempre fue un cobarde al que el compromiso le venía grande y yo no quise darme cuenta, tan ansiosa como estaba por demostrar(les a mis conocidos) que alguien podía enamorarse de mí. Lo que sí sé es que nuestra convivencia era lo bastante agradable para no cansarnos el uno del otro. Hablábamos de las pequeñas casualidades que nos sorprendían durante la jornada, nos

reíamos viendo el mismo programa de los jueves por la tarde, gracias a nuestra idéntica pasión por los chistes regionales, y no recuerdo que tuviéramos una sola discusión.

¿Qué es lo que nos faltó, entonces? ¿Es que uno tiene que chillarse hasta que le aflore la vena del cuello y luego echar un polvo sobre la alfombra para poder decir que ha hallado el amor verdadero?

—No me importa que ella se quede la casa —masculla él.

—La casa está a su nombre, señor Garrido —le recuerda mi representante, sonriendo con suficiencia detrás de la estilográfica que utiliza para garabatear Dios sabe qué.

—Lo único que quiero es mi colección de mariposas disecadas —continúa sin prestar atención—. Y la pasiflora que nos regaló mi madre por el compromiso.

—Pero dijo que también quería llevarse la televisión —le dice su abogado por lo bajini.

—Todo lo que se encuentre en la vivienda queda fuera de la ecuación, dado que la señora Balderas es la propietaria y se firmó la separación de bienes —zanja mi abogado.

Pasemos por alto que acaba de llamarme «señora».

—¿Y qué hay del coche? —contraataca el rival—. El señor Garrido era el que lo usaba para desplazarse.

—¡Me da igual el coche! —bufa Roberto, cambiando de postura—. ¡Solo quiero firmar esto de una vez por todas!

Al escuchar su tono impaciente, un escalofrío me tensa la espalda.

—¿Por qué tienes tanta prisa? Creo que puedes prestarme unos escasos minutos de tu valioso tiempo, aunque solo sea por respeto a los años de noviazgo y meses de matrimonio que hemos compartido.

Él ladea la cabeza con la mandíbula apretada.

—Déjemelo a mí —susurra mi abogado, poniéndome una mano conciliadora en el antebrazo. Pero yo ya he llegado a mi tope, y no aparto la vista de Roberto.

—¿Podrías hacer el favor de mirarme? Lo has hecho durante bastante tiempo. No creo que de repente mi cara te resulte vomitiva.

—Señora Balderas, acordamos que llevaríamos a cabo un divorcio amistoso...

—Exacto. Eso fue lo que acordamos —interrumpo, alzando la mano —, pero no veo nada de amistoso en que me quite la cara como si no valiera un duro. ¿Cuál es el problema, Roberto?

—Señora... —Su representante carraspea—. Insisto en que deberíamos resolver esto sin salirnos de la cuestión material...

—Antes de abandonar esta sala quiero saber qué provocó que ese hombre de ahí dejara de quererme de la noche a la mañana. Quiero entender qué es lo que nos ha llevado a esta situación. ¿No le parece justo, acaso?

La abogada sella los labios con silenciosa resignación. No puede recriminarme mi deseo de saber ni privarme del derecho a interrogar a mi aún marido.

No se oye una mosca durante los segundos en los que los tres aguardamos la respuesta del que parece haber enmudecido. La abogada se solidariza conmigo interviniendo con un tono mucho más diplomático que mis graznidos histéricos.

—Señor Garrido, si de veras quiere acabar con esto pronto, creo que debería responderle a su esposa. Todavía lo es.

—No podía seguir haciéndolo —murmura Roberto, sin levantar la mirada del suelo.

Parece un niño castigado. Salvo por el pequeño e insignificante detalle de que se trata de un hombre hecho y derecho de treinta y seis años.

A partir de cierta edad, hay actitudes que son inadmisibles.

Esta es una de ellas.

—¿Qué es lo que no podías seguir haciendo? ¿Tu parte de tareas domésticas? —ironizo—. Agradecería que fueras un poco más explícito.

Roberto sacude la cabeza.

Su abogada y yo intercambiamos un vistazo fugaz en el que destella cierta complicidad femenina.

—¿Le venía grande el compromiso, señor Garrido? —inquiere la mujer.

—No.

—¿La engañó con otra y se siente culpable? —prueba de nuevo.

—Dios mío, ¡no!

—¿Qué es, entonces? —insisto—. ¿Por qué me odias de repente?

En lugar de mirarme a mí, Roberto se dirige a su letrada con angustia. Gracias a la superficie transparente de la mesa que nos separa, observo que menea la pierna, ansioso.

—No la odio, es solo que... no encajamos. Ella y yo no vamos a ninguna parte, ¿entiende?

Pestañeo una vez sin dar crédito.

Ha pagado por su abogada lo suficiente como para que le convenga exprimir cada segundo. Los empleados de bufetes de renombre no tienen tarifas asequibles que se diga. Pero ¿de verdad tiene que responderle mis preguntas a ella?

—Yo diría que sí hemos ido a unos cuantos sitios, Roberto: de luna de miel y a casa de tus padres por Navidad, por ponerte un ejemplo. Incluso de vacaciones veraniegas a Calahonda, y de escapada a La Alpujarra. ¿Qué es lo que ha cambiado desde entonces?

Roberto aprieta la mandíbula.

—¿Qué ocurrió para que se diese cuenta de que son personas distintas? —Esta vez lo intenta la abogada, a la que parece que tiene en mayor consideración—. ¿Ella no es lo que imaginaba?

—Ella no era lo que imaginaba cuando nos casamos, ella... —Traga saliva—. Pensaba que era diferente.

—¿Cómo pensaba que era?

Cuando se humedece los labios antes de girarse hacia la abogada, estallo.

—¡Puedes hablarme a mí directamente! ¿Cuál es tu maldito problema?

A Roberto le tiembla la barbilla antes de ponerse colorado y espetarle a su abogada:

—¡Es una jodida pringada!

Las dos nos quedamos petrificadas.

—¿Disculpe? —pregunta la mujer con cortesía distante.

—¡Me sentía igual de fracasado que ella viviendo bajo su mismo techo! No soporto nada de lo que hace. Es tan... —Se mira las manos, como si se hubiera apuntado ahí la respuesta— anodina. Tan burda y

simplona. Tan... *normal*.

Como si sus palabras fueran una enfermedad altamente infecciosa, los dos abogados se contagian de la actitud de Roberto. Ninguno se atreve a mirarme a la cara en los segundos que transcurren hasta que el eco se disuelve. La lejana repetición de sus palabras me chirría en los oídos e impide, por unos instantes de gracia que agradezco para mis adentros, que asimile lo que significan.

—Mírela —continúa hablando a trompicones, asfixiado con su propio agobio. Me señala como si fuera una insignificante piedrecilla en su camino—. Nunca se maquilla. Jamás se arregla. Y no es que lo hiciera cuando me la eché de novia, ¿sabe? Pero poco a poco se ha ido convirtiendo en una... *hippie*. Siempre va en chándal, no se perfuma... Le da igual su aspecto físico. Me avergonzaba ir con ella de la mano por la calle.

Mi abogado cambia de postura en el asiento, acostumbrado a esta falta de sensibilidades. Yo absorbo cada sílaba pronunciada con rabia como un catalizador.

—Y si ese fuera el único problema, no importa, pero es que no tiene ninguna ambición. Es una vaga sin aspiraciones en la vida. Lleva trabajando en la misma cafetería desde que cumplió dieciocho años, y se cree que escribiendo... novelitas en Amazon va a llegar a alguna parte. ¡Escribiendo! ¡Novelas de fantasía para adultas! ¡Fantasía-para-adultas! ¡A quién se le ocurre! —Jadea como si la mera idea le pareciese aberrante—. Baja calidad literaria, argumento flojo, amoríos inverosímiles, ¡sexo explícito...! —Lo menciona como si ese sexo implícito se desarrollara entre un menor y un cincuentón—. Y no es como si tuviera un amplio grupo de lectores. Ni siquiera ha publicado aún con ninguna editorial, solo en Internet, porque las empresas serias no se interesan por su trabajo. Es un fraude. ¿Qué clase de futuro me espera con alguien así?

Sus acusaciones resuenan en la habitación como si las estuvieran gritando todos los que estamos presentes, y creo saber por qué. He oído insinuaciones con ese mismo contenido de boca de mis familiares directos. De mis amigos. De algún que otro ex. Por un momento tengo la impresión de que todos se han congregado aquí para reprocharme

mi mediocridad.

—Esperaba que algún día cambiara. Creía que tarde o temprano empezaría a preocuparse más por su aspecto, que buscaría promocionarse... ¡que sería más cariñosa! —prosigue, envalentonado. Está colorado por el esfuerzo, aunque ya no tartamudea, y eso solo significa que cree con firmeza en lo que está diciendo. Lo ha repetido tanto para sus adentros que lo vomita sin tener que pensarlo—. Juro que acostarse con ella es como meterse en la cama con un puto esquimal. ¡O con mi madre!

—Señor Garrido... —intenta interrumpir la abogada, en vano.

—En serio, póngase en mi lugar. ¿Usted se excitaría con una persona que se tumba boca arriba y espera que se lo hagan todo? En las últimas me costaba mantener la erección.

—Señor Garrido —habla esta vez mi abogado, en tono cortante—, creo que hay cosas que uno no debe decirse ni a uno mismo.

—Y no soporto a su familia. Son otra pandilla de raros. La hermana mediana es una zorra, y la menor se cree superior por haberse graduado con matrícula de honor en la universidad. De los padres mejor ni hablo, un par de locos que nunca me aceptaron, como si no fuera digno de su hija... Flaco favor le hicieron al convencerla de que es un Ferrari cuando ni siquiera vale lo que un Citroën C15.

Lo que nos faltaba. Comparando mujeres con coches.

—Ya es suficiente —corto al fin.

Ni siquiera al intervenir consigo que me dedique una triste mirada, aunque sea despectiva. Aunque lo haga por encima del hombro.

Por lo menos sé que, después de su contundente soliloquio, no la necesito.

Solo el chirrido de las patas de la silla, de la que me levanto con lentitud, rompe el silencio ensordecedor. La lástima que ha suscitado en los dos abogados es tan notable que juraría que la estoy respirando al alargar una mano temblorosa y firmar los papeles del divorcio.

Ni siquiera me detengo a analizar qué es lo que le estoy dando. No me importa. Solo quiero salir de aquí tan rápido como me lo permitan las piernas. Es una suerte que una no necesite el orgullo para andar, o me habría tenido que arrastrar con las dos garras hasta el recibidor.

Enderezo la espalda, me ciño la correa del bolso de Desigual al hombro y doy los buenos días con un balbuceo ininteligible. Esa hermana a la que se ha referido como Una Zorra me habría obligado a volver a entrar, pronunciar la despedida en tono bíblico, maldecirlo como las brujas tarotistas de Internet y habérmelas arreglado para quedar como la cruel y no la damnificada. Por suerte, Elsa no está aquí conmigo, y digo «por suerte» porque esto le habría dolido más que a mí.

—Señora Balderas... —balbucea mi abogado, pisándome los talones. Me giro solo para cerciorarme de que viene tropezándose con sus propios pies, despeinado y con la chaqueta torcida.

Algunos papeles vuelan a su espalda. Decide sacrificarlos para alcanzarme antes.

El señor García me habría parecido atractivo en otro tiempo. Viste un traje caro, lleva uno de esos cortes de pelo que sugiere que cuida cada detalle de su aspecto para que se detengan a admirarlo, y además forma parte del Ilustre Colegio de Abogados de Granada, un hecho que siempre he encontrado sexy. Parece el típico hombre seguro de sí mismo que sabe lo que decirle a una mujer en cada momento. Por eso me choca el doble que se quede boqueando cuando me paro delante del ascensor, como si no supiera por dónde empezar a consolarme.

Corto las que iban a ser unas disculpas en nombre de mi marido con un simple y discreto agradecimiento. Él se rinde hundiendo los hombros.

—Eh... si en algún momento... —Carraspea—. Podría haberle conseguido un acuerdo más beneficioso y justo con usted, aunque por supuesto respeto su decisión. Si alguna vez necesita un abogado, no dude en llamarme, y...

Se ofrece porque se lo dicta la educación, pero sus ojos de cordero ruegan que no vuelva a ponerme en contacto.

Lo entiendo. Ningún profesional quiere conocer las intimidades de su cliente, y gracias a la descripción de Roberto seguramente ya me haya visto desnuda.

Y contra su voluntad, lo que solo agrava el problema.

—Cuento con no volver a divorciarme —respondo con una sonrisa

afligida—, pero si la desgracia ocurriera de nuevo, no le obligaría a sobrevivir a otra escena como esta.

El gesto de pulsar el botón del ascensor basta para determinar que la conversación está zanjada. García, aún despistado, como si acabara de despertarse de una de esas siestas veraniegas que se prolongan hasta el atardecer, me tiende una mano dubitativa. La estrecho con la fuerza que aún no ha abandonado mi cuerpo y, en un gesto de supervivencia, ensancho mi sonrisa. Después entro en el ascensor, que llega justo a tiempo para salvarme.

En cuanto se cierran las puertas, mi sonrisa y mi corazón se resquebrajan al mismo tiempo, y los tres espejos que enmarcan mi vergüenza se refocilan en mi miseria mostrando mi desconsuelo desde diferentes perspectivas.

Me cubro la cara con las manos y me abandono a las lágrimas.

2

Gracias al cielo, cuando vuelvo a casa estoy mucho más tranquila. La brisa fría del invierno granadino me ha anestesiado las mejillas. Aunque no me ha cerrado la herida, por lo menos está calmando la pulsante indignación, de la que me armaré cuando pase la primera fase del duelo.

Vivo en un apartamento ubicado entre San Juan de Dios y Gran Capitán. Es una zona céntrica y bonita, perfecta para vivir; cerca del monasterio de San Jerónimo, las facultades de Derecho y Ciencias Políticas y los jardines del Triunfo. Mis padres son los propietarios del edificio de cuatro plantas que destaca junto al restaurante chino La Casa de Wu y, como viven de las rentas de los pisos de cada una, me cedieron el 2°B para que empezara mi nueva vida con Roberto hace un año y medio.

Pensaba que estaba más relajada, pero cuando entro en casa y me topo con la horrorosa planta que mi exmarido me convenció de poner en la entrada, lo veo todo rojo. La pasiflora no es la que se ha burlado de mi pasividad en la cama delante de dos desconocidos, pero siento que debe morir.

En esta casa solo puede quedar una de las dos.

Con mi propio bolso, y lanzando antes un grito espartano, arremeto contra ella. Le estoy dando bolsazos hasta que pierdo el aliento, y la pasiflora, sus hojas: la simbólica victoria de la fuerza bruta sobre la belleza.

—¡Mujer de Dios! ¿Qué haces? ¡Diana, niña, basta! —Unas manos cálidas me abrazan por detrás y, con una fuerza sorprendente, me separan de la víctima—. Esa no es la manera de acabar con los bichos que se comen las hojas, créeme.

Mariola no me suelta. Seguramente tema ser la siguiente.

Lleva siendo mi vecina toda la vida. Siempre ha sido mayor, pero ahora es una anciana con las manos arrugadas de lavar a mano y los ojos llenos de historias. Cuando era niña, cada noche me contaba una diferente. Es uno de los pocos recuerdos adorables de mi infancia, el

de Mariola hablándome de mundos de fantasía donde los feéricos luchaban, morían, amaban y traicionaban.

Gracias a ella soy escritora, aunque eso no parezca digno de mención ahora mismo. Total, solo escribo novelitas en Amazon porque ninguna empresa seria se dignaría a mirarme.

Intento tragar saliva, pero la garganta se me atora mirando sus ojos tiernos.

—Ha sido el bicho de las hojas el que ha acabado conmigo, Mariola.

La vecina parpadea una vez antes de que un destello de reconocimiento ilumine su rostro. Acaba de recordar a dónde me dirigía esta mañana.

Suelta el pan que traía apretado contra el costado y chasquea la lengua. No estoy de ánimo para apretones y besuqueos, pero permito que me dé uno de sus reconfortantes abrazos.

—Ea, ea... Por lo menos ya se ha acabado —me consuela.

—Eso es lo malo. Que se ha acabado. Es definitivo.

—Estoy segura de que mañana verás las cosas con otra perspectiva.

—A no ser que me cambien los ojos, lo dudo bastante.

—No seas pesimista, niña. —Me da un manotazo en el hombro—. Si necesitas cualquier cosa, ya sabes dónde estoy. Hoy iba a hacer tarta de zanahoria con chocolate negro, la que te gusta tanto. Si te apetece...

—No creo que me entre nada en el estómago. Ahora mismo solo tengo ganas de vomitar.

—Eso es buena señal. Mucho mejor que tener ganas de arrancarse el corazón de cuajo.

—Tienes razón. —Suspiro. Me quedo mirando la planta destrozada con cara de circunstancia—. Creo que firmé ante dos abogados que le devolvería esto.

—Y lo harás. No ponía nada en los papeles sobre el estado de la planta en el momento de la devolución... ¿o sí? —Levantas las cejas de manera elocuente.

—Puede que no. Ha sido un arranque de lo más infantil, lo reconozco. Pero me apetece seguir rompiendo cosas.

—No serías la primera que toma esa vía de desahogo. Tengo unas cuantas amigas que hicieron cosas mucho peores durante su divorcio.

—¿Tienes amigas divorciadas?

—Al principio solo una, la Pili. Pero Pili se apuntó a un club de divorciadas y allí conoció a Juana, a Pepa, a Felisa... y a muchas bastante más jóvenes, claro, y luego me las presentó. —Hace una pausa, dubitativa—. ¿Por qué no te asomas a una de sus quedadas? Creo que tienen la reunión quincenal pasado mañana. Se citan en la plaza de Derecho y van a alguna cafetería, casi siempre Puerta Bernina. No porque les guste, o eso dicen, sino porque te das la vuelta un momento y ya te han puesto una en tu casa. Esa franquicia es una plaga.

Un club de divorciadas. Otro golpe de realidad que cae como una jarra de agua fría, doloroso pero necesario para acercarme a la que será mi nueva vida: soy una divorciada y estoy en el derecho de ir a una de esas reuniones porque cumplo el requerimiento.

—No sé si quiero ser una divorciada ahora mismo —admito con la boca pequeña—. Prefiero seguir viviendo en una fantasía por una semana... o un mes. O toda la vida.

—Es comprensible, estas cosas se asimilan con el tiempo. Pero tú no te entierres bajo las mantas y lo descuides todo, ¿eh? Vuélcate en tu pasión, que es lo mejor cuando uno no quiere pensar.

—Lo último en lo que pienso ahora mismo es en escribir.

Mariola mueve la cabeza y me sacude por el hombro.

—Tienes que encontrar un motivo para seguir adelante, y el motivo perfecto es ese: tu escritura, tus fans... tu vocación. No permitas que ese hombre te la quite y piensa que, aunque él ya no te necesite, sigue habiendo mucha gente cuya salud mental depende de ti.

Eso es verdad. Supuestamente debo entregarle a mi correctora *freelance* el manuscrito de la segunda entrega de mi saga dentro de cinco meses, y con esto de la repentina desaparición de Roberto, no he podido teclear una sola palabra.

Aunque decir que la salud mental de mucha gente depende de mí quizá sea exagerar. No veo a nadie muriéndose porque yo no publique una novela.

—Gracias por los ánimos, Mariola. Si me perdonas, ahora necesito estar sola.

—Claro que sí, niña. Ya sabes dónde encontrarme. Estoy aquí para ti.

Le devuelvo la barra que había dejado sobre la mesilla de la entrada. Me sorprende que no sea la típica envuelta en un plástico o en el interior de una bolsa con el logo de la panadería. Es un pan muy pálido y grueso moldeado con una forma que no me suena haber visto nunca. Desprende un olor muy intenso que me hace la boca agua.

Sin preguntarle dónde lo ha conseguido, porque pensar en comer me revuelve el estómago, espero a que desaparezca en su apartamento para encerrarme en el mío.

Nada más quedarme a solas, suspiro largamente. Me he prometido no volver a llorar, pero nadie ha dicho nada de no dar una vuelta turística por cada habitación para acariciar todo lo que perteneció a Roberto.

O para quemarlo.

Para ahorrarle el trabajo de venir a por sus cosas, y por el placer de vengarme, voy cuarto por cuarto recolectando sus pertenencias. Al cabo de dos horas, y excepto por esas colecciones de insectos muertos que tanto adora, sus enseres están en el contenedor de la calle.

Yo sollozo de nuevo en el sofá amarillo chillón de la salita.

Por si no me hubiera hostigado lo suficiente, me pongo el portátil sobre las rodillas y busco mis documentos escritos para encontrar esa mediocridad de la que Roberto hablaba. Más que preocupada por si reconozco mi falta de talento en el texto, por si de repente mi trabajo ha perdido todo el valor que le di, el recuerdo de esas historias se transforma en una armadura que me protege de sus reproches.

La primera vez que Mariola —«una escritora frustrada», según ella — me habló de la Confederación de Trevelyan yo tenía solo seis años, y quedé tan maravillada que enseguida empecé a escribir sobre personajes de mi invención con ese telón de fondo. Puede sonar ridículo, pero forjé un fuerte vínculo con cada uno de ellos, y durante una dura infancia y una adolescencia peor en la que me sentí vejada, incomprendida e incluso despreciada por padres y amistades,

Trevelyan fue mi refugio. Nunca he sido maltratada, pero siempre he sentido una fuerte desconexión con la vida que yo misma elegí para mí, como si cualquier identidad encajara mejor conmigo que aquella con la que nací. El mundo que Mariola inventó y yo doté de vida era ese refugio al que huía cuando la realidad se me hacía insoportable.

Cuando escribo, me elevo. Soy tan ligera que por un instante creo que Dios me toca, que de veras hay una responsabilidad en mis manos y que puedo ser inmortal. Esas mismas cosquillas de ilusión que me acompañan al teclear son las que me recorren al releer un fragmento.

«Doblado sobre el costado por la herida infligida, Dareon alzó la vista, jadeante. Vio borrosa la imponente figura del mercenario, que no hizo siquiera el amago de socorrer al pequeño príncipe renqueante, tal y como dictaba el protocolo. O la mínima compasión.

—¡¿Por qué has hecho eso?! —le reprochó Dareon a voz en grito. Observó, horrorizado, que la camisa de lino blanca se iba tiñendo de escarlata, y con ello el fajín plateado y la casaca de seda del linaje de Vygantas. Más asustado por la visión de la sangre que por el dolor, aulló—: ¡Se supone que no puedes hacerme daño!

El contrincante toleró con estoicismo su queja.

«Las heridas son el resultado de la lucha, y su curación forma parte del aprendizaje del mismo modo que el sudor y la suciedad impregnan la victoria», oyó Dareon en su pensamiento.

—Si me tienes que enseñar a soportar el dolor antes que a pelear, voy a dar por hecho que lo que pretendes es ayudarme a encajar el ser un perdedor, no convertirme en un gran espadachín —rechinó entre dientes. Se miró las manos manchadas con una mueca de repugnancia.

«De nada sirve que seas un gran luchador si no sabes ni afrontar la derrota, ni cómo atender tus lesiones. Estás muy poco familiarizado con tu sangre».

—¿Por qué tengo que familiarizarme con mi sangre, si se puede saber?

«Porque así no te marearás al verla cuando en el campo de batalla te atraviesen con la espada, justo como estás haciendo ahora», puntualizó.

Dareon se estaba preguntando a qué se refería cuando perdió el equilibrio en un golpe de confusión provocado por su carácter aprensivo. Una mano de acero le sujetó por el brazo antes de que trastabillase siquiera, como siempre prediciendo los movimientos del rival.

Una sonrisa arrogante curvaba los labios del mercenario.

Dareon alargó el cuello con soberbia, decidido a no darle más motivos para que se burlara de su debilidad.

—¿Y por qué tengo que atender mis lesiones? Los sanadores de palacio ya se encargarían de ellas.

«Los sanadores no te enseñan a aguantar las penalidades físicas hasta el final de la lucha, ni tampoco evitarán que te pongas a gritar como una *pixie* después de haber sufrido un pequeño rasguño por falta de costumbre. ¿Acaso quieres dar una pésima imagen de Elyllon llorando en plena batalla?».

Dareon le dirigió una mirada indignada. Se imaginó sollozando como las pequeñas hadas que susurraban indecencias a los hombres débiles, y así estos, conmovidos por su debilidad y su brillante belleza, las ayudaran a volver a su forma real, aunque fuera a costa de su energía vital, y para ser masacrados después. El llanto de las taimadas *pixies* era insoportable, además de una trampa para los forasteros poco habituados a la fauna del reino.

—Yo no grito como una *pixie* —rezongó, ofendido—. ¡Retíralo ahora mismo!

«¿He herido los sentimientos de Su Alteza?».

Las palabras del mercenario rezumaban sarcasmo, pero era indetectable tanto por el tono como por su expresión carente de emociones, lo que desorientaba no solo al príncipe, sino a todo el que lo conocía.

Lo único que Dareon sabía sobre su nuevo profesor de lucha era que lo habían traído de Shapoor, el estado confederado donde el sol era una amenazante bola de fuego que freía las arenas del desierto que los mantenía aislados y donde florecía el comercio gracias a la compraventa de los mejores asesinos a sueldo. El mercenario había sido fruto de un experimento genético que lo había convertido en un *japheth*, una supraespecie irreductible en el campo de batalla. En tiempos de guerra e inestabilidad política como los que se avecinaban, los reinos de las cercanías se peleaban para conseguir al menos uno que formara sus filas, y no eran baratos. La misteriosa leyenda de Vikram de Shapoor rezaba que su compradora, la madre de Dareon y Gran Majestad del reino, ni siquiera había terminado de pagar su precio aún.

¿Y cuál era su precio?

Por lo pronto, a Dareon no le parecía que la compra estuviera siendo amortizada. Vikram no le tenía ningún respeto, y al joven heredero le preocupaba que, por culpa de la mudez que le impedía comunicarse con normalidad, el mercenario tuviera que bucear en sus pensamientos de niño inquieto para hacerse entender. No eran muchos los secretos que escondía un muchacho de apenas ocho años, pero le quemaban las mejillas si pensaba en el valeroso Vikram averiguando que la mayoría de sus preocupaciones eran banales.

Al mismo tiempo que recelaba de él, sentía una fuerte curiosidad y admiración por su maestro. Incluso lo habría convertido en el objeto de su compasión si Vikram se lo hubiera permitido, pues su historia le había provocado más de un terror nocturno, pero el *japheth* no era un hombre que contemplara la piedad como un regalo por el que estar agradecido.

—Si eso era una ironía, más te vale disculparte. Tienes que tratarme con respeto. Soy tu príncipe —rezongó Dareon, con toda su lógica de niño.

«El respeto es algo que todo el mundo debe ganarse, Su Alteza. Incluso los

príncipes».

Si otro súbdito se hubiera atrevido a hablarle de esa manera, Dareon se lo habría comunicado de inmediato a la Gran Majestad, la reina Agrona, para que le diera un escarmiento. No obstante, Dareon compartía a ciegas los principios de aquel *japheth*, lo veneraba en secreto y ansiaba que el sentimiento fuera mutuo de forma desesperada.

Sabía que solo había un modo de congeniar con Vikram, y era mostrando las durezas de su corazón.

Dareon alzó la barbilla con soberbia.

—¿Y a qué estás esperando tú para empezar a ganarte el mío?

Un trazo de expresión cambió el rostro casi siempre impasible de Vikram.

Una especie de sonrisa.

«A que seáis un gran guerrero, un buen monarca o un humilde aprendiz. Cualquier cosa excepto un mocoso malcriado».

Con una sonrisa entre complacida e incrédula, me reclino en el respaldo del sofá.

Ya no pienso en la calidad del texto o la originalidad de la historia, ni en lo que Roberto siempre ha opinado sobre mi obra. Pienso en los inescrutables caminos de la inspiración, en las formas que toma la historia por más que desees moldearla de otro modo.

Este fragmento pertenece al prólogo de *El Príncipe de Elyllon*, la primera entrega de varias que narrarán el extenso conflicto político de la sociedad feérica. Está protagonizada por Dareon de Vygantas y ya le estoy dando más protagonismo a ese problemático personaje secundario.

Vikram.

Algo dentro de mí se estremece cada vez que pienso en él.

A pesar de estar presente en cada capítulo, nunca he terminado de llevarme bien con el personaje. Quizá porque intuyo que posee un fondo de maldad que aflorará en el momento menos esperado, y no puedo evitar querer proteger al príncipe de todos los males y traiciones a los que le abocaré por necesidades del guion.

Detesto escribir sobre Vikram. Siempre abre un agujero dentro de mí. Me llena de amargura. Pero el público que lo conoció como secundario lo adora por un inexplicable motivo, y por eso me he embarcado en una segunda entrega centrada en él. Todos quieren conocer su historia, una que aún no ha aparecido con claridad en mi

cabeza. Comparado con lo que Dareon despierta en mí —compasión, ternura... Incluso me hace reír—, Vikram es una sombra que oscurece el relato.

Puede que mi príncipe no sea perfecto. A veces peca de sabiondo y engreído, es demasiado orgulloso y sacrificaría cualquier cosa por su tierra, lo que significa que, a su modo de ver, el fin justifica los medios, pero es bueno, y lo sé porque lo he visto crecer. Porque la enfermedad que padece le ha dado la perspectiva que necesitaba para convertirse en un gran monarca.

Vikram no puede decir lo mismo. Vikram es, quizá... mucho más humano, y por eso siento rechazo. Por eso no quiero escribir sobre él, sobre todo ahora que tengo tan presente lo crueles que pueden ser los hombres de mi raza.

Sueño con Dareon. Lo he hecho algunas veces. Después me levanto con el corazón roto, pensando en lo diferente que habría sido todo si fuera un hada y hubiese nacido en Trevelyan, en lo poco que conocería el sufrimiento o el fracaso si Roberto hubiera sido Dareon, lo que al final no me hace tan distinta a él, supongo.

Mi marido quería que fuese otra persona y yo siempre deseé que, en lugar de él, Dareon me diera los buenos días. Dareon me acompañara. Dareon existiera.

Pero no existe, y yo sí. Y es con lo que debo lidiar ahora.

3

Diario de una divorciada. Día 5

Roberto ha venido a llevarse sus cosas. Llevaba puesta esa camisa azul que tan bien le sienta. Mi favorita, aunque plancharla era toda una odisea porque el lino se arruga con solo respirarle cerquita. Mientras él transportaba las cajas y bolsas de basura —su basura—, me he llenado de odio e indignación al pensar en todas esas pequeñas tareas que he llevado a cabo por él.

He frotado sus calcetines —porque adoraba andar descalzo, claramente porque no le tocaba a él limpiarlos luego—, he desinfectado los baños cientos de veces porque él siempre ha detestado todo lo relacionado con los desagües; he aguantado a su madre... y ni siquiera por respeto a eso, a mi labor de ama de casa, a mi feliz resignación a la hora de atenderle como una esclava, ha podido tratarme en las últimas como a un ser humano.

Me he dicho que es normal sentirme un despojo, pues es el título que me ha dado con su actitud. Al final he llegado a la conclusión de que no valora nada de eso, y no lo valoraba porque era justo lo que esperaba por mi parte: nada más y nada menos. Roberto de veras pensaba que era mi obligación ser su doncella victoriana. Quizá le decepcionase que no llevara ese trajecito de dos piezas en blanco y negro con unas medias de rejilla debajo.

¿Debería haberle llamado «mi señor», o eso es más medieval?

Me he enfadado tanto pensando en todo esto que he metido la mano en su flamante colección de mariposas disecadas, esas que fue recolectando por unos euros más con el periódico que le encanta, y me he llevado su favorita: la 88, como se conoce popularmente, o *Diaethria anna*. Él lo pronunciaba como si fuese magnífica, pero a mí me parece que su nombre suena como «diarrea» y eso, quieras que no, le quita encanto.

Espero que cuando se dé cuenta de que le falta no se le pase por la cabeza venir a pedírmela. Si eso sucediera, me haría la loca o la rayaría con un cuchillo delante de sus narices. Dependería de cómo

me sintiera en el momento.

Si es como me siento en este —como una mierda—, a lo mejor uso el cuchillo con él.

Diario de una divorciada. Día 7

He pensado en matar a un personaje. No es una idea que se me haya ocurrido sin más: si quito a alguien de en medio es porque el guion así lo requiere, no por sadismo o aburrimiento. Es que he estado navegando en la web y por casualidad he llegado a un foro de escritores en el que comentaban lo terapéutico que es darle una muerte cruda y desagradable al protagonista. Incluso Stephen King dice que matar a un personaje es como comer palomitas: una vez empiezas, no puedes parar.

Yo a Dareon jamás le haría el menor daño, porque bastante tiene con lo suyo, pero sopeso mandar a Vikram al otro barrio. Es el que me está bombardeando el subconsciente con poco galantes: «Ponte a escribir mi libro de una condenada vez, vaga, gorda, depresiva, estúpida».

Luego que «pir quí mi quíi mil».

Cómo no me va a caer mal, hombre.

Diario de una divorciada. Día 10

Me he estado fijando en la mariposa que he robado. En su descripción pone que es común en los pantanos brasileños y bosques húmedos de México y Costa Rica, lo que significa que ha cruzado todo un océano para llegar a mis manos. Naturalmente no lo habrá recorrido volando, sino hecha ya un cadáver barnizado para exposición, pero eso no le quita belleza a la idea de que ninguna distancia es insalvable.

He de reconocer que siempre me ha asqueado ver las mariposas encerradas en sus cristales 3D, y las he compadecido por el proceso que se ha tenido que llevar a cabo para venderlas así, con una revista científica, pero ahora que me fijo reconozco que es preciosa.

Es increíble cómo la naturaleza puede plasmar colores tan vivos. Casi he sentido ganas de escribir sobre las mariposas de la

Confederación de Trevelyan.

Casi.

En su lugar he visto *Casablanca* otra vez.

Nunca fui a París, pero Roberto y yo viajamos a Cádiz en nuestra luna de miel y puedo decir que siempre nos quedará Conil.

Diario de una divorciada. Día 13

Mi correctora, Cora —siempre he pensado que es un buen nombre para una correctora (La Correctora Cora; Cora, La Correctora), sobre todo si mides metro cincuenta y tienes el pelo teñido de rosa— me ha llamado por teléfono esta mañana para preguntarme qué tal va el manuscrito. Estaba de humor para ladrarle, pero no le puedo hacer eso a Cora. Ha sido mi mayor fan desde que la contraté para que revisara *El príncipe de Elyllon*, y su contagioso entusiasmo y alocadas ideas me han animado en más de una ocasión a poner la guinda al capítulo.

Ahora, viendo las cosas desde otra perspectiva, siento que ese entusiasmo es forzado, y con esa exageración capciosa, pone de manifiesto lo patéticas que somos mi escritura y yo.

—No me gusta Vikram —le dije.

—*¿Cómo no te puede gustar? ¡Es un mudito sexy!*

Un mudito sexy.

Me cago en la leche.

—No es solo eso, es... es... mucho más. Y no en el buen sentido.

—*Pues mejor. ¡Así da de qué hablar! Estoy ansiosa por leer lo que llevas. ¿No podría pasarme por tu casa para echarle un ojo? ¿Y si me lo mandas por correo?*

Se me ha ocurrido que, en lugar de las patéticas primeras páginas, podría mandarle un enlace a un virus cibernético. Tenerla destruyendo troyanos en su Mac de última generación me daría tiempo hasta la próxima «llamada de cortesía», como le gusta llamar al sutil acoso y derribo que antes recibía encantada y ahora sufro entre llantos.

Diario de una divorciada. Día 15

Creo que quiero a Roberto. Creo que siempre lo he querido y he sido una auténtica estúpida permitiendo que se marchara. Recuerdo la noche que empaquetó cuatro cosas necesarias para malvivir en un hostal y se marchó, y maldigo mi reacción pasiva. Debería haber hecho como las heroínas de todas esas películas románticas que nunca admitiría que voy a ver al cine yo sola. Debería haber corrido tras él bajo la lluvia (porque parece que cuando lo haces bajo la lluvia no es ridículo ni te estás arrastrando, sino que es un gesto de amor inconmensurable, además de visualmente estético siempre que lleves máscara de pestañas resistente al agua) y haberle rogado que se quedara, porque le quiero, le quiero más que a mí misma.

Entonces, él me sostendría como Han Solo y diría: «Lo sé».

Y lo sabría porque se lo habría demostrado, a diferencia de lo que hice en realidad, que fue darle por sentado.

Diario de una divorciada. Día 16

Las barritas de chocolate deben de tener algún elemento químico que aviva la locura, porque no me puedo creer lo que escribí ayer. **DETESTO** a Roberto. Y la única protagonista de película o novela que me queda cerca es Bridget Jones.

Si Roberto supiera que estoy escribiendo un diario en el que subrayo cuánto lo odio, ¿iría a comprarme otro? Lo más probable es que me quedara en bragas bajo la nieve y el transeúnte de turno se burlara de mis piernas sin depilar.

Esa es una de las cosas buenas de estar de nuevo soltera, imagino. Lo de no tener que depilarme.

Quizá debiera hacer una lista para consolarme.

Puntos positivos:

- Tengo la cama para mí sola.

- Ya no hace falta que vea esos infumables documentales de Karl Sagan (entre otras series mortalmente aburridas) para demostrar que me importa lo que a él le apasiona.

- No tendré que volver a ver a su madre.

Puntos negativos:

- Estoy sola con treinta y un años.
- Nunca volveré a casarme.
- No tendré hijos.
- Me caía muy bien su padre. Era un tío legal.
- Tengo la cama para mí sola. (Joder, no voy a volver a echar un polvo en la vida).

Nunca pensé que diría esto, pero cuánto desearía frotar unos calcetines masculinos ahora mismo. Por lo menos ya me lo voy tomando de otra manera. Por esto debo darle las gracias al tiempo y al humor desafortunado por protegerme del hostigamiento que todavía no me da tregua.

4

El día número veinte, tras tragarme todos los vídeos de filosofía zen de YouTube, un libro de autoayuda y múltiples llamadas de mis hermanas, sentí que por fin asomaba la cabeza. No me había vuelto una seguidora del arte de que todo te importe una mierda —entendí el libro como una ficción divertidísima y luego lo usé para equilibrar una mesa que dejé coja de una patada rabiosa—, pero por lo menos tomé la iniciativa de salir adelante. Y eso ha incluido, además de cambiar las sábanas de la cama y disuadirme de adoptar un perro que luego no pueda mantener solo para llenar mi vacío existencial, prepararme para ir a la reunión de divorciadas que me mencionó Mariola.

Acabo de volver y creo que no me he arrepentido tanto de algo en mi vida. Señoras de edad diciendo una y otra vez que por lo menos tienen a sus hijos para consolarse. Sus HIJOS. Yo, que jamás he perdido de vista la idea de la familia tradicional, he caído en la cuenta de que, a no ser que recurra a una clínica de reproducción asistida, jamás alumbraré a una criatura.

Todas esas divorciadas viven con esperanza porque tienen motivos para seguir adelante. Niños preciosos o un empleo exigente. Y entre todo eso estoy yo, que perdí la oportunidad de ser feliz o la sacrifiqué por... ¿Por qué?

No es hasta que estoy metiendo la llave en la cerradura del piso que doy con la respuesta: porque estaba demasiado ocupada escribiendo. Porque valoré más al dichoso príncipe de Elyllon y descuidé a mi marido hasta tal punto que pensó, y con toda la razón, que era lo único que me importaba.

No, no debería haber ido a esa reunión. Yo nunca he querido formar parte del club «fuimos algo y ahora ya no», «tuve a un hombre y se acabó»: ni siquiera si el divorcio lo hubiera pedido yo. Hay pocas sensaciones tan tristes como saber que volverás a casa y no habrá nadie esperando salvo ese manuscrito empezado por el que lo cambiaste todo. Por el que lo *perdiste* todo.

Para cuando llego al apartamento, he convertido mi faceta de escritora en el diablo sobre mi hombro, en el lado oscuro que ha de ser erradicado. A eso me dispongo cuando, nada más abrir la puerta, tropiezo con mis hermanas y Mariola.

La vecina tiene una tarta en la mano, Elsa un par de platos, y Abril, el ceño fruncido seguramente por el lamentable estado que presento.

—¿Qué hacéis aquí?

—Yo también me alegro de verte —rezonga Abril, bizqueando.

—Pensamos que necesitabas que te subieran los ánimos, ¡así que hemos venido a verte! —contesta Elsa, que es todo sonrisas.

—¿Qué tal la reunión? —pregunta Mariola—. Son agradables, ¿verdad?

La sencilla mención de la reunión hace que pierda los papeles.

Rompo la única regla que me impuse empezando a sollozar como una estúpida. Frustrada por mi sensibilidad, de la que ni siquiera puedo culpar al período de ovulación, paso de largo por delante de ellas y voy a por el portátil. Mi airado paseo iba a culminar conmigo reventando el ordenador contra el suelo, o lanzándolo por la ventana, pero lo único que soy capaz de hacer al agarrarlo por los extremos es abrazarlo contra mi pecho.

Es solo un segundo de debilidad. Enseguida lo suelto sobre la cama, una cama que hace no mucho pertenecía a una pareja, y lo enciendo para buscar el manuscrito.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Abril, apareciendo bajo el umbral de la puerta.

—¡Al infierno con todo! Se acabó. ¡Se acabó Trevelyan, y se acabó Dareon, y Vikram, y Elyllon, y Aranrhod, y la Década Tenebrosa, y la Guerra de los Estados, el ejército de vilas, y la madre que los parió a todos!

—¿Qué? —jadea Elsa, asomando la cabeza por encima del hombro de Abril, ubicado a un metro cincuenta del suelo—. ¿Por qué?

—¿No habéis oído eso de que la religión es el opio del pueblo? Pues este es mi opio. —Apunto con el dedo a la pantalla—. He estado tan cegada por este estúpido hobby que he desatendido todos los aspectos de mi vida, y ahora... ahora...

Elsa junta las manos y adopta esa expresión con la que nos hace ver a todos como unos desquiciados, cuando hasta hace poco era ella a la que teníamos que atar a una silla para que no hiciera una locura por la que acabaría en el hospital.

—Cielo, es entendible que estés tan frustrada ahora mismo. No solo te has divorciado; Roberto ha sido un cerdo y es difícil asimilar tanta crueldad en unos días, pero no deberías desahogarte tomando una decisión irrevocable.

—¡No me hables con condescendencia! —Elsa levanta los brazos, declarándose inocente—. ¡Tú no lo entiendes! ¡No sabes cómo se siente que te abandonen!

—Deberías estar celebrando que ese tipo se haya ido a tomar viento fresco —interviene Abril, a la que se nota que la situación le empieza a hartar. No suele empatizar con las sensibilidades ajenas, y esto de que hagamos gala de nuestra humanidad se le antoja innecesario. No la juzgo porque a mí tampoco me gustaría tener que lidiar conmigo ahora mismo—. Lo que te dijo dejó muy claro que no era el hombre para ti. Ni para nadie, en realidad. Los hijos de puta no le convienen más que a los de su misma estirpe.

Nota: ella sabe mucho de estirpes porque estudia genética, entre otras cosas.

—¿Y qué? ¿Qué importa? Él se casó conmigo esperando que dejara de prestarle tanta atención a estos estúpidos libros, y yo... yo... le defraudé.

Antes de agachar la mirada, observo con el rabillo del ojo que mis hermanas se miran la una a la otra preguntándose si no deberían mandarme al loquero.

—Se acabó —repito con convicción—. Voy a borrar todos los documentos.

—¡No! —exclama Mariola, aterrada—. No hagas nada de lo que puedas arrepentirte, Diana. Causarás mucho daño si...

—Más daño me he causado a mí misma, quien debería ser la persona más importante de mi vida, no un jodido príncipe de ficción.

—¿Vas a tirar todo tu trabajo por la borda, así, sin más? ¿Solo por un capullo que te ha tratado como si valieras basura? No es el único

hombre del mundo, Didi... aunque puede que sí destaque en la lista de tontopollas —bufa Elsa, cruzada de brazos.

—Para ti no lo sería. Tienes un ejército de tíos babeando a tu espalda, preparados para matar si se lo pides, pero yo no he nacido con esa suerte. Roberto no era perfecto y quizá tampoco me quería; aun así, era de carne y hueso, no como esto. ¿Es que no lo ves? Soy patética. Llevo toda mi vida viviendo en mi fantasía. ¿Cómo no iba a dejarme?

Elsa me mira con compasión y no se atreve a decir nada más.

—Deja que lo borre si así va a sentirse mejor —opina Abril—. Podría ser terapéutico.

—¡De ninguna manera! —interviene Mariola—. No permitáis que lo elimine. Es el fruto de años de...

—Años de frustración —musito, temblorosa—. Años perdidos.

—Didi, tú adoras escribir —insiste Elsa. Amenaza con dar un paso hacia delante, pero al ver que retrocedo, se queda en el sitio y solo alarga un brazo para tranquilizarme—. Estamos hablando de tu pasión. No permitas que Roberto te quite también eso.

—Prefiero que seamos Roberto y yo a que seamos mi pasión y yo. La pasión no te abraza cuando tienes frío.

Mi respuesta entristece a Elsa, pero en un momento en el que me distraigo secándome las lágrimas, intenta arrebatarme el ordenador. Consigo agarrarlo por una esquina antes de que se lo lleve. Mariola también se une a la causa, y juntas forcejean conmigo para disuadirme, aunque sea a base de sacudidas. Abril se mantiene al margen con cara de póquer durante toda la pelea, que termina con Mariola y Elsa horrorizadas.

Celebro mi victoria con unas cosquillas en el estómago, que me recorren también los brazos y el dedo al enviar el documento a la papelera y, después, vaciarla.

Mariola se me queda mirando con los ojos desorbitados y una mano en el pecho.

—Te arrepentirás de esto, niña —murmura, tan afectada que no puede respirar. Sale del dormitorio a toda prisa, pisando a Abril por el camino. Normal, es tan bajita que a veces uno ni la ve.

Unos segundos después se escucha cómo cierra la puerta principal.

Yo me quedo en shock. Mis ojos permanecen clavados en la pantalla, donde antes estaban esas primeras páginas.

No sé si ha sido terapéutico o no. No podría describir cómo me siento, porque no me siento de ninguna manera. Es como si al pulsar ese botón también me hubiera vaciado a mí misma, y donde antes nadaba la ira y la frustración ahora flotara la devastadora calma que precede a la tormenta. Un mal presentimiento disfrazado está a punto de convencerme de que he cometido un error, y yo no se lo permito.

Tengo cuidado al doblar las rodillas para sentarme en el borde de la cama manteniendo la mente en blanco. Después de largos minutos de berridos y recriminaciones por parte de mis hermanas, se establece un silencio cargado de opiniones que nadie va a dar.

—Espero que te hayas quedado a gusto —dice Abril.

—La que está lo contrario a tranquila es Mariola —comenta Elsa, mirando por encima del hombro con pasmo—. ¿Has visto cómo se ha ido? ¿Es que alguna parte la había escrito ella, o qué?

—No, pero en cierto modo era un trabajo de las dos. Fue la primera que me contó relatos de Trevelyan a los que luego le di forma, y... Debería pedirle disculpas —murmuro—. No se me ocurrió pensar que le dolería tanto, pero es comprensible.

Cansada como si hubiera corrido una maratón, suspiro y dejo caer la cabeza entre las manos.

Sé que el arrebato me va a salir caro, que dentro de unas horas me tiraré del pelo y me avergonzaré de haber ofrecido este espectáculo, pero ahora floto en ese lugar de la inconsciencia en el que aún no te alcanzan las consecuencias de tus actos. Es una tranquilidad engañosa a la que necesito aferrarme. No tiene precio poder alejarte por unos minutos de la realidad que te abruma.

Elsa se sienta a mi lado y me pasa el brazo por los hombros. Abril, siempre más escueta, se arrodilla a mis pies para darme una palmadita en el muslo.

—¿Qué vas a hacer ahora si no escribes? —me pregunta la segunda.

—Vivir mi propia vida, no la de otros. Habría sido mucho más comprensiva con mi propia obsesión si estuvieran vivos, si fueran una

compañía real, pero esos personajes... —Sacudo la cabeza—. No importa. Va siendo hora de cambiar de rumbo, de vivir de otra manera. Quizá me vaya de viaje.

—¡Eso sería estupendo! —aplaude Elsa—. ¿A dónde?

—No lo sé. Tendré que pensarlo. Por ahora solo tengo claro que debe ser un sitio muy muy lejano.

***

Unas horas después, cuando mis hermanas ya se han comido la tarta que habían traído para mí y marchado a sus respectivos trabajos, me levanto del sofá —ya por miedo a que me abduzca— y llamo al timbre de la vecina. No me he quitado de la cabeza en ningún momento su cara de pánico y su ominoso reproche.

«Te arrepentirás».

No dudo que lo haré. Me he cargado el trabajo de mes y medio, ciento cincuenta páginas de las quinientas que habrían sido. Pero ha sonado tan dolida que me pregunto hasta qué punto la he ofendido, y si por culpa de mi arrebato la he perdido para siempre.

Mariola es importante para mí. Cuando era pequeña llegué a pensar que era mi madre porque la quería como creía que debía quererse a un familiar. Me preocupa haberla traicionado. Estaba tan entusiasmada con el proyecto como solía estarlo yo.

No responde al timbre, pero espero abrazada a mi pijama de pingüinos con bufanda y esquís a que pase el minuto de gracia. Después vuelvo a pulsar el botón, y nada. Parece que no hay nadie.

Raro.

Suspirando, vuelvo al apartamento y me hago un ovillo en la cama. Involuntariamente dejo espacio para que alguien se tienda a mi lado, y del mismo modo que esta tarde, me quedo mirando con fijeza la pantalla oscura del ordenador, que hace solo unas horas albergaba una historia en ciernes.

En lugar del brillo del Word, me veo a mí misma. Mi reflejo. Es como si estuviera allí dentro. No entre las pequeñas piezas que conforman el aparato, sino en mi fantasía. Dentro del libro. Y

pensando en ello, en quién sería yo, en qué aventuras viviría, en quiénes me acompañarían y todo lo que podría dejar atrás, me voy quedando dormida.

5

El quejido de la tarima pone fin a mi plácido sueño. Incluso en la semiinconsciencia me percato de un enrarecimiento del ambiente. Al incorporarme noto una extraña presión en el pecho y unas cosquillas premonitorias en la nuca. Todo debería estar en su sitio, aunque es difícil asegurarlo en la penumbra.

Sé que los muebles crujen, y algunos de mis vecinos tienen horarios de lo más extraños para desempeñar sus hobbies —el de algunos parece el claqué—, pero no logro deshacerme de la extraña sensación de que hay alguien a mi lado.

Inmóvil y con la mejilla pegada a la almohada, intento aguzar mi oído y abrir mucho los ojos, como si así, de cara a la pared, pudiera averiguar si deliro o de veras no estoy sola.

Pasan unos segundos en los que nada sucede. Y justo cuando estoy a punto de cerrar de nuevo los párpados y ceder al sueño, convencida de que se me ha ido la olla, una mano gigantesca se cierra en mi hombro y tira de mí para sacarme de la cama.

Su otra mano enguantada amortigua mi grito. Una manga larga y plateada destella en la oscuridad como un halo luminoso. No percibo nada más salvo una fría dureza con sabor a acero en los labios que enseguida reconozco como un anillo.

Con los ojos como platos, empiezo a sacudirme para que me suelte, pero él no vacila. Intento convencerme de que estoy soñando, de que esta es solo una pesadilla más realista de lo habitual, pero en mis pesadillas no escucho voces con tanta claridad.

—Por favor, os ruego que os calméis. —Su voz actúa como un tranquilizante. Mis hombros se relajan en contra de mi sentido común, que brilla por su ausencia cuando me abandono a su abrazo—. No he venido a haceros daño.

Quizá es porque suena inofensivo, pero encuentro el valor para estirarme y espetar:

—¡Dijo el tío que allana una casa y saca de la cama a la persona que vive dentro!

—Reconozco que no ha sido muy elegante —acepta, entre dubitativo y... ¿divertido? *¿Perdón?*—, pero llevaba media hora susurrando vuestro nombre y no despertabais. Lo intenté primero con educación, lo juro.

—¡Eso me consuela muchísimo! ¿En tu puto país esto es educado?

—No lo es del todo, pero se me suelen perdonar estos asaltos. ¿Me disculpáis?

¿Me está pidiendo perdón?

¿Y con el tono de perrito pachón?

—¿Qué es lo que quieres? ¿Dinero? —balbuceo con voz aguda—. El monedero está en el bolso gris, la imitación de Bimba & Lola. Toma lo que quieras y márchate, te lo ruego. No he hecho nada, y...

—¿Dinero? —repite, entre incrédulo y ofendido—. ¿Por quién me habéis tomado?

—¿«Habéis»? ¿En plural? ¿A cuántas mujeres crees que has interrumpido el sueño? Hace algún tiempo que no me voy a la cama con nadie, ¿sabes?

La sangre se me hiela cuando escucho su melódica risa. Es así como vuelvo a tomar contacto con la realidad: hay un desconocido en mi dormitorio.

Hay un jodido desconocido en mi dormitorio y estoy vacilándole.

La Diana recién levantada tiene deseos suicidas.

—Si no os gusta cómo me dirijo a vos, solo tenéis que pedirme que sea más informal.

¿Ahora está flirteando conmigo?

—Has cruzado la línea de la informalidad metiéndote en mi casa sin previo aviso, así que eso que dices me parece bastante cínico —gimoteo, hiperventilando—. Y, mira, puede que algunas mujeres encuentren fascinante eso de meter desconocidos en su cuarto, pero yo prefiero conocer a la persona antes de intimar, y, sinceramente... Dios santo, ¡no sé qué estoy diciendo! —Me froto la cara, histérica. No muevo un dedo, temiendo que me reduzca a un puñado de huesos astillados—. Si lo que quieres es oro o la cubertería, te diré ahora mismo dónde están los medallones de la comunión, pero te ruego que...

—¿De veras creéis que soy un ladrón?

Me quedo mirando con cara de póquer al misterioso caballero, tanto como me lo permite la oscuridad, entre la que solo consigo intuir el trazo de una nariz fina y una barbilla afilada.

—En otras circunstancias, y por cómo hablas, pensaría que eres un caballero del siglo XIV.

—Vaya. —Breve pausa—. Es evidente que no esperabais mi visita.

Y suena decepcionado, como si tuviera que haberle echado la alfombra roja.

Me acaba de soltar el brazo. Podría echar a correr por mi vida, pero —y que no se me pregunte por qué— incluso entre las sombras percibo un poder irreductible con el que no me conviene tontear. Por muy agradable que parezca, no tardaría ni medio segundo en hacerme un placaje.

Y todavía no sé si va armado.

—No, perdona, ¿es que enviaste algún aviso de allanamiento? —ironizo, una vez más aferrándome al humor para no caer en manos de la locura. Nada más decirlo, me estremezco—. Joder, ¿de qué estoy hablando?

¿Por qué solo suelto estupideces? Debería huir a riesgo de que me alcanzara. Por lo menos moriría luchando, no haciendo bromas cutres con un... Bueno, si no es un ladrón, supongo que será un asesino. O un violador. Lo que dudo que sea es un ciudadano de a pie o una persona mentalmente estable. Pero ¿por qué no siento que esté en peligro? ¿Por qué estoy... tranquila, dadas las circunstancias?

Sabía que odiaba mi vida, pero no hasta este punto.

—Es imposible que creyerais que vuestro acto de irresponsabilidad no tendría consecuencias —replica con retintín, como si estuviera molesto por una vieja rencilla y hubiera aparecido para cobrarse una razonable venganza.

—¿Y tú eres la consecuencia? Espera, espera... ¿Qué acto de irresponsabilidad?

—Hace días desde que rompisteis vuestra conexión con los confederados —me acusa, esta vez en un tono tan serio que se me encogen las tripas—. Todo apunta a que nuestro destino será caótico si

seguís manteniéndoos al margen, y como uno de los protectores que soy, no puedo permitirlo.

Escucho el apenas perceptible chasquido de huesos y la leve protesta del suelo al ser su nuevo apoyo. Con el ceño fruncido, alargo una mano nerviosa hacia delante... y él ya no está.

Se ha arrodillado. ¿Se ha arrodillado?

¿Qué mierda hace de rodillas?

—He venido a rogaros que retoméis vuestra tarea y no nos abandonéis a la deriva. Corren tiempos turbulentos en la Confederación y os necesitamos más que nunca, Creadora.

Si se pudiera morir de incredulidad, el ladrón habría tenido que encargarse de llamar a la funeraria. La perplejidad impide que me mueva o respire durante lo que parece una eternidad, que en realidad son solo los segundos que tardo en dirigirme a la pared para pulsar el interruptor de la luz de un fuerte manotazo, como si en vez de encender una bombilla me hubieran ordenado bombardear Hiroshima desde mi avión de guerra.

Un jadeo entrecortado escapa de mis labios al verlo.

En efecto, está arrodillado. Uno de sus antebrazos reposa cerca del muslo enfundado en una especie de bermudas bombachas de satén brillante. Pero no brillante disfraz-del-bazar-pakistaní, sino brillante de MUY caro.

Habría sido imposible para mí no asociar su rostro con el de alguien que, aunque no he visto, sí conozco. Nada más cruzar miradas con él, mi mente cortocircuita y rescata un fragmento que yo misma escribí.

«El que una vez fuera un niño enclenque y enfermo, aunque con una voluntad tan ingenua como admirable para plantar cara a la inexorable fuerza de su muerte prematura, se había convertido con los años en la gloria del linaje de los Vygantas. Había heredado los largos cabellos blancos de su madre, que, como una pareja de baile, lo acompañaban durante la lucha efectuando una coreografía. Tenía los huesos finos y un regio perfil con trazos señoriales, el rasgo físico por el que era admirada su familia paterna, la atractiva esbeltez de las vilas[1] y, además, poseía el *alter*, la elegancia natural de las criaturas feéricas.

Pero el príncipe de Elyllon no era solo un puñado de rasgos hermosos. No ignoraba su belleza, como tampoco la usaba para regodearse. Mirarlo a los ojos una vez bastaba para saber que, aunque tenía el porte de un noble feérico, la enfermedad

le había enseñado a ser humilde, mas nunca a resignarse. Entre reyes codiciosos que llamaban al alzamiento de armas, el príncipe destacaba por su elevada paciencia, la que solo podría verse en quien ha asumido la muerte como el verdadero rostro de la vida. Una paciencia cuidada con esmero que se fortalecía con cada segundo de su servicio al principado, y que por momentos se convertía en una escalofriante serenidad. Era esto lo que le hacía parecer un ser que había ido a otro mundo y regresado de allí ileso».

Me llevo una mano a la boca con el corazón latiéndome a toda pastilla. Él se levanta, permitiéndome confirmar que mide un metro ochenta y cinco de estatura, y me mira con determinación.

Son sus ojos. Los ojos del mismo amarillo pálido que los pétalos del narciso.

—No me lo puedo creer. No... No puede ser... Tú...

Él esboza una sonrisa serena y extiende una mano hacia mí.

—Tenéis...

—¡Llevas las lentes de contacto más realistas que he visto en mi vida! —logro tartamudear. A estas alturas, mi coherencia se ha desvanecido y me posee el espíritu de la escritora entusiasmada. Camino hacia él, aún anonadada, y no me resisto a acariciarle las mejillas—. ¡Y la peluca...! Sin duda, los pómulos deben de ser prótesis. No conozco a nadie que los tenga tan afilados, ni siquiera Angelina Jolie... Aunque yo a Angelina Jolie no la conozco en persona, solo la he visto en un par de películas.

—¿Prótesis? —repite, entre confuso y divertido—. Debéis escucharme, Creadora.

«Creadora».

La primera vez que lo he escuchado me ha chocado, pero ahora me chirría tanto que se me olvida su exuberante disfraz. Me retiro con gesto incrédulo, recordando su breve declaración de intenciones.

«He venido a rogaros que retoméis vuestra tarea y no nos dejéis a la deriva».

—¿Qué tarea? —logro articular, mirándolo con desconfianza. La sensación inicial, ese mal presentimiento, se enlaza con una inconveniente decepción.

¿No tengo derecho a soñar con Dareon sin que me moleste con

responsabilidades? ¿No puedo limitarme a admirar su demoledor atractivo físico?

—Debéis seguir escribiendo sobre la Confederación de Trevelyan —tuerce la boca—, aunque quizá debería haber dejado de llamarse así hace tiempo. Vos sabéis mejor que nadie lo que sucede y lo que sucederá. Si no lo ponéis por escrito como las nornas hablaron sobre el futuro de los guerreros escandinavos, nuestro futuro sucumbirá al caos.

Doy otro paso atrás, aunque sin apartar la mirada de él. Es tan dolorosamente bello a su manera élfica que dedicarle una mueca despectiva, pese a las idioteces que está diciendo, sería contranatural. Lo que es más: se parece tanto al Dareon con el que he soñado, el que he visto en todos esos flashes de escenas por redactar, que no puedo fulminarlo ni echarlo a patadas. De alguna manera, siento que traiciono a la Diana que sonreía como una estúpida cuando narraba sus primeras aventuras.

Primeras y últimas.

«Debéis seguir escribiendo sobre la Confederación...».

Dios santo, ¡no! No puede ser. Un maldito fan de la saga se ha vestido de Dareon de Vygantas y se ha colado en mi casa para exigirme que siga escribiendo. ¿Todo esto por el puñetero tuit dramático que puse pidiendo disculpas a mis seguidores por abandonar la historia?

¿Cuánto hace desde que le di a enviar? ¿Unas tres o cuatro horas?

Debía tener el disfraz preparado ya. Y los planes de asalto a la intimidad.

Pero ¿cómo ha averiguado dónde vivo?

No es un ladrón ni un coleccionista de mariposas disecadas, porque no ha venido a robarme la 88 que llevo en el bolsillo como un talismán (sí, incluso para dormir).

Es mucho peor. Es un loco.

Y quizá yo estoy más loca aún, porque pretendo darle explicaciones.

—Mira, me sabe muy mal decirte esto teniendo en cuenta lo mucho que te lo has currado —admito, repasando su chaleco plateado con

ribetes celestes. En el ojal luce el broche distintivo del pájaro con las alas como hojas flabeladas, el ave argentado de los bosques de Turlough que representa la libertad, la belleza y la magia del principado de Elyllon—, pero... No es nada personal, ¿entiendes? Quiero decir... Sí es personal para mí, dejo esto de la escritura por un tema sentimental que me está afectando bastante, pero...

Creo que nadie me ha escuchado con tanta atención jamás, y eso debería darme razones para seguir parloteando, pero en su lugar me ruborizo y sello los labios. No estoy acostumbrada a que un hombre con esa cara me mire como si fuese el ser más importante del universo.

—Nunca imaginé que la Creadora sería una criatura de carne y hueso —confiesa de pronto—. Supongo que esta es una de vuestras muchas apariencias, una manifestación de vuestro poder. Es obvio que al mezclaros entre los humanos habréis sufrido su cruel destino. ¿Qué es lo que os ha ocurrido?

—Bueno, eh... No sé si eres la persona más indicada para hablar de esto, pero... Me he divorciado y está siendo un duelo bastante duro.

No parece apropiado contarle esto a un hombre que se parece tantísimo a mi personaje que da grima, aunque no pierdo de vista la ironía encerrada en el asunto.

Quizá, dentro de unos días, consiga echar la vista atrás y descojonarme.

—Escucha... —Carraspeo—. ¿Cómo te llamas?

Él arruga el ceño.

—Deberíais saber eso.

—Te pareces bastante a alguien de la novela, eso desde luego, pero... ¡Hostia!

El loco saca una daga con la empuñadura de plata y vuelve a arrodillarse para dejarla a mis pies.

—Soy Dareon de Vygantas, hijo de Egren y Agrona, las Grandes Majestades del último reinado. Príncipe de Elyllon, aliado de Turlough y protector del Pacto de la Confederación. A vuestro eterno servicio, mi Creadora.

Y hace una venia que me deja con un tic en el ojo.

—Eso de «eterno» suena a un buen rato, y no me pondría al servicio de alguien que tiene pendientes unas cuantas lavadoras y lleva quince días sin limpiar el baño. —Suelto una risita histérica—. Será mejor que guardes eso. En esta casa somos pacifistas.

—Jamás la usaría contra vos —me promete al incorporarse. Guarda el arma donde la tenía, en una pequeña vaina que se camufla con el grueso cinturón también plateado.

—Aun así, preferiría que no la tuvieras en la mano cuando oigas lo que tengo que decirte. —Cierro los ojos un instante, tratando de evitar que la vergüenza ajena se me salga por cada uno de los poros. Al menos es la primera vez que no soy yo la que se ridiculiza—. Escucha... eh... *Dareon*. He decidido que voy a dejar de escribir. Lo hacía porque me llenaba, porque quería a los personajes... y ese ha sido justo el problema. Dándoles una historia trepidante, forjando relaciones entre ellos y desentrañando sus sentimientos he acabado por olvidar los míos. Por olvidarme a mí. —Apoyo las manos en mi pecho y esbozo una sonrisa humilde con la que espero que empatice —. Solo tengo una vida y no quiero desperdiciarla hablando de otros, incluso si esos otros son mucho más interesantes que yo.

Le estoy hablando como intuyo que se habla a los tarados, con tono sosegado y con una sonrisa. No parece que esté funcionando, porque, aunque Dareon no frunce el ceño, tampoco da su brazo a torcer.

—Incluso si quisiera, no podría volver a escribir —agrego con rapidez—. Estoy bloqueada. Llevaba semanas sin pulsar una tecla antes de hacer ese anuncio en Twitter. Nada venía a mi mente.

Eso capta su interés.

—¿Nada?

—Nada de nada. Totalmente en blanco.

—¿Totalmente en blanco?

—Ajá.

—¿Y qué significa eso?

—Me sentaba a escribir para no dar la espalda a mis rutinas y no salía ni una sola palabra. Intenté matar a un personaje a ver si me animaba, pero...

—¡No! —aúlla. Doy un respingo—. ¿A quién ibais a llevaros?

—No lo sé. —Pongo los brazos en jarras—. ¿Vikram, tal vez? Me cae mal y todo el mundo está tan obsesionado con que le dé protagonismo que me revienta. Quitándolo de en medio cortaría de raíz tanta tontería, que falta va haciendo. ¿Qué le ven?

El semblante de «Dareon» se oscurece.

—Vikram es mi guardaespaldas, el hombre más leal que conozco.

—Vikram es un asesino a sueldo —le recuerdo. Luego me doy cuenta de que estoy hablando de mi personaje como si estuviera vivo y me callo.

Qué fatiga.

—Daría mi vida por él sin pensarlo dos veces —insiste «Dareon»—. No se merece ningún trágico final.

Joder. Sí que se tiene bien estudiado el papel, el loco este.

Y hablando de la locura...

¿Es posible que yo haya contribuido a volverlo majara? ¿Mencionarán algo las políticas de Amazon sobre avivar la insania de un chaval? ¿Se podrán emprender acciones legales contra una escritora por provocar semejante delirio en sus lectores? ¿Y si lo he desquiciado con mi historia sobre guerras, venganzas y escenas de sexo explícito?

—¿Alguna vez habéis sufrido algo parecido? —me pregunta de repente—. ¿Habéis tenido un... bloqueo antes?

—Jamás, aunque quizá se deba a que nunca había pasado por una experiencia tan traumática. Quiero decir... Me hicieron *bullying* en el colegio y mis padres nunca me han aceptado del todo, pero está claro que eso solo era el calentamiento para lo que pasó en la sala de... —Sacudo la cabeza—. ¿Por qué te estoy contando esto?

«Dareon» sonríe de lado.

—Eso ya lo sabéis. Las hadas de Turlough inspiramos tanta confianza que no podéis resistiros a confesarnos vuestros secretos.

Claro que lo sabía. Y sé también que es porque los feéricos del bosque de Turlough poseen un magnetismo sobrehumano que hipnotiza a los mortales, y que dicho encanto mágico puede ser empleado con fines perversos o para alegrarle la noche a una treintañera. Lo sé, por cierto, porque he escrito todo eso en mi novela.

Pero no estamos en mi dichosa novela sin continuación, sino en la vida real, y este hombre... este... este hombre es...

Feérico o no, es tan hermoso que admito que sí que me está costando no abrirme, pero de piernas.

—Ese es otro de los efectos que provocamos sobre el resto de las razas —agrega con tonito juguetón, lanzándome un guiño—. Las atraemos sexualmente.

—¿Qué? ¿Cómo...? ¿Me has leído la...?

—Sois muy expresiva, Creadora.

«Creadora» otra vez.

Me pellizco la nariz e intento controlarme para no soltarle que se largue. No pienso pegarle o maltratarlo. No es así como se trata a las minorías excluidas socialmente y olvidadas por el Estado como lo son los esquizofrénicos. Este demente va a marcharse por la puerta sin un rasguño y yo volveré a la cama.

Si es que no sigo soñando, lo que aún no he descartado.

—La moraleja de todo esto es que ya no puedo escribir. He perdido mi don, mi talento, mi poder, o como lo quieras llamar. Deberías haber leído la última página antes de que la borrase —bufo, poniendo los ojos en blanco—. Daba pena.

—Ha de haber algún motivo detrás de eso —murmura, pensativo—, y estoy convencido de que las hadas os ayudarán a solucionarlo. Nosotros no podemos vivir sin vuestra aportación, Creadora. Sois imprescindible. Así pues, no pienso marcharme de aquí hasta haberos salvado.

Por un momento fantaseo con su afirmación. Oh, ¡sí! Soy imprescindible para alguien —bueno, *somos:* mi talento y yo. Ya que habla en plural, no sé ni para qué, habrá que aprovecharlo—, algo que no recuerdo haber sido nunca y con lo que sin embargo llevo soñando toda mi vida.

«Dareon» se niega a aceptar que las historias de Trevelyan han muerto y vuelve a mencionar el bosque de Turlough. No solo el bosque, sino a la facción feérica, al ejército de vilas, a los mutantes y temibles hechiceras del Seir. En algún punto de su mágica teoría conspirativa sobre por qué no puedo escribir —no parece por la labor

de aceptar que simplemente tengo depresión clínica—, por fin asimilo la inconveniencia de que haya un loco de psiquiátrico en mi dormitorio. Ya lo sabía desde hace unos minutos, pero para bien o para mal, a veces las certezas no te calan hasta un rato después.

Muy despacio, voy componiendo una sonrisa amable y asiento a lo que me va diciendo.

—Debéis venir conmigo a Elyllon —decide en el acto, chasqueando los dedos—. Haré traer al mismísimo Oráculo Laertes para que estudie vuestro problema.

6

«**M**i problema se llama Roberto Garrido y está en Granada, Andalucía, pero muchas gracias».

—Vale, vale, pero antes de todo eso..., ¿puedo saber cómo has entrado en mi casa?

—Por un portal tridimensional —responde con naturalidad.

—Un portal tridimensional, claro. No sé ni cómo no se me había pasado por la cabeza.

—Creadora... —Da un paso hacia mí—, tenéis que recuperar vuestro don. Sé que ahora mismo lo veis todo desde una perspectiva pesimista. No conozco a nadie que no haya sufrido decepciones y haya permitido, aunque fuera por un rato, que hicieran mella en ellos, pero no podéis rendiros. No solo nosotros dependemos de vos; también vos, en cierta manera, nos necesitáis a nosotros.

Ha sido un discursito de lo más cursi, pero lo cierto es que tiene razón. Yo también necesito a mis (escasos) fans. Han sido mis muletas desde que recuerdo y no puedo soltarlos sin más, y menos todavía cuando he perdido el equilibrio.

Esto no significa que haya reconsiderado la escritura, claro. Significa que voy a llevarlo al hospital para ver si se ha dado un golpe en la cabeza al echar mi puerta abajo y si está tan enfermo como para que lo internen.

Este tipo debe tener una familia, y seguro que andan preocupados por él.

—De acuerdo, iré contigo —accedo, orgullosa de ser tan buena persona—, pero antes me gustaría que me acompañaras a... a un sitio. Es muy tarde, pero seguro que atienden urgencias. ¿Te importa, o tienes mucha prisa?

—Será un viaje largo, así que entiendo que debéis prepararos. ¿Es esta vuestra alcoba? —Echó una ojeada alrededor—. Me retiraré si queréis cambiar vuestro atuendo.

—Muy amable, gracias... *Dareon*.

La boca se me tuerce al pronunciar el nombre, pero él parece complacido cada vez que lo digo, ¿y quién soy yo para contrariar a un

pobre chiflado con una daga lo bastante afilada para cortarme en pedacitos? No he visto muchas armas blancas a lo largo de mi vida, pero eso no es un plástico pintado de la tienda de disfraces. Eso ha salido de la forja.

En cuanto «Dareon» cierra la puerta, lanzo una mirada a la ventana. Me acerco a ella, sopesando la posibilidad de tirarme desde el segundo piso y huir, quizá, a casa de Elsa. No está muy lejos, pero tengo un deber moral con mi fan loco, incluso si es solo porque su *cosplay* está muy conseguido.

¿Cómo de mal estaría que me hiciera una foto con él, dadas las circunstancias? Tampoco quiero aprovecharme, aunque ahora que ya no soy ni seré una figura pública, puedo permitirme no ser políticamente correcta.

Al final gana la moral.

Me pongo unas mallas grises desgastadas y una de esas camisetas de mercadillo que enseñan un hombro. Encima me planto un jersey ombliguero —el primero que encuentro— y un abrigo hasta las rodillas. Al salir montada sobre mis botas UGG, encuentro a «Dareon» sentado como un niño bueno en el sofá, observando mi salón con ojo crítico.

—No es la primera vez que visito el mundo humano —comenta como si le hubiera invitado a tomar el té. Se palmea los muslos—. Estoy familiarizado con las viviendas de este estilo, pero la vuestra es bastante acogedora.

Una sonrisa incrédula se dibuja en mis labios.

Este tío ha entrado en mi casa por la noche y ahora la está halagando. El panorama es tan surrealista que le va a dar la vuelta al significado de la palabra. Al final me creeré que esto es lo normal.

Odio esa palabra.

«Normal».

¿Qué mierda es «normal»?

La nochecita que estoy pasando, no. Eso por descontado.

—Muchas gracias. —Vacilo antes de señalar la puerta con las llaves —. ¿Vamos?

—Detrás de vos.

Ignoro los pensamientos intrusivos que su trato cortés suscita, como, por ejemplo, ese que dice que podría acostumbrarme, como si pretendiera mantenerlo en mi vida para siempre.

Tiene su encanto que me hable con respeto, aun así. Me siento valiosa y me recuerda a mis queridísimas novelas de *highlanders*.

—Y, eh... —empiezo, nada más hemos salido del portal—. ¿No vienes mucho por aquí? Por la Tierra, digo.

Prefiero no hacer comentarios sobre esto.

Si no puedes con el enemigo, únete a él.

—Solo a visitar a algunos de los emigrantes de Elyllon. Están deseando regresar, pero para algunos es peligroso por determinadas circunstancias. Acudo en representación del Estado para que no piensen que han sido olvidados y tengan presente que sus vidas importan.

Ojalá me hubiera visitado a mí alguien para decirme que mi vida importa.

Asiento mientras me caliento las manos con un soplo de aliento. Menos mal que tengo el Hospital Universitario Virgen de las Nieves a un par de calles y no hay mucha gente paseando a las tres de la madrugada. Tengo el sentido de la vergüenza ajena muy sensible estos días y no sé si me gustaría que me mirasen con extrañeza por ir acompañada de un tipo salido de la Comic-Con, aunque sospecho que el disfraz quedaría en segundo plano cuando le vieran el jeto.

Lo de la sangre feérica lo dudo, pero el poder del tipo es indiscutiblemente su cara. Ya tienes que estar tremendo para que una sea más consciente de tu cercanía y tu olor corporal que de tu psicosis.

Entramos en el hospital sin mayor incidencia. No parece que le suene el sitio, pero se deja llevar sin hacer preguntas.

Puede que nunca haya estado ingresado. Puede que nadie sepa que está loco, ni siquiera esa familia en la que he pensado a la hora de llevarlo a urgencias. A lo mejor está solo en este mundo, cosa que admito que me conmovería.

Uno de los médicos de guardia se me acerca apresurado. La bata ondea a la espalda como una capa.

Lo conozco. Es uno de los muchos tipos con los que salió Elsa.

Lo raro sería no toparse con uno cada dos metros. La ciudad está atestada de ellos.

—Triana, qué alegría verte —me saluda.

—Hola, Alonso... —«¿Se lo digo o no se lo digo? Se lo digo»—. En realidad es Diana.

—Oh, vaya. Disculpa. —No parece sentir un carajo. No lo culpo—. ¿Qué haces aquí?

—Pues, eh... Verás... «Dareon», ¿puedes esperar un momento?

—Por supuesto.

Alonso le lanza una mirada de extrañeza antes de caminar conmigo a un espacio algo más apartado. Ahí, al principio tartamudeando y luego con propiedad, le cuento la historia del allanamiento, del tuit sin tacto que ha podido desencadenar el derrame cerebral del notas que nos lee los labios en la distancia y de quién se cree que es: un personaje de mi novela.

Durante el monólogo, Alonso observa con ojo crítico al supuesto Dareon.

—Está claro que el golpe ha debido dárselo mucho antes de disfrazarse, así que no creo que esos síntomas de delirio que describes hayan sido fruto de un tropiezo en tu apartamento.

Dareon no se mueve del sitio. Mira con fijeza a Alonso.

—¿Por qué no lo has llevado a comisaría?

—No ha sido violento conmigo, y... No sé en qué lugar me deja esto, pero parece una buena persona. No me habría gustado que lo fundieran a preguntas y lo esposaran por todo el tema, se nota que está muy perdido y pasando por un mal momento. Por si acaso, ¿no podrías revisar si se ha hecho algo, si tiene un chichón, o...?

—Debe de haber alguien en el ala de psiquiatría. Me lo voy a llevar conmigo para hacerle unas pruebas. Intentaré que estén dentro de un rato.

—Gracias, Alonso.

—De nada, Liana. —Y sonríe. Suspiro en lugar de corregirlo y le hago un gesto a «Dareon» para que se acerque—. Bueno, caballero, si es tan amable de seguirme...

«Dareon» lo mira de arriba abajo con desdén. Sus iris pálidos

relucen como los de un tigre de bengala antes de hundir los incisivos en el cuello de su presa. Alonso echa a andar y él lo sigue en tensión.

Antes de perderme de vista, el médico se gira un momento, dubitativo, y me mira.

—Oye, Dayana... —Se muerde el labio—. ¿Cómo está Elsa? ¿Le va bien con todo eso del cine? ¿Es feliz?

«Dareon» levanta la mirada del zócalo de la pared, donde la había perdido. Observa a Alonso con los párpados entornados. Su expresión delata la opinión que se ha formado del médico: que no le gusta un pelo.

—Le va bien, le va muy bien —resuelvo rápido—. Si quieres le digo que te he visto, o que te llame.

Alonso esboza una sonrisa resignada.

—No será necesario, pero gracias.

Asiento, aliviada. Elsa no quiere tener nada que ver con los hombres a los que ha despachado. Me alegro de que Alonso sea lo bastante listo para saberlo, aunque parece que no lo suficiente para recordar mi nombre, porque lo vuelve a decir mal cuando, unas horas después, regresa acompañado de «Dareon» y con unos resultados que le han puesto pálido.

Me pongo en pie de un salto al verlos acercarse. «Dareon» lo sigue a unos cuantos metros de distancia, como si no quisiera contagiarlo de la que sea su dolencia.

—¿Qué pasa? —murmuro, intrigada.

Alonso mira a un lado y a otro antes de bajar la voz y mostrarme una serie de hojas grapadas con los resultados.

—Este hombre se está muriendo, Eliana —anuncia, mirándome con gravedad.

Cojo aire de golpe y lo mantengo en los pulmones hasta que me queman.

—¿C-cómo?

Atiendo, inmóvil, a la explicación posterior. Empieza a señalar gráficas, números y palabras con las que no estoy familiarizada.

—No hay psiquiatras haciendo guardia a estas horas, así que no han podido hacerle un test psicotécnico para confirmar tus pesquisas.

Según la resonancia, por otro lado, tiene la cabeza perfectamente. Nada raro en el cerebro, por lo que se descarta cualquier tipo de demencia degenerativa, aunque no trastornos psiquiátricos como el de personalidad múltiple, que es el que tiene toda la pinta de que padece. —Añade, en voz baja—: ¿Qué coño es Elyllon? ¿Un equipo de fútbol de segunda? ¿Y por qué lleva una daga medieval encima?

—Mero *attrezzo*. —Aireo la mano para restarle importancia—. Pero ¿por qué dices que está...?

Alonso suspira.

—La cosa es que le he visto unos cuantos cardenales de una supuesta pelea (o eso ha dicho) y un vendaje, y he decidido hacerle una radiografía y otras pruebas rutinarias para asegurarme de que no hay daños internos. Ya sabes, como favor... No estamos para gastar recursos, pero bueno, eres la hermana de Elsa, y... No importa. El caso es que después de ver lo que ha salido... —Sacude la cabeza—. He tenido que ponerme con ecografías, entre otras pruebas, porque la creatinina...

—En cristiano, por favor.

—Según los resultados, sus órganos están destrozados —confiesa al fin, con el aliento entrecortado. O es un tipo de lo más empático o no ha visto nada tan desconcertante en su vida—. Tiene un riñón parado. Otro apenas funciona. Como mínimo padece una insuficiencia renal crónica, y está para pasarlo a diálisis. Su corazón late a un ritmo tan lento que debería haber sufrido un paro hace tiempo.

»Para que lo entiendas —se detiene al ver que estoy patidifusa—, el corazón de una persona sana late entre sesenta y cien veces por minuto en reposo. En un paciente con bradicardia, que no tiene por qué derivar en un problema muy grave, late menos de sesenta veces. El ritmo cardíaco de Dareon está por debajo de los veinte, y creo que es porque estaba furioso conmigo, lo que puede significar que su latido normal anda por debajo de los diez. —Cambia el peso de pierna —. Por cierto... ¿Alguna idea de por qué parece odiarme? No se ha reído ni cuando he hecho chistes de lo malo que es el Granada. ¿Es así contigo?

—No. —*De hecho, me trata de vos. Unos se dirigen a mí como si fuera*

una princesa y otros no se aprenden mi nombre... En fin, lo que es la vida —. ¿Y qué más?

—A lo mejor está celoso. Bueno... —Cruza las manos sobre el regazo—. Él asegura que no tiene ninguna enfermedad cardiovascular, como tampoco endocrina, y yo no sabría cómo diagnosticarlo. Jamás he visto nada igual. No sé cómo es posible que este hombre esté vivo. Es un milagro. Un auténtico milagro... Alguien debería estudiarlo.

Ladeo la cabeza hacia «Dareon», que espera apoyado junto al ascensor. El disfraz completo, unido a su belleza irreal, me roba el aliento, aunque esta vez lo que me golpea no es su encanto divino, sino la compasión.

Dios mío. Se va a morir. Por eso se ha colado en mi casa. Estando enfermo de gravedad no tiene nada que perder, y ha decidido arriesgarlo todo viniendo a verme *a mí*, vestido de Dareon, para pedirme que no deje de escribir.

¿Y si ese es su último deseo? ¿Y si lo único que le importa después de todo es mi obra?

Me estremezco solo de pensarlo. Soy consciente de lo terrible que es que una parte de mí se regodee en lo que eso significa: la importancia que tengo para un auténtico desconocido y lo lejos que ha llegado mi novela a pesar de estar solo disponible en Amazon y Kindle Unlimited.

El afán de grandeza solo me hace sentir aún peor.

—¿Aitana? ¿Me oyes?

Me vuelvo a concentrar en Alonso, aunque con los ojos empañados.

—¿Qué decías?

—¿Sabes cuál es el hospital que le corresponde por zona, y si hay alguna posibilidad de que lo trasladen a este? Me gustaría seguir haciéndole pruebas para averiguar qué padece. Su cuadro clínico no encaja con ninguna enfermedad infecciosa, ni con un cáncer, ni siquiera con las dolencias que creemos ya extinguidas en España.

Vuelvo a mirar al tipo y el estómago se me revuelve a la par que el corazón se me rompe. Ha elegido a Dareon para disfrazarse porque él, el protagonista de mi libro, también padece una enfermedad mortal.

Porque se identifica con él o porque querría ser como él, valeroso, bueno: un héroe con todas las letras a pesar de su situación vital.

Yo le he inspirado. Le he dado un referente al que aferrarse y se lo he arrebatado cuando más lo necesita.

Soy lo peor.

—No tengo la menor idea —contesto con precipitación, recordando que Alonso espera una respuesta—. Ya sabes que lo he conocido esta noche.

—Hay que ingresar a este hombre, Juana. Debe de estar sufriendo unos dolores inimaginables. Habría que ponerle cuidados paliativos y...

—Ya sé que estoy enfermo —interrumpe «Dareon» con un tono imperioso que me sorprende. Los dos nos giramos hacia él. Se ha acercado a nosotros con un sigilo asombroso—. No necesito ningún cuidado paliativo. Lo que necesito es largarme de aquí de inmediato.

Oh, conque Don Reverencias Medievales sabe hablar andaluz. Eso de «largarse» no ha sonado demasiado a Vuestra Merced.

—Pero está usted...

—Insisto en que ya lo sé —le corta con aún más aspereza.

—Supongo que... En estas circunstancias es usted libre de vivir como desee, teniendo en cuenta que... En fin. Lo siento muchísimo, señor.

En un gesto compasivo, le pone una mano en el hombro.

Nada más tocarlo, «Dareon» se estremece como si le hubiera dado la corriente. Sus ojos se oscurecen hasta teñirse de un color similar al del diente de león, y por un instante parece ausentarse de donde está de cuerpo presente para viajar a algún recuerdo. Su mirada se pierde un segundo, y distintas emociones surcan su rostro hasta que vuelve en sí y retrocede tres pasos con la mirada de un animal atrapado.

Me dan ganas de decirle que sea un poco más educado. Alonso no es el tío del año, pero tampoco hay que comportarse como si no se duchara.

—¿Hemos terminado? —me pregunta «Dareon» con sequedad.

—Sí... Sí.

«Dareon» se da la vuelta y echa a andar tan rápido como se lo

permiten sus extrañas botas de suela lisa —que parecen comodísimas — sin darme tiempo a decirle adiós a Alonso.

A este no parece importarle demasiado. Se queda mirando a «Dareon» con una mezcla de rechazo y absoluta fascinación.

Está viendo cómo se aleja el proyecto médico de su vida.

Eso debe doler.

—«Dareon», espera —le ruego—. No vayas tan deprisa, no...

Frena de golpe en medio de la calle y yo me choco con él. Tiene el pecho tan duro que me quedo desorientada un segundo. Necesito reconocer el quiosco de siempre, la terraza recogida del bar de la esquina y la rampa de acceso al hospital para ubicarme en espacio y tiempo.

—¿Iremos a Elyllon ahora?

Y dale con la perorata.

Ya no me mira con esa extraña reverencia inicial. La cortesía sigue ahí, porque suena respetuoso incluso al apremiarme, pero bajo ella persiste una ligera molestia que no tardo en comprender.

No le ha gustado que le saquemos de su papel y mencionemos la enfermedad tan a la ligera. Normal. Si anda por ahí disfrazado de Dareon es porque preferiría ser cualquiera a ser él mismo, porque no soporta que le recuerden sus miserias.

Él y yo nos parecemos en eso. No recuerdo un solo día de mi vida en el que no hubiera deseado vivir en una piel diferente.

Relajo los hombros, abandonando la actitud defensiva que en realidad no he logrado fingir en toda la noche.

—Respóndeme una pregunta, «Dareon». ¿Soy yo tu último deseo?

Él me observa con extrañeza.

—¿Cómo decís?

—Yo, volviendo a escribir... sacando la dichosa segunda entrega. —Aireo la mano—. ¿Es eso lo que quieres, lo que le pides al mundo?

«Dareon» asiente con la cabeza, convencido.

—Es exactamente lo que necesito. Lo que necesitamos.

En ese caso, *alea jacta est.*[2]

No sé a dónde me quiere llevar con exactitud. A lo mejor, «Elyllon» es su apartamento, o su habitación del manicomio, o el parque García

Lorca, o el mirador de San Nicolás... En cualquiera de los casos, me parece romántico.

No puedo decir nada en mi defensa, porque no tiene perdón que me gustara tanto el Joker de Jared Leto con la Harley Quinn de Margot Robbie y su relación tóxica, pero desde luego explica que esté mirando con ojos brillantes a este pobre moribundo que casi me mata del susto. Soy consciente de que con mi entrega sin reservas demuestro que estoy más tarada que él.

Por otro lado, no es como si pudiera llevarme a un sitio mucho peor que en el que estoy ahora mismo: nadando en el tonel de mierda que es actualmente mi existencia. Cuento con que no me matará, no me sacará los órganos ni intentará hacer nada raro con mi cuerpo.

Seguro que no soy su tipo de mujer.

Solo su tipo de escritora.

—En ese caso, vamos.

—Dadme vuestra mano.

Se la tiendo en un acto de fe que no recuerdo haber tenido con nadie. Sale de mí con una naturalidad que me deja pasmada, igual que la sensación de familiaridad al tener sus dedos entrelazados con los míos. Permito que me arrope con la palma y que tire de mí con suavidad para llevarme calle abajo.

Solo que no me lleva calle abajo, ni tampoco hacia arriba. No toma el camino que pueda indicar una brújula. El suelo se abre a nuestros pies y ambos caemos al vacío.

Chillo hasta desgañitarme mientras sacudo mi cuerpo inútilmente. Él, a mi lado, resplandece. De forma literal. Despide destellos pálidos como su cabello, que flota como la capa de un superhéroe debido a la velocidad de la caída. Es una visión hermosa, pero el miedo se apodera de mí y cierro los ojos para resistir el impacto, rogando que pase rápido.

7

Estaba segura de que si no me mataba el susto, lo haría el crudo impacto de la caída.

Porque en algún lado tenía que caer, ¿verdad? Lo dice la ley de la gravedad.

Si hubiera estado en condiciones de valorar el aterrizaje desde una perspectiva física, me habría dado cuenta de que no es ni la mitad de duro de lo que debería. Quizá porque no amortiguo el golpe con mi cuerpo, sino con el de «Dareon», al que aplasto y con el que sigo rodando hasta unas impresionantes botas de cuero a las que no presto la menor atención.

Me he quedado encima del moribundo, despatarrada y tan consternada que no puedo hacer más que jadear.

«Dareon», en cambio, esboza una sonrisa divertida.

—No sé qué ha podido pasar. Normalmente controlo muy bien los aterrizajes —comenta con naturalidad—. La próxima vez deberíais probar a quedaros quieta.

Aún hiperventilando y con taquicardia, parpadeo varias veces seguidas.

¿Este pirado se está burlando de mí?

—¿Quedarme quieta? —repito, fuera de mis cabales. Apuesto a que tengo toda la pinta de una bruja piruja, con el pelo a lo Alice Cooper por culpa de la caída y las garras preparadas para retorcerle el pescuezo—. ¿Qué coño has hecho, puto loco? ¡Podrías haberme matado! ¿Es que no te llega el riego sanguíneo al cerebro, pedazo de imbécil? —Me señalo la sien con el dedo de los regaños—. ¡Tienes las neuronas justas para no cagarte encima, joder!

«Dareon» tiene el descaro de romper a reír con alegría. Esto hace que pierda los papeles y aproveche mi postura —a horcajadas sobre él — para atacarlo a manotazo limpio. Como es obvio, no le hago el menor daño —es lo que tiene ser inofensiva—, pero que ni se moleste en hacer el amago de defenderse hiere mi autoestima.

Por orgullo, continúo atacándolo con saña, en parte para desfogar la frustración de estos días.

Habría seguido comunicándome a golpe limpio —tampoco tengo un plan mejor ahora mismo— de no haber sido porque unas manos me arrancan de sus brazos. Y digo que me arrancan porque es como si un huracán me hubiera pasado por encima; siento que, con la fuerza de su tirón, se me va a despegar la piel de los huesos.

Un antebrazo venoso me inmoviliza por el cuello. El resultado es inmediato. Empiezo a boquear en busca de un aire que no solo no entra en mi cuerpo, sino que tampoco sale, porque su otro brazo me oprime el vientre, como si supiera dónde está el diafragma y cómo presionarlo para que detenga la actividad.

«Dad la orden y acabaré con ella», escucho en algún rincón de mi mente en un idioma que no reconozco pero que sorprendentemente entiendo. No lo oigo como el eco fantasmagórico que rebota en el final de un sueño, sino como si yo lo hubiera pensado. Solo que no he pensado en nada, y tampoco tiene mi voz. Parece que alguien haya entrado en el lugar más íntimo de mi cabeza para garabatear un mensaje en las paredes.

Como resultado de la intromisión, que se siente como un asalto a la intimidad, como si me hubiera quitado la ropa, me ruborizo de la cabeza a los pies y comienzo a revolverme en vano.

—¿Acabar con ella? ¡Si te refieres a acabar de volverme una desquiciada, estáis muy cerca de conseguirlo! —Ahogándome con su brazo a pesar de estar clavándole las uñas y golpeándolo, ladeo la cabeza en un inútil intento por dirigirme a él—. ¡Y si esas son las siete palabras con las que pretendes conquistar a las mujeres, deja que te diga que no vas a tener ninguna suerte![3]

Aún tendido sobre la espalda y apoyado en los codos, «Dareon» nos observa con una sonrisa jocosa que enseguida muda a una mueca solemne. Una que, sin embargo, no logra disimular lo mucho que le divierte mi situación.

—No, no tiene mucha mano con el género femenino —confirma, chasqueando la lengua—. Se le da mal la gente en general.

—¡Dile que me suelte! ¡AHORA!

—Suéltala, Vikram —accede «Dareon» con divertida exasperación.

Vikram, dice. No me jodas que el disfraz venía con la mascota

personalizada.

Ese nombre se repite dentro de mí, esta vez como ese retumbar lejano que pone el vello de punta.

«Se había lanzado sobre ti», oigo de nuevo en mi mente.

—¿Y desde cuándo es un drama que una mujer se me abalance? —se sorprende «Dareon», coqueto—. Me gusta pensar que puedo manejarlas.

«Ya veo cómo lidiabas con que te estuviera arañando. Menos mal que el ejército enemigo no está compuesto de humanas, o lo habrías pasado mal. ¿De dónde has sacado a la gatita?».

¿Gatita? Juro que le retorceré las pelotas.

«¿Y a qué estás esperando?», vuelvo a escuchar en mi cabeza. «Tienes mis pelotas al alcance de tu talón... si sabes cómo utilizarlo. Pero apuesto a que no es el caso».

El shock me desencaja la mandíbula.

—¿Me acabas de leer la mente?

«Es uno de los talentos ocultos de la mascota personalizada», contesta.

El mensaje aparece en mi cabeza sin entonación, pero sé que está siendo socarrón.

—Es la Creadora, Vik —explica «Dareon»—. Sé más respetuoso con ella. Y suéltala de una vez, no voy a pedírtelo de nuevo. No nos conviene cabrearla.

A pesar de que el reclamo debería haber sido obedecido de inmediato —la orden la ha dado un superior, aunque sea su superior solo porque se ha disfrazado de príncipe—, el agresor, al que me niego a llamar como a mi personaje, me deja ir muy a regañadientes, y solo para volver a amedrentarme. Me toma por los hombros y, de un movimiento brusco que me marea, me da la vuelta para enfrentarnos.

Teniendo en cuenta que detesto a la gente agresiva y el tipo ha dejado claro que la violencia es amiga suya en cuestión de segundos, lo que ya tiene mérito, me sorprende que su reacción al mirarme a la cara consiga intrigarme e incluso despertar mi ternura. Su impulso es tomar aire de golpe y contenerlo con el pecho henchido al escrutar mi expresión con una mezcla de asombro y recelo.

Cuando logro enfocar la vista, el alma abandona mi cuerpo. El tipo que tengo delante me observa lenta y minuciosamente con las dos pupilas ojivales de un gran felino. Me quedo helada al reconocer el ámbar rojizo de unos iris de criatura fantástica que solo podrían pertenecer a alguien de mi invención.

Joder. Es él. Es Vikram. El mío. El que yo creé y doté de características puntuales para que fuera inconfundible, como la gruesa gargantilla del cuello, los pendientes como estacas atravesando sus lóbulos, el trazo desconfiado y tosco de su boca carnosa, también perforada por un arete, el surco del ceño ensombreciendo su rostro sobrenatural y esas pestañas tan rizadas que se enredan entre sí.

«¿Tú eres la Creadora?», vuelvo a oír en mi cabeza.

De primeras no detecto más que un rastro muy mal disimulado de incredulidad, pero llevo tanto tiempo a la defensiva que lo interpreto como una burla.

—¿Y tú eres el rey del Carnaval, payaso? —le espeto, envenenada —. Esas lentillas tan realistas deberían ganar el concurso de disfraces por sí solas. ¿Por qué no montáis una tienda de *merchandising* de libros de Brandon Sanderson, ese de ahí y tú? Os haríais de oro con los frikis del salón del manga.

Sin decir una sola palabra para defenderse, Vikram me suelta. No estaba aguantando todo mi peso, y tampoco me empuja, pero al dejarme ir siento que vuelve a pasarme por encima el huracán de antes. Trastabillo y casi me caigo de rodillas por la impresión, como si para encontrar el eje debiera, además de deshacerme de su agarre, distanciarme del agresivo campo de fuerza que parece envolverle.

Por suerte, recupero el equilibrio a tiempo. Al hacerlo, consigo echar una ojeada alrededor. Y ojalá no lo hubiera hecho. Me quedo inmóvil al reconocer el entramado de baldosas brillantes del suelo, diferenciadas unas de otras por finísimas líneas plateadas que forman un patrón arabesco.

Estamos en un inmenso salón al que se accede por un portón monumental emplazado en un arco lobulado. Desemboca en una escalinata de mármol que conduce hasta un sillón. Y no es un sillón cualquiera. Las cinco astas del acabado del respaldo se entrelazan para

simbolizar sobre ellas un árbol de tronco trenzado del que emergen hojas plateadas. Una brisa inexistente, puesto que aquí no corre el aire, las mece mágicamente, proyectando una artística sombra sobre el cojín celeste que enmarcan los gruesos reposabrazos, ambos labrados en piedra gris.

Es el salón de un trono, y dicho trono no pertenece a ninguna dinastía europea... Ni a ninguna que exista. Solo en mi imaginación hay un asiento real fabricado a partir de la materia viva donde el Oráculo Laertes se sentaba a rumiar sus visiones, y ese trono es el del principado de Elyllon.

Temblando por el realismo de un escenario en el que me he visto mil veces —pero en mis sueños—, doy una vuelta sobre mí misma y me fijo en los cortinajes que improvisa el ánimo alicaído de un sauce llorón, el dibujo del cielo despejado con las lunas gemelas presidiendo el inalcanzable techo, el olor a lluvia y vegetación del corazón del bosque que impregna el ambiente.

No sé cuánto tiempo paso detallando cada pequeñez como si fuera experta en peritaje, pero cuando vuelvo en mí, me percato de que «Dareon» y a «Vikram» me han estado mirando con fijeza todo el tiempo. El príncipe luce su broche centelleante en el pecho, el colibrí de alas flabeladas, y «Vikram» tiene los ojos del que sería mi mercenario si existiera.

Desesperada y esperando que el truco funcione, empiezo a pellizcarme los brazos. «Dareon» se divierte al principio, pero en cuanto me abro un par de heridas, se acerca para rogarme que me detenga.

—Vais a haceros daño.

—Me has traído a... a...

—Al palacio de Elyllon, como acordamos —contesta con inocencia, aun cuando es evidente en su expresión socarrona que no le extraña mi reacción—. ¿Qué es lo que os sorprende?

Cierro los ojos un instante. Tantas emociones se arremolinan en mi interior que necesitaría años para poner cada una en su sitio, y todo para que no se conviertan en una bola de angustia y acaben trastornándome... que es justo lo que sucede. Cuando vuelvo a

abrirlos, creo haber dominado lo que podría haber sido un brote de miedo, de asombro, incluso de ilusión, pero al mirar a los dos hombres disfrazados, algo dentro de mí cede ante la magnitud de los acontecimientos.

Antes de caer redonda, escucho un preocupado «Creadora». La palabra, que hace mella en mí, me acompaña como un eco hasta que el último hilo de cordura y la consciencia me abandonan.

8

Cuando despierto de nuevo no me sobreviene la desorientación habitual, esa que me obliga a incorporarme despacio y hacer memoria para recordar cómo he llegado a donde estoy. En su lugar, respingo con el corazón encogido. Las palabras del supuesto Dareon dan vueltas en mi cabeza.

«Vuestra tarea».

«Creadora».

Me levanto de un salto y admiro mi entorno a fin de averiguar dónde me he metido. Han debido trasladarme del supuesto salón del trono —*Dios, ¿por qué tiene eso que sonar así?*— a alguna de las habitaciones del supuesto palacio —todo va a llevar la palabra «supuesto» delante hasta que logre asimilar que esto no es una broma macabra—; una que no me suena haber descrito nunca pero que cuenta con elementos comunes de la arquitectura de Elyllon.

En mis libros he hablado mil veces de las arquerías ojivales decoradas con entramados de trepadoras en flor. De los altos techos pende una tela sedosa que transparenta el otro lado de la sala. El cabezal de piedra labrada de la cama monumental donde estaba tendida también está salpicado de lirios entrelazados, y la separa del mundo el mismo dosel, que ejerce de puerta.

Poco a poco, conforme me voy familiarizando con una representación a escala real de mi imaginación, el recelo va abriendo paso al deslumbramiento.

Es todo tal y como lo concebí antes de sentarme y teclear. Al igual que esta, cada habitación debe ser un círculo perfecto en cuyo centro destacan un patio columnado y un estanque. Las ventanas dan a un balcón desde el que sé con qué paisaje me voy a encontrar, pero saberlo no me quita la emoción de echar a correr para asomarme.

Antes de llegar, alguien se interpone en mi camino.

La misma mano cruel que intentó asfixiarme logra retenerme en el sitio.

«Poco cambiaría si te tiraras por ahí».

Levanto la cabeza con una mueca indignada.

A lo mejor es pronto para decirlo, ya que solo lo ha hecho unas tres o cuatro veces, pero no me parece nada divertido que se meta en mi cabeza. No sé si esto tiene el menor sentido —poco me importa la lógica teniendo en cuenta dónde estoy—, pero me siento vulnerable cuando habla dentro de mí. Es más íntimo incluso que el sexo.

No deja de ser otra manera de penetración, ¿no?

—¿Qué dices? —le bufo, bizqueando—. ¿Pensabas que pretendía suicidarme?

«Y tengo órdenes explícitas de evitarlo», confirma. Me mira de arriba abajo. «Muerta perderías tu gracia».

—Me sorprende que un tío que lee mentes haya deducido eso de mi comportamiento.

«Ya somos dos sorprendidos. A mí me asombra que la Creadora actúe como una demente».

—¿Cómo quieres que actúe? ¿Has visto dónde estoy? —Bizqueo—. Puedes estar tranquilo. Aunque mi vida solo vaya de mal en peor, nunca se me ocurriría terminar con ella. Muerta se me acabarían las posibilidades de arreglarla, y, además de estúpida, no me gustaría diñarla sintiéndome inútil. ¿Te ha convencido mi argumento? ¿Puedes soltarme ahora?

Vikram lo hace muy a regañadientes. En su forma de mirarme percibo una mezcla de curiosidad y rechazo. Con un movimiento de cabeza, señala mi brazo derecho.

«Solo mientras actúes con lógica. Si vuelve a poseerte lo que quiera que te haya poseído antes, no me vas a dejar otro remedio que atarte».

No le puedo quitar la razón. Me he dejado la piel en carne viva con los dichosos pellizcos. La confusa desesperación que me sobrevino entonces vuelve a hacerse notar y retrocedo un paso con una sonrisa incrédula.

—Sigo soñando, ¿verdad? —murmuro, mirando alrededor en tensión—. Al principio pensaba que era real, que un loco había entrado en mi dormitorio disfrazado de Dareon, pero... pero simplemente estoy soñando, ¿a que sí? Mi subconsciente no me deja en paz. No le parece que sufra suficiente con el divorcio, quiere que además me sienta culpable por dejar de escribir.

Vikram no contesta. Se me queda mirando cruzado de brazos. Parece una columna más de las que cierran el circuito central del dormitorio, enorme y recio.

¿Cuánto medirá? ¿Un metro noventa y cinco? ¿Dos metros?

Una risa histérica silba entre mis dientes.

—No es posible que esté en Elyllon. ¿Cuál sería la explicación lógica? —Bajo las escaleras de piedra que dan al estanque, sintiendo la presencia amenazante de Vikram a mi espalda, y me detengo justo en el borde—. ¿Por qué se haría realidad algo que salió de mi cabeza? No puede estar sucediendo, pero... parece tan real...

Agachada, alargo los dedos para tocar el agua, que se revuelve y forma un remolino al contacto con el índice. Estudio mi reflejo durante unos segundos. Me toco la cara, el cuello, el pecho... No me siento más ligera o menos viva, y ese yo que me observa desde el agua confirma que lo que estoy haciendo está pasando de verdad.

Me incorporo, confusa, y vuelvo a fijarme en los detalles. Las trepaderas. Los arcos de piedra gris, salpicados de color por los rincones en los que crece el musgo. Las sedas blancas. Los portavelas con forma de pájaro que reposan junto a la tetera, a un pequeño cofre de oro con dibujos nazaríes y a un plato a rebosar de frutas que no he probado ni tampoco visto nunca.

Me acerco para tocarlas, igual que repaso el contorno pentagonal de la mesilla, la superficie fría de las columnas, la suavidad de cada tela que encuentro... Y, poco a poco, me lo voy creyendo.

Me lo creo porque quiero, la que es la forma más bonita de creer en algo.

—Elyllon —susurro—. Estoy en el cuarto estado de la Confederación.

«Diría que lo que estás es un poco desorientada».

Apenas lo escucho, a pesar de que se mueve en mi cabeza. Quizá porque no le presto atención. Continúo explorando la habitación, caminando de manera frenética de un lado a otro, bullendo de impaciencia por reconocer hasta el último de los olores. Todo está tan vivo como mi propio apartamento. No parece ni un plató de televisión ni una fantasía.

Giro sobre mis talones y me dirijo muy segura hacia Vikram, que no se ha movido. Como si él fuera también un taburete o un candil, uso las manos para hacerle un reconocimiento, absorta en mi ilusión. Mejillas rasposas, pelo rapado por detrás y tan largo por delante que lo recoge en un moño sobre la nuca, de un azul oscuro que parece negro. Es sólido. Tiene los músculos duros, la piel firme, y un corazón que late muy deprisa. Tan deprisa que diría que está nervioso de no ser porque conozco la anatomía de los *japheth* y sé que el pulso de los mutantes suele ir más rápido de lo habitual.

Una sonrisa abandonada curva mis labios.

—Pareces muy real —musito, hipnotizada—. Pareces vivo.

Él me sostiene la mirada.

«Solo lo parezco».

No tiene voz, por lo que es imposible otorgarle una entonación, pero ya sea porque se la da o porque yo así lo quiero, intuyo un toque de cinismo y amargura en su respuesta.

—¿No lo estás?

«Solo en teoría».

Mis dedos rozan sus labios cerrados a cal y canto.

—¿De verdad he hecho todo esto? —pregunto a nadie en particular.

Él me retira las manos deprisa. Da un paso atrás y aparta la mirada, aunque no a tiempo para evitar que vea el rubor empañando sus mejillas.

«Aparentemente. Aunque empiezo a sospechar que necesitaste ayuda».

—¿Ayuda?

«No eres como esperaba».

Pestañeo rápido.

—¿A qué te refieres?

Sus labios esbozan una sonrisa despectiva.

«No sabes aterrizar al cambiar de mundo, te hieres a ti misma, te desmayas como una pobre cortesana, y ahora actúas como si nada de esto tuviera nada que ver contigo», enumera. «No pareces en absoluto esa gran fuerza indestructible y omnisciente que Dareon dice que eres. De hecho...» Da un paso hacia mí, humedeciéndose el labio inferior.

Lo tiene atravesado por un arete negro que reluce como la obsidiana. «... yo creo que sería muy fácil destruirte. Tus huesos son casi de cristal. Eres frágil. ¿Dónde está tu poder?».

Frunzo el ceño.

—Ah, no, no, no, nada de eso. Ni se te ocurra. —Lo apunto con el dedo—. No me habéis traído a este sitio tratándome como si fuera Dios en persona para ahora dudar de mis poderes... sean los que sean. Es lo que me faltaba. Estoy aquí porque a tu príncipe se le había metido en las pelotas y a mí me dio pena su estado vital, así que no intentes joderme. Aunque supongo que es mucho pedir, si es verdad que eres Vikram.

Él entorna los ojos.

«¿No me has reconocido? ¿Qué clase de creadora no reconoce a su creación?».

—Supongo que una a la que no le cae muy bien su personaje —mascullo por lo bajini.

Me escucha igual, y por lo visto le hace gracia.

«Eso ya ha sonado algo más como que tienes idea de dónde te encuentras y a quién tienes delante. Hasta ahora habría jurado que te has dado un golpe en la cabeza».

—Curioso. Eso es justo lo que yo he pensado de vosotros.

Vikram y yo nos miramos con desconfianza durante unos segundos. Quizá ni siquiera llegue a segundos, quizá solo le sostengo la mirada una ridícula fracción de segundo, pero es suficiente para que me estremezca.

Lo sé todo sobre Dareon, pero aún me faltan muchas cosas por conocer de su guardaespaldas. Se suponía que iba a descubrirlas en ese segundo libro, pero ya es imposible. Y eso es una gran desventaja, sobre todo cuando el sujeto en cuestión no deja de sonreír de lado, como si mi mera presencia fuera un chiste para él.

«Seguro que sabes lo suficiente, o de lo contrario no me tendrías miedo».

Abro los ojos de golpe.

Me ha leído la mente.

Me ha vuelto a leer la mente.

Todo el mundo puede ponerse lentillas, armar un escenario increíble con seda y mármol y hornear galletas de una forma original, pero nadie puede saber a ciencia cierta qué está pensando otra persona. Y es justamente eso lo que hace que, por fin, caiga en la cuenta de dónde estoy y quién es el hombre que tengo frente a mí.

Una bestia gigantesca de piel broncínea, armado con dos espadas cruzadas a la espalda y una mirada sanguinaria.

Me abrazo los hombros para prevenir un escalofrío.

—¿Por qué tendría que tenerte miedo?

«Eres la Creadora. Se supone que sabes todo lo que sucederá y todo lo que ya ha sucedido».

—¿Y qué se supone que sucederá entre tú y yo como para que deba asustarme?

Vikram da un paso más hacia mí, ese que yo había puesto entre nosotros. Aunque no me toca, siento una extraña fuerza tirando de mí para acercarnos, para que levante la barbilla y lo mire.

«Yo no soy quien ha de responder esa pregunta. Pero si conoces aquello de lo que soy capaz, harás bien en temerme».

—Acabo de llegar —consigo articular—. Es imposible que ya te haya hecho daño o dado una mala impresión como para merecerme una amenaza.

«¿Eso piensas? ¿Crees que eres inocente?».

Sacudo la cabeza, cada vez más inquieta. Él me observa con la falta de confianza habitual entre los que aún no deciden si su interlocutor merece respeto. Es una actitud propia de los shaporíes —mostrarse recelosos con los forasteros—, pero no todo el mundo en Shapoor posee su don. El hecho de que no abra la boca para hablar y aun así sus palabras resuenen en mi cabeza con tanta fuerza le otorga un poder estremecedor. Verlo comunicarse conmigo manteniéndose flemático es una desventaja para mí. Su expresión no me habla.

—Por supuesto que lo soy —me defiendo, entrando en pánico—. ¿Por qué dices eso?

—Déjala en paz, Vik —interrumpe Dareon desde la puerta. Suelta la tela que había sostenido para pasar y avanza con tranquilidad—. Es muy temprano para amedrentar a nadie, y menos a ella.

Me aferro a él para huir de la mirada penetrante que me dirige Vikram y de la desazón que me ha dejado. En mi camino hasta Dareon aún siento los ojos del protector clavados en la nuca.

—¿Os encontráis mejor? —me pregunta el príncipe, examinándome de arriba abajo para cerciorarse de que sigo de una pieza—. Me habíais preocupado.

Suelto el aire que había estado reteniendo y pruebo a sonreír.

No me sale, pero se nota que Dareon valora el intento.

—Tengo preguntas. Muchas preguntas. Y algo me dice que tú no tienes las respuestas.

—Hacedlas de todos modos. Quizá os sorprenda.

Ladeo la cabeza hacia Vikram, que no se ha movido del sitio.

—¿Tiene que ser delante de él? —Lo apunto con el pulgar—. Me incomoda.

Dareon suelta una carcajada.

—Es uno de sus múltiples encantos. Por eso lo contrató la Gran Majestad.

—¿Agrona? ¿La última reina? —inquiero con ilusión, solo para confirmar. Él asiente—. Vale... ¿Y no podríamos prescindir de ese encanto por un rato?

«Si lo que temes es que me entere de algo que no quieres que sepa, se te está olvidando que puedo deducir tus pensamientos».

—Solo quiero ahorrarme tus comentarios desagradables. Me da igual si sabes qué pienso. No escondo nada —concluyo, con el pecho hinchado de orgullo.

Así es. No tiene que darme miedo porque no he cometido ningún delito.

—No sabéis cuánto lamento que Vikram no os guste —suspira Dareon, dejándose caer de costado sobre la cama como si pretendiera que lo retrataran para su amante—. Como ya sabéis, es mi confidente. No voy a ninguna parte sin él. Deberéis acostumbraros a su presencia.

Suspiro con resignación.

Dareon me hace un gesto para que me siente en uno de los adorables taburetes cuyas patas plateadas terminan en una espiral. Elijo el sillón en su lugar y lanzo una mirada de advertencia a Vikram

antes de escoger una pregunta inteligente para comenzar el interrogatorio.

Está claro que no lo he convencido. No se cree quién soy, y me temo que las oficinas de la Propiedad Intelectual me quedan bastante lejos para acreditar que la Confederación de Trevelyan fue mi idea. No es que me importe, pero ese tío casi me mata y preferiría no darle más motivos para desconfiar o comentar con el regocijo de un sádico lo frágil que es mi estructura ósea.

Pues claro que es frágil en comparación con la suya, que parece que funciona a base de batidos proteicos y dopaje.

«Si no te gusta mi aspecto, podrías haberme hecho más delgado».

Doy un rebote en el asiento. Me dirijo a él con los párpados entrecerrados.

—Ya que te metes en mi cabeza, podrías hablarme con un poco más de respeto.

«No trato con galanterías ni al propio príncipe. Tú no me pareces más importante».

—Eso es evidente.

Bufo antes de volver a concentrarme en Dareon, que me transmite sensaciones mucho más agradables.

—Necesito ponerme un poco en situación —le confieso entre dientes, ardida con el hecho de que el mercenario ande por la zona—. ¿Cuál es la conexión entre tu mundo y el mío? ¿Cómo supiste que yo había dejado de escribir... y en qué afecta eso a la Confederación?

—La conexión entre vuestro mundo y el mío...

—Por favor, tutéame —interrumpo, alzando la mano—. Al principio me gustaba el rollo ese de «oh, mi Creadora», pero ahora sería mejor que lo simplificáramos. Me llamo Diana.

—¿Diana? —Lo pronuncia con dificultad—. ¿Ese es tu nombre humano?

—Hasta donde sé, sí. Que yo sepa no tengo ningún nombre animal.

—De acuerdo, Diana.

Me sonríe... y entonces comienza la fiesta.

9

—La conexión entre mi mundo y el tuyo es simple: la establecieron los feéricos que emigraron a la Tierra. Fue el escondrijo perfecto para ocultarse durante y después de la Guerra de los Estados antes de convertirse en represaliados.

—¿Te refieres a que hay feéricos viviendo como humanos? ¿O, mejor dicho, entre humanos?

—Ajá.

—¿Es posible que haya compartido autobús con un feérico y no me haya dado cuenta?

—Básicamente —cabecea Dareon, divertido—. Tú en concreto hueles muy poco a humana, lo que significa que, además de tener una potente aura feérica, has estado en contacto continuo con uno de nosotros.

¿Perdón?

Estoy en un punto en el que entiendo tan poco lo que está sucediendo que me tragaré cualquier cosa que me digan siempre y cuando tenga un propósito informativo. Pero eso de haber tratado con un feérico me parece inverosímil, más incluso de la que ahora es mi situación.

¿Quién va a ser un hada? ¿Mi hermana Elsa? Si lo fuera, habría usado sus poderes para convertirse en la directora de cine más aclamada de los Goya en lugar de ponerse a lamer culos y a acostarse con inversores de la industria, y todo para que la tomen por el pito de un sereno. Me cuesta pensar en Roberto como una criatura etérea, si soy sincera. A Abril ni la cuento, porque la magia se le antoja tan verosímil como la existencia del Ratoncito Pérez, y mi vecina no tiene ningún comportamiento extraño que le merezca el sobrenombre de Campanilla. Por favor, si hace punto de cruz y adora a Rocío Jurado.

Aunque ¿quién no adora a Rocío Jurado?

—Espera... —Alzo las manos—. ¿Has dicho que tengo un aura feérica?

—Sí.

—¿Qué significa eso?

Una sonrisa afable curva sus labios.

—Que eres una criatura feérica.

—Eh... —*A ver cómo lo planteo para que no se ofenda*—. Eso es imposible. O sea..., puedo demostrártelo. Una vez al mes, mi cuerpo actúa como el de una mujer humana normal y corriente.

El hecho de que no asuste con la mención de la sangre me deja anonadada.

Sí que es un hombre sobrenatural, después de todo. Los que conozco palidecen con la mera insinuación del Caballero Rojo.

—Como ya sabrás, existen cientos de criaturas feéricas, cada una de ellas con una composición y una fisonomía diferente —explica con paciencia—. Hay feéricos practicantes de magia, como las hadas de Turlough, los hechiceros del Seir y algunas razas de windhalmeses[4], y luego hay numerosas tribus de confederados con aspecto mágico pero que carecen de habilidades.

—Ya, ya, lo sé, pero yo nací en la Tierra. Según tengo entendido, ningún feérico puede nacer allí.

—Desconozco la mayor parte de tu historia, pero lo más probable es que te llevaran a la Tierra siendo un bebé para evitar que te alcanzaran los males de la guerra. La Tierra es solo un refugio temporal. Todos deben regresar en un momento dado, dependiendo de lo que dicte el destino, o, en este caso, de lo que indiques tú como Creadora. En definitiva, estás incluida en el grupo de emigrantes con la obligación y la necesidad de regresar. No podías permanecer allí de por vida.

—El destino o yo —repito—. ¿Soy una especie de deidad? ¿Alguien superior? Tengo entendido que en la Confederación todo el mundo es ateo y solo se confía en las leyes de la naturaleza.

—Así es. Y no hay naturaleza más poderosa que la del azar, por la que suceden la mayoría de las catástrofes. Siempre hemos sabido que la *dysis*, como se dice en laerio, el lenguaje del Oráculo, a «lo que pasó, pasa y pasará», es la causante y el motivo por el que estamos vivos, pero no que era una mujer y que su actividad podría interrumpirse. Se me informó de esto hace tan solo unos días.

—¿Quién te informó?

—Las hadas del bosque de Turlough. Se supone que entre ellas nació la *dysis* originaria y desde entonces se reencarna. Ha de ser protegida o los feéricos la usarán con fines políticos, como se dio el caso durante la Guerra de los Estados. Edel, la mandamás de la aristocracia trentiense, se presentó aquí para explicarme que debía traerte a Elyllon porque habías pasado demasiado tiempo allí y era el momento.

Vale, a ver, recapitulemos, que me hago la picha un lío: el bosque de Turlough se encuentra al este de Elyllon, y lo habitan los feéricos practicantes de magia que se creen la última Coca-Cola del desierto. Vamos, las hadas con poderosos dones sobre naturaleza que te miran por encima del hombro porque hacen virguerías con las que tú no podrías ni soñar. La aristocracia trentiense o tribu de Trentia está compuesta por las hadas de Turlough más eminentes, entre las que por lo visto se encuentra Edel, a quien yo no recuerdo haber mencionado jamás en mis libros.

—El momento —repito—. ¿Y por qué te lo ordenó a ti en lugar de venir ella?

Dareon esboza una sonrisilla culpable de lo más encantadora.

—La aristocracia trentiense no está sometida a ningún poder político, por lo que no responde ante mí. Ahora bien: yo tampoco ante ellos. Como mi familia está emparentada con ellas, cosa que seguramente ya sabes, Elyllon y Turlough tienen acuerdos de tipo político. Suelen comentar los asuntos que conciernen a la Confederación conmigo, y se me encomiendan algunas tareas porque tengo más contacto con la Tierra que ellas, si bien gracias a su magia podrían sobrevivir al viaje interdimensional, y me resultaría más sencillo llegar a ti. Además; los dos coincidimos en que te gustaría más que un príncipe apareciera a los pies de tu balcón. —Me guiña un ojo.

Pasaré por alto su coquetería solo porque estoy agobiada y tengo información que organizar. En efecto, sé que Elyllon es el único reino que está en contacto con la magia de Turlough debido al parentesco entre el linaje de Vygantas y la aristocracia de Trentia. Su tatarabuela fue un personaje importante porque suavizó las tensiones entre las hadas de la corte y las hadas salvajes, que hasta el momento habían

estado enemistadas. Como ellas no dejan de ser mucho más poderosas, es lógico que Dareon sea su cabeza de turco y al que mandan a las expediciones peligrosas.

—Oye, ¿y cómo es que tú tienes tanto contacto con la Tierra?

—Me parece lugar encantador —Dareon se encoge de hombros, esquivo—, pero negaré hasta la muerte haber dicho esto si se te ocurre mencionarlo en determinadas esferas. Como te podrás imaginar, las hadas de Turlough no le perdonan a la raza humana los daños medioambientales. Y yo tampoco, pero adoro las otras muchas chucherías distintas a la naturaleza que pueden ofrecerme.

—¿Como cuáles?

—La música y el cine —responde sin pensar. Sonríe, distraído, mientras se mesa la barbilla—. Las minifaldas.

—¿Minifaldas? Pero si aquí las hadas van en pelotas.

—Prefiero la insinuación a la exhibición.

Carraspeo para cortar una conversación sexy que pueda ponerme en un compromiso. No me gustaría revelar mi mojigatería ruborizándome delante de él.

Soy la *dysis*, joder, tendré que mantener un comportamiento acorde a mi cargo.

—¿Has vivido en la Tierra, como esos emigrantes que has mencionado antes?

—No, jamás. Pero, como ya te dije, hago una visita de vez en cuando a los que tuvieron que marcharse. Es mi deber como príncipe de Elyllon; estar pendiente de los míos para que no se sientan abandonados.

—Entonces no me dijiste toda la verdad. No me trajiste hasta aquí porque haya dejado de escribir y mi «don» sea necesario, sino porque ya era hora de que viniese.

Dareon entrelaza las manos y me mira a los ojos.

—Tu don es necesario —aclara con tiento—. Quizá fui un poco críptico, pero es porque no estoy del todo enterado de cuál será tu función. El mensaje que me dieron en Trentia fue, resumidamente, que la *dysis* debía regresar porque nos ayudaría y nosotros la ayudaríamos a ella. Yo debería encargarme de la tarea porque parece

ser que solo a mí me escucharías —apostilla con regocijo.

Ignoro cómo se refocila en que sea mi personaje favorito y entrecierro los ojos.

—¿Ayudaros? ¿A qué?

—Lo desconozco. Es algo que solo Edel puede responderte. Pero está claro que lo primordial es que recuperes tu don. El Oráculo te iluminará.

—Mira... —empiezo con una sonrisa cortés—, no creo que necesite a las hadas para recuperar a las musas. No me inspirarán más de lo que lo hace tenerte delante de mis narices, ¿entiendes? Los bloqueos son muy comunes, característicos de los escritores...

Desisto en cuanto comprendo que no entiende un carajo de lo que estoy intentando explicar. En el caso de Vikram es difícil saberlo, porque está muy calladito, pero apuesto por que también le da igual. No se ha movido y casi ni ha respirado en todo lo que llevamos de conversación. Solo por curiosidad, levanto la barbilla y lo busco con la mirada.

No lo encuentro por ninguna parte.

Se ha largado.

¿Tanto le aburro?

—De acuerdo, muy bien. Iré a consultar a esa tal Edel y al Oráculo, a ver qué tienen que decirme. ¿Cuándo será eso? El lunes tengo turno doble en la cafetería.

—Los viajes tridimensionales desgastan tanto que no nos los podemos permitir con demasiada frecuencia. Ya ves que solo los que estamos emparentados con Turlough nos movemos entre los dos mundos. Tendrás que quedarte aquí hasta que lo descubramos.

—Pero... —balbuceo—. Tengo que...

¿Qué? Tengo que hacer ¿qué? ¿Ir a trabajar a una cafetería en la que me siguen teniendo contratada porque mi hermana se acuesta con el dueño de vez en cuando y le doy pena? ¿Avisar a mi familia, a la que veo con tan poca frecuencia que dudo que se dieran cuenta de mi ausencia? ¿Atender al marido que no tengo o al perro que jamás adopté? No puedo pensar en una sola persona que se alterase o llamara a la policía si no supiera de mí en un mes. Me tienen por

alguien tan sensato que dudarían que me tomara la molestia de suicidarme, tan aburrido que no se creerían que me hubiera pirado de viaje intercontinental, y tan poco interesante que ni siquiera se plantearían que alguien me hubiera secuestrado.

—Olvídalo. —Suspiro, cansada—. Qué importa.

—¿He dicho algo malo? —pregunta, preocupado.

Levanto la mirada de donde la había perdido y me concentro en Dareon.

—No, es solo que... Bueno... Estoy teniendo un serio problema tratando de asimilar que me encuentro de cuerpo presente en un lugar de mi imaginación. Y estoy teniendo uno aún peor intentando convencerme de que no estoy hablando sola y de verdad tengo a Dareon delante de mis narices. Pero por lo demás... bien. Con hambre y ganas de orinar, si eso.

Él me observa con atención.

—¿No tenías ni idea de que la Confederación existía? ¿No sabías que eras la Creadora?

—Por supuesto que no. Soy una persona normal. —Pongo la mano en el pecho—. Odio madrugar, tengo un empleo, salgo a veces con mis hermanas, pongo la lavadora, pago impuestos... Soy la definición de humanidad. Humanidad maja, ¿eh? Vayas a creerte que no hay gente que defrauda Hacienda. Lo único que tengo que ver con la Confederación, como te decía, es que he escrito sobre ella. Carezco de poderes mágicos o de capa de invisibilidad. Nunca he visto muertos ni he prendido fuego a alguien al enfadarme, así que no, nunca he hecho nada que se considere fuera de lo común como para sospechar que pudiera ser... feérica. Esto que me cuentas de que se supone que soy «especial» es simplemente surrealista.

—Creo que eres especial. Lo serías aunque no hubiera ido a buscarte —replica con una convicción halagadora—. Se supone que en la Tierra eres escritora, ¿no es cierto? —Sonríe de lado cuando asiento —. Aquí, en la Confederación, a los bardos y cronistas se les tiene un respeto reverencial porque su tarea de entretener y dejar constancia de lo que los héroes consiguieron es crucial; tan importante como hacer la propia guerra. Hay muy pocos feéricos con el don de la

elocuencia.

Pues claro que en la Confederación se tiene a los bardos y a los cronistas como si fueran dioses. Yo decidí que así fuera porque estaba amargada y quería que por lo menos en mi fantasía se respetasen las artes.

Duh.

—Eso es muy amable por tu parte, Dare. —Le pongo una mano en el muslo, agradecida—. En la Tierra, ser escritor en Amazon y ser un puto *hippie* muerto de hambre al que no quieren las editoriales es lo mismo. Pero eso no es lo importante. No suena muy creíble que sea la creadora de todo esto y no tenga la menor idea, ¿no te parece?

—Suena extraño, eso lo reconozco. —Cabecea, pensativo. El lacio cabello plateado le acompaña con el movimiento, y tiene que retirarse el mechón con una elegante caricia—. Deberías haberlo sospechado, aunque siempre cabe la posibilidad de que lo crearas de forma inconsciente. Dime, si no es una pregunta muy personal... ¿Cómo se te ocurrían las historias?

—Mi vecina me habló de unos cuantos detalles relacionados con una historia que quería escribir de joven y a partir de eso empecé a soñar con las novelas que giraban en torno a ellos. Luego, esos sueños empezaron a asaltarme estando despierta. Estoy viendo la tele y, de repente, una escena aparece ante mis ojos y tengo que ir corriendo a escribirla. Entro en una especie de trance. Mi hermana Elsa siempre se ha referido a ello como «la posesión infernal», como la película.

Dareon esboza una sonrisa vagamente divertida con el comentario antes de decir:

—Entonces parece que tu creación ha sido involuntaria.

—Eso por supuesto. Si hubiera podido elegir con qué apasionarme y en qué trabajar, sería doctora o ingeniera, no escribiría libros —bufo.

Ya, ya sé lo que eso dice de mí: que tengo muy baja autoestima y que no hay derecho a poner por los suelos el trabajo de la gente del gremio.

¿Qué le puedo hacer yo? Soy insegura y odio mi vida. Es lo que hay.

—Desprestigias mucho tu dedicación, y no deberías. Aquí será

valorado —me asegura, posando su mano sobre la mía con gentileza —. ¿Tienes alguna pregunta más?

—Sí —contesto con vehemencia. Tomo aire—. ¿Por qué estoy hablando un idioma que no recuerdo haber aprendido en mi vida?

—Tu memoria feérica recuerda la lengua de los confederados. No creo que sepas cathàil antiguo, por ejemplo, pero ya ves que te defiendes en la lengua de los estados. Por si no lo sabes, estamos conversando en trevi. Ahora, en cambio, te estoy hablando en ely[5] —continúa en otra lengua más delicada—, y tu cara me dice que me estás comprendiendo. —Se pone en pie con la leve sonrisa intacta—. Contactaré a Edel. Mientras tanto se me ocurre que, si de verdad escribes gracias a los sueños, podrías intentar dormir.

Me frotó los ojos, frustrada.

—Ese es el problema. Llevo sin dormir en condiciones unas cuantas semanas.

—Por eso no te preocupes. Vikram sabe bastante sobre remedios naturales para eso y todo lo que involucre plantas. Seguro que puede ayudarte a encontrar algo que te sirva para conciliar el sueño.

—Oh, vaya, qué suerte —ironizo.

Dareon ahoga una carcajada.

—No os habéis conocido en las mejores circunstancias, y admito que no hay «mejores circunstancias» cuando se trata de Vikram. Nunca está de buen humor y es bastante bruto. Pero te aseguro que puedes confiar en él. Tiene un gran corazón. Si no fuera por él, ahora mismo estaría muerto.

Eso ya lo sabía, igual que el tema de que conoce las propiedades curativas de cada planta que se puede encontrar en los estados. Vikram fue el que fabricó un antídoto para la enfermedad crónica y degenerativa de Dareon. Es incurable, y cada vez que pienso en ello sabiendo que el príncipe existe de verdad, me estremezco de pena y culpabilidad. Por lo menos, gracias al potingue de Vikram, Dareon ha podido vivir. Aunque no será inmortal como los feéricos, al menos disfrutará de la edad adulta.

Sé que le quedan en torno a cinco años de vida porque pretendía matarlo en el sexto milenio, a principios de la cuarta entrega, pero en

vista de los acontecimientos, ya no estoy segura de que todo lo que escribo vaya a cumplirse.

Tendré que estudiar esto a fondo.

—Es un grosero —me quejo—. Y da miedo.

—Posiblemente —acepta, risueño—, pero también es leal y honesto.

No sé qué hago intentando convencerlo de odiarlo como yo lo hago. Mis reticencias a aceptar al personaje de Vikram, ahora El Muy Real Mercenario Vikram, no tienen ninguna base sólida; el aprecio del príncipe por él, sí. No lo quiere como a un sirviente, sino como a un hermano. Y lo sé porque lo he escrito.

No dejo de repetir que lo he escrito, soy consciente. Una parte de mí se niega a aceptar que la realidad haya superado a la ficción.

—Intentaré llevarme bien con él, pero no prometo nada.

—Eso es más que suficiente para mí. Te lo agradezco. —Hace una venia—. Voy a preparar todo lo necesario para vérnoslas con Edel. Le diré a Vikram que te acompañe a conseguir las hierbas del sueño. Crecen justo a la entrada del bosque de Namara. El efecto es casi inmediato.

—Gracias. Solo una cosa más —añado enseguida, poniéndome de pie. Él atiende, solícito—. ¿Podrías conseguir que alguien me trajera mi portátil y mi móvil? Si lograra volver a escribir, los necesitaría como soporte. Y no quiero preocupar a mis hermanas.

—Eso está hecho.

Me dedica una sonrisa de perfecto anfitrión. Hago todo lo que puedo por no derretirme, y no resulta en vano porque recuerdo a tiempo lo que dijo Alonso: «Este hombre se está muriendo».

No es como si su convalecencia le restara encanto. Apenas es notable salvo si lo comparas con otras hadas, pues está excesivamente delgado, ojeroso y parece que a veces le cuesta algo tan sencillo como respirar. Pero saber de su crítica situación hace que me sienta culpable por haber romantizado su figura de héroe trágico y haberlo convertido en el hombre de mis sueños.

Observo cómo se marcha con el corazón en un puño.

Si soy la creadora, la causante de que la Confederación tenga vida

y, por ende, de que se formara una guerra... ¿Soy también la culpable de que Dareon esté enfermo?

¿Yo le hice eso?

¿Podría deshacerlo?

10

Una persona sensata se preocuparía de rescatar detalles de su propia novela para ubicarse en tiempo y espacio y no sentirse una guiri perdida en medio de un país extraño. Pero mientras permito que una de las sirvientas —una especie de trasgo con cuernos y cola retorcida — me indique el camino al punto de encuentro con Vikram, apenas unos minutos después de que Dareon se marche, solo una cosa me atormenta.

No tengo ningún don.

Llevo toda la vida pensando que lo único que me salvaba de la mediocridad era mi imaginación, mi facilidad para involucrarme con mis personajes y embarcarlos en aventuras por toda clase de parajes exóticos. Resulta que no es así. No me he tenido que esforzar porque mis ideas eran involuntarias, fruto de una magia desconocida.

Ser la Creadora no es moco de pavo, y no quiero pecar de desagradecida, pero en el camino de convertirme en una criatura fantástica, he perdido mis rasgos personales: ya no soy creativa. Solo he sido señalada por el destino.

Suspiro y me arrodillo sobre la hierba. No tiene nada que ver con el patético césped artificial de los parques o de un bien cuidado campo de fútbol. Es una superficie mullida, verde brillante y desnivelada que huele a agua de lluvia y tierra húmeda. Entre las briznas se camuflan unos insectos con alas a rayas verdes que emiten un zumbido musical al desplegar las alas. Los troncos de los gruesos árboles se tuercen hacia el interior del claro como si quisieran o bien arroparme o protegerme de una tormenta, pero si miro hacia arriba, puedo ver las lunas gemelas entre los gruesos ramajes, proyectando su luz plateada igual que los focos de un escenario.

Se supone que me inspiré en la Torre de Pisa para inventar estos antiquísimos abedules con lumbago —así los llamé en un borrador antes de decantarme por una metáfora más lírica—, pero parece que no, que mi subconsciente lo inventó por mí.

Estiro una mano hacia el brote de setas rojas que me acaricia los muslos. Tienen forma de labios pidiendo silencio. Salieron de mi

mente cuando me quedé media hora mirando el póster de la boca rockera de los Rolling Stones en una cafetería decorada al estilo *grunge*.

Eso tampoco era creatividad, sino un delirio.

«Espero que sepas que eso es venenoso».

Me sobresalto al volver a oír la voz en mi pensamiento. Monopoliza mi mente por completo, como si él fuera más importante que mis meditaciones.

Miro por encima del hombro para asegurarme de que Vikram está ahí.

—Pues claro que lo sabía —espeto al ponerme en pie y sacudirme las mallas. *No, en realidad no tenía ni zorra idea*—. Lo sé todo sobre este lugar. Lo he creado yo, ¿sabes? —apostillo con vanidad.

«Eso me han contado». Vikram ladea la cabeza. «Aunque tengo mis dudas».

—Tus dudas no son mi problema.

«¿Y cuál es tu problema?».

—Ninguno. No tengo problemas.

«Entonces podrás encontrar el estragón azul que te ayudará a dormir sin necesidad de que te lo señale».

—Naturalmente...

... que no.

Quiero decir, no lo sé. La mayoría de los detalles de la vegetación me los inventé sobre la marcha. Lo único que me molesté en describir fue el veneno que ingirió Dareon, un líquido transparente que se extrae de la planta *antliae*, y por motivos obvios: lo necesitaba para su historia.

Menuda movida fue inventar un término nuevo en latín, por cierto.

Ahora me doy cuenta de que soy una pésima escritora, o lo que quiera que sea. Ni me molestaba en hacerme una imagen mental de las plantas que ayudan a dormir en la Confederación de Trevelyan.

Por lo menos tengo una pista, y es que ha de ser azul.

Observo de reojo a Vikram mientras inicio mi búsqueda.

Cuando me mira, parece que no necesita pestañear. Tampoco descansa la pose de guerrero milenario. Da la impresión de que los

brazos cruzados le dan equilibrio, de que su pose despótica y la gravedad tienen un pacto para mantenerlo recio como una torre.

Voy a agacharme para coger un matojo de hierbas de un tono aguamarina —eso cuela como azul, ¿no?— y, antes de arrancarlas, me giro hacia él.

No te jode. Ni siquiera en un mundo mágico puedo dejar de buscar la aprobación de un hombre, un pseudohombre, un mutante o lo que quiera que sea eso.

«Un *japheth*», responde por mí. «Y frío, frío».

Me incorporo con una mueca.

—¿Aquí también jugáis a Marco Polo? —mascullo. Sigo arrastrándome en busca de las plantas perdidas. Unas adorables florecillas sobre las que flotan pequeñas hadas captan mi atención—. ¡Oh! ¡Míralas! ¡Son *pixies*! ¡*Pixies*!

Vikram no comparte mi entusiasmo, y las *pixies* tampoco. Me sacan la lengua y se van revoloteando hacia quién sabe dónde. Por lo menos han decidido no atormentarme. Son muy proclives a la travesura, especialmente con los nuevos.

Paso de las florecillas y me agacho hacia unos tréboles macilentos.

«Frío».

Pongo los ojos en blanco, procurando que me vea, y me doy la vuelta para inspeccionar el musgo del tronco de uno de los abedules.

«Muy frío».

¿Cómo se las arreglará para sonar aburrido cuando *no suena*?

—Muy gilipollas —corrijo por lo bajo. Me agacho, poniendo el trasero en exposición, para revisar unos brotes de distintos colores que huelen a menta.

«Muy redondo y bien formado».

Arrugo el ceño y miro por encima del hombro en busca de una explicación a sus orientaciones. Él no ha cambiado de expresión. Solo ha levantado un poco las cejas.

Suspiro.

—Sabes que no tengo ni idea de dónde está. ¿Por qué no me ayudas? ¿No se te ha pegado un poco de la caballerosidad de tu amigo y príncipe real?

«A menos que hayas hecho de la caballerosidad una cualidad infecciosa, me temo que no es algo que se pueda transmitir».

—Entonces ya me olvido de preguntarte por sus valores, que presupongo que tampoco te ha contagiado. —Levanto la mirada al cielo en busca de auxilio. Las lunas gemelas nunca abandonan el cielo, sea de día o de noche. Ahora, la luz solar ilumina el claro—. ¿Vas a ayudarme, o no? Esto a lo mejor suena un poco pretencioso, pero te recuerdo que lo de la menda echando una buena siesta es un asunto de estado que urge resolver. —Y me señalo con los dos pulgares. Debo admitir que esa es una de las muchas frases que nunca pensé que diría. Él no contesta. Vuelvo a cuadrar los hombros—. Vikram, si no vas a decirme dónde puñetas está el estragón azul, al menos dame una pista.

«No es azul».

Eso lo explica todo.

—¿Me lo podrías describir? ¿Cómo es?

«Deberías saber eso».

Pierdo la paciencia. Y mucho había tardado.

—¿Es así como va a ser nuestra relación? —espeto con los brazos en jarras—. ¿Yo hago una pregunta a la espera de confirmación, y tú me restriegas que, además de crear todo cuanto alcanza a la vista, tengo que llevar encima la enciclopedia feérica? Perdona si no me la he traído conmigo, pero es que con esa obscena cantidad de descripciones pesa casi tanto como tus cien kilos de desdén.

«Cien kilos justos», se finge sorprendido. «Qué capacidad deductiva tan encomiable».

—Sé que pesas cien kilos porque lo escribí.

Al ladear la cabeza, uno de los gruesos mechones azul medianoche le cae sobre el ojo.

«¿Y de eso sí te acuerdas? Veo que tienes una memoria selectiva. ¿Qué más escribiste de mí? ¿Qué sabes?».

Me siento como si el profesor de turno me hubiera sacado al estrado para resolver una ecuación. Ahora que puedo, quiero callarme como una puta y darle a probar un poco de su medicina, pero odio cómo me mira. Ha dado por hecho que me han dado el puesto de

Creadora porque me tiré al jefe, o que soy una simple creadora en prácticas, y es difícil tomárselo con filosofía cuando una cara de partir piedras te persigue allá donde vas.

Es mi momento de lucirme, de demostrar que no soy ninguna impostora.

Inflo el pecho.

—Eres Vikram de Shapoor, el estado del Eterno Poniente. Se le conoce así porque un sol rojizo calienta las llanuras desérticas que hacen del país un lugar casi inhabitable. Pusiste un pie en Elyllon con dieciséis años, cuando la reina Agrona te compró a la sociedad de comerciantes de la zona para enseñar a su hijo a manejar la espada y protegerlo. Se supone que eres el mejor mercenario de la troupe, el único superviviente de las primeras doce mutaciones simultáneas que se llevaron a cabo en la experimentación de los *japheth*; uno de los originales. Antes de eso te ocupabas de vender hierbas cocidas y concentrados para curar fiebres, el que fuera negocio de tu padre, que dio su vida en la Guerra de los Estados. Vivías con tu madre y con tu hermano en una de las aldeas del corazón del desierto. —Vacilo antes de añadir—. Él está muerto ahora. Ella se encuentra en paradero desconocido.

Vikram se me queda mirando con fijeza, como si quisiera leerme la mente para asegurarse de que no me reservo información.

Bueno, imagino que, en efecto, está leyéndome la mente ahora mismo. Con él no valen los «como si».

¿En qué estaba pensando cuando le di este poder? En mi libro no leía la mente como tal, solo percibía las sensaciones del resto y a raíz de eso hacía sus propias conjeturas. En teoría es una de esas cualidades que viene con lo de ser un *japheth*. Son irreductibles en el cuerpo a cuerpo porque pueden adelantarse a un contraataque antes de que sea ejecutado. Su lectura mental solo sirve para saber si el enemigo va a venir por la derecha o por la izquierda, es un talento subordinado a la guerra, como todos los que le fueron otorgados junto a, aparentemente, el maravilloso don de tener muy mala hostia.

Pero parece que tiene mayor alcance del que había imaginado.

«¿Sabes cómo murió?».

—No. ¿Me lo vas a contar?

Él estira la comisura de un labio con desprecio.

Anda, al niño le hace gracia que se interesen por su vida.

Anotado.

«¿Eso es todo?».

—¡Me quedé en el primer libro! —me defiendo—. Se supone que tú ibas después de Dare, pero no tenía muchas ganas de contar tu historia. Eso sí: me conozco muy bien cómo dabas clases al pobre Dareon, las duras heridas que le infligías, cómo lo privabas de las curaciones y lo obligabas a sufrir para ser como tú.

Vikram se mira el borde de las uñas, cortas y del mismo azul negruzco de su cabello.

«Es para lo que vine aquí, ¿no?».

—¿Para hacer sufrir a un crío de ocho años?

«La victoria no existe sin la derrota. Lo mismo se puede decir del dolor y el placer».

Esa última palabra retumba en mi cabeza como la cuenta atrás de un explosivo. No me transmite ninguna entonación, pero decido interpretarlo como un peligro.

Me pregunto cómo se moverían sus labios al pronunciarla.

Y me pregunto también si habrá leído este pensamiento.

Espero que no.

«No puedo averiguar todo lo que piensas».

—Pero sí has averiguado eso —me apresuro a balbucear, abochornada.

«No sé qué hay con exactitud en tu cabeza. Solo he percibido tu duda y le he dado forma en función de la cara que has puesto y de lo que estamos hablando».

—¿Es como yo lo imaginaba, entonces? —pregunto, olvidando por un momento que es improbable que conteste—. ¿Tu don es más como un presentimiento, la intuición de lo que puede haber en la mente del otro?

«Es un ejercicio de deducción. El lenguaje corporal y la expresión lanzan un mensaje que descifro con facilidad. Cuando además conozco el carácter del sujeto, puedo incluso averiguar el tono con el que ha

hecho determinado comentario».

—O sea, que la gente que pone caras sin querer no es un misterio para ti —concluyo, más tranquila—. Eres la envidia de los psicoanalistas, entonces. La gente de diván te tendría un miedo atroz. En fin, todo eso explica por qué no paras de mirarme. Soy un audiolibro. ¿Y cómo funciona lo de hablar mentalmente? Los *japheth* no pueden.

Él arquea la ceja que tiene atravesada por un *piercing*.

«Voy a empezar a interpretar tus preguntas como una burla. Esto lo has creado tú».

—Sí, claro. No me burlaría de un tío con dos espadas cruzadas a la espalda. —Eso no es del todo cierto. No puedo parar de buscarle las cosquillas y estoy de un respondón muy maleducado, pero es lo que tiene traerme a un mundo alternativo sin mi permiso—. Sé por qué puedes hablar de mente a mente, solo intentaba darte conversación.

«Un gesto encantador a tener con alguien mudo».

Me lo pienso dos veces antes de hacer la pregunta del millón.

—¿Cómo te quedaste así?

«¿Ni siquiera te acuerdas de cómo me lo hiciste? Debo de tener muy poca importancia en cuanto al futuro de la historia si has olvidado semejante detalle».

—No pretendía darte mucho protagonismo, pero ibas a adquirir mayor peso en la historia de cara al segundo libro.

«¿El segundo libro?».

—¿No estabas cuando dije que era escritora de novelas? *El Príncipe de Elyllon* era la primera entrega de una saga de varios títulos. El caso es que en la segunda iba a contar cómo se desarrollaría la Segunda Guerra de los Estados.

Su rostro se ensombrece.

«¿Segunda Guerra de los Estados?».

—Sí, bueno, hay que meter algo de «salseo». —Hago las comillas con los dedos—. Está todo muy tranquilo y la gente que lee estas cosas entiende el derramamiento de sangre como la mejor de las diversiones. Ya se lo pasaron pipa con la precuela en la que narraba el declive del pacto y la pérdida de Trevelyan, pues imagina si volviera

a... —Hago una pausa y miro alrededor, avergonzada—. Oye, es un poco patético esto de la comunicación verbal-mental. A ojos de cualquiera es como si estuviera hablando sola.

Vikram da unos pasos amenazantes hacia mí.

«¿Me estás diciendo que todo lo que ha pasado sucedió porque querías divertir a la gente con una historia?».

—Por mucho que algunos entendidos digan que sin una crítica social no tiene ningún sentido abrir el Word, ese suele ser el objetivo de la escritura actual: entretener a la peña.

Es difícil no ver tu propia mente como una pizarra cuando Vikram escribe sobre ella como si quisiera partir la tiza. Me llevo una mano temblorosa a la sien, en la que de pronto noto una dolorosa punzada.

«¿En qué estabas pensando al hacernos esto?». Sus ojos chisporrotean como brasas. «¿Tienes la menor idea de lo que han desencadenado tus caprichosas historietas?».

Su mensaje reverbera en los rincones más insólitos de mi conciencia.

—¿C-cómo...? —gimoteo, ya sosteniéndome la cabeza con las dos manos. Miles de agujas me atraviesan el cráneo—. ¡Me estás haciendo daño! ¡No juegues con mi mente!

El dolor se intensifica hasta hacerse insoportable.

Para cuando se detiene delante de mí, todo músculos tensos y ojos teñidos de negro, caigo sobre mis rodillas, temblando violentamente.

—Vikram, basta —le ruego con lágrimas en los ojos—. Basta...

«La Guerra de los Estados, el Terror del Diecinueve, la Década Tenebrosa... Todo eso lo generaste tú por placer». Mareada por el dolor, trato de huir de sus palabras, que parecen grabadas con mi propia sangre en la parte más vulnerable de mi ser. Me arrastro, a gatas, lejos de él, pero sé que me sigue porque proyecta su sombra sobre mí. «Todas esas vidas inocentes que se perdieron, todas esas familias que se rompieron; un estado ardiendo hasta sus cimientos y llevándose consigo avances tecnológicos... fueron tu pasatiempo».

—Lo sé, conozco la historia, y eran... eran... P-por favor, sal de mi cabeza —sollozo, rechinando los dientes para soportar la tortura. Me agarro a sus botas con dedos débiles. Él no se mueve. Me observa,

impasible, desde su vertiginosa altura.

«Heredaste un poder como ningún otro que podía cambiar el curso de nuestras vidas y lo pusiste al servicio del sádico entretenimiento de los humanos. Y crees que eres inocente».

—¡No lo sabía! —gimoteo, con los ojos inundados en lágrimas—. ¡Lo siento!

Vikram se inclina hacia mí para atravesarme con una mirada que me paraliza.

«Vas a sentirlo más de lo que podrás soportar. Eres una asesina. Tú hiciste todo eso, no nosotros. *Tú*. No yo».

Esas últimas sílabas están a punto de perforarme el cráneo. Si hubiera estado en mis cabales y no retorciéndome, quizá me habría dado cuenta de que no solo lo pronunciaba como una acusación, sino como una digna defensa; una forma de proclamarse inocente ante sí mismo.

Mi cuerpo se estremece hasta la médula cuando estiro el cuello y grito por mi supervivencia:

—¡Sal de mi puta cabeza, cabrón!

Lo siento: siento cómo la presencia oscura que intentaba reventarme desde dentro se hace polvo, se desvanece como si no hubiera existido. Vikram retrocede unos pasos, glorioso sobre su disciplinado equilibrio y su envidiable indolencia. Pero cuando alzo la cabeza para condenarlo por su ataque, rabiosa, capto un amago de expresión a su rostro tallado en piedra.

Sorprendido. Lo he sorprendido o con mi grito... o con mi poder para expulsarlo.

Porque lo he expulsado yo, ¿verdad?

Pestañeo hasta que logro enfocar la vista. Él no se mueve. Yo tampoco. Solo respiro entrecortada y trato de recuperar el dominio de mí misma. Mi cuerpo no es mi cuerpo aún, sigue estando en sus manos. De alguna manera, al poseer mi mente y trastocarla, también posee la materia.

En sus ojos está la pregunta que *no* hace: «¿Cómo lo has hecho?».

Tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas y echar a un lado el pánico para enfrentarlo. No sé muy bien cómo amenazar a un hombre

que podría destruirme con sus dos manos desnudas. No sería lo más inteligente, pero estoy dispuesta a arriesgarme, a jurarle que, si se atreve a hacer algo parecido, me vengaré.

Lamentablemente no es eso lo que sale de mis labios.

—Yo no sabía nada de esto —balbuceo con un hilo de voz—. Se suponía que yo era... una simple escritora, una persona corriente con un don creativo. Claro que lo hacía por diversión. Pero, de repente, no valgo nada y ese único talento es... una enfermedad mental. Te estoy viendo, y eso significa que soy... una esquizofrénica con alucinaciones. —Suelto una carcajada histérica y me sostengo la cabeza. Las lágrimas corren por mis mejillas al sonreír con incredulidad—. Eso es. No lo estoy soñando porque es real, y eso solo puede explicarlo un trastorno.

«Te aseguro que soy muy real. Y eso que acabas de sentir es solo una remota parte de el dolor que has causado en estas tierras».

Aún sin fuerzas para ponerme en pie, continúo sentada sobre mis rodillas. Sigo llorando, pero no por la pena de estar siendo acusada injustamente, porque no me comprenda o por haber perdido el juicio. Tengo la sensación de que se me rompe el corazón en mil pedazos porque, de algún modo, siento que dice la verdad.

¿Es causa de un hechizo? ¿Me ha maldecido? ¿Ha dejado un rastro de culpabilidad superficial, impuesta por venganza, al abandonar mi mente?

Si no he podido conmoverlo, si no ha querido ponerse en mi lugar, entonces tendré que tomar otras vías para que reaccione.

Levanto la barbilla y busco sus ojos.

—Si vuelves a hacer algo parecido... —logro articular— te juro que será lo último que hagas. No olvides quién manda aquí. No pierdas de vista quién pone las reglas y describe el futuro. Puedo hacerte daño de la manera más cruel que puedas imaginarte, y ni siquiera sabrías quién te lo causa.

Vikram se inclina hacia mí de nuevo, esta vez poniéndose en cuclillas. Su rostro moreno de dios hindú queda a la altura del mío. La cercanía con él me produce un miedo paralizante que me corta la respiración.

«Gracias a ti conozco todas las maneras que existen de doblegar el

espíritu de un inocente y reducirlo a cenizas. No olvides tú sobre quién volcaste toda tu crueldad, y solo ruega para que no se vuelva en tu contra».

11

Por lo menos conseguí el maldito estragón azul. En mis memorias escribiré que el alto precio de unas hierbas pestilentes y sin ningún encanto a la vista consiste en una jaqueca alucinante y ganarte un nuevo enemigo con poderes mentales.

Pero van de maravilla para dormir la mona, así que punto para mí.

Bueno... A medias, en realidad. He dormido plácidamente, pero lo único que he soñado ha sido una fumada sin la menor relación con el futuro de la Confederación.

En vista de que el sueño no ayuda y va siendo hora de que haga memoria para volver al ruedo y escriba algo que convenza a Dareon, me siento en el borde del estanque y observo mi reflejo en el agua mientras recapitulo todo lo que sé.

Estoy en el principado de Elyllon, una de las facciones de la Confederación de Trevelyan. En la capital, la ciudad de Elyllon, para más señas.

¿Qué es la Confederación de Trevelyan? La división política del mundo feérico. El territorio se fracciona en cinco estados, de los cuales quedan solo cuatro en pie y tres están sometidos al poder de uno: el principado de Elyllon, el virreinato de Windhalm y la república de Shapoor sirven al reino de Aranrhod.

A pesar de haber sido históricamente el territorio menos rico en materia prima y de contar con un elevado porcentaje de población feérica no practicante de magia, Aranrhod y su serie de ciudades fortificadas controlan el poder político. Allí se encuentra el gobierno principal y la sede de los ministros de ciencias, encargados de proveer al resto de la Confederación de patentes tecnológicas y otros productos necesarios para el progreso de las clases medias.

El poder del principado de Elyllon reside en su relación con el bosque mágico de Turlough y el Oráculo, que se encuentra entre las mencionadas vastedades. También es conocido por ser el espacio de las artes y las letras, pues el linaje de Vygantas es alabado por reverenciar y proteger la cultura, en especial a los bardos.

La elegantísima y también socialmente atrasada corte de Windhalm

se emplaza en las islas submarinas del este. Se especializan en ingeniería naval y joyería de lujo.

Y de Shapoor es de donde ha salido el gilipollas de Vikram. Además de los mercenarios, claro. Los *japheth* son solo una de tantas criaturas peligrosas y creadas para la guerra a partir de la genética de seres superiores. Los laboratorios, según cuenta la leyenda, se encuentran en una ruta subterránea llamada «El Refugio», a apenas unos kilómetros de la bahía de Lagasse.

La perdida Trevelyan, por hacer mención a ella, era una preciosa isla paradisiaca, un brochazo verde en el corazón del continente. Como poseía toda la materia prima y alimentaba al resto de los estados, y, además, se encontraba en un punto geográfico dominante, solía ser la pieza central del gobierno feérico. Desde que quedó arrasada, hubo que recurrir a otros medios para que la población no sucumbiera a la hambruna. Vamos, que se expropiaron gran parte de Shapoor y las costas del este.

El poder se fragmentó hasta quedar tal y como se ha descrito con anterioridad. Los estados son pequeños feudos del gran señor que es Aranrhod.

La Confederación se llamaba así porque los estados estaban asociados a Trevelyan. El nombre se ha mantenido o bien por costumbre o bien por una especie de chiste interno, porque ya no existe una relación igualitaria entre las facciones. Es verdad que tampoco fueron iguales cuando Trevelyan, de la que solo restan recuerdos, gobernaba sobre todos, pero por lo menos nadie se humillaba delante de una corona por miedo, como sucede en este momento. En general, a todo el mundo le parecía bien que Trevelyan se atribuyera algunas competencias sobre el resto, pues, dentro de lo que cabía, cada reino seguía gozando de cierta independencia. Después de un reparto justo como aquel, el sometimiento actual a un rey absoluto se interpretó en algunas tribus como la vuelta del antiguo régimen, pero a ver quién es el listo que se rebela contra el estado.

Este cambio estructural que menciono fue resultado de la Guerra de los Estados. El conflicto simplificó el reparto territorial y las fuerzas políticas. Lo que antes eran estados con independencia legislativa y

ejecutiva y gobernados por distintos reyes, que tan solo respondían ante Trevelyan en casos de extrema gravedad o de crisis civil, ahora son poderes subordinados al victorioso reino de Aranrhod, que redujo Windhalm a un virreinato y a Elyllon a un principado; Shapoor se autoproclamó una república, pero a efectos prácticos es como si fueran súbditos, porque los shaporíes no poseen los medios para combatir al ejército de Aranrhod y se limitan a permanecer en silencio, impotentes pero resignados a las órdenes del superior.

Simplificando, el conflicto se dio así: Aranrhod estaba cansado de que Trevelyan fuera más guay que él, así que sacó a colación que la isla de Cileth, un territorio entre las costas de ambos estados, había pertenecido históricamente a Aranrhod —lo cual es cierto, de todos modos. Para muestra, un botón: en la isla de Cileth se habla cathàil antiguo hoy día, la lengua de los aranrhodenses— y, por tanto, Trevelyan debía devolverlo. Vamos, una excusa como un demonio para preparar los cañones, porque la isla de Cileth será muy bonita y todo lo que tú quieras, pero no es que su posesión fuera a reportarle grandes ventajas políticas o económicas. No tiene petróleo o un pozo de magia, o lo que quiera que los confederados aprecien lo suficiente para sacrificar vidas inocentes. En fin, que, como uno podrá imaginarse, a tan educada petición, Trevelyan dijo «mis cojones», y Aranrhod respondió que, para chula ella, chulo él, y le declaró la guerra.

Insisto: en teoría, fue por el amor de Cileth, pero, ¡sorpresa!, nadie puso un pie en la isla en todo el conflicto. Los cilethianos estuvieron en paz y armonía los años del conflicto, y ahora están más felices que unas pascuas viviendo como protectorado aranrhodense.

¿Que cómo venció Aranrhod en la guerra, dado que Trevelyan es más rica, más lista, más guapa y más todo? Pues porque Aranrhod es más bruto que un arado, y, a veces —las de más—, Goliat vence a David. Los tíos, tan majos ellos, prendieron fuego a Trevelyan por envidia, y a parte de Shapoor también porque... Pues porque podían.

Tanto el principado de Elyllon como el virreinato de Windhalm tienen un pacto de vasallaje con Kadesh, el rey de Aranrhod. Las condiciones del acuerdo —implican tributos a la corona,

fundamentalmente— están adecuadas a la riqueza de sus tierras y la participación de ambos en el pasado conflicto.

Vamos, que como Elyllon se resistió un poco más, paga el doble, y Windhalm, que es un lamebotas, apenas gasta en impuestos.

¡Por cierto! Cada monarca tiene una opinión distinta sobre dichos impuestos. Mientras que el exrey y ahora virrey de Windhalm, Alricaus —un hada ya entrada en años que siente debilidad por las prostitutas— es un lameculos de Su Gloriosa Majestad Kadesh de Asghar, Dareon se resiste algo más al poder supremo y, se lo permitan o no, gobierna como le sale de las pelotas sin consultar a nadie más que a su hermoso reflejo en el agua. Esto le ha estado tocando bastante las narices a Kadesh en los últimos tiempos, pero si no entra al trapo y recurre a sus poderes sobre el fuego para abrasar el templo a la cultura que es Elyllon, es porque el bosque de Turlough es un aliado poderoso y le conviene tenerlo a su disposición.

También le viene de perlas respetar las licencias que Dareon se toma por una cuestión de reputación. Es verdad que el actual príncipe de Elyllon no es el favorito de los puretas porque su condición mortal le acerca a la humanidad que tanto desprecian los elys, pero, aun así, si le tosen, es en la intimidad, porque el principado ha estado gobernado por la dinastía de los Vygantas desde su creación en el norte del mapa, y eso transmite una imagen de unidad y respetabilidad de la que el rey de Aranrhod, por ser un sucio usurpador, no goza. De hecho, no me extraña que sofoque rebeliones con mano de hierro en lugar de a través de reformas, pues, según se dice, sus propios súbditos le odian. Nada está tan mal visto como la traición de un consejero real hacia su monarca por motivos de poder, que es justo la que él cometió.

En contraposición a la manera de conservar el trono que se estila en el oeste, los Vygantas siempre han tenido la paz como máxima. Son una familia ligada por consanguinidad a las poderosas hadas salvajes de Turlough, y tener el as de la magia del bosque bajo la manga infunde respeto. Nunca ha sido conveniente vacilarles, y sí, en cambio, buscarlos como aliados para hacer la guerra. Eso fue justo lo que Aranrhod hizo cuando se propuso derrocar a la reina de Trevelyan

durante la guerra, aunque luego se le fuera un poquito de las manos, se rebelara contra su propio aliado y... En fin, acabara en la fiesta de las llamas.

Supongo que las criaturas del fuego como Kadesh nunca terminan de controlar muy bien su poder, y él, para colmo, no tiene ningún interés en aprender a gestionarlo.

Por otro lado, no sé qué explicación tendrán los confederados a que fuera el rey de Aranrhod el que se hiciera con casi toda la tierra feérica tras hacer arder los otros dos estados en lugar de Dareon, que en principio era bastante más querido. Tenía el respaldo de la familia y de la magia —la aprobación de su gente ya no tanto, por todo eso de que se va a morir—, y Kadesh solo se tenía a sí mismo, a sus problemas para la gestión de la ira y su poder incalculable como hada del fuego.

Yo, como supuesta autora, puedo decir que lo decidí así porque no iba a volver malo y ambicioso a Dareon. ¿Hacer a mi protagonista de ensueño alguien capaz de arrasar un estado entero y parte de otro por una corona? Ah, no. Nada de eso. Sé que muchas autoras adoran entretenerse redimiendo a auténticas bestias salvajes, pero yo, ya que le dedico tiempo a unos personajes, prefiero que sean agradables. Y Dareon no iba a serlo matando niños. Creo que se me entiende bien.

Aun así, Dareon tiene su lado oscuro... por petición de otras. Mi correctora, Cora, me persiguió por toda Granada para gritarme que Dareon era demasiado perfecto. Tuve que reprimirme para no invitarla a escribir ella su propio libro, cosa que dudo que se hubiera tomado mal porque tiene la mecha tan larga que parece la Gran Muralla China. En su lugar, decidí obedecerla, y por eso hice que Dareon se aliara con el rey de Aranrhod para ayudar a matar a esos niños.

Quiero decir... Él no ha matado niños, que conste. No era su intención al menos, ¿vale? Él solo quería darle a Trevelyan un pequeño escarmiento y escindirse por completo de su protección. No le gustaba verse obligado a enseñar la lengua trevi en sus escuelas, ni tener que acatar las decisiones judiciales que tomaran los tribunales de Trevelyan, que en la pirámide jerárquica siempre estuvieron por

encima del consejo de sabios de Elyllon. Cuando se dio cuenta de que en el proceso de evitar que Trevelyan se convirtiera en un reino totalitario, Aranrhod iba a... Sí, bueno, convertirse en un reino totalitario, fue demasiado tarde. El ejército de Kadesh se había cepillado a los trevelyanos como un jugador de *Civilization* a una tribu de bárbaros.

Con esto queda manifiesto que los defectos de Dareon son ser un poco idiota y crédulo, además de bastante influenciable.

Mira que hacerle caso a un hada del fuego cuando viene a proponerte unir fuerzas contra un estado que no te ha hecho nada...

—Diana.

Como si se hubiera enterado de que estaba pensando en él, Dareon aparece bajo el arco de la habitación que me han asignado. No tardo en sobreponerme al respingo con una sonrisa de emoción indisimulable. Este tipo es la única persona —humana o no— que conozco aquí, y encima es agradable conmigo. Verlo es un alivio.

Incluso si aparece con cara de preocupación.

La capa de satén plateado ondula a su espalda al dirigirse hacia mí. Sus botas apenas emiten un sonido cuando camina. Es evidente en su postura tensa que algo le atormenta, pero deja a un lado las inquietudes gubernamentales para ofrecerme una sonrisa y preguntar con amabilidad:

—¿Ha ido todo bien con Vikram? ¿Has logrado descansar?

«Tu Vikram casi me revienta la cabeza por dentro, pero como estás guapísimo vestido de blanco no te lo voy a decir para no amargarte el día. Por ti me tomo las intrusiones mentales como un ritual de bienvenida bárbaro y no como una amenaza vital».

Asiento con la cabeza, sonriendo de oreja a oreja.

—Todo maravilloso.

Él suspira.

—Menos mal. Confieso que me preocupa la ojeriza que parece tenerte. En general es un *japheth* bastante controlado, pero su naturaleza no deja de ser la que es y... Si en algún momento se propasa o es desagradable contigo, me lo dirás... —Agacha la barbilla para mirarme muy serio—, ¿verdad?

—Por supuesto, pero estate tranquilo, que Vikram es un perfecto caballero.

Dareon arquea una ceja.

—Para aplacarme, muchos de mis invitados han intentado convencerme de que mi guardaespaldas se ha comportado, pero eres la primera a la que se le nota tanto que está mintiendo. Me he podido tragar que algunos lo vieran como alguien «especial», e incluso «fascinante» a su manera, pero... ¿El perfecto caballero? —se mofa. Cruza los brazos sobre el pecho—. ¿Qué te ha hecho, Diana?

—Solo hemos discutido un poco —reconozco a mi pesar—. Tiene un humor de perros.

—Eso suena más creíble. —Agradece mi sinceridad con una pequeña sonrisa cariñosa—. ¿Has podido dormir, entonces?

—Sí, eh... Pero... No quiero que te enfades conmigo —recalco—, pero no he conseguido soñar con nada.

—Tranquila. No voy a negar que tu situación sea alarmante, pero Edel ya ha recibido mi mensaje y debe estar a punto de llegar. —Entrelaza los dedos con aire de monje paciente (todo lo que *no* es; me conozco muy bien sus andanzas de casanova, me las he gozado como una sucia *voyeur*)—. Es una de las hadas más poderosas de la Confederación. Estoy convencido de que podrá ayudarte.

Empieza a intrigarme esto de la tal Edel. He escrito poco sobre ella, solo que pertenece a la facción de las hadas de Trentia y está emparentada de forma directa con Dareon.

—Gracias, supongo. Espero que sus tarifas no sean muy caras —bromeo. Él no se ríe; echa un vistazo rápido a la habitación, pensativo. Yo me tiro del jersey hacia abajo, intentando cubrirme más los muslos —. Bueno, eh... ¿Qué tal estás tú? ¿Por qué me buscabas?

Dareon me dirige una mirada espinosa antes de tomar asiento en uno de los sillones con brazos. Me hace una señal para que lo acompañe. Hasta que no pongo mi culo en el blando cojín del sillón colindante, no adopta la postura señorial para hablar.

—No se me ocurriría pedirte que te expusieras a algo como esto, pero creo que nos ahorraríamos problemas si diéramos la cara desde el principio. El rey de Aranrhod se presentará en palacio esta noche.

Alguien le ha debido informar de que tengo visita y, como es costumbre en él, no ha tardado en organizar un viaje acelerado para cerciorarse de que no se trata de una amenaza.

Pestañeo, sorprendida.

—Joder, para no tener wifi ni mensajería móvil, la gente se entera de los chismes muy rápido. ¿Y es que no tiene nada mejor que hacer que vigilarte?

Dareon se mira las uñas con una sonrisita condescendiente.

—Es evidente que no.

—Pero no pasa nada, ¿no? Sigues siendo su vasallo. Solo sería una visita de cortesía.

La forma en que se oscurece su semblante ya me sirve para confirmar que no estaba muy desencaminada al describir Elyllon como la oposición al régimen actual.

No le gusta ser vasallo. Normal. Si a mí no me gusta pagar impuestos y es para asegurar la sanidad y educación gratuita, no me quiero ni imaginar lo que tiene que joder pasarle pasta porque sí a un *peaso hijoputa*.

—Kadesh nunca hace visitas de cortesía. Solo se persona donde cree que puede haber alguien peligroso, y si es necesario, toma medidas. No ha sido avisado de que iba a recibirte en mi corte y nadie en todo el palacio sabe con certeza quién eres: eso ha debido llamar su atención, y no para bien. Por eso está de camino. —Me empiezan a sudar las manos—. No creo que pregunte por ti sin rodeos, pero sería inteligente sentarte a nuestra mesa para no dar pie a que sospeche que tratamos de ocultar tu presencia. Insisto en que no soy partidario de exponerte así; Kadesh no me inspira la menor confianza y nuestra relación actual es un tanto... —cabecea, buscando la palabra adecuada — *tensa*. Pero creo que solo de este modo evitaríamos un problema mayor. No le gusta que haga el menor movimiento a sus espaldas.

Trago saliva.

—¿Qué tengo que hacer?

Dareon me mira de arriba abajo. No es más que el vistazo superficial de un sastre para adivinar mis medidas, pero aun así me estremezco.

Una no puede no sentirse femenina con este tipo delante.

—Deja que los trasgos te vistan apropiadamente para la velada. Cenarás en el comedor con nosotros. Si te puede observar a sus anchas con nosotros presentes y decide que no eres importante, no te pondrá en el compromiso de exigir una audiencia privada para hacer preguntas incómodas.

Vale, lo de la cena no suena nada mal. Ya empezaba a darme hambre, y he descrito las viandas de Elyllon como para merecerse las cinco estrellas en TripAdvisor. Pero Dareon se ve tan irritado que modero mi entusiasmo.

—No voy a negar que todo esto huela a problemas. —Intento sonar prudente y relajada, pero pienso en Vikram diciéndome que no tengo ni idea de nada, que no parezco la Creadora cuando se me escapan tantos detalles, y temo que Dareon comparta su opinión. Por eso lo miro a los ojos y decido ser honesta—. Esta parte de la novela es un misterio para mí. No llegué a escribirla. Me quedé en la escena en que revisabas el pacto de no agresión con Windhalm.

Él frunce el ceño.

—Eso sucedió hace años.

Tuerzo la boca.

—Pues parece que el tiempo discurre de forma diferente en la Tierra respecto a cómo funciona en la Confederación. El caso es que no sé muy bien cuál es la situación aquí, así que agradecería un poco de contexto. En la parte en que me quedé no estabas contento con Kadesh; nunca lo has estado, por lo que sé, pero él no debía tener problema con ello porque no te controlaba. ¿Has hecho algo en estos últimos años para que él desconfíe tanto de ti?

Dareon suspira y se mira las manos, pensativo. Me fijo en el anillo que lleva, heredado de su padre y de su abuelo antes que él. Es una joya vistosa, plateada y con incrustaciones de zafiros. La disposición de las minúsculas gemas representa las alas desplegadas del pájaro de Elyllon. Semejante pieza de coleccionista hace que uno se olvide del resto de adornos que lleva en los dedos, pero la prolongación de su silencio me permite prestar atención a un par de anillos más.

El trabajo de los gemólogos y orfebres del mundo feérico es

reconocible a simple vista. No tiene ni punto de comparación con el de Tiffany's o Cartier, que se jactan de ser las mejores joyerías de la Tierra. Por eso me sorprende reconocer un anillo sencillo y labrado por un humano en su dedo meñique. Es de plata barata, está muy desgastado, y apenas un minúsculo rubí falso corona el engarce.

Estoy a punto de comentar que parece que se lo regalaron con la *Bravo* o alguna revista adolescente, cuando dice:

—No he hecho nada... aún —recalca con aire místico. Clava en mí sus insólitos ojos pálidos—. El panorama político actual no es alentador. No hace mucho desde que estoy al frente de la gestión diplomática, pero cada día que pasa me frustra más tener que recibirlo y referirme a él con grandilocuencia, cuando y como se le antoje. —Su mirada se llena de hastío y resentimiento—. Supongo que, como Creadora, conocerás las virtudes y la parte bonita de la historia de Kadesh, todo eso que le hace ver como un digno monarca. Necesitaré que me hables de esas grandes gestas para que me abandone de una vez por todas la sensación de que cometí un gran error resignándome a la paz después de todo lo que sucedió.

Me extraña que no haya admitido todavía que lo cometió. Por supuesto que estuvo mal aliarse con él y prestarle su poder para que acabara con el Pacto de la Confederación. Pero imagino que, si a mí ya se me atraganta el orgullo, a un pavo de la realeza, más aún.

—Lo cierto es que tú lo conoces mejor que yo. No he tenido la suerte de tratarlo nunca. Esta noche te daré un informe detallado, si lo precisas.

—Eso si sobrevivimos a la tarde. —Me enfrenta con una seriedad que me desarma. *Venga ya, por favor, este atractivo es criminal*—. No me gusta tener que darte órdenes. Sabes que estoy a tu servicio. Por eso te ruego que veas mis sugerencias como eso, como una humilde petición. Incluso una medida para protegerte. Estabas en la Tierra porque no podías estar aquí, y eso significa...

—Que no puedo revelar mi identidad delante de él. Ni de nadie.

Sus ojos iridiscentes relampaguean.

—Así es. Por ahora, al menos.

—¿Y quién se supone que voy a jugar a ser?

—Mi amante humana —suelta con toda tranquilidad—. Kadesh conoce a cada una de las criaturas que viven en la Confederación. Si dijera que eres una salvaje de Namara o que procedes de Turlough, sabría que es mentira, además de que no tenemos tiempo para que aprendas a comportarte como lo haría un confederado. Y no es raro que las hadas practicantes de los altos mandos o la aristocracia confederada adopten mortales como pareja; no es habitual en Elyllon, pero tampoco imposible. Hubo un rey antes de mí que se enamoró de una humana y la hizo su reina.

—Cyril El Bello, ¿verdad? —Me dan ganas de aplaudir, envalentonada, por conocer parte de la historia ely—. De la dinastía anterior a la tuya, la Baghday.

—Ese mismo. Los poemas románticos más valorados en Elyllon mencionan a Cyril y Marcelle, y cómo tuvieron que luchar para hacer que su amor se respetara. —Sacude la mano con desdén, y sé que no es porque le moleste la poesía; más bien le resulta inverosímil que un rey adoptara a una humana como reina—. Lo que quiero decir es que Kadesh está al día sobre las costumbres confederadas, pero se le escapa todo lo que guarda relación con la Tierra, por eso no vamos a ocultar que has venido directa de allí. —Hace una pausa para añadir, más para sí—: Los rumores ayudarán a que se lo crea.

Entrecierro los ojos.

—¿Qué rumores?

Él se entretiene un instante jugando con el anillo de bisutería. Le da una vuelta completa en el meñique.

—Se dice que tengo una mujer de donde tú procedes —comenta, meditabundo—. Es una de esas historietas morbosas que se han difundido porque llaman a la curiosidad del pueblo llano y que, de hecho, me hacen quedar mal. Ya sabes que en Elyllon no se le tiene mucho respeto a los no practicantes, y a los mortales, menos aún. —Esto lo dice tratando de disimular la melancolía, pero es notable que le afecta—. El caso es que, en realidad, el rumor carece de fundamento. Lo basan en que visito los enclaves feéricos de la Tierra con frecuencia. Pero puede que esta vez el afán cotilla de las *pixies* sirva para salvar el día.

—¿Y qué hay de eso de mi aura feérica? ¿No detectará quién soy fijándose en ella?

—El aura feérica solo se detecta en lugares donde no abunda la presencia de las hadas. Porque destaca, ¿entiendes? Aquí, entre feéricos, pasa más desapercibida. Incluso sucede justo lo contrario, lo que nos beneficiará: a diferencia de nosotros, como has estado en contacto con humanos, percibirá que has pasado toda la vida en la Tierra.

Asiento con la cabeza, cada vez más nerviosa. Intento dibujar a Kadesh en mi pensamiento y aparece con la nitidez de siempre. ¿Cómo es que nunca hasta ahora me había sorprendido que pudiera ver con tal claridad a seres con los que jamás he interactuado y que tampoco he visto en la televisión?

Al ver que se apoya en los reposabrazos para levantarse y dar el tema por concluido, me obligo a carraspear e intervenir.

—Todo esto me parece muy bien y muy inteligente, se nota que has pensado en ello, y no es por arruinarte los planes, pero... —Tamborileo los dedos contra la mesita de madera labrada y cristal que tengo al lado. Doy un respingo cuando uno de los bichitos con vida propia que dormitaban sobre las hojas de la planta de decoración saltan a mi mano, y me la sacudo con impaciencia. Él sigue atendiéndome con interés cuando retomo el asunto—. Es que no se va a creer que somos amantes.

La curiosidad se intensifica en su expresión, aunque cobra nuevos matices. Está claro que sabe por qué lo digo: la leve sonrisa que despunta en sus labios, socarrona, lo confirma.

—¿Por qué no?

—Porque... A ver... —Miro alrededor en busca de ayuda, pero dudo que los helechos entramados que cuelgan del techo o los nenúfares del estanque vayan a darme ideas—. Solo tienes que... En fin, mira, yo... —Intento explicarme señalándome a mí y señalándole a él, señalando el espacio que nos separa, señalando el entorno... Él me mira muy divertido. Al final suspiro—. Eres un príncipe y yo una plebeya. Si no se fijaría en mí ni el rey de España, que tiene fijación por las periodistas y no es ni de lejos tan guapo como tú, en tu caso...

Dareon se muerde el labio para contener una risita inapropiada. Sus ojos despiden un brillo risueño al dar unos pasos más seductores que regios hacia mí. Apoya las manos en los reposabrazos, donde yo permanezco inmóvil y rígida.

La cara me empieza a arder conforme él se inclina sobre mí.

No respires. No respires. No respires.

Dios, espero que no me huela el aliento.

—Soy un príncipe... —asiente, con voz aterciopelada—, pero tú eres mi Creadora.

—Peor me lo pones. ¿Eso no me hace tu madre? Que el incesto me parecerá de lo más tierno en *La casa del dragón*, pero para practicarlo yo, pues como que no. —Me echo más hacia atrás, histérica, cuando él empuja mi nariz con la suya—. Ay, joder, ¿qué haces?

—Estoy contigo en que no se va a creer que eres mi amante, pero solo si no soy cariñoso contigo —apostilla. Se lo está gozando, el muy cabrón—. Podría besarte para que sienta la huella de mis labios en los tuyos al inclinarse a saludarte.

El corazón se me para de golpe.

—Creo que eso no sería...

Ni siquiera sé qué decir. Él eleva las cejas de forma sugerente. A mí solo se me ocurre soltar una risita histérica de auténtica colegiala.

Genial, tengo quince años otra vez.

Dareon ladea la cabeza en el último momento para rozar mi mejilla colorada con los labios entreabiertos. Su pelo lacio me hace cosquillas en la cara, y un olor a jazmín y albahaca fresca me envuelve como un abrazo.

—Yo me lo he creído —susurra en mi oído—. Seguro que él también lo hará.

Se retira antes de que me dé tiempo a asimilar lo que acaba de suceder. No se me ocurre qué decir, pero esta bocazas de aquí siempre se ve en la obligación de romper el hielo cuando se forma a sus pies.

—¿Deberé llamarte «alteza» delante de él, o «cariño», o...?

Él se impulsa desde los brazos del asiento para incorporarse.

Una sonrisilla baila en sus labios.

—«Alteza». El «cariño» mejor reservarlo para la alcoba. —Y me

guiña un ojo. *¿Hola? ¿Perdón?*—. Pero recuerda que Kadesh es mucho más importante que yo —me advierte con gesto de mofa. No está de acuerdo con su afirmación, es obvio—. Halágalo. No tanto como para que se sienta abrumado, porque entonces detectaría que son falsas lisonjas, haría un comentario desagradable y pasaríamos tensos el resto de la velada. Solo lo suficiente para que no se le olvide ni por un momento que es el rey.

No muevo ni una pestaña, aunque me tienta tirarme del jersey para darme un poco de aire. Él se da la vuelta, acompañado de su flamante capa y su melena incluso más brillante, y camina hacia la salida.

—En mis escritos no lo recordaba tan arrogante o necesitado de atención —comento para mí, con la voz algo temblorosa. Dareon se detiene y apoya la mano en una de las columnas para mirarme por encima del hombro.

—¿No? —Arquea una ceja—. ¿Y cómo lo recuerdas?

Hago memoria, pero es complicado recordar las palabras exactas de algo que escribiste estando en trance hace ya meses.

—A grandes rasgos, lo describía como una criatura oscura que encuentra placer en la incomodidad del resto.

Los ojos de Dareon se entrecierran. Su expresión adquiere un aire maligno que, por raro que parezca, encuentro arrebatador.

—En ese caso, procura que no note que estás incómoda. Puede que lo reciba y lo siente a mi mesa, pero no va a encontrar placentero ni uno de los segundos que pase bajo mi techo. No mientras yo pueda evitarlo. —Se da la vuelta y le hace un gesto a un trasgo de orejas enormes. Este aguarda en silencio y con una postura sumisa a que le haga pasar—. Adelante. Haz tu trabajo.

—Sí, alteza —murmura con voz débil.

Me fijo en los divertidos andares del trasgo, al que las piernas apenas le miden veinticinco centímetros. Detrás de él, entran otras dos hadas gemelas mucho más altas. Sus alas emiten un zumbido llamativo al volar hacia mí. Cada una carga un asa del baúl labrado en madera de haya.

Ya desde la puerta, Dareon echa un vistazo calculador. No hay rastro de su gesto jocoso o seductor. Ahora parece cansado.

—Hacedla irresistible, pero no tanto como para tentarlo a él —ordena con voz queda. Cierra la mano en un puño impotente—. Si quisiera llevársela, no sé si podría impedirlo.

12

Creo que la última vez que llevé un vestido tan bonito fue el día de mi boda.

—¿Os gusta? —me pregunta una de las hadas gemelas, emocionadísima.

Se llama Alia y ha vivido mi proceso de acicalamiento con tal entusiasmo que ahora parece que vaya a desfilar en la Fashion Week. Es lógico que le pusiera dedicación. El evento no es poca cosa. Voy a asistir a un acontecimiento real y se supone que soy la novia de un príncipe macizo.

Esto es de locos.

—Me encanta. Aunque en la Tierra no sabría con qué ponérmelo —reconozco, admirando mi reflejo en el espejo. Alia me observa con atención, interrogativa, a lo que procedo a explicarme con paciencia —. Sería un poco excesivo para una de las fiestas a las que voy. Allí no acudo a veladas tan solemnes, ¿sabes? Y menos aún en calidad de... putita.

El semblante de Alia se ensombrece.

Tiene carita de mártir, la piel verde y un sentido de la lealtad abrumador.

—Sois la compañera del príncipe. No merecéis un apelativo tan deshonroso.

No le respondo porque no me quiero pelear, pero que conste que no he dicho ninguna mentira. Me han plantado un vestido con detalles rojos porque soy la amante del príncipe, y saben los de aquí y los de allí que las rameras del reino y las que calientan el lecho real tienen que llevar unos accesorios escarlata que las hagan fácilmente reconocibles.

Vamos, que mi maravilloso traje de seda con casi toda la espalda al aire y parte del estómago es lo equivalente a unas medias de rejilla y un «guapo, ¿quieres una mamada?» chillado desde la esquina.

—Si yo no me quejo. Estoy encantada con mi nuevo estatus. O sea... —Doy una vueltecita para mirarme por encima del hombro. La seda brillante cae en cascada hasta mis tobillos, en los que me han calzado

unas sandalias romanas—. Antes era la esposa de alguien, la que supongo que es una posición de mayor nivel. Al menos moral. De mujer a amante hay unos cuantos escalones, por lo que técnicamente he caído en picado por la pirámide social. Pero no es que mi marido valiera un duro. Ni estaba a cargo de un reino, ¿sabes? Estaba al frente de una pequeña parte del reino animal, en todo caso: el de los insectos. Mariposas, concretamente. Y todas disecadas. Muy difícil de conservar no era, sobre todo en comparación con los deberes a los que Dareon ha de hacer frente. La verdad, un hombre responsable es de lo más sexy.

—¿Mariposas como esta?

Ladeo la cabeza hacia la otra, el hada que me ha ayudado con el pelo. Sostiene en la mano la 88 que le birlé a Roberto y que tenía guardada en el interior de mi bota. Sin saber muy bien por qué, me lanzo enseguida para quitárselo de las manos.

El hada en cuestión tuerce la cara con desprecio. Todo el vello de la sedosa piel verde se le ha puesto de punta.

—¿Por qué conservaríais algo así?

—Deberíais deshaceros de eso —me recomienda Alia con gesto aprensivo—. Podría considerarse una ofensa al reino. Aquí, todas las criaturas que pueden volar son sagradas.

—Y lo es —interrumpo, acelerada. Aprieto mi talismán—. Quiero decir... Esta mariposa es especial para mí.

—Pero está muerta —recuerda la otra. Creo que se llamaba Louan —. Llevar algo muerto encima es un signo de malos augurios. Sobre todo a un banquete real y ante una visita tan importante.

—Así es. Podría entenderse como una amenaza —me recuerda Alia —. Y no queremos que Su Gloriosa Majestad se sienta ofendido.

—No, no queremos —cacarea Louan.

—Si lo deseáis, podemos untar polen en los bordes del vestido para que las mariposas os acompañen al entrar —propone Alia, entusiasmada—. ¡Así las llevaréis encima de una manera más apropiada!

Ella sí que sabe cómo reinventar la moda.

—¡Polen dorado! Así solo se acercarán las doncellas de ondas rojas

y las ortigueras. Irá a juego con el vestido.

—Nada de polen, que soy alérgica —corto. En realidad es improbable que me siente mal el polen de un sitio en el que nunca he estado, pero si puedo elegir, prefiero que no me condimenten.

Alia y Louan se marchan haciendo comentarios —seguramente malintencionados— por lo bajini. No es que en la Confederación se vea a los humanos como una raza inferior o insignificante, pero como mi mundo les queda muy lejos y no es en absoluto mágico, no sienten la menor curiosidad.

Con cuidado, dejo la mariposa atrapada en su cristal sobre el borde del tocador. Se me escapa un suspiro de resignación.

Supongo que llevaba demasiado tiempo sin pensar en Roberto y ya tocaba que me cayera encima la autocompasión y el fuerte sentimiento de culpabilidad. Ese que me dice que una mujer enamorada y decente llora más de veinte días por su ex, y que no debería estar enseñando carnes delante de un tío como un sol. Por lo menos ahora sé qué es lo que necesitaba para sacarme a Roberto de la cabeza durante veinticuatro horas: ser secuestrada por un personaje de mis novelas.

Otra cosa a lo mejor no, pero la Confederación de Trevelyan sí que sabe cómo ayudarte a superar una ruptura. Deberían escribir un libro de autoayuda.

Me echo un último vistazo y acaricio la tela de la falda color marfil. Está salteada por pétalos de rosas rojas, blancas y rosadas en un degradado a partir de la cintura. Nunca he llevado un escote como este. El vestido en sí, al estilo griego, me cubre un pecho y un hombro, y está decorado por unas cuantas flores de Pascua; la otra mitad de mi vientre queda al descubierto, y casi lo haría también mi pecho si no lo cubriera una especie de casco. A pesar de lo expuesta que me siento, me encanta el detalle de que hayan recreado los ramajes de un árbol para sujetar el vestido a mi cuerpo: estos me envuelven por la cintura, en la que siento la fresca brisa nocturna.

Menos mal que el pelo me llega hasta la media espalda. Si me siento muy violenta, siempre puedo echármelo todo sobre el lado «sexy» del escote, porque no me lo han recogido; me han atado los dos

mechones del flequillo para hacerme una trenza y me han plantado una corona de crisantemos.

—¡Ya es la hora!

La puerta se abre de golpe y las dos hadas gemelas vuelven a entrar revoloteando con sonrisillas de borracha. Nada más retirarse de la entrada, cruzo miradas con el tipo que viene con ellas, e inmediatamente me pongo en tensión.

A Vikram le importa una mierda que haya un banquete real, porque lleva el mismo uniforme de mercenario. Consiste en unas botas hasta la rodilla, calzones oscuros y ceñidos a los muslos, una jerkin de escamas negras con escote triangular en la que asoma el cuello de la camisa roja estilo medieval, y, cómo no, la monumental mala hostia. Lleva el pelo largo recogido de forma parecida a mí, pero lo sostiene en el sitio con una gruesa aguja japonesa que lanza un destello cuando ladea la cabeza para mirarme.

—¿No está preciosa? —canturrea Louan, batiendo las palmas.

Me dan ganas de estrangularla.

Vikram coge aire y tuerce la boca como si hubiera detectado un olor desagradable. Sus ojos se tornan color azafrán al recorrerme con una mirada lenta y evaluadora. Mi cuerpo deja de responder a mis órdenes y reacciona a su concienzudo vistazo como si alguien hubiera subido la temperatura de la habitación. Por un ridículo momento, me da la impresión de que va a hacer un comentario apreciativo...

«Sigue pareciendo humana».

... y me siento tan defraudada y estúpida al oír eso en mi mente que solo se me ocurre ponerme a la defensiva.

—Tú sigues pareciendo una mala copia de Geralt de Rivia. ¿Qué haces ahí parado? ¿Esperas que te hagan un retrato al óleo? —espeto. Debo transmitir una vibra muy negativa, porque las hadas salen espantadas.

Aprovecho que no están para juzgarme y me doy la vuelta para guardar la 88 en el único lugar que se me ocurre: entre la teta que va más o menos decentemente cubierta y el tirante. Solo es una excusa para romper el contacto visual con Vikram, pero mis ojos, sin querer, lo buscan en el espejo. El corazón me da un vuelco al ver que se

acerca muy despacio, sin emitir un ruido con los pies. Se humedece los labios con la vista fija en los bordes de mi vestido.

«Espero a que dejes de observarte con admiración para escoltarte al comedor. Su alteza me ha mandado para tal propósito. Se le ha ocurrido que no conocerías demasiado bien la disposición del palacio que creaste, considerando tu... sospechosa amnesia».

Clavo los ojos en su reflejo.

—Lo ideé, pero no lo levanté piedra a piedra. Aunque si eres tú el que me tiene que llevar, preferiría pasarme la noche vagando sin rumbo. —Intento sonar firme al espetar—: No quiero que te acerques a mí.

Demuestra padecer el síndrome de «hago lo contrario a lo que me dicen» dando los pasos que le quedan para quedar justo a mi espalda. No sabría explicarlo, pero incluso sin tocarme, lo siento detrás de mí. Su cuerpo rezuma un calor que se pega a la piel como el salitre y el bochorno de la playa.

«Eso va a ser muy difícil». Permanece en silencio un momento, como si quisiera desquiciarme preguntándome por qué lo sería. El muy maldito lo consigue, y enseguida me saca de dudas: «Me dedico a proteger al príncipe y a todo lo que es valioso para él». Entorna los párpados para mirarme de arriba abajo. «Incluidas sus queridas».

—Sabes muy bien que no soy su querida —mascullo en voz baja, sin apartar los ojos de su rostro moreno. Él ladea la cabeza muy cerca de mi hombro.

«¿Y por qué no ibas a serlo?». Aprovecha que puede hablar sin abrir la boca para medio sonreír. «Supongo que por orgullo, no porque no disfrutes viendo cómo revolotea a tu alrededor».

Me giro hacia él echando chispas.

Debería habérmelo pensado mejor. Es complicado crecerse cuando un tío te saca cabeza y media. Es tan alto que, a su lado, parezco poco más que una de esas hadas minúsculas que duermen en los huecos de las clavículas de los niños a los que aconsejan.

—¿Qué tiene que ver el orgullo? Sería un honor para mí tenerlo a mi lado, incluso si el precio a pagar es aguantarte a ti en el otro.

Vikram sonríe con crueldad. Al inclinarse sobre mí, las escamas que

cubren el pecho del jerkin destellan como rubíes; un resplandor muy parecido al de sus ojos. Sus dedos recorren el borde de los pétalos de poinsettias de mi escote.

«Esa ha sido una apreciación muy inteligente. No sería la primera vez que Dareon y yo tenemos a una mujer en medio». No me muevo cuando él desliza la mano por encima de mi tirante. Sin llegar a rozarme la piel, toda se me pone de gallina. «Confío en que te habrá advertido que, a veces, estar a su lado significa estar encima de mí».

Una bomba de calor explota en mis mejillas. Hago acopio de todas mis fuerzas para empujarlo por el pecho.

—Ni siquiera sé cómo tienes la cara de insinuar algo así. No me acercaría a ti ni aunque fueras el último hombre sobre la faz de la Tierra.

Él, a quien no he conseguido mover ni un mísero milímetro, me observa desde su altura totalmente inexpresivo.

«No jures por la Tierra estando en otro mundo. Tu "yo" feérico podría sorprenderte».

—Podría sorprenderme, pero no traicionarme, y sin duda eso es lo que haría si te perdonase por lo que intentaste hacer. —Cojo todo el aire que he contenido en los últimos minutos y le sostengo la mirada —. Llévame a donde me tengas que llevar, y no te dirijas a mí.

Por un momento me preocupa que desobedezca mi orden, pero no tarda en darse la vuelta y ponerse en marcha. Al darme la espalda, puedo fijarme con claridad en las dos espadas cruzadas. Supongo que se las sacará para sentarse a comer. O eso espero. Me cortaría el apetito.

Vikram no me mira por encima del hombro cuando se mete de nuevo en mi mente.

«Las llevo a la espalda bajo cualquier circunstancia... salvo en un escenario concreto, así que no tendrás la suerte de deshacerte de su incómoda visión».

Intento mantener la mente sana en el cuerpo sano. Ese escenario concreto tiene que ser cuando se mete en la cama para dormir. Es imposible dormir con eso, ¿no?

«Frío, frío».

Freno de golpe en medio del pasillo. Él se para casi a la vez.

—Te he dicho que salgas de mi cabeza, y creo que estás mudo, no sordo.

Vikram hace una inclinación galante. Con esa reverencia se supone que me ha jurado que no va a volver a hacerlo, o que mis deseos son órdenes, pero aunque durante el recorrido no vuelve a hablar, lo siento merodeando entre mis recuerdos, dando saltos de uno de mis pensamientos a otro. No tiene sentido porque, en realidad, no puede leer mentes, pero me da la impresión de que se esfuerza por anticiparse a mi próximo movimiento. Y eso solo puede significar que de verdad desconfía de mí. Que no finge ni exagera: de veras me tiene por una presencia desagradable.

Bueno, pues que se ponga a la cola.

Si Roberto lo aguantó unos años, él puede joderse por unos días.

13

Gracias al cielo, Dareon acude en mi rescate antes de hacer mi entrada en el fastuoso comedor. Mi trágica cara de culo es sustituida de milagro por una sonrisa de emoción. Está guapísimo con el jubón celeste de la dinastía de los Vygantas, cuyo símbolo insigne luce en la solapa.

—Nunca pensé que un hombre estaría arrebatadoramente masculino y sexy con una diadema —confieso en voz alta.

Él suelta una carcajada y me ofrece el brazo.

—Esta es mi preferida. La llevó mi abuelo en su boda —cuenta con orgullo. Se acerca a mi oído para añadir—: La próxima vez te dejaré elegir cuál me pongo.

Estoy a punto de responderle algo *made in Spain* cuando recuerdo dónde estoy y todo lo que tengo que demostrar. Ha llegado la hora de convertirme en la amante humana del príncipe. Aunque lleve una teta fuera, debo intentar pasar desapercibida.

—Qué honor, alteza. —Estiro el cuello para ver si, por casualidad, logro atisbar algún detalle del invitado—. ¿Está Ka... Su Gloriosa Majestad ahí?

—Así es.

—Espero que mi atuendo sea de su agrado.

Él me mira con aire travieso.

—Es del agrado del mío, que soy quien importa.

—Por supuesto, por supuesto.

Con un toquecito, me anima a andar a su ritmo.

Dios santo, vamos a entrar. Voy a conocer a otro de los personajes sobre los que tanto he escrito y también sobre el que menos sé. Es tan excitante... Me siento a punto de bajar la curva mortal de la montaña rusa.

Dareon se acerca a mi oído para comentarme algo en el preciso momento en que ponemos un pie en el salón.

—Estoy deseando que llegue esta noche.

Abro los ojos de golpe. Un cosquilleo de quinceañera me recorre la espalda al ladear la cabeza hacia él y comprobar que no está

bromeando. Hay un leve rastro de lujuria en la impronta de sus ojos amarillos. Y yo no soy inmune a esos encantos suyos que solía describir a oscuras en mi habitación.

Uno de ellos era su talento para estremecer a una mujer con seis palabras exactas.

Lo copié de Patrick Rothfuss.

Su coqueteo me sume en una especie de trance risueño. Es como si todo se volviera borroso alrededor y lo único que pudiera ver con claridad fuera al hombre que me acompaña. Pero habría sido imposible que su embrujo me impidiera detallar al invitado, una mancha en blanco y negro en el asiento que preside la mesa.

No se molesta en ponerse de pie. Está sentado con dejadez en la silla y tiene los hombros tan anchos que sobresalen por mucho del respaldo, en el que apoya todo su peso en una postura que denota su aburrimiento. Me ve venir con la barbilla apoyada en la palma de la mano, en cuyos dedos centellean varias de las joyas plateadas.

Mi cuerpo se trenza de orgullo al recordar que yo y solo yo, Diana Balderas, he creado a una criatura soberbia como ninguna otra. El contraste entre la impoluta chaqueta blanca con hombreras y su piel de ébano es de una belleza solo comparable a cómo destacan sus ojos azules en un rostro tan oscuro como divino. Ese azul parece artificial.

Mis descripciones se acercaban. Con ellas podía hacerme una idea, pero no le hace justicia ninguna salvo la de sus ojos.

«Kadesh se dirigía a todo el mundo de la misma manera: como se miraría al enemigo al hundir una daga en su corazón. Lo hacía con la omnipotencia del que sabía que estaba administrando el último sacramento, pero también con el débil fondo de la clemencia que mostraría el asesino permaneciendo al lado de su víctima hasta que la Muerte le robara el aliento. Kadesh dejó de usar las manos para matar cuando fue proclamado rey de Aranrhod, pero ni décadas después dejaría de circular la leyenda de que el terror de mirar el acero helado de sus ojos era lo que en realidad dejaba una ristra de cadáveres».

A mí no me da miedo, si soy honesta. Sí impone, infunde respeto y despierta la misma sórdida fascinación que sentiría un psiquiatra conversando con un psicópata en su diván, pero no puedo asustarme cuando coge mi mano con una galantería innata y deposita un beso

admirativo en el dorso.

Soy una persona de mierda. Tengo a un asesino delante de las narices, y parece que me da igual siempre y cuando con su sonrisa educada recomponga mi resquebrajada vanidad.

Sé que esto me deja en un lugar terrible. Este tipo ha exterminado dos estados enteros.

Pero tiene los ojos azules.

Dios, ¿en qué pensaba al hacerlo tan atractivo?

—Su Gloriosa Majestad... Es un honor conoceros por fin.

—Estoy seguro de que sí —contesta con aire pensativo. Me deja descolocada su tono cálido. No me lo imaginaba así. Suena cercano y sensual, como una caricia de terciopelo—. Yo también sentía cierta curiosidad por ti.

—¿Y he estado a la altura?

—Eso lo comprobaré más adelante, pero antes de nada debo decir que me has dejado impresionado. Es sorprendente la rapidez con la que te has adaptado a esta nueva sociedad. —Le dedica una sonrisa distraída a Dareon—. No diré nada del amor, pero la lujuria en una mujer puede obrar auténticos milagros.

—No os dejéis engañar por las apariencias —me apresuro a decir—. Que esté disfrazada de confederada no significa que haya olvidado mis raíces o ya sepa cómo desenvolverme en el entorno. Hace tan solo un rato he tenido un pequeño malentendido con Vikram.

—Con Vikram todo son malentendidos —bromea Dareon. Me da un beso en la sien—. Lo estás haciendo de maravilla.

Compartimos una mirada de complicidad que lo dice todo sobre su comentario con doble sentido: estoy desempeñando mi papel de manera decente.

Es un alivio.

Dareon hace un gesto para invitar a Kadesh a ocupar de nuevo su asiento. Antes realizan el saludo protocolario, que consiste en una sencilla reverencia. Una en la que a simple vista no parece haber ninguna clase de tensión. Me quedo asombrada por la impecable actuación de los dos. Es increíble lo que uno puede llegar a hacer por su respectivo reino cuando lo que les pide el cuerpo es morderse el

cuello. Y no en el buen sentido, aunque si lo hicieran en plan sexual me gustaría estar ahí para verlo.

—Pensaba que la próxima ocasión en la que nos veríamos sería en el palco durante la Justa Real —comenta Dareon nada más ocupar su asiento, justo al otro lado de la mesa. Vikram se acomoda a su derecha, y yo a su izquierda. Los dos compartimos una mirada rápida: la mía, desafiante; la suya, algo desganada.

«Tranquila, criaturita. No voy a molestarte», aclara con serenidad.

«Más te vale».

Lo pienso con tantas ganas que juraría que he conseguido que lo escuche.

Kadesh, por otro lado, acepta la indirecta de Dareon con una sonrisa calculada al milímetro.

—Sin duda ese es un esperado acontecimiento, pero no queremos que empiecen a pensar que juntarnos es sinónimo del derramamiento de sangre, ¿verdad? La paz es imprescindible en estos días.

Dareon le sostiene la mirada, inexpresivo.

—¿Qué tienen de especial estos días para que la paz sea más importante que hace una década? —Hace una pausa—. ¿Que ahora gobernáis vos?

En toda la jeta.

Los ojos de Kadesh brillan como el filo de un cuchillo.

—Que ahora ya se saben las consecuencias que trae la guerra. Provocarla, por lo menos en el bando equivocado, no parece muy rentable. Estarás de acuerdo conmigo, ¿no? —Arquea una ceja. Dareon asiente, pero es palpable que le odia y no abanderaría su causa ni borracho—. Deberíamos celebrar lo que tenemos. Hay que ser agradecido.

No sé qué demonios está pasando.

Necesito releer mi libro para saber cómo hemos llegado hasta aquí.

—Hablando de la Justa —continúa Kadesh, repantigándose en la silla. Entrelaza los dedos sobre el vientre plano—. No me has enviado aún la lista de los participantes. Solo un borrador bastante escaso. Parece que este año son pocos los soldados que quieren demostrar su valía ante mí. ¿O es porque prevés unas cuantas bajas militares para

esas fechas?

Apenas le presto atención a la charla, pero al fijarme en la expresión y la postura del silencioso Vikram, no me cuesta sobreentender que se están lanzando acusaciones con la elegancia esperada en una corte feérica. Estiro el cuello y finjo que no sé de lo que hablan jugueteando con el borde flabelado del plato vacío.

—¿Por qué iba a prever bajas militares? —rebate Dareon con aparente curiosidad.

Kadesh levanta las cejas con similar despreocupación.

—No lo sé. —Hace una pausa y lo mira a los ojos—. ¿Por qué ibas a prever bajas militares?

Dareon medio sonríe.

—La verdad es que después de unos cuantos años de conflictos y persecuciones, mis hombres no desean hacer un espectáculo del horror que ya han vivido. Podría decirse que han aprendido la lección y no van a banalizar ni ridiculizar la guerra en una justa.

Kadesh suelta una carcajada escalofriante.

—Es lo más divertido que he oído en años. Vikram es también tu general. ¿Será posible que él, por respeto a las pérdidas de la guerra, tampoco quiera prestar los servicios para los que se ordenó?

Vikram levanta la vista del plato y lo mira.

«Yo no presto ni presté mis servicios a nadie».

Kadesh ladea la cabeza, intrigado. Yo pestañeo hacia Vikram, extrañada. Su voz ha retumbado como si estuviera ofendido.

—Por supuesto, eres un *japheth*. Lo eligieron por ti. Pero ni los que son como tú ni los que lo eligieron voluntariamente están en posición de renegar de una justa. —Se dirige a Dareon—. Creo que sabrás lo que significa una baja participación en un evento dedicado a celebrar el aniversario de la corona de Aranrhod.

Traición. Eso significa. Y las hadas no se toman a la ligera estas cosas. Por la cara que pone Dareon, es obvio que lo sabe y no le tiene miedo. Está llevando a cabo movimientos que demuestran que va a rebelarse, pero no lo admite a la cara. Si me preguntan, me parece un comportamiento un poco temerario, sobre todo cuando se tiene con un genocida. Pero él sabrá más de estrategia bélica que yo.

Un par de hadas aparecen para servir el vino.

—Tal vez signifique que no estamos de ánimo para celebraciones —acota Dareon. Acto seguido, le da un sorbo a su copa recién servida. Yo hago lo mismo con la mía, concentrada en contar las incrustaciones de la obra de orfebrería.

Mis cejas salen disparadas hacia arriba cuando el líquido fresco baja por mi garganta.

Nunca he probado nada tan delicioso. Tiene un regusto seco a canela.

—¿Por qué no estaría el príncipe de Elyllon de ánimo para celebraciones cuando estrena una amante bellísima?

Al principio no reacciono. Eso de «amante bellísima» no cuadra con la definición que daría de mí misma.

Cuando se instala el silencio, dejo de beber como una posesa y le sonrío.

—Nadie diría que el buen ánimo depende de la compañía cuando Su Gloriosa Majestad pasa sus días en una llamativa soledad —apunta Dareon. Hace un gesto elocuente hacia las dos sillas vacías que hay junto a Kadesh.

Este entrecierra los párpados.

—Reconozco que estoy algo aburrido. Quizá deba pedirte prestado un portal tridimensional para viajar a la Tierra. Tus frecuentes expediciones me han estado dando mucho en lo que pensar; como que, por ejemplo, allí uno se lo pasa en grande.

Ahora le está echando en cara que viaje mucho. Este tipo está amargado, y si tuviera tres años lo compadecería. *Pobrecito, normal que el nene se enfade si nadie quiere ir a su fiesta.*

Vale, ya sé que el tema es mucho más grave que eso. Sabe que Dareon está cabreado y le tiene que recordar que, o se *descabrea*, o habrá fuegos artificiales. Pero estoy tan acojonada que necesito ponerle un poco de guasa al asunto. Y un poco de vino de canela, o lo que sea esto de lo que me están sirviendo el segundo vaso.

—Cuando queráis —acepta el reto—. Aunque no sé si en la Tierra habrá sitio para los dos.

Me dan ganas de darle una patada a Dareon por debajo de la mesa.

¿Puede dejar de provocarlo? No quiero morir. ¡No quiero!

Para mi inmenso alivio, un grupito de hadas de lo más variopinto aparece para llenar la mesa de platos y rebajar un poco la tensión. Tengo tanta hambre que no puedo reprimir una mueca de decepción al ver que no hay nada que me suene familiar. Tampoco es que esperase una tortilla de patatas o habas con jamón, pero, joder, estos platos parecen los típicos minúsculos y concentrados que sirven en restaurantes de lujo por el módico precio de todo tu puto sueldo. Por primera vez —y seguramente última— me siento identificada con la cara de lástima que se le queda a Vikram. Me dan ganas de estirar el brazo, darle una palmadita en la mano y decirle que le acompaño en el sentimiento.

—Ahí está la reacción humana —señala Kadesh, complacido. Me sobresalto en cuanto entiendo que se dirige a mí—. ¿No es de tu agrado la comida de Elyllon?

¿Y este qué sabe de reacciones humanas, si no nos conoce como grupo? Que sí, que en Aranrhod hay humanos y toda la pesca, pero dudo que el mismísimo rey trate con ellos o los invite a su corte.

—No, no, no es eso. El vino está buenísimo. —Levanto la copa antes de darle otro largo trago. Se me olvida que estoy delante de un rey y me limpio con el dorso de la mano—. Es solo que no estoy acostumbrada a... raciones tan pequeñas. Creo que se nota.

—¿Cómo que «se nota»? —repite Dareon.

—Ya sabes... —Inflo los carrillos—. Tengo unas cuantas lorzas que acreditan que me paso con el jamón.

—¿Lorzas? —repite esta vez Kadesh.

—En Andalucía lo decimos así. Lorzas. También se le llama rollitos, o mollas, o michelines. Es la carne blandita que te sobra cuando estás gordo —explico, cansada de que me miren como si estuviera loca—. No me sorprende que no sepáis qué es, aquí todos parecéis sacados de una agencia de modelos.

Vikram agacha la mirada hacia su plato y ahoga una risita frotándose el bajo de la nariz con el dedo. Espero a que levante la cabeza para fulminarlo con la mirada y dejar patente que él no está incluido en el grupo.

Él no está bueno para nada. Él es feo y asqueroso.

—Eso es justamente lo que te hace tan encantadora —apunta Dareon, mirándome con calidez—. No eres nada parecido a lo que puede encontrarse por aquí.

Levanto la ceja asesina.

—Cómo se nota que eres de otro mundo. La respuesta correcta a mi lamento es un: «No estás gorda, cariño». Incluso si no sabes lo que eso significa porque aquí no haya la menor necesidad de buscar una palabra para definir lo que no existe. —Meneo la copa entre mis dedos. Puede ser que me esté poniendo un poco piripi—. Ahora que lo pienso... Debe haber muchas palabras en mi diccionario que no usáis aquí. Como, por ejemplo, grano. Vosotros no tenéis granos, ¿verdad?

—Hay granos de trigo —explica Kadesh con paciencia—. Y de arroz.

—Pero granos como espinillas no, ¿verdad?

—¿Te refieres a la parte de la pierna, a las espinillas? —Dareon se toca el bajo de la rodilla.

—No, me refiero a pequeños... granos. —*Joder, Diana, que eres escritora: define tus palabras. Demuestra que tienes un gran manejo del lenguaje*—. Como pompas que salen de la piel y están llenas de pus. Son pequeñas. Aparecen sobre todo en la cara, y cuando tienes la regla. ¡Ah! ¡Otra palabra que no conocéis: la menstruación! Las hadas no sufren esto.

Todos se me quedan mirando sin entender. Yo me recuesto en el sillón y sonrío, satisfecha. A lo mejor nosotros no tenemos un metabolismo veloz y unos genes por los que se pelearían las aspirantes a madres solteras para sus niños probeta, pero sí nos sobran los granos y los ciclos lunares sangrientos.

Que se chupen esa.

—No os preocupéis, hay muchos hombres en la Tierra que también ponen esa cara cuando se menciona la menstruación. No estáis solos.

Kadesh acaricia el borde de su copa, una al estilo martini pero dorada y con detalles brillantes. No deja de mirarme con interés.

—No he tenido el honor de conocer a ningún humano, pero si son todos como tú, tal vez debiera hacer ese viaje a la Tierra. Está claro

por qué el príncipe se lo pasa tan bien. —Observa a Dareon con gesto conspirador—. Yo también quiero divertirme.

—Pues si lo que pretendes es divertirte con nosotros, no te recomiendo que vayas al norte de Europa. A los escandinavos no se les conoce por su gran sentido del humor. España te gustaría, aunque, si vas, me gustaría que me prometieras algo.

—¿El qué?

Apoyo las dos manos en la mesa y lo miro con seriedad.

—No le metas fuego. —Siento cómo Dareon deja de respirar a mi lado. Yo misma me abofeteo mentalmente al darme cuenta de lo que he dicho—. Lo digo porque ya le vamos a prender fuego nosotros, ¿sabes? La catástrofe natural que acabará exterminándonos ya está llegando, y...

Por suerte para todos, Kadesh esboza una lenta sonrisa.

—Tienes mi palabra.

El mundo parece volver a ponerse en funcionamiento mientras yo continúo mirando a Kadesh, que le hace un gesto a una de las hadas del servicio para que le rellene la copa.

«Será mejor que cierres el pico de ahora en adelante», escucho en mi cabeza. Aprieto los puños cerrados sobre mi regazo y fulmino con la mirada a Vikram.

—Te pone cachondo hablarme como si fuera inferior a ti, ¿verdad? —le suelto—. Pues entérate de que no tienes derecho a darme órdenes, ni a sermonearme, ni...

Vuelvo a callarme en cuanto proceso que acabo de chillarle a alguien que no me ha dicho nada. Por lo menos lo he hecho delante de dos personas que saben que el tercero en discordia tiene poderes mentales.

Y problemas mentales también.

—Creo que voy a llevarte a tu habitación —interviene Dareon con suavidad—, si Su Gloriosa Majestad está conforme.

—La velada perderá encanto, pero no seré yo quien impida que la dama descanse. —Y brinda a mi salud antes de llevar la copa a unos labios sonrientes.

Genial. Cuando no me humillan los demás, me dejo en evidencia yo

sola. Ahora me toca pasar la noche en el cadalso, pero para tener con lo que entretenerme, me llevo conmigo el *copazo* de vino mágico.

Esto ha sido todo un descubrimiento.

Dareon me toma de la mano con una delicadeza que me hace sentir una princesa. Le sonrío —más bobalicona, imposible— y dejo que me lleve al pasillo. Ahí se gira hacia mí.

—¿Estarás bien? —me pregunta Dareon, preocupado.

—Sí, sí... Superbién. Mejor que eso. ¡De lujo!

—Debería haber imaginado que el vino no te sentaría bien. Tendrás que disculparme. —*Yo a ti te lo disculpo todo, mi amor*—. Ningún humano ha visitado el palacio de Elyllon con anterioridad, al menos que a mí me conste, y no se me ha ocurrido pensar en esto.

—Pero yo no soy...

Dareon me tapa la boca con un dedo. Me tienta mordérselo, pero afortunadamente no estoy tan borracha.

—También aplica para los exiliados por demasiado tiempo —dice en voz baja—. Piénsalo como los animales domesticados. Después de años en cautiverio, necesitan pasar por un período de adaptación antes de volver a ser lo que eran, incluso si esencialmente son criaturas salvajes. No dudo que, algún día, serás una confederada de la cabeza a los pies. Pero para eso tiene que pasar tiempo.

Asiento. Todo tiene sentido cuando sale de sus labios.

—Le diré a Vikram que te acompañe a tu alcoba.

—¡No! —me quejo—. Quiero decir... Es un ofrecimiento muy generoso por vuestra parte, alteza, pero antes preferiría que me arrancaran la oreja y me la sirvieran al vapor.

Él se ríe.

—¿Con cortártela al estilo Van Gogh no sería suficiente?

—¿Cómo sabes quién es Van Gogh?

—Yo sé muchas cosas. —Me guiña un ojo—. Gracias por desviar la atención, Diana. Puede que ahora mismo sientas que me has defraudado, pero esto era justo lo que necesitaba para no pasar la noche en tensión.

No sé por qué me da la sensación de que va a besarme. Seguro que es porque fantaseo con ello, porque quiero que lo haga. Parece que él

se da cuenta de lo que espero, porque vacila antes de acariciarme la cara con los dedos y distanciarse.

La cara de pena que pongo debe ser para pintarla.

—Buenas noches, Diana. —Y vuelve al comedor.

Hago un pucherito y me apoyo un momento en la pared.

—Buenas noches, cañón.

14

Este vino es la hostia. He intentado dejar algo para llevárselo a Elsa. A ella le encanta ponerse hasta el culo de todo tipo de sustancias alucinógenas —la he tenido que sentar en el sofá de las reprimendas para decirle que por las drogas de diseño no voy a permitir que pase... Bueno, que *vuelva* a pasar—, pero enseguida he recapacitado: ¿cómo voy a conservar el culo de una copa hasta... cuando quiera que vaya a volver a la Tierra? ¿Acaso voy a volver a la Tierra? Me está costando deshacerme de la posibilidad de estar majara, pero confieso que con este maravilloso chute de alcohol, todo me importa una mierda.

Creo —y lo digo porque no estoy segura— que he estado deambulando por el palacio durante más o menos una hora. O dos. No sabría decir tampoco qué es lo que he visto. Es todo precioso. Los pasillos son preciosos. Las vistas... ¿He dicho ya que el palacio está situado a los pies de una depresión, y a su espalda hay una especie de lago brillante? Mi alcoba dispone de una terracita columnada al estilo griego con vistas al paisaje natural. Espero que los feéricos no se carguen el ecosistema como hemos hecho nosotros.

Me dan ganas de tirarme de cabeza y nadar. Desnuda. ¿Por qué no? Pues porque no sabría por dónde empezar a quitarme el vestido. Y porque a lo mejor hay criaturas tenebrosas y no tan majas como Nessie en el fondo. Por eso decido que mejor nadar con ropa en el estanque de mi habitación.

Sonrío como una tonta al meter los pies descalzos en el primer escaloncito. Sigo avanzando con la risa picándome en el estómago y una extraña sensación de libertad recorriéndome el cuerpo. Este vino debe contener cocaína o su equivalente mágico. No es normal que gima de placer al meterme en el agua y flotar entre los nenúfares.

Ahí, en medio del agua, con las flores pegándose a mi cuerpo para trazar las líneas de mi figura, experimento el primer instante de paz desde que Roberto se largó del apartamento. No: el primer instante de paz desde que me robaron la seguridad en mí misma, ese día de clase en el que mi única amiga enumeró todos mis defectos y mi mente infantil decidió atormentarse por cada uno de ellos. Entonces pensaba:

¿Seré siempre tan tonta? ¿Seré siempre tan inútil? ¿Seré siempre tan prescindible? Cuando crecí, esas preguntas se transformaron en afirmaciones. Siempre seré insuficiente. Siempre seré mediocre. Pero ahora no queda nada de eso. Donde había reproches, dudas existenciales y gritos al vacío, hay un espacio blanco sobre el que flota una mujer tranquila. Por unos segundos no soy Diana. No soy insufrible, ni una fracasada. Soy un ser humano desafiando el desesperantemente veloz devenir del tiempo. Un ser humano que deja que sus penas se hundan y se sostiene entre el agua que ha estado ahogándolo y el aire que antes no llegaba a sus pulmones, como si estuviera por encima de todo.

Soy un alma sin cargas. Soy libre. Y en medio de esa eufórica libertad que se me atraganta y me llena los ojos de lágrimas, una que no sé si ha salido del vino o de que ya no podía aguantar más, se infiltra una sucesión de imágenes.

El corazón me da un vuelco ante el subidón del regreso de la musa.

La escena se reproduce en mi cabeza con toda claridad.

Veo al rey Kadesh subido a su semental árabe, de un pelaje similar en brillo y tono a su piel, inclinándose para recibir una carta doblada de manos de un hada. Es una de las andróginas cuyo sexo es imposible de identificar.

—¿Puedo volver a palacio con vos, Majestad? —pregunta con voz temblorosa. Los ojos de Kadesh recorren con lentitud las líneas del papel. Son pocas, pero suficientes para que lo arrugue en un puño crispado.

Su expresión no dice nada.

—No. —La criatura se estremece—. Quiero que continúes observándolo.

—Pero, Majestad... —se arriesga a decir, con los brazos encogidos sobre el pecho—. Lo que os he entregado es prueba irrefutable de lo que sospechabais.

—Necesito algo más que una lista de posibles desertores para desplegar a mis soldados. Aquí solo dice que están entrenando con armas de guerra, pero no para quién ni para qué. —Le arroja el papel —. Memoriza los nombres y después quémalo. Y la próxima vez que

me hagas venir, procura que sea para darme información más consistente.

El hada agacha la cabeza, mortificada.

—Lo siento, Majestad.

Kadesh no se para a consolarla. Agarra las riendas de su montura y se da la vuelta para enfilar al camino real. Es bien sabido que Kadesh nunca arrastra a la corte consigo cuando realiza un viaje diplomático; ni siquiera se molesta en contratar escoltas. Es una amenaza en sí mismo contra la que nadie se atrevería a jugar.

Lleva lo mismo que ha lucido durante la cena, y las lunas gemelas brillan entre unas nubes oscuras. Es algo que debe estar pasando ahora mismo. No creo que el rey repita modelito.

Ladea la cabeza. El hada y yo admiramos su perfil perfecto. No la mira al añadir:

—Vigila también a la amante. Si no está involucrada aún, lo estará.

Las sombras de la noche entre el desdibujado bosque de Namara, emplazado al oeste de Elyllon, desaparecen tal y como han aparecido ante mis ojos: igual que una repentina alucinación. Vuelvo en mí misma cogiendo una bocanada de aire que casi se convierte en una bocanada de agua cuando me hundo.

Se acabó la paz.

Nado frenéticamente hacia las escaleritas y salgo del oasis temblando de frío. La visión ha aparecido en mi cabeza y no «quiero» escribirla; lo *necesito*, pero no encuentro ningún soporte. Ni papel, ni un espejo de kilómetro y medio lleno de vaho, ni mucho menos un portátil con el paquete Office instalado.

Me detengo un momento en medio de la habitación, helada, con la cabeza dando vueltas y el sabor exótico del vino en la punta de la lengua.

Se supone que esto es algo que va a pasar, ¿verdad? O que ya ha pasado. Ya no soy escritora. Ahora soy la Creadora y eso significa que no se me ocurren escenas, sino que veo el pasado, el presente y el futuro.

Tengo que decírselo a Dareon. Pero ¿dónde coño está Dareon?

Salgo al pasillo y miro a un lado y a otro. Mi instinto decide que

tome el camino de la izquierda. Si me hubiera hecho un maldito tour por el palacio, como todo anfitrión que se precie, esto no estaría pasando. Lo de mi penoso sentido de la orientación, digo. Por suerte, al doblar la primera esquina, me cruzo con un gracioso duendecillo vestido de copero que me dice con exactitud dónde se ubican sus aposentos. En este caso me ha venido bien ser su puta, aunque por el camino haya tenido que tragarme una miradita libidinosa por parte del duende.

Ya me gustaría a mí ir para eso, tonto de los cuernos.

El edificio está sumido en una semipenumbra de novela policíaca con tintes mágicos, y yo debo ser la antiheroína paseando por ahí mojada, borracha y con la intención de decirle a un príncipe: «Oye, he tenido una visión».

Esto es de locos, pero no tengo un plan mejor.

El dormitorio de Dareon se encuentra en la planta de arriba, al final de unas infinitas y cansinas escaleras de mansión victoriana que voy saltando precipitadamente por miedo a que se me olvide la escena. El corredor de su piso es más amplio, está iluminado por lamparillas de fuego azul y la moqueta pálida es tan suave al contacto que me extraña que no vayan todos descalzos. Estoy a punto de abrir la puerta de la habitación, exaltada todavía por lo que he visto, cuando alguien me agarra por detrás.

En un abrir y cerrar de ojos, mi espalda está contra la pared, una mano cubre mi boca y un cuerpo recio comprime mis frágiles costados de humana blandengue.

«¿Qué demonios haces aquí?», descifro en mi cabeza.

—Ser víctima de tu último y nada original placaje. ¿Es que solo sabes saludar así?

«Reconozco que es mi táctica más efectiva cuando se trata de contener a un intruso que, en medio de la noche, intenta colarse en el dormitorio del príncipe».

—Siempre que has hecho el capullo brillaba el sol en el cielo, así que no te las des de ninja nocturno. Suéltame, maldito cabrón. —Le doy un mordisco en la mano con la que me cubre y la retira de inmediato.

Punto para España.

Se separa lo suficiente para que respire, pero no me suelta. Agarra mis muñecas entre los dedos de una sola de sus manos y tira para alejarme de la puerta.

Por un momento no se me ocurre nada que decir. El fuego azul de la iluminación remarca las facciones de Vikram de un modo tétrico, pero de algún modo que aún no acierto a comprender, en esas tinieblas hay una belleza inexplicable.

«No. Es feo y malo», me digo.

—Tengo que decirle algo al príncipe —balbuceo—. Déjame entrar... Es importante.

«Díselo mañana».

—No puede esperar.

«Nadie entra en los aposentos del príncipe cuando aparece la segunda luna».

—Sí, claro, es que nuestro príncipe es virgen —me burlo—. No te hagas el tonto conmigo, que yo lo sé todo. Me conozco los nombres y detalles de cada hada que se ha pasado por la piedra, y tú te has tenido que tragar cada grito apoyado en esta misma pared, así que no me toques las narices.

«¿Qué se supone que significa eso? ¿Quieres formar parte del grupo?».

—Quiero que te quites de en medio, Godzilla.

Vikram me estudia en silencio. Sus ojos son una franja anaranjada que me recuerda al horizonte del atardecer.

«Ya veo que te has tomado en serio el comentario que ha hecho cuando entrabais al comedor».

—¿Qué comentario? ¿Qué dices?

«Sabes que solo estaba provocándote para que te sonrojaras y el cuento fuera más creíble, ¿verdad? No eres tan estúpida como para creer que de veras te esperaba esta noche».

No sé por qué, pero me lo imagino hablándome en tono burlón. Y entiendo menos todavía por qué me afecta tanto la burla de este burro, pero mi reacción es sacudir el brazo e intentar librarme de él.

—Vete al infierno. No he venido a seducirlo.

Vikram me mira de arriba abajo. El paseo de sus ojos por el volumen de mis pechos se graba en mi piel. Desciende en un silencio solo alterado por mi respiración acelerada. Al detenerse entre mis piernas, todo mi cuerpo empieza a arder dolorosamente.

Me quedo inmóvil cuando coge uno de los pétalos mojados de mi falda, uno que estaba demasiado cerca de la unión de mis muslos.

«Por supuesto que no. Seguro que hay una explicación racional por la que una mujer aparecería mojada y con un vestido ceñido en la puerta de un hombre al que venera. ¿Esto es habitual entre terrestres? Lo siento si se me escapan algunas costumbres de tu país natal».

—Se te escapan unas cuantas, bruto imbécil. —Me sacudo para librarme de sus manos, y no sirve de nada. Al contrario. Vuelve a pegarme a la pared, y esta vez, él se pega a mí.

«¿Como cuáles?».

—Las de la cortesía... La caballerosidad. Por esto podría llevarte al tribunal de violencia de género. Eres un machista grosero al insinuar que soy una puta.

«Lo siento».

Frunzo el ceño.

¿Es ironía?

Esto de que no hable es una mierda. No se entera una de nada.

—Vikram —insisto, atragantada. Me cuesta sostenerle la mirada cuando me observa así—. Solo quiero... decirle... algo. Es importante.

«Puedo oler y oír cómo de importante es». Esta vez, su voz se convierte en líquido y se desliza entre mis sienes. ¿He dicho que adoro este vino? Pues lo retiro. Lo odio. Odio lo que me está haciendo.

—¡Ni siquiera sabes qué es!

«Estoy entre “estoy enamorada de ti” y “quiero que me folles”. ¿Cuál se acerca más?».

Jadeo de pura incredulidad. Dejo de patalear y lo miro a los ojos con los míos ardiendo al igual que el resto de mi cuerpo. Está totalmente pegado a mí y no sabría explicar cómo se siente. Mi vestido y yo ya no estamos mojados. Su pecho es tan eficaz como el sol a la hora de derretirme entera.

—¿A ti qué te importa?

«Mucho, teniendo en cuenta que soy el guardián de la puerta. A lo mejor no ha sido buena idea presentarte ante un depredador en estas condiciones. Algunas veces he tenido que poner a prueba a los visitantes para saber si eran dignos de pasar».

Aprieto los dientes, más frustrada por las emociones disparadas en mi estómago que por cómo se está riendo de mí. Al mirarlo, veo a un enemigo poderoso, pero también me flojean los tobillos.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo te atreverías a poner a prueba a la invitada de honor?

«Te sorprendería».

Un sentimiento desgarrador surca su expresión, y me cuesta reconocerlo porque no lo he visto en nadie. Al principio me asusta, porque es el resultado de un latido salvaje como el de la tierra durante un cataclismo, pero pronto comprendo que solo es...

Es...

—¿Qué está pasando aquí?

Vikram se separa y tira de mí con brusquedad para acercarme a Dareon. Ha abierto la puerta con extrañeza. Lleva el cabello trenzado sobre el hombro y nada más que una camisa sin atar y unos calzones.

Bendito sea mi hombre de luz.

«Insiste en que tiene algo que decirte, pero me habías pedido que nadie te molestara hasta mañana».

Dareon se frota la sien.

—Sí, pero con eso no incluía... Me he explicado mal. En lo sucesivo, si algo atormenta a Diana, permítele la entrada. Da igual la hora que sea.

Me habría gustado girarme hacia Vikram y sacarle la lengua. O decirle que se joda con el puño cerrado. Pero me encuentro tan mal, tan... extraña, que prefiero esconderme de él en los aposentos en cuanto suelta mi muñeca.

Me estremezco de frío cuando deja de tocarme.

«Como quieras».

Esta vez sí suena como un eco distante. Eso capta mi atención. Me giro para mirarlo, pero se reclina a su lugar. Recupera su pose de guardia a un lado de la puerta con la vista al frente y las dos temibles

espadas sobresaliendo de sus hombros igual que las púas de un erizo venenoso al que no conviene provocar.

Trago saliva, aún temblorosa por lo que acaba de suceder —¿o por lo que habría sucedido?— y sigo el gesto que hace Dareon hacia el interior.

Mi intención es vomitar todo lo que he visto en cuanto me hace una señal para que empiece, pero asimilo mucho antes que estoy en el dormitorio del salido del príncipe Dareon. Se me suben tanto los colores que me extraña no acabar teñida de pelirroja.

La cantidad de guarradas que le he visto hacer no han tenido nombre. *El Príncipe de Elyllon* no es ninguna novela romántica: más bien una obra narrativa a secas con toda clase de elementos, y eso incluye sexo a mansalva. No lo podía evitar, me encantaba narrar sus escenas vestido como si fuese una criatura celestial muy por encima de los fetiches y debilidades humanos, y describir aquellas en las que estaba desnudo como si quisiera presentarse a las olimpiadas del guarreo por el oro en la categoría El Más Cerdo De Todos.

—¿Diana?

Pestañeo hacia él. Se ha sentado en el borde de la cama y me mira con ojos soñolientos.

No me gusta ni un pelo que sea inmune a mí. ¿Por qué no me mira como si quisiera devorarme, si tan especial le parezco? Por Dios, ¿y yo por qué quiero que me mire así?

—He visto algo. No he encontrado nada para escribirlo y pensé que una buena alternativa sería ir a buscarte para contártelo.

Barre el cansancio muy lejos de sus preciosos ojos pálidos con un pestañeo nervioso. Se levanta de nuevo y me coge por los hombros.

Por los hombros.

Como a un colega.

Joder, ¿qué me pasa? ¿Es que el vino tenía afrodisíaco?

—Eso es maravilloso. ¿Qué has visto?

Me muerdo el labio.

—Deberías cambiar la cara, porque no creo que vaya a gustarte mucho.

15

Dareon se pasa una mano por la mejilla.

—¿Qué llevaba puesto?

—Uf... No me gusta esa pregunta. En España la hacen mucho para culpar a la víctima.

Sacude la cabeza con la intención de recapitular lo que acabo de contarle.

—Pregunto qué llevaba el hada que le proporcionó la lista de los supuestos desertores. ¿Recuerdas si vestía el uniforme del servicio de palacio?

Intento hacer memoria, pero entre el vino, la repentina migraña, que tengo un frío que me voy a desmayar y que Vikram se ha portado de una forma muy extraña —por no añadir que estoy sentada en el borde de la cama del hombre de mis sueños—, no consigo concentrarme. ¿Qué llevaba el hada? ¿Quién se fijaría en eso teniendo a Kadesh despatarrado en un caballo?

Muy bien, está claro que las hormonas no juegan en mi favor cuando se trata de hacer mi puñetero trabajo.

—Estaba oscuro. No lo vi muy bien. Ni siquiera sabría decirte cuál era su sexo. Solo que llevaba el cabello trenzado al estilo jamaicano, y... Si la escuchara hablar, podría reconocerla.

—Puede ser una trampa —medita Dareon, caminando de un lado a otro. Es increíble que con menos ropa puesta parezca más grande que cuando lleva varias capas—. Kadesh no sería tan estúpido como para citarse con un ely tan cerca de palacio. Y no habría infiltrado a un espía sin que yo me diera cuenta..., ¿verdad?

¿Me está preguntando si Kadesh me parece más listo y mejor estratega que él?

¿Qué puedo responderle para que no se ofenda?

—No sabría decirte dónde estaban con exactitud, pero no se encontraban cerca de palacio. Estaban en el claro del bosque de Namara. Solos.

Dareon pone los brazos en jarras y piensa un momento. Yo echo un vistazo disimulado a la cama deshecha. Está claro que estaba teniendo

una mala noche; lo delatan las sábanas revueltas.

En la mesilla de noche hay una planta en un macetero de cristal. Parece una rosa, pero la estructura de la corola es diferente. Es la flor de la que extrae una de las muchas esencias que componen varios de los medicamentos con los que mantiene a raya la enfermedad. Me revuelve el estómago contemplar la cantidad de frasquitos medio llenos y vacíos que acumula, todos ellos para intentar detener un declive inevitable. En el cajón entreabierto asoman los tapones de las provisiones, además de lo que parece un joyero y...

Sonrío incrédula al reconocer una muestra de perfume que se comercializa en la Tierra. *Mademoiselle*, de Rochas. Alargo una mano hacia el tirador, sin darme cuenta de lo que estoy haciendo, y observo la colección de cosmética y lencería femenina que conserva: una barra de labios de MAC, gomillas de pelo llamativas, una liga de encaje...

—¿Qué haces? No lo toques.

Aparto la mano antes de que me la pille al cerrar el cajón de golpe. Me apresuro a disculparme, pero al toparme con su furioso semblante me quedo en blanco. Trago saliva y clavo los ojos en el suelo, sobrecogida. Paso casi veinte segundos completamente inmóvil, fustigándome por cotilla, hasta que él disuelve el silencio con un suspiro.

—Lo siento —dice, peinándose nervioso los dos mechones que enmarcan su rostro. Se arrodilla ante mí y me mira consternado—. No debería haberte hablado así. Pero sería mejor que comentáramos esto en otro sitio.

—Claro —murmuro.

—Voy a despertar a todo el servicio, y que desfilen durante la noche entera si es necesario. Has dicho que la reconocerías si la vieras, ¿verdad?

—S-sí, por supuesto —respondo de inmediato, aún un poco incómoda.

Él lo percibe y trata de relajar la rigidez corporal.

—Son solo recuerdos —me explica con impaciencia. Levanto la cabeza y atiendo intentando no parecer demasiado interesada—. No me gusta que cotilleen entre mis cosas. No entre *esas* cosas.

Me dan ganas de preguntarle por qué. De quién son. Si es verdad que tiene novia en la Tierra y por ese motivo viaja tanto, o si es que lleva una doble vida como *drag queen* y no cree que vaya a entenderlo cuando, en realidad, me encantaría verlo haciendo *voguing* con un pelucón de rizos.

Me obligo a mantener la boca cerrada.

—Es comprensible, no pasa nada. Soy yo quien debe disculparse. Siento haberle metido mano. En realidad no soy ninguna chismosa.

—Me infiltré en tu casa de madrugada y aproveché que te estabas cambiando para merodear por el salón. Me merecía que me la devolvieras —confiesa con una sonrisilla culpable. Extiende una mano hacia mí—. Vamos. No tenemos tiempo que perder.

Acepto su ofrecimiento. Antes de que abra la puerta, me aclaro la garganta y retomo el tema que nos ocupa.

—¿Tienes algo que ver con eso? —susurro. Él me mira en silencio —. La lista de hombres que se están reuniendo en secreto, quiero decir.

Dareon se cruje el cuello y agarra el picaporte con fuerza.

—Hablaremos sobre eso más tarde. Acompáñame.

Joder. No la ha liado, ¿verdad? El Dareon que yo conozco y adoro no la liaría gratuitamente. No empezaría una guerra. Vikram podrá enfadarse todo lo que quiera esta vez, que, si estalla otra revolución, no será porque yo haya querido divertir al público *mainstream*, sino porque al principito del cajón secreto se le ha metido en las narices.

Y hablando de Vikram... Rompe la guardia en cuanto nos ve salir. No entiendo del todo a qué viene que me revise de arriba abajo y luego haga lo mismo con Dareon, y no estoy para hacer averiguaciones de ese tipo.

«¿Todo bien?».

Se lo dice a Dareon, por eso suena distante en mi cabeza.

Me pregunto cómo funcionará eso de la comunicación mental. Cuando quiera lanzar un mensaje a varios contactos, como los difundidos de WhatsApp, ¿hará un esfuerzo mental superior? ¿Pensará lo que sea y luego agregará: «enviar a Diana y a Dareon», «solo a Diana» y «esto lo estoy pensando solo para mí mismo, que nadie lo

oiga, porfa»?

Ahora que veo nuestros nombres juntos, creo que quedarían de maravilla como *ship*: Diareon. *Team* Diareon. Diareon *forever*; Diareon *is end game*.

Vikram arruga el ceño en mi dirección. No dice (piensa) nada para mí, pero sé que me juzga por lo que ocupa mis pensamientos.

Gracias a Dios que Dareon no los lee.

—Estoy muy metida en el mundo fan y sus invenciones. No lo entenderías —explico.

Él pone los ojos en blanco antes de liberar los arneses que mantienen las espadas en su sitio y sacarse la chaqueta de cuero. No es una típica de motero o estrella del rock: es... Bueno, de mercenario. Por lo menos lo era antes de que se acercara a mí y me la pusiera sobre los hombros con brusquedad, como si no pudiera tolerar ni por un minuto que yo lo considerase capaz de tener un gesto elegante.

Lo miro sin comprender.

—¿Qué haces?

«Cubrirte».

—¿Cubrirme? Sé muy bien que aquí la exhibición no es un delito.

«Pero el asesinato por negligencia sí, y me resultaría desagradable que me condenaran por no haber obrado como correspondía al verte muerta de frío. No sé si te has dado cuenta de que llevas tiritando desde que has aparecido».

Acto seguido, echa a andar detrás del nervioso Dareon, que encabeza una marcha acelerada.

Ni siquiera se ha puesto los zapatos.

Pestañeo una sola vez, aún a las puertas del dormitorio. Acaricio de forma superficial los hombros de la chaqueta. Transmite un calor tan agradable que no me merece la pena ser orgullosa y devolvérsela con un bufido.

En su lugar los sigo en completo silencio, lo que favorece la conversación secreta que Dareon mantiene con Vikram.

—Un espía. Diana lo ha visto. —Pausa—. Sí, por favor. Yo voy a por el intendente. Procura que el caballerizo mayor reúna a todas las hadas a su cargo. Los quiero a todos en el salón del trono ya.

«Ya» resulta ser siete minutos después. Para tratarse de más de cincuenta criaturas entre encargados de cocina y limpieza, miembros del Consejo Real y empleados externos —cuidado de exteriores, principalmente—, se han reunido más rápido de lo que yo habría tardado en levantar solo mi culo de la cama.

Desde el último escalón de la escalera, un severo Dareon se eleva para escudriñar los rostros de los posibles traidores. Sé que el príncipe tiene un lado sangriento, pero aun así se me pone la piel de gallina al ver que toma asiento sumido en un silencio escalofriante y prolonga el momento de tensión hasta que algunos empiezan a sudar.

De forma involuntaria, me llevo la mano al espacio entre el pecho y el hombro. Bajo el tirante aún empapado, noto el bulto cuadrado de la 88.

La aprieto como si fuera una pelota antiestrés.

—Os preguntaréis por qué os he reunido aquí. —Como diga que hay un traidor entre nosotros en plan capo de la mafia, me va a dar un ataque—. Si no habéis hecho nada malo, no tendréis de lo que preocuparos... Diana, por favor. —Giro la cabeza hacia él. Me hace un gesto delicado hacia la muchedumbre—. Búscala.

Trago saliva. Todas las miradas se han posado sobre mí, y la mayoría no lo hace con curiosidad o temor, sino con rechazo. Que Dareon me haya cedido un poder —que aún no saben cómo voy a usar — a mí, a una humana de pacotilla, debe herir los sentimientos de más de uno.

—Dare... —balbuceo en voz baja—. Prométeme que no le pasará nada. No quiero ser el verdugo de nadie.

—No te preocupes. —La sonrisa no le llega a los ojos—. El verdugo no serás tú.

Ladeo la cabeza hacia la oscura figura de Vikram, que aguarda en silencio y de brazos cruzados junto al trono. Parece una estatua de bronce, igualito que esas esculturas de guerreros griegos que acabaron en las profundidades del mar.

Dudosa, bajo las escaleras mientras trato de fijarme en los rostros de las hadas. No hay ninguna igual excepto por Alia y Louan. Hay pieles rosadas, amarillentas, verdosas, nacaradas y azules. Las hay con

y sin pelo, largo y de colores, corto, con y sin cuernos o dobles orejas.

Paseando entre la exagerada cantidad de hadas, me doy cuenta de que no me he parado a pensar en lo surrealista que es haberme tropezado con criaturas tan insólitas como estas sin llevarme las manos a la cabeza. Las tenía totalmente interiorizadas. Estaban más vivas en mi cabeza que muchos de los humanos con los que convivía en la Tierra. No me asustan las narices de rinoceronte de algunos, ni los ojos enormes y gatunos de otros, ni las pieles de camaleón.

La reconozco en una de las últimas filas. Es una buena espía. En lugar de nerviosa, parece aburrida. Pero eso es porque no sabía el motivo de la reunión, y empieza a sospecharlo cuando me paro delante de ella. Abre los redondos ojos transparentes, en cuyos iris parecen flotar minúsculos pétalos de lilas.

No dice nada, pero me lo ruega.

«Por favor. Por favor... No me delates».

Pienso en cómo se encogió de pena cuando Kadesh le revocó el derecho a regresar a Aranrhod. Pienso en su voz suplicante... y quiero conocer su historia.

Pero no me lo permite. Ni tampoco elegir si voy a señalarla o no. Coge aire por la boca y echa a correr hacia el portón de acceso. Creo que grito. Nada de «a por el ladrón»; es un simple chillido de asombro. Yo misma me abro paso entre las filas para ir a buscarla, pero no hace falta que la retenga porque un rayo azul impacta en su espalda y la paraliza entre las ondas vibrantes de una especie de campo de fuerza. Al mirar por encima de mi hombro, observo que Dareon ha alzado la mano, y de su palma brota el fuego celeste.

No está contento.

—¿Es ella? —me pregunta con voz queda.

No me da la voz para contestar. Solo muevo la cabeza.

—Que alguien me diga quién es —ordena Dareon con frialdad.

Hay un pequeño silencio hasta que alguien se alza sobre los murmullos nerviosos.

—Es Rheil. Lleva en palacio desde la fiesta de plenilunio.

—Decía venir de Namara —explica otro—, pero una vez la vi escribiendo en un diario en cathàil antiguo.

—¿Sabes dónde puede estar ese diario?

—Puedo buscarlo —se ofrece, solícito.

—Tráelo —le exige Dareon.

Las filas abren un pasillo para que el delator vaya en su busca. No puedo evitar mirarlo acusadoramente cuando observo el rostro herido de Rheil. La magia le está haciendo daño, pero me imagino que ese padecimiento no debe ser comparable al que sufre a manos de Vikram cuando este llega a su altura, la agarra del cuello del jubón y la arrastra a los pies de la escalinata. Ya libre de la parálisis, Rheil cae sobre sus rodillas, que emiten un sonido similar al de la porcelana rota al impactar con el suelo.

—Podéis marcharos.

Dareon y Vikram aguardan con una paciencia que a mí me pone histérica. Cuando la última de las criaturas ha desaparecido y los guardias de entrada cierran la puerta, Dareon se levanta del trono y, desde su moral, jerárquica y ahora también física superioridad, mira a Rheil con los párpados entornados.

—Has estado transmitiendo a quien no debías cierta información relativa a situaciones del principado. Voy a darte el beneficio de la duda y supondré que lo has hecho porque eres rematadamente estúpida y tu lealtad hacia Su Gloriosa Majestad está por encima de todas las cosas.

Rheil, aún de rodillas, levanta la cabeza. En su rostro brilla la esperanza.

—Así es, alteza. Solo servía a mi rey.

—El problema es que, en mi territorio, no tienes un rey. —Baja los escalones muy despacio—. Tienes un príncipe y un deber para con él que consiste en proteger sus intereses. ¿Cómo protegías mis intereses infiltrándote en mis dominios por petición de Kadesh?

Sus ojos se llenan de lágrimas. El estómago se me revuelve.

—Alteza...

—Vas a decirme todo lo que sabes. Todo lo que te ha pedido. Si lo haces, y solo quizá, te perdonaré la vida.

—Yo no sé nada, alteza —solloza—. Solo me pidió que os observara y le comunicara cualquier movimiento extraño que detectara en las

zonas cercanas a palacio. No conozco sus intenciones.

Los guardias abren la puerta al hada que se marchó en busca del diario. En cuanto Rheil lo ve con el cuaderno en la mano, uno precioso de tapa dura, relieves e incrustaciones, los ojos se le salen de las órbitas. Se incorpora a trompicones e intenta arrebatárselo de las manos, pero Vikram interviene agarrándola por el cuello.

Ha tenido muestras de violencia como esa conmigo, y es verdad que estar en el lugar de la víctima es terrible, pero presenciarlo y no poder hacer nada para defenderla es infinitamente peor. El estómago se me encoge y la impotencia va inundándome hasta que siento que, si no intervengo, voy a vomitar. Pero Dareon lo hace antes que yo yendo a recoger el cuaderno en persona. Lo ojea por encima y mira a Vikram, al que eso de casi estrangular a alguien no le inspira ni placer ni tristeza. Está tan habituado a ser un salvaje que ni se inmuta, y eso es... estremecedor.

—¿Sabes cathàil antiguo? —le pregunta Dareon a su guardaespaldas.

«No sé leer».

Bien. Me alegro. Así no sabrá nunca la cantidad de barbaridades que he escrito sobre él. Aunque, ¿cómo no va a saberlas, si las ha hecho?

—Tendré que buscar a un monje o una sacerdotisa que lo descifre —murmura, contrariado. Mira a Rheil con aire conspirador—. Eres una espía patética. No me imagino al rey de Aranrhod cometiendo un error de tu tamaño. Escribir en el idioma de los del oeste cuando dices pertenecer a esta facción es una muestra de principiante y él no deja cabos sueltos. ¿Qué pretendía en realidad metiéndote aquí?

—No lo sé, pero no es necesario que la tenga agarrada del cuello mientras lo descubrimos, ¿no? —intervengo—. Quiero decir... Si la está ahogando no va a haber manera de que hable. El tonto este se tiene que pensar que los demás también se pueden comunicar con la mente.

Vikram me atiende inexpresivo.

«De hecho, pueden. Incluso tú puedes».

Primera noticia.

—¿Tú cómo sabías que escribía en cathàil? —interroga al hada voluntaria—. No es una escritura reconocible para aquellos que no hayan estado en Aranrhod, y el reino queda bastante lejos de aquí. —Da un paso al frente—. ¿A dónde perteneces tú?

El hada traga saliva.

—Soy... soy de... —Desvía la mirada—. Nací en la ciudad de Dhalaras, alteza; en Aranrhod.

A Dareon se le desencaja la mandíbula.

—¿Has leído su diario?

—No. No. No lo he hecho.

¿Qué otra cosa va a decir? En la Confederación, la gente se toma muy en serio el lugar de nacimiento de cada criatura. Existe un vínculo de lealtad patriótica entre el hada y su estado de origen, y este late con tal intensidad cuando corre peligro que el hada se ve impelida por el instinto a proteger su hogar. Si ha leído el diario, significa que ahora conoce los secretos de Rheil y, por tanto, los planes de Aranrhod e información confidencial que alguien que no pertenezca a Elyllon y no vaya a defender hasta la muerte a su príncipe no debería saber.

La criatura no podría estar de parte de Dareon ni aunque quisiera: lleva el impulso de servir a su estado en la sangre.

—Por favor —ruega el hada—. Llevo aquí una eternidad. No os traicionaría, alteza. Lo que he leído morirá conmigo.

—Ya me has mentido diciendo que no lo has leído. Y no te necesito más de lo que me estorbas —declara Dareon con indiferencia—. De hecho, tu último aliento podría serme de gran utilidad. El asunto del espía no pasará desapercibido y se me ocurre una muy buena idea de hacerle llegar el mensaje.

El hada abre los ojos tanto como yo. Dareon pretende continuar, pero lo impido posicionándome delante de la criaturilla temblorosa.

—No. No vas a matar a un inocente. Tú no eres así.

—No es inocente —replica con voz hueca, mirando a través de mí —. Es un potencial enemigo, y se acercan tiempos de guerra. Hay que hacer sacrificios.

—No puedes estar hablando en serio —balbuceo. El corazón me late tan rápido que temo sufrir un infarto aquí en medio.

—¡Guardias! —grita, ignorándome—. Lleváoslo a las mazmorras. Aislado: no quiero que contacte con nadie. Permanente vigilancia. Sed discretos. Hasta que no haya leído ese diario y me haya cerciorado de que no corremos peligro, no quiero que se corra la voz de que hay traidores en la corte. Y en cuanto a ti...

Me estremezco de miedo cuando se gira hacia Rheil. Esta sigue atrapada entre los brazos de Vikram. Tiene la vista clavada en Dareon, a quien parece reprender en silencio por su impetuosidad.

—Os lo leeré —promete—. Os diré lo que pone en cada página...

—No voy a arriesgarme a que me mientas acerca del contenido. Ya sabes lo que pasa con los traidores —explica en tono inclemente—. En Aranrhod te habrían sacado los ojos, cortado las manos y arrancado la lengua, pero aquí somos muchísimo más compasivos. Y también más contundentes.

»Vikram.

Ya está. Solo dice su nombre. No especifica la orden, ni cómo quiere que se ejecute la muerte. De un preciso y terrorífico movimiento, Vikram separa sus pies del suelo y le parte el cuello.

No puedo apartar la mirada. Algo, llámese morbo, curiosidad o masoquismo, me obliga a ver cómo su cuerpo inerte cae a los pies de un hombre que es capaz de apartarlo de un puntapié como si fuera molesta basura. Cuánto me habría gustado ser sorda para no oír el espeluznante crujido, o el sonido de cristales rotos que emite Rheil al aterrizar en el mármol.

Me quedo mirando el cadáver. Sin moverme. Sin respirar. Hasta que una arcada me dobla por la mitad y vomito: vomito el contenido de mi estómago, que no es poco y sí del mismo color que la sangre con la que Vikram se habría manchado las manos si no fuera un asesino silencioso.

16

Aunque la cama de matrimonio parece una piscina olímpica y las almohadas de pluma de cisne son tan cómodas que podrían corregirme las desviaciones de columna, no he conseguido pegar ojo. He pasado la noche entera revolviéndome entre las sábanas, sudando como un cerdo camino del matadero y estremeciéndome cada vez que oía un ruido extraño. Podría haber usado el estragón azul para hacerme una manzanilla, pero pensar que Vikram lo tuvo entre sus dedos solo consiguió que le lanzara una mirada desdeñosa y continuara martirizándome con la visión del cuerpo inerte de Rheil. Creo que incluso he sollozado un buen rato, hecha una bolita bajo las mantas. Y cuando por gracia del cielo conseguí cerrar los ojos, empezaron las pesadillas.

He soñado que me partían el cuello. Vikram me agarraba la cabeza con sus manos de gigante y ejecutaba el temible movimiento. Se me ha quedado grabado en la cabeza.

Ya ha salido el sol y han venido Alia y Louan a despertarme. Ni he levantado la cabeza. Creo que estoy en shock desde anoche. Solo el estrés del trauma explicaría que no recuerde cómo llegué a mi habitación.

¿Me trajo Dare? ¿Me escoltó Vikram? ¿Llegué sola? ¿Me teletransporté?

Me abrazo las rodillas en un fútil intento por hacerme más pequeña. No sé qué me conviene más, si ser insignificante del todo para que nadie se fije en mí, para que ni se planteen por un momento aplastarme como a un mosquito, o ser tan importante que nadie se atreva a amenazar mi vida. Porque si pensara que no estoy en peligro después de presenciar semejante espectáculo de fiereza e inclemencia, estaría siendo una ingenua. Vikram me odia y resulta que parte cuellos con la misma inexpresividad con la que sorbe una sopa de algas. ¿Por qué no iba a partir el mío? ¿No intentó ya reventarme la cabeza?

Quiero irme a mi casa. El apartamento está apestado de depresión post-ruptura, no he puesto el lavavajillas ni una lavadora en un mes y

Mariola, mi preciosa Mariola, no querrá ni verme. Pero prefiero pasar el resto de mi vida en el sofá, tragándome películas en blanco y negro, a morir a manos de un personaje de ficción.

Tengo el oído tan agudizado desde ayer que empiezo a sudar por el pánico cuando la puerta se abre. Los pasos silenciosos de Dareon me tranquilizan un poco, pero no saco la cabeza de las sábanas. Espera unos segundos antes de decir, en voz baja:

—Lamento que tuvieras que ver eso.

Más lamento yo haberme traumatizado porque resulta que Dareon no es Don Perfecto. Él no mató a nadie, de acuerdo, pero dio la orden. Y en estos casos, ¿quién es en realidad el culpable? ¿El que dicta la sentencia o el que blande la espada? «Yo no juré lealtad a nadie», le dijo Vikram a Kadesh, pero para no jurar lealtad a nadie, bien que se cepilló a una pobre criatura por orden ajena.

—Diana —me habla de nuevo—, conozco la moral de la Tierra. Sus leyes de supervivencia. Por eso comprendo a la perfección cómo te sientes. No estás acostumbrada a esta clase de... *soluciones*. Pero quiero que tú también entiendas las normas que rigen el estado de Elyllon. En cierto modo fuiste quien decidió que funcionáramos así. Supongo que, aunque en principio te cueste tragarlo, acabarás adaptándote.

Cierro los ojos, todavía sin moverme. Viendo que no contesto, Dareon se hace un hueco a mi lado. Apenas tiene que recostarse a una respetuosa distancia de mí para que ya empiece a hiperventilar.

Su expresión compasiva aprieta el nudo que noto en la garganta.

La voz se me quiebra al confesar:

—Me da miedo. Y no confío en él.

—¿Vikram? —inquiere en voz baja—. No te voy a decir que tus temores sean infundados. Los *japheth* son criaturas a temer. Pero Vikram no haría nada sin mi consentimiento. Está a mi servicio, y eso significa que jamás te hará el menor daño. —Me dan ganas de decirle que me ha amenazado de todas las maneras imaginables a sus espaldas, pero no sé cómo se sentirá respecto a los chivatos—. Vendrá a disculparse si así lo deseas. Te jurará lealtad personal. Lo que sea, Diana —me asegura—. Te necesito de mi parte.

Vaya. Me esperaba un «no quiero que estés triste». Suena más

personal y amistoso que un «te requiero para salvar el culo», que es lo que se ha intuido en su comentario.

En fin. Supongo que ni siquiera en ficción todo es un cuento de hadas.

—No me imagino a Vikram hincando rodilla…

Aunque guarde las espaldas de Dareon, se le vaya la vida protegiéndolo y lleve a cabo sus órdenes con la precisión y el automatismo esperados en un asesino a sueldo de su talla, es ingobernable. Lo sé porque conozco la naturaleza de los *japheth*. Pueden prestar sus servicios, pero no tienen amo. Sus lealtades dependen de quienes paguen por su trabajo. Como criatura modificada genéticamente para ser una máquina de matar, no creo que ni siquiera él sea del todo dueño de sus actos. La mutación de la que fue víctima es más poderosa que su voluntad personal. Cuando se trata de elegir entre la vida y la muerte de un acusado, Vikram como individuo tiene poco que decir: su impulso sádico toma las riendas por él.

—… pero si me prometes que no se repetirá…

—No puedo prometerte eso, Diana. Lo que está a punto de estallar es grave. No será devastador como la Guerra de los Estados, pero sí decisivo para el futuro de la Confederación. Lo único que puedo evitarte es que estés ahí para presenciar a qué extremos deberemos llegar para defender nuestro territorio.

—¿Defender? ¿De qué? Tu territorio no está siendo amenazado. No entiendo por qué quieres desafiar a Kadesh. Es mucho más poderoso que tú, Dareon —apunto, a riesgo de que se ofenda.

—La amenaza de Aranrhod hacia el resto de los estados es subrepticia, pero cualquiera que sepa un poco de política puede verla. —*¿Me acaba de llamar ignorante?*—. Un rey que necesita sobornar y reprimir para mantener su corona no es un buen rey, y menos el que ha de estar al frente de nuestro mundo. No merece el título que ostenta, y no pensaría en arrebatárselo si no fuera necesario para el futuro. Los impuestos son cada vez más exigentes, su tiranía se va acentuando, y no puedo permitir que sus caprichos conduzcan a mis súbditos a la ruina.

—Los impuestos siempre han estado ahí. ¿Por qué no rechazaste el

Pacto de los Confederados tras la Guerra de los Estados si no estabas conforme?

—Trevelyan había sido masacrada. Los feéricos estaban cansados de luchar y el riesgo era la extinción. Kadesh acumula tanto odio dentro que no le habría importado gobernar sobre las cenizas de nuestros muertos. Los feéricos tenían miedo entonces y lo tienen también ahora. No quiero que mi gente viva asustada ni deseo que nadie cuestione mi autoridad, cosa que ya está sucediendo por culpa de todas las indulgencias que he debido concederle a Kadesh. Y, por si fuera poco, recientemente he descubierto que mis súbditos tienen motivos de sobra para temerle. Se está gestando algo en Aranrhod.

—¿El qué? Esto no me gusta ni un pelo —murmuro, encogida sobre el estómago—. La guerra terminó hace años, Dare.

—La sangre dejó de correr hace años —me concede—, pero el conflicto aún late entre nosotros. Mucha de mi gente, la que se negó a hincar rodilla ante Aranrhod, vive exiliada en la Tierra. Sus cabezas tienen precio. Y se están debilitando, Diana. ¿Cuánto crees que puede aguantar un feérico lejos de su hogar? Nosotros pertenecemos a nuestra tierra. A nuestras costumbres. Allí solo sobrevivirán los que no hayan conocido la belleza de su país natal.

—Como yo.

—Como tú —confirma.

—Entonces es cierto lo que vi —recuerdo en voz alta—. De verdad hay soldados entrenando en la clandestinidad para formar parte de lo que se avecina.

Dareon me observa con atención.

—Antes de contarte mis planes, voy a necesitar una promesa de tu parte. Sé que como *dysis* eres una fuerza superior, apolítica y amoral; una conciencia al margen. Pero quiero que tu forma humana me jure lealtad y que formes parte de mi Consejo Real. Tu don me proporcionaría la ventaja que necesito para vencer a Kadesh. Por favor —me ruega—. Ponte a mi servicio. A cambio haré cuanto me pidas.

Pestañeo muy rápido, nerviosa.

¿Mi don? ¿Se refiere a lo de haber tenido una visión lunática después de ponerme hasta el culo de vino con canela? Los feéricos

tienen en mucha estima los «talentos» que en la Tierra estarían catalogados como enfermedades de psiquiátrico.

—Para eso tendría que quedarme aquí, y no... No quiero quedarme —respondo al fin—. No quiero formar parte de una guerra, Dareon. Yo soy pacífica. Siempre estoy tuiteando en contra de los errores del sistema judicial, voy a manifestaciones y me enfado con mis hermanas porque no reciclan. Soy una persona inofensiva y que se preocupa porque quiere que el mundo sea un lugar mejor. ¿En qué me convertiría ser... consejera de guerra? Y a lo mejor soy una mindundi y nadie me echaría de menos si desapareciera, pero, coño, en la Tierra hay gente que a mí sí me importa y no quiero perder.

—No te quedarías para siempre.

—Eso ya lo sé —sonrío con tristeza—, pero solo porque nadie es para siempre. Por lo menos yo no lo soy.

—Ni yo tampoco, Diana —repone con suavidad—. Sé exactamente qué día moriré. Y es muy cercano. Te ruego que te quedes hasta que eso suceda. Antes lo dejaría todo dispuesto para que pudieras marcharte.

Trago saliva, sobrecogida por la calma con la que habla de algo que todos tememos, algo sobre ni lo que los feéricos tienen control alguno. Algo que ellos desconocen incluso más que nosotros, pues, a fin de cuentas, los mortales nacemos con fecha de caducidad. Se suponía que Dareon nunca conocería la muerte a no ser que decidiera entregarse por voluntad propia al último amanecer.

—No saques la carta de la muerte inminente —le regaño—. Sabes que eso me conmueve y cuenta como manipulación.

Él sonríe y estira el brazo hacia mí. Sus dedos de pianista me recorren el pómulo como la caricia del sol, cálida y apenas perceptible salvo por las emociones que despierta en mí.

Una luz hermosa chisporrotea en sus ojos.

—Créeme, no usaría jamás mi situación ni para ganar un poco de compasión ni para manipularte... y menos pudiendo hacerlo de formas bastante más persuasivas.

—No te pongas juguetón, ¿eh? —balbuceo—. Que sigo cabreada.

Dareon encuentra una postura más cómoda frotando la mejilla

contra la almohada. Así se acerca un poco a mí.

—Te necesito.

La frágil coraza que me protege de tomar malas y precipitadas decisiones no consigue sobrevivir a la sonoridad de esas dos palabras. Pronunciadas en el momento perfecto, en esa etapa de mi vida en la que me encuentro en un limbo, en la que no sé a dónde me dirijo ni si alguna vez lo tuve claro, se presenta como la perfecta alternativa a más y más incertidumbre.

Tengo miedo, pero prefiero el miedo al dolor, a la sensación de inutilidad, al desprecio y a la autocompasión. Soy cobarde, pero no tengo por qué serlo siempre. Y llevo toda la vida sintiéndome una intrusa en mi propio cuerpo. ¿Y si aquí encajara? Si no lo hiciera del todo, pero al menos lo hiciese algo mejor, habría merecido la pena.

Él me mira como nadie me ha mirado antes. Como si de veras mi presencia fuera importante, y mi opinión, decisiva. A un lado los aspectos desagradables de estar aquí, creo que jamás me he sentido tan valorada como desde que Dareon se infiltró en mi casa.

«Te necesito».

Esas dos palabras son piezas que encajan a la perfección en el rompecabezas de mi vida. Ese en el que yo nunca he sido capaz de colocar bien ninguna.

—De acuerdo. Pero necesito hablar con mis hermanas para que no crean que me ha abducido la tierra, me han secuestrado o me he ido de viaje sin avisarlas... —insisto—. Aunque nada de eso sea del todo mentira.

Él me sonríe.

Macho, así no hay quien se arrepienta de participar en berenjenales del tamaño de una guerra mundial.

—Faltaría más. Pon todas las normas que desees.

¿Todas las que yo desee? Este tío no sabe en qué se está metiendo. Soy una mujer divorciada con las hormonas revolucionadas y una tremenda necesidad de atención, y resulta que él es todo con lo que he fantaseado y más.

Me aclaro la garganta a la vez que fuerzo los músculos contracturados a levantarme de la cama. No sé cuántas horas seguidas

he pasado en la misma postura, pero no ha beneficiado en absoluto ni a mi espalda ni a mi cuello.

Dareon, en lugar de incorporarse, se estira en mi cama cuan largo es y entrelaza los dedos tras la nuca. Me observa con un brillo divertido en los ojos cuando me ve ponerme de pie sobre el colchón y señalarlo con el dedo.

—Para empezar, quiero que me cuentes todos y cada uno de los movimientos que pretendas hacer. No me dejes con el culo al aire nunca, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—No me vuelvas a hacer presenciar un espectáculo sádico como el de ayer. Todavía no estoy segura de cómo voy a reponerme al hecho de haber visto cómo mataban a alguien delante de mis narices. Espero no tener que recuperarme de vivir la mala suerte de una segunda víctima. ¿Queda claro?

La sonrisa cómoda permanece intacta en sus labios.

—Claro como el agua.

—Si en algún momento quiero volver a Granada para lo que sea (ver a mis hermanas, resolver algún asunto con mi correctora), me lo permitirás.

—Deseo concedido.

—Vas a explicarme al detalle cuáles son tus planes. Ahora —ordeno.

Madre mía, se me ha subido rapidito a la cabeza todo esto de poner las reglas. Menos mal que no me ha dado un látigo. Lo habría usado.

Dareon me mira como si estuviera orgulloso de mí, pero cuando me fijo en los matices de su expresión, creo entender que la emoción va más allá y no está dirigida a mí, sino a alguien que no está presente. Me da la impresión de que ha visto en mi actitud algo que le recuerda a alguien que adora.

Se incorpora con tranquilidad y abandona la cama. Me desconcierta la repentina melancolía que se ha apoderado de su sonrisa.

¿Podría imponer como norma que me hable de sus sentimientos?

Creía conocerlos. Escribía sobre ellos. Gracias a eso sé que una parte de él vive resignada y que otra se despierta en medio de la

noche con el corazón latiendo desbocado, presa del horror paralizante que no permite que se apodere de él mientras está consciente. Sé que le han inculcado desde muy pequeño la importancia de amar lo que se protege, y por eso la buena gestión del principado es su principal obsesión. Sé que su madre era el ser más importante de su vida antes de que una de las últimas batallas de la guerra se la llevara, y que desde entonces, Vikram, por haber sido su sombra y confidente desde que era un renacuajo, es el receptor de todos sus afectos. Pero no sé a qué vienen esas reacciones repentinas que parten como un rayo la escena presente, como aquella en el hospital, la de su dormitorio o una más sutil como esta. Es evidente que hay detalles que se me escapan de él, y no tiene sentido, porque es mi creación.

Mientras especulo sobre los misterios de Dareon de Vygantas, él arrastra un silloncito con el respaldo de hiedras entrelazadas con mimbre para tomar asiento. Apoya los antebrazos en los muslos y adopta la pose solemne que requiere el tema a tratar.

—Anoche hice traer de incógnito a una de las hadas de la casta sacerdotal de Laertes. Quería que descifrase el cuaderno. Ya sabes que las sacerdotisas conocen todas las lenguas muertas; el cathàil es una de las más arcaicas.

Vuelvo a sentarme sobre el colchón, esta vez en posición de loto.

—¿Y lo hizo? ¿Averiguó lo que ponía?

—Así es. —Hace una pausa para rascarse la barba que no tiene—. Por una parte, me dejó tranquilo. Contaba información confidencial de mi gobierno; información que no sé cómo demonios consiguió..., pero ni siquiera llegaba a la mitad de todo lo que hemos avanzado en los últimos tiempos. Por otro... No es un diario cualquiera, lo que resolvió mi duda de por qué habría sido tan estúpida como para dejar constancia de su traición. Estaba escrito con tinta de arce y en papel reflejo.

—¿Y crees que el otro reflejo del papel estaba en manos de Kadesh?, ¿que por eso no le hacía falta ni trasponer hasta Elyllon para enterarse de qué pasaba? —Tuerzo la boca, pensativa—. Explica cómo supo tan rápido que la menda había llegado a la Confederación. Pero ¿por qué le entregó entonces un papel en la mano, si tenían la

conexión de los reflejos?

—Porque era información tan valiosa que le convenía recibirla personalmente; es decir, que no pasara por las manos de sus consejeros. Se sabe que transmitía nuestros avances a los maestres de Aranrhod. En los escritos se dirigía a «vuestras mercedes», además de a Su Gloriosa Majestad. Los nombres de unos traidores, una posible rebelión... —enumera en voz alta, meditabundo—. Es un asunto muy delicado. Yo no lo dejaría en manos de cualquiera. Ni siquiera se lo comunicaría al Consejo. Mera precaución: no sabes si ellos también pueden estar infectados, y es importante que no cunda el pánico antes de tiempo.

»Lo que me recuerda —agrega, en un tono algo más animado— que para suavizar los ánimos después de la caza de brujas de anoche, vamos a adelantar la fecha del baile estival a mañana. Si la gente está entretenida, se le olvidará lo que sucedió.

—¿Y crees que se les olvidará también que Rheil ya no forma parte del servicio? ¿Acaso no saben por qué la congelaste con tu ultra-rayo de Squirtle?

Dareon suelta una carcajada.

A mí no me hace ni puta gracia. Esto es un tema serio.

—Diana... La inmortalidad de las hadas es la mayor mentira que se ha contado. Todos los días muere una, y no solo porque haya decidido entregarse al último amanecer.

»No diré que números como el de anoche sean frecuentes en mi corte —prosigue con aire saturnino, mirándose las uñas—. No me gusta llamar la atención con actuaciones de semejante salvajismo. Pero si alguien desaparece, nadie le echa de menos ni tampoco se pregunta por él. En lo que a los que presenciaron el espectáculo respecta, podría haberla borrado del mapa por haberme servido fría la cena y nadie se atrevería a rechistar. —Arquea las cejas de forma graciosa—. ¿No deberías saber eso?

—Eso en concreto sí lo sabía. Sé que, al igual que en cualquier otro mundo o submundo, lo de que gente que no contribuye al orden muera de forma injusta a manos de sus superiores no es primicia. Pero sí, yo también soy consciente de que mi personaje hace aguas. No

tengo ni la menor idea de por qué sé algunas cosas y otras no. —Entrecierro los ojos—. Por casualidad esa tal Edel que va a ayudarme no estará viniendo de la otra punta de la Confederación arrastrándose con las rodillas, ¿no?

Dareon sonríe con simpatía.

—Me está ayudando a organizar las tropas en la Tierra y nos queda mucho por hacer. Debes ser paciente.

—¿Tropas en la Tierra? —repito, alarmada—. ¿Estás reclutando a humanos para tu segunda guerra sangrienta? De ninguna manera, Dareon. Como creadora, voy a utilizar mi poder para impedirte que metas a la gente no-mágica en tu sarao confederado.

—Nadie ha mencionado a los no-mágicos. Las tropas están formadas por los exiliados, que no son pocos.

Pestañeo varias veces.

Vale... Poco a poco todo empieza a cuadrar.

—Y Kadesh lo sabe. Por eso hizo esos comentarios sobre tus viajecitos intercontinentales.

—No. Eso en concreto no lo sabe. Y *eso* es el plan principal —explica con una sonrisa perversa—. El plan de distracción es el que Rheil describía en el cuaderno: el compuesto por pistas sueltas, algunas honestas y otras erradas, para que se entretenga intentando juntar las piezas del puzle mientras yo avanzo con el ejército real de exiliados.

—Vaya —es lo único que se me ocurre decir—. Entonces por eso vas tanto a la Tierra, y no para echar una canita al aire. Es una lástima que eso de la amante humana haya resultado ser un bulo. Guardaba la esperanza de que fuese verdad.

Dareon eleva la ceja seductora.

—¿Por qué guardarías la esperanza de que mi corazón tuviera dueña?

Eso digo yo. Diana, ¿por qué guardarías tamaña y estúpida esperanza?

No se me ocurre nada que responder, pero lo honesto sería: «Tienes razón, eso son buenas noticias. Yo quiero ser la única dueña de tu corazón».

—No he desmentido el rumor porque me puede servir de tapadera.

Ha estado resultando beneficioso hasta que te presenté como «la misteriosa y futura princesa mortal». —Entrecomilla con los dedos el título inventado. Me hace gracia ver a un hada de la Confederación de Trevelyan haciendo algo tan humano.

Imito el gesto con una risa idiota.

—¿De dónde has sacado esto si solo te juntas con exiliados? —Imito el gesto con una risa idiota—. ¿Acaso algún exiliado ha estado muy en contacto con humanos de pura cepa? Porque me gustaría quedarme para ver cómo hadas con la piel de colorines se ponen camisetas del Real Madrid.

—No creo que eso pase. Los exiliados se mantienen muy al margen. Yo... no tanto —deja caer, todo misterioso él. Suspira y me mira con afecto—. A ti no te voy a mentir, que lo sabes todo. Algunas humanas son irresistibles y no estoy acostumbrado a quedarme con las ganas. Ni tampoco a que las mujeres se me hagan de rogar. En la Tierra este fenómeno del que te hablo se da con pasmosa frecuencia.

—Espero que no las hechices para que se enamoren de ti.

—Jamás —replica, ofendido—. Me gusta que me rechacen. Es tremendamente revitalizante.

—¿Estás de coña?

Pues no, no lo está.

¿Me está mandando una indirecta? ¿Debería hacerme la dura?

Se palmea los muslos —otro gesto muy típico de los humanos, de mi padre, sin ir más lejos— y se pone en pie.

—En principio eso es todo lo que debes saber. Recuerda que a ojos de Elyllon y alrededores eres mi amante. Eso significa que deberás arreglarte para el baile estival... y que quizá deberías pasar alguna que otra noche en mi habitación.

El pulso se me dispara al oír eso. El corazón me late tan fuerte que consigue enterrar la burla de Vikram: «¿De verdad te creíste que iba en serio cuando te invitaba?».

Bueno, no sé si dijo eso con exactitud. No memorizo letra por letra las cosas que me dicen. Me sé mi DNI, y mucho es.

—Yo...

—Seguro que encontramos alguna manera de entretenernos. —Y

me guiña un ojo. Justo al llegar a la puerta, se gira para señalarme un punto de la habitación—. Por cierto... Esta mañana me había pasado por aquí y parecías tan deprimida que hice un viaje exprés para recuperar algunas de tus cosas. Creo que me pediste el móvil y el portátil. Por si acaso, también he traído algo de ropa.

—¿En serio? ¿Puedo ponerme ropa humana?

—Eres mi amante. Puedes hacer lo que se te cante. Quién sabe: a lo mejor hasta das un giro dramático a la moda de los confederados. —Su expresión divertida se suaviza—. Quiero que estés cómoda.

No lo pienso más: me levanto de la cama de un salto y me dirijo a él corriendo para darle un abrazo de oso. Todavía llevo el vestido de anoche, lo que significa que, al abrazarme de vuelta, siento el contacto de dedos sobre mi piel. Tiene unas manos frescas y suaves. Es muy agradable. Pero también es distante. Como si no quisiera tocarme del todo.

—Gracias, Dare.

Él me hace una reverencia con la cabeza.

—A tu servicio. Aunque, si puedo pedirte algo como favor personal...

—Lo que sea. Cualquier cosa...

—Me gustaría que te reconciliaras con la imagen que tienes de Vikram.

... *menos eso.*

Solo ha tenido que decir su nombre para que la tranquilidad y emoción que me han rescatado del pozo en el que estaba regresen con más fuerza. Nunca he experimentado un sentimiento tan negro ni tan recalcitrante. Es como si tuviera vida propia.

Abro la boca para decirle que es imposible. Para enumerarle todo lo que me lo impide. Duda de mí, me mira como si no liquidarme le requiriese un esfuerzo monumental y he visto cómo mataba a alguien. Simplemente *no puedo*.

—Es la clase de persona que, en la Tierra, tendría tantas cadenas perpetuas que le haría falta reencarnarse veinte veces para cumplirlas —respondo al fin—. La clase de persona que alguien como yo vería en un telediario y no podría sacar de sus pesadillas en dos semanas.

Dareon es comprensivo. Pero también implacable al decir:

—Yo tampoco soy ningún santo. De hecho, no dudo que sería su compañero de celda durante esas próximas diecinueve vidas. Dale una oportunidad, Diana. Ahora mismo necesito a mi gente unida. En cuanto todo explote, Kadesh buscará una grieta por la que colarse, y vosotros podríais ser esa grieta.

¿Qué tal esto? Tiramos a Vikram por esa grieta, si es que cabe, y luego echamos tierra para cubrir el espacio que falte.

Carraspeo.

—Haré lo que pueda.

—Supongo que puedo conformarme con eso. Pero no olvides que, con tu nueva responsabilidad, también has de hacer lo que *debas*.

17

Encender el pepino que tengo como teléfono y echarle un ojo a WhatsApp ha sido una malísima idea. No sabría explicar por qué, pero los datos móviles funcionan en la Confederación y, de hecho, hay una señal cojonuda. ¿Será cuestión de magia? No lo sé, pero una parte de mí habría preferido seguir incomunicada.

Sentada en el borde de la cama y con cara de espanto, voy viendo cómo los wasaps entran uno a uno en el grupo que tenemos las hermanas y en la conversación que tengo con ellas por separado.

ELSA (12:33):
Didi, sé que estás mal y a lo mejor no fue muy buena idea intentar esconderte el ordenador, pero tampoco creo que sea tan grave como para no cogerme el teléfono.

ELSA (16:21):
Por favor, responde mis llamadas.

ELSA (21:11):
Diana, cógeme el puto teléfono. Me estás cabreando. Tienes una edad para hacerte la digna e ignorarme.

ELSA (23:43):
Vale, ese mensaje ha sido una mierda, lo siento. Mañana voy a ir a verte, ¿vale? Y te llevo piononos. Piononos de la Casa Pasteles del Albaicín, que sé que te vuelven loquita.

ELSA (10:20):
No me puedo creer que no me hayas abierto la puerta. Yo flipo contigo. Y no me vayas a decir que no había nadie, porque he oído ruidos.

¿Ruidos? ¿Qué ruidos va a oír, si yo estoy en la quinta puñeta?

ELSA (18:03):
Diana, he vuelto a subir. Estoy aquí, justo sobre tu felpudo. Como no me abras, a la próxima me presento con el Richard, y ya sabes que el Richard está mazadísimo y de una patada te revienta la puerta.

A pesar de la gravísima preocupación que llevo encima —igualita

que la de ella—, ese mensaje me saca la risilla floja. Elsa puede ser lo divina que quiera, que la *malafollá* granaína no se la disimulan los modelitos de pasarela.

ELSA (04:31):
Diana, me estás preocupando. Por favor.

ABRIL (04:36):
Elsa, cojones, ya hemos hablado de esto. Déjala en paz. ¿No ves que quiere estar sola? Por Dios, a ver si respetas un poquito la intimidad de la gente.

ELSA (04:38):
¿Es que te da igual tu hermana?

ABRIL (04:40):
Mi hermana está pasando por una dolorosa ruptura y dejó claro que no tenía el horno para bollos. A mí me parece bien si quieres ponerte pesadita, pero no mandes mensajes por el grupo a las cuatro de la madrugada porque me despiertas o me interrumpes en medio de un tema y me jodes el ambiente de estudio.

Luego se enzarzan en una discusión.

Mis hermanas jamás se pelean. Las dos tienen carácter, sí, pero Abril es fría, lógica y metódica y sabe que no le conviene azuzar a Elsa cuando se pone dramática. En cuanto a Elsa, no tiene problema alguno en meterse con todo Dios si se le presenta la oportunidad ideal, pero con sus hermanas es la cosita más tierna y adorable que uno pueda imaginarse.

Salvo cuando la ignoran, por supuesto, pero la conozco de sobra para saber que se ha puesto hecha un basilisco porque entiende por lo que estoy pasando.

No, ella no se ha divorciado ni ha vivido ninguna ruptura sentimental traumática, pero sí se ha borrado del mapa durante una semana entera después de irse de rave. Elsa nunca ha hablado de ello, pero sabe de primera mano la cantidad de locuras que uno es capaz de hacer cuando desaparece con el objetivo de olvidar. Lo que se le escapa es que yo no soy una cabeza loca como ella. Es decir: no voy a desahogar mis penas metiéndome cocaína.

Me siento muy culpable por haberla asustado. Quiero llamarla por

teléfono y explicárselo todo, pero no creo que me esté permitido informar a mis hermanas de dónde estoy y en qué situación me encuentro. Y en caso de poder, tampoco lo haría. Abril no cree en nada que no haya experimentado por sí misma y no se pone palabras en la boca que no partan de una teoría científica contrastada. Elsa sí es algo más soñadora, pero está en tratamiento psiquiátrico, tiene problemas con las drogas y lo último que necesita que le ponga sobre los hombros es un drama peliculero que todavía no he asimilado del todo ni yo.

DIANA (19:31):
Hola, chicas. Estoy bien. No os he dicho nada porque no he tenido cobertura hasta hoy. ¿Recordáis que os dije que quería irme de viaje? Pues he cogido un par de bragas y el pasaporte y me he ido al lugar más paradisiaco y lejano que se me ha ocurrido. Y aquí el wifi va regulín. Siento haber desaparecido, de verdad.

Me imagino a Elsa sacando el móvil a toda leche cada vez que vibra para ver si soy yo. Por lo menos, la imagino haciéndolo justo en este momento, porque apenas le he dado a enviar y ella ya está escribiendo.

Primero me manda una fila de emoticonos cabreados, luego un *sticker* que me hace mucha gracia y, por último, una ristra de exclamaciones mezcladas con símbolos.

Es expresiva incluso en WhatsApp.

ELSA (19:31):
La madre que te parió, Diana Balderas. Cuando vuelvas te voy a meter una hostia que te voy a mandar al fin de semana, y con el lunes metido en el culo.

DIANA (19:32):
¿Y si vuelvo un fin de semana? ¿A dónde me vas a mandar?

ELSA (19:32):
Pues al siguiente, cacho lerda.
¿A dónde te has ido? He tenido ansiedad por tu culpa.
So marrana. No tienes sentimientos.

Aunque no puede verme, hago un pucherito.

Eso de «a dónde me he ido» es un poco problemático.

Echo un vistazo alrededor e intento definir el estilo de la habitación basándome en alguna corriente arquitectónica o decoración interior que me sirva para ubicarme en algún país del mundo. Tiene algunos elementos del arte nazarí, sin duda, y por algunos detalles parecen los jardines colgantes de Babilonia, pero no colaría que estuviese ni en lo que sea ahora la bella ciudad destruida ni en el antiguo Al-Ándalus.

Entonces se me ocurre salir a la terracita, donde se ve el precioso lago bajo el patio de columnas de mármol, y hacerme un *selfie* borroso en el que el paisaje podría colar como la villa del Balbianello.

DIANA (19:36):
Estoy en la costa italiana.

ABRIL (19:37):
¿Ese es el sitio más lejano que has podido encontrar?
Tenemos que mejorar esa geografía.

DIANA (19:38):
No me iba a ir a un país en conflicto armado, ni uno en el que hubiera ébola. Y en Islandia, Alaska y todos esos hace un frío que te cagas. Paso.

ELSA (19:39):
¿Y te lo estás pasando bien?

Dudo antes de responder.

DIANA (19:41):
Bueno. He conseguido desconectar un poco.

ELSA (19:41):
Ole ahí mi guapa. □□□

DIANA (19:41):
Incluso he conocido a alguien.

ABRIL (19:41):
Hombre, aquí la que no corre, vuela.

ELSA (19:41):

¡¡¡QUÉ ME DICESSSSSS!!! ¡¡PASA FOTO!!

Sí, por supuesto que les voy a pasar foto de un tío con orejas de elfo.

DIANA (19:42):
A ver, que solo hemos coincidido en el hotel. A veces echamos el rato juntos porque estamos los dos solos. Bueno, en realidad él no está solo. Siempre intenta colarme a su hermano mayor.

ELSA (19:43):
Si está bueno, tráetelo. Hacemos cita doble.

DIANA (19:44):
¿Al hermano? A ese no lo llevo yo ni a la vuelta de la esquina. Es un gilipollas. Lo aguanto porque el *sexy boy* insiste en acoplarlo.

ABRIL (19:45):
¿Que lo intenta acoplar siempre? Asegúrate de que es su hermano y no su amante, que cosas así pasan todos los días.

ELSA (19:45):
¿Cómo es?

DIANA (19:46):
Altísimo. Moreno. Está más mazado que el Richard. Podría reventar la puerta con el meñique. Va por la vida con una mala hostia que te cagas. Me da la impresión de que tiene antecedentes penales. Un tío con esas pintas debe contar con un pasado delictivo. Cada vez que el guapo aparece con él, me dan ganas de esconderme debajo de la mesa.

ELSA (19:47):
Me refiero al enamorado, no al hermano.

Ah.

DIANA (19:48):
Pues es perfecto. Bueno, a ver, tiene sus cosillas, pero a mí me tiene enamoraíta.

ELSA (19:48):
No voy a dejar de insistir hasta que me mandes una foto en la que salgáis los dos.

Que yo soy muy buena casamentera, sabré a ojo si tenéis futuro.

Buena casamentera, dice, y la última vez que organizó una cita doble para que la acompañara y ayudase con su último ligue, intentó encasquetarme a un pijo con náuticos, los cuatro pelos de la calva repeinados, un bigote que parecía postizo y tanta cera en los oídos que, usada para hacer velas, habría dado para iluminar la fachada del Taj Mahal.

Así de buena casamentera es ella.

ABRIL (19:51):
¿Cuándo vuelves?

DIANA (19:51):
Pronto. Aunque no sé cuándo. Depende de cómo se dé la cosa.
Tengo ahorros de sobra para despilfarrar.

ELSA (19:52):
Eso a mí me parece muy bien, pero tampoco te desaparezcas para siempre ni te vayas a vivir la vida loca, que aquí se te echa de menos.

Calculo que un día en Elyllon equivale a más o menos dos en la Tierra, por lo que he estado desaparecida en combate un poco menos de una semana.

Me conmueve haberme dado cuenta de que sí que hay unas cuantas personas que se preocupan por dónde estoy y cómo me encuentro —y digo «unas cuantas» porque el aluvión de mensajes de Cora alcanza la friolera de ciento ochenta y dos, solo que aún no los he abierto—, aunque cada una de ellas lo exprese a su manera.

Siempre es agradable descubrir que, si palmaras de golpe en tu apartamento por un escape de gas, un infarto o algo peor, no te encontrarían a los tres meses, cuando tu carne ya se hubiera podrido y tu cadáver descompuesto hubiese empezado a perfumar el edificio.

DIANA (19:56):
Os escribiré todos los días con novedades. Lo prometo.

ABRIL (19:56):

No hace falta que sea todos los días. Si estás bien, yo me despreocupo. Pero un mensajito antes de acostarte, aunque solo sea diciendo que sigues viva, no estaría nada mal.

ELSA (19:57):

Nada de eso. Quiero informes detallados de los acercamientos con el misterioso hombre italiano del hotel cada tres horas exactas. Estaré pendiente del teléfono.

ABRIL (19:57):

Pues a ver si no lo estás tanto, que al final te van a echar del trabajo por *influencer* viciada.

Y no ha dicho en ningún momento que sea italiano, *testa di cazzo*.

Como preveo que van a empezar a picarse como dos tontas, aprovecho para copiar el primer mensaje que he mandado y modificar algunas cositas antes de pegárselo a Cora.

Se lo mando sin leer nada de lo que me ha escrito.

Es otra de esas que tienen el móvil en la mano todo el rato —yo no comparto la fiebre de la tecnología: soy una negada y ni me seducen los *stickers* ni tengo edad para usar TikTok—, así que no es de extrañar que lo lea casi sobre la marcha.

CORA (20:03):

¿¿Pero cómo que te has ido de vacaciones sin terminar el manuscrito??

Suspiro.

Vale, mi cadáver no apestaría el edificio, pero porque la fan loca de Cora vendría con el látigo a insistirme en que siga escribiendo. Eso sigue siendo una victoria. Me queda el consuelo de que, aunque solo me quiera por mi cerebro lleno de delirios y gilipolleces de las que me avergüenzo, por lo menos no es un amor superficial, sino admiración por mi creatividad.

Y hablando de mi creatividad, tengo trabajo pendiente. Aprovechando que Dareon ha ido hasta la Tierra para traerme mi portátil —¿no es una ricura?—, he de releer *El Príncipe de Elyllon* entero para refrescar la memoria. No se me puede escapar nada: no cuando el puñetero Khal Drogo 2.0 acecha en cada esquina, preparado para saltar a la mínima de cambio con que soy una creadora de

pacotilla.

CORA (20:07):
???????

Suspiro y tecleo un mensaje conciso y no del todo falso.

DIANA (20:10):
Tranquila, Cora. No podría estar en un lugar mejor para inspirarme. Si no consigo terminar el segundo libro aquí, ten por seguro que no lo terminaré en ninguna parte.

18

Buena noticia: releer la novela me está sirviendo para poner en valor un trabajo que me acostumbré a demonizar. Esto de escribir a veces funciona como la masa de las pizzas: cuanto más la dejas reposar, mejor queda el resultado.

Mala noticia: no he encontrado nada nuevo ni relevante para el momento que está viviendo la Confederación. Debería haberlo imaginado. A fin de cuentas, *El Príncipe de Elyllon* narra las experiencias vitales de Dareon de Vygantas desde que nació hasta que firmó el tratado con Kadesh.

Me echo hacia atrás en la sillita de la amplia terraza y estiro los brazos y las piernas. Con la mañana tan preciosa que hace no iba a desaprovechar la oportunidad de sentarme al aire libre a revisar detalle a detalle el manuscrito. Hace temperatura de mayo —calor, pero sin exagerar— y las corrientes del lago levantan una brisa que me refresca la cara.

Apoyo los codos a cada lado del ordenador y me quedo mirando la pantalla con aburrimiento. He regresado a uno de los primeros capítulos, aquel en el que Vikram y Dareon son presentados y comienzan sus lecciones de defensa personal.

El guardaespaldas no ha estado siempre ahí. Llega en el capítulo cinco, sentado con las piernas colgando en el sentido contrario a la marcha de una carreta guiada por un trol asqueroso y apretujado entre otros *japheth*.

Me he saltado deliberadamente las partes de Vikram. No por nuestra mutua antipatía. Tampoco soy tan infantil. Es porque basta con leer su nombre para escuchar el crujido del cuello de Rheil y ver el desapasionado semblante de su verdugo.

Esta vez hago una excepción.

«Vikram esperó con su habitual indolencia a que sus compañeros bajaran de la carreta. Aquel transporte de dos ruedas había sido el único gesto indulgente que el Hacedor había tenido con ellos, y solo por interés comercial. Los diez mutantes de Jorghen habían convivido durante meses en la más absoluta cochambre, prácticamente amontonados los unos sobre los otros para caber en una asquerosa

pocilga y disputándose los mendrugos y las gachas. Pero ahora que iban a presentar sus respetos ante la reina Agrona, para honrar la ocasión, Nazel, su representante comercial, había metido sus avaros dedos en la bolsa para pagar una copiosa cantidad de dinero que les diera a sus monstruos un aspecto más o menos decente. No solo lo había invertido en la carreta en cuestión, sino en vestirlos con propiedad: cada uno de ellos llevaba un jubón negro y unas botas relucientes. Sin cota de malla. Sin escudo o armadura. Nazel quería demostrar ante la reina y ante cualquier posible comprador que sus guerreros fuera de serie no tenían competidor y sobrevivirían a un cataclismo; nada menos que lo que se avistaba en el horizonte político.

Lamentablemente, ni Nazel ni Jorghen el Hacedor, y pese a ser este segundo un ministro de ciencia y un hechicero de genialidad indiscutible, no habían tenido en cuenta que cualquier carreta barata cedería al peso de una decena de engendros como Vikram. Una rueda se había partido durante el trayecto, y la única de repuesto que pudieron ofrecer los vendedores ambulantes del camino real era más pequeña.

Nazel no tenía tiempo que perder. Ya le habían retenido otra serie de contratiempos, y si no llegaba a su hora, la cita y posible cierre comercial con la reina se convertirían en un castigo por falta de educación. Solucionó el percance de la forma más primitiva y usó la rueda pequeña. Como resultado, Vikram había viajado inclinado a la diagonal desde El Refugio hasta Elyllon. Había odiado esa carreta con todo el fuego de su alma y, sin embargo, se quedó rezagado adrede, con las piernas colgando y los nudillos blancos de la fuerza al aferrarse al borde del asiento, para posponer todo lo posible el momento de hincar rodilla.

Desde su lugar, observó con aire calculador los andares de cada uno de los que habían viajado con él. Todos ellos habían sobrevivido a la mutación... por el momento. Vikram fue el primer experimento que prosperó, y eso le otorgaba una visión mucho más amplia y realista de en qué consistía con exactitud el proceso de adaptación a la nueva sangre que corría por sus venas.

La mayoría no sobrevivía a la primera noche. Los brebajes de dudoso contenido que tragaban, la sangre que drenaban y los conjuros de magia oscura que entonaban no eran pruebas que una criatura sin la voluntad de un dios pudiera superar. Supuestamente, todos los que eran cedidos a Nazel para que los pusiera en venta poseían un talento especial, un carácter distinto, pero ningún don común había bastado para salvarles la vida. Vikram había visto morir uno a uno, noche tras noche, a aquellos que sufrieron la mutación a su lado. También había presenciado cómo algunos perdían la cabeza, cómo el poder otorgado sentaba, en lugar de disciplina y sed de sangre, un precedente de locura incurable. Él mismo había tenido que sacrificarlos por orden del Hacedor, igual que debería sacrificar, si no se entregaban por voluntad propia al último amanecer o morían antes, a los que no superasen el proceso de adaptación.

Tres de los diez que habían viajado con él aún estaban habituándose a sus cuerpos. Era visible en el modo en que se tambaleaban, como si llevaran unas

piernas de prestado.

Vikram recordaba haberse sentido así cuando su cuerpo creció.

—Y tienes suerte de ser grande de nacimiento —le había dicho Jorghen—. Lo más doloroso es ensancharse, y tú apenas lo harás unos centímetros.

Pero ensanchar, incluso si solo fue un cambio imperceptible, supuso un suplicio. Vikram había pasado la noche delirando.

—Tú —lo llamó Nazel—. Muévete.

Bajó de la carreta de un salto ágil y caminó sobre sus dos seguros pies hacia la entrada a palacio. Observó con el rabillo del ojo, como si no quisiera que nadie supiera que tenía interés en donde iría a parar si la reina le otorgaba su favor, la grandeza de un estado fuerte.

No había salido de su aldea en Shapoor más que cuando Jorghen el Hacedor lo llevó a sus dominios ocultos para llevar a cabo la experimentación. Cualquier lugar comparado con la miserable cloaca en la que había pasado los últimos años con Jorghen era digno de su fascinación; incluso la casita con la techumbre de paja en el corazón del desierto shaporí donde creció con su madre y su hermano se le antojaba ahora de una belleza y comodidad sobrecogedoras. Aun así, Vikram no se dejó impresionar por el encanto natural o el aire limpio de los cuidados jardines, ni siquiera al recordar, en contraposición, que su Shapoor natal siempre olía a humo y a madera quemada; tampoco por la arquitectura de una época gloriosa, encargada por alguien que, a diferencia de los corruptos dirigentes militares de Shapoor, disponía de medios sobrados para levantar un edificio monumental de piedra blanca adornada con trepadoras en flor que reafirmara la preponderancia y el respeto por la naturaleza de quienes allí habitaban.

Vikram fue el último en arrodillarse para presentar sus respetos a la reina Agrona. Lo que esta vio al agachar la mirada fue una criatura de épicas dimensiones y tez morena. Por la tensión acumulada en sus miembros podría haberse entendido que estaba nervioso o asustado, pero era una pose defensiva. Daba una pista de que bajo sus músculos de acero y su hieratismo egipcio hervían las emociones más intensas, prudentemente disimuladas bajo una apariencia que se cuidaba de no parecer del todo agresiva. Imponía, sin duda, pero la hostilidad era una sutileza que solo se presintió en su manera de mirarla.

A diferencia de los ojos de los *japheth*, negros como pozos, los de Vikram eran de color del corazón del fuego.

Sus compañeros compartieron miradas divertidas al ver que la reina Agrona lo observaba a sus anchas, apoyada en el reposabrazos de su trono entramado. Pero no era un interés carnal. La guiaba un mal presentimiento y, a la vez, una curiosidad que consiguió convencerla de levantarse y bajar la escalinata para examinarlo.

—Ponte de pie.

Vikram lo hizo y la enfrentó con la barbilla erguida. Su aún por entonces Gran Majestad era conocida por su arrogancia y no tardó en torcer el gesto por el atrevimiento.

—¿No te han dicho que no puedes mirarme a la cara?

Él no contestó. No podía hacerlo. Pero siguió con los ojos clavados en ella.

La reina se estremeció, como si de pronto se hubiera congelado el aire. Ofuscada, alzó la palma y fue a abofetearlo.

Vikram la agarró de la muñeca y la amenazó con la mirada. "Vuelve a hacer eso y te la partiré", pareció decir. La reina, en lugar de asustarse o castigarlo, se irguió y recuperó su brazo dolorido. Su Gran Majestad podría haberlo reducido con solo chasquear los dedos. La reina Agrona era la primera hechicera del Seir que se había sentado en el trono de Elyllon, y eso levantaba tanto desprecio como infundía miedo entre la plebe. No lo hizo, sin embargo; Vikram incluso percibió en el brillo de su mirada cierto respeto por el contrincante a su nivel.

Mientras se frotaba el brazo con distraído resentimiento, Agrona dio una lenta vuelta alrededor, fijándose en cada detalle de su posible compra. Tenía los lóbulos perforados, el labio inferior y una ceja, y habían grabado su piel con los símbolos tribales de propiedad de Jorghen y su secta de magia oscura. Entre sus tatuajes de los brazos destacaban las cadenas que lo categorizaban como perro a la venta.

—Con solo tu aspecto podrías aterrorizar a mis enemigos —meditó ella en voz alta—. Sería difícil que tu talento en un cuerpo a cuerpo estuviera a la altura de semejante planta. Y muchos de los guerreros que he conocido engañaban a simple vista. Me consta que los más mañosos no son los más imponentes.

—Con Vikram es diferente —se apresuró a decir Nazel.

—¿Qué le hace diferente, aparte de su poca disciplina? —Lanzó una mirada oscura al *japheth*.

—De su disciplina me encargaré yo mismo si aceptáis sus servicios. Os aseguro que no volverá a suceder nada parecido.

La reina Agrona volvió a detenerse frente a Vikram. Esa vez no pareció molesta porque la mirase directamente. Al contrario. Se mostró intrigada.

Ladeó la cabeza y lo estudió en profundidad.

—Tu rostro me suena familiar —dijo en tono pensativo—. ¿Qué edad tienes?

—Tiene dieciséis años —contestó Nazel por él—, y ya ha matado a más de cien criaturas. Dos *hatus* entre ellas.

La reina elevó las cejas.

—Conque dos *hatus*. ¿En su forma animal? —Vikram se negó a ganarse su respeto dándole una respuesta. Tuvo que ser Nazel quien asintiera con orgullo, como si se tratara de su propio hijo—. Estoy impresionada. Por desgracia…

Nazel contuvo la respiración al escuchar aquellas dos palabras. Había llevado a cabo toda una odisea para deshacerse de una de sus bestias. Si regresaba con las manos vacías al refugio del Hacedor, él podría ser el siguiente en pasar por la mesa de experimentación. Jorghen estaba tan comprometido con su labor mágico-científica que no le importaría usar a uno de sus copartícipes como conejillo de indias.

—… no te requiero para matar a ninguna bestia, sino para transmitir a mi hijo

todas tus estrategias. Tu don sin la parte... desagradable —concluyó—. Y en el caso de que se desatara una guerra, puede que tuvieras que combatir contra tus hermanos. Contra las gentes de Shapoor. Contra el resto de los *japheth*. ¿Podrías desafiar las bases de tu lealtad feérica, o correría el riesgo de que me traicionaras?

—Los *japheth* no tienen patria, Su Majestad —intervino de nuevo Nazel, con el pecho inflado como un pollo—. En el momento de su transformación, se despojan de su pasado y de cualquier inclinación que su corazón haya podido sentir.

La reina se agarró las faldas del vestido y subió las escaleras del trono con la galante ayuda de uno de los guardias. Desde allí volvió a echar un vistazo a todos los aspirantes. Los había desesperados por agradar a la hermosa y omnipotente Agrona, a sabiendas de que se encontraban ante una monarca confederada que pasaría a la historia por sus poderes sobre la magia inestable del Seir; otros no sabían muy bien qué estaban haciendo allí. El dolor de la transformación les abrumaba de tal modo que ni siquiera eran del todo conscientes de lo que tendría lugar una vez la reina eligiera su capricho. Pero, en general, no había uno solo al que hubieran borrado la voluntad como para no albergar la esperanza de ir a parar a cualquier sitio antes que al subterráneo del Hacedor.

Todos tenían una preferencia muy marcada. Y Vikram, pese a parecer imperturbable, no solo no era la excepción, sino que ardía en tales deseos de servir a la reina Agrona que haría cualquier sacrificio.

Cualquiera.

Ella debió intuirlo en su expresión, porque medio sonrió al decir:

—Tendré que cerciorarme de que eso es así. —Inspiró hondo y elevó la barbilla —. Estoy indecisa y no conozco a estas criaturas. Quiero que me demuestren, aquí y ahora, quién es el más fuerte. No me conformaré con menos que aquel que sobresalga respecto a sus hermanos.

Nadie se movió a excepción de Vikram, a quien su petición no sorprendió en lo más mínimo. Le sostuvo la mirada a la reina con seguridad.

Sabía que él era el elegido. Lo supo en cuanto le permitió que la mirara a la cara.

—¿Quiere decir que…? —tartamudeó Nazel.

—Me quedaré con el último que quede en pie —resolvió Agrona.

—P-pero, Majestad... estos... e-estas criaturas han sido fruto d-de un exhaustivo entrenamiento. La mutación es un trabajo arduo y complejo que no puede llevarse a cabo con facilidad. No podemos permitirnos perder a nueve de nuestros *japheth*, no p-podemos...

La reina lo silenció solo arqueando una ceja.

—Creo que el precio que insinué la última vez que nos citamos sobraría para costear un nuevo entrenamiento.

Nazel se pasó una mano por la sudorosa frente, de la que sobresalían dos graciosos cuernos de becerro. Tuvo la prudencia de no replicar y ofrecer, al fin, su mejor sonrisa comercial. Tragó saliva, rendido pero aún contrariado con la propuesta, e hizo unos gestos apresurados para reagrupar a los mercenarios.

—Lo que deseéis, Majestad.

Algunos seguían demasiado débiles para sostenerse sobre las piernas. Otros eran auténticos asesinos, pero su pasión por el crimen era justo lo que constituía una debilidad frente al desapego de Vikram. Él había tenido más tiempo para asimilar la sed de sangre que revolucionaba cada una de sus fibras, controlarla y adoptar una actitud fría para afrontar el que era su deber.

Vikram desenvainó la daga que llevaba al cinto, uno de los pocos y adorables detalles que el Hacedor había tenido con él. Había grabado su nombre de *japheth*, uno que se negaba en rotundo a utilizar y que en teoría no podía ostentar si no era al hacer la guerra. Había matado con sus manos desnudas a aquellos que se atrevieron a pronunciarlo sin su consentimiento, y no había sentido nada después.

Se colocó en posición de ataque y esperó a que alguno tuviera el mal tino de elegirlo a él para empezar. Ninguno arremetió contra su cuerpo para inaugurar la pelea, y Vikram decidió darles la ventaja del primer golpe para ofrecer a la reina el espectáculo que quería.

No era fácil matar a un *japheth*. Eran veloces como las vilas, fuertes como los gigantes, y poseían tanto la destreza mental y capacidad estratégica de los elfos de Jasir como el afán destructivo y violento de las hadas del fuego que arrasaron Trevelyan. Incluso se rumoreaba que su composición contenía la sangre de los propios *hatus*, bestias mortíferas que cambiaban la piel y eran perseguidas por los cazadores autónomos y los gobiernos de la Confederación. Las únicas criaturas que podían igualarlas en un combate cuerpo a cuerpo eran precisamente esos monstruos, pero los *hatus*, al vivir en el exilio y huir de las comunidades feéricas, no suponían una verdadera amenaza.

Vikram los mató uno a uno. Para decepción de la reina, no hizo un espectáculo de ello, pero la escalofriante escena de cadáveres que dejó a sus pies la complació enormemente. Vikram lo pudo ver con sus propios ojos cuando arrojó la daga al suelo y la enfrentó en silencio.

La reina, sin ocultar su fascinación, descendió de nuevo la escalinata para hacer el anuncio oficial.

No supo ni dulce ni amargo, no era ni una victoria ni una derrota. Pero la voz de Agrona no logró imponerse al silencio de la helada muerte que flotaba en el ambiente, y Vikram no la escuchó cuando declaró:

—Te has ganado un lugar en Elyllon.»

Bajo la tapa del portátil de un golpe, asqueada. Me abrazo los hombros y apoyo la barbilla entre los antebrazos cruzados, intentando protegerme del frío que el relato me ha calado los huesos. Era fácil escribir una salvajada de esas características cuando no sabía que sucedía en otro universo. Era peliculero y poético. Me imaginaba a un famoso director de cine —preferentemente Tarantino, dada la

profusión de sangre que necesitaríamos para ser fieles al texto— llevándola al cine y me emocionaba pensando en lo bien que se verían las escenas de acción. Pero ahora...

¿Cómo pudo no sentir nada después de aniquilar a todos y cada uno de sus compañeros? Algunos ni siquiera habían culminado la transición. Él mismo estaba pensando, con esa condescendencia que opaca cualquier virtud que pueda tener, que eran unos palurdos y no podrían vencerlo ni en sueños.

Vuelvo a levantar la tapa, esta vez más mosqueada que asustada. Me dan ganas de escribirle a Cora y decirle: «Eh, ¿has leído el capítulo cinco? Ahí tu "mudito sexy" hace algo reprobable. ¿Sigues queriendo que protagonice la próxima novela?». No me sorprendería que la respuesta fuera un rotundo sí. Cora posee un don que en ciertos aspectos —como este— me parece una fatalidad: no es que sea capaz de ver lo mejor de la gente, lo que cuadra con su romántica personalidad, sino que ve virtudes donde no las hay. Más que optimista, es médium.

Reviso el documento buscando entre líneas el nombre de Vikram. Me detengo cada vez que sale y hago un repaso rápido: a partir de ese capítulo, se convierte en un personaje que sirve única y exclusivamente para ensalzar las virtudes de Dareon. Una sombra colocada de manera estratégica para que el príncipe brille en comparación. Al lado de alguien tan temible —no solo para esta tonta humana que se escandaliza con la muerte, sino también para los confederados—, las travesuras, contestaciones arrogantes y pataletas de un pequeño Dareon son puntazos. Dare apenas tenía ocho años cuando Vikram llegó; el mercenario le doblaba la edad y, sin embargo, he de reconocer que podría haber pasado por el abuelo refunfuñón que volvió de Vietnam y no estaba dispuesto a aguantar estupideces.

«—¿De dónde dices que vienes? —le preguntó Dareon, observándolo con los ojos muy abiertos.

El deslumbramiento le impedía pestañear, preocupado por si se perdía las respuestas que Vikram daba con una afilada mirada. Estaba maravillado por su capacidad expresiva y, a su vez, por lo dificultoso de arrancarle un amago de emoción.

Hadas de todos los reinos le habían visitado para presentar los merecidos respetos al heredero de Elyllon. Había visto criaturas de todos los tamaños, incluso trató con las que se dedicaban a la oscura hechicería del Seir que condenaban las hadas del bosque de Turlough, todas estas familiares de su madre, pero no había nadie ni remotamente similar a su guardaespaldas y entrenador. Ni siquiera era comparable a otros *japheth*. Quizá él, por haber sido el primero, hubiera heredado una fuerza superior; poseía el encanto del descubrimiento sumado a la concentración de talentos que, en los especímenes que siguieron, se vertieron en su genética en menor cantidad. A Dareon le daba la impresión de que el cuerpo de aquel gigante se movía incluso cuando estaba quieto. Su piel broncínea brillaba como las aletas escamadas de las sirenas, y sus desarrollados músculos ondulaban como los cabellos de las ondinas bajo el agua. Lo que podía explicar ese fascinante fenómeno era el aura de poder que contorneaba su silueta y, lejos de protegerlo de males como la curiosidad o el interés, le hacía destacar sobre los demás.

Para cuando Vikram intentara destruir su sólida admiración, Dareon ya habría decidido con la infantil pero duradera convicción de un alma inocente que quería ser como él.

«Del confín del mundo», le respondió.

Dareon sonrió y metió las manos debajo de las piernecitas, que colgaban del borde de la gruesa baranda que ofrecía unas hermosas vistas del lago que se erigía a los pies de palacio.

—El mundo no está confinado. Es redondo. Siempre que te muevas, encontrarás algo.

«Pero tú no te moverás tanto como para llegar a donde yo nací», sentenció Vikram, con la vista fija en el horizonte. «De todos modos, tienes razón, me he equivocado al expresarme. Pertenezco al confín de *tu* mundo».

—¿No eres un confederado? —inquirió, curioso—. Porque si lo eres, nuestro mundo es el mismo.

Vikram esbozó una sonrisa fría que le hizo parecer más viejo de lo que era. Se acercó al muchacho con lentitud, con ese talante combativo que Dareon imaginaba en sí mismo cuando marchara a la guerra. Entonces tenía una visión muy romántica de la batalla. Aún no sabía lo que significaría para su familia, ni que él no podría participar debido a su lamentable salud.

«¿Qué es lo primero que has hecho al levantarte, principito?».

Dareon hizo memoria. Movió los morritos de un lado a otro antes de decir:

—Alia ha venido a ayudarme a que me vista. —Hizo una pausa y se tiró del jubón celeste—. Me ha puesto esto. ¿Qué te parece?

Ignoró la pregunta con desdén.

«Tu respuesta demuestra que estoy en lo cierto. No has hecho nada. Has dejado que te lo hagan. ¿Sabes qué he hecho yo?». Se detuvo justo delante de él. Dareon se alzaba sobre una balaustrada de considerable altura, pero ni siquiera así los ojos de Vikram quedaban a su nivel. «Afilar las armas para venir a enseñarte a usarlas».

El pequeño pestañeó.

—Ya. Es tu trabajo.

«¿Y cuál es el tuyo? Darle trabajo a los demás. Si eso no te ayuda a abrir los ojos y ver que no pertenecemos al mismo mundo, quizá sea porque el lujo te ha nublado la vista».

Dareon arrugó el ceño.

—¿Estás enfadado conmigo? —preguntó con voz débil. Enseguida se aclaró la garganta, aún más contrariado, y se irguió—. Porque no puedes enfadarte con el príncipe.

Vikram sonrió con displicencia.

«Claro que puedo enfadarme con el príncipe. Puedo odiar al príncipe», agregó. «Incluso podría matar al príncipe. Te empujaría ahora mismo y caerías al vacío. Tu cuerpo se desharía en migajas igual que una hogaza. La diferencia entre tú y yo no está en el poder que ostentamos, sino en las consecuencias después de ejercerlo. Si Su Alteza apareciera con las manos manchadas de sangre, le pondrían unos guantes de seda; si yo apareciera empuñando el arma del crimen, la utilizarían para degollarme».

Dareon se asustó e intentó por todos los medios que no se le notara. ¿Qué pensaría su padre si lo viera temblar, una de las hadas más poderosas de Turlough? ¿Y su madre, que había aterrorizado al mundo entero con sus dones mágicos?

Sin embargo, sollozó sin querer al balbucear:

—¿Me odias? ¿Por qué? ¿Qué te he hecho?

Vikram entrecerró los ojos y lo examinó con interés científico. Al mismo tiempo se filtraba una extraña antipatía ancestral. Dareon la percibió, como todo niño hada con las emociones a flor de piel, y se estremeció.

«Esa no es la pregunta. La pregunta es... ¿Qué se ha hecho en tu nombre?».

—No lo sé —murmuró, desesperado por sonar sincero. Se reclinó hacia atrás para poner distancia entre su mirada acusadora y él—. Aléjate ahora mismo. No tienes permiso para acercarte tanto al príncipe. Y si lo haces, te... te haré daño.

Vikram chasqueó la lengua. Casi parecía divertido, pero detrás de ese falso desahogo se agitaba una oscura turbación.

«No puedes hacerme más daño, criajo».

Su respuesta retumbó entre las sienes de Dareon con la misma potencia que un martillazo. Al llevarse las manos a la cabeza para contener el ataque mental, perdió el equilibrio sobre la balaustrada. Se precipitó hacia atrás con un grito teñido de pánico.

Creyó que moriría allí mismo, y que Vikram lo disfrutaría. Sin embargo, el mercenario lo agarró por la pechera de la camisa de seda jasirí[6] que asomaba por el cuello del jubón, y lo sostuvo donde estaba, con la cabeza a punto de caer al vacío.

No hizo el amago de devolverle la verticalidad a su cuerpo.

Dareon lo miraba tan horrorizado como curiosamente encandilado. Los ojos de

Vikram se habían aclarado y eran del tono ambarino de un cometa a punto de abrasar el mundo. El dolor de cabeza cesó de inmediato y Dareon observó que la oscurecida expresión de su guardaespaldas regresaba a la impasibilidad de siempre, esa que le daba ganas de sacarle la lengua y tirarse de las orejas, bizqueando como un tonto, para robarle una sonrisa.

«Pero yo sí puedo hacer menos daño», oyó como un eco lejano, como si en lugar de haberse dirigido a él, solo hubiera pensado en voz alta. Acto seguido, lo incorporó de nuevo y lo bajó al suelo. Con aire distante y distraído, de modo que pareció que su espíritu hubiera abandonado su cuerpo de repente, le dio la espalda y se colocó justo en la otra punta del balcón. La brisa removía sus cabellos negros azulados del mismo modo que los mechones blancos del niño.

Aún le latía el corazón a una velocidad anormal para tratarse de un feérico.

Desde allí, Vikram le arrojó un palo. Dareon lo agarró al vuelo y lo estudió, mohíno.

—¿Qué es esto?

«Tu arma».

—¿Qué? ¡Pero si tengo una espada muy bonita en mi habitación! —se quejó—. ¿No puedo usarla? Mi madre se enfadará y me reñirá por ingrato porque las hadas la hicieron para mí. Incluso grabaron mi nombre —agregó con ilusión—. ¡Dareon de Vygantas! Suena genial, ¿eh?

Vikram lo miró con un fondo de simpatía no tan forzada como le habría gustado.

«No creas que me preocupa derramar tu sangre, pero prefiero pasar al acero cuando por lo menos sepas sostener un arma».

Frunzo el ceño a la pantalla.

Si es que no lo digo lo suficiente: menuda mala hostia se gasta. Ya hay que ser mala gente para hablarle de esa manera a un pobre renacuajo de ocho años y que para colmo te mira con los ojos haciendo chiribitas. ¡Ojalá me mirase a mí de ese modo!

¿Por qué me incomodan tanto sus escenas? No me cae mal porque me intentara abrir un agujero en el cráneo el primer día ni porque se burle de mis sentimientos por Dareon. Eso ha acentuado mi antipatía, sí, pero la ojeriza inicial debe de partir de otras bases.

Me humedezco los labios y vuelvo a revisar la escena. Algo no cuadra en las partes en las que le menciono. Sé que es porque me falta información, y me falta porque le he dado más protagonismo a Dareon adrede. No quería que nadie ensombreciera su adorable interacción. Pero he leído lo suficiente para reconocer cuándo y cómo menciono a un personaje cuando pretendo desarrollarlo en el futuro, y Vikram

tiene profundidad. ¿Era esa mi intención? No. ¿Entonces? Es evidente que la musa narrativa de todo escritor sabe algo que a mí se me escapa; por eso ha envuelto a Vikram en el misterio sin que yo entienda muy bien por qué.

Desde que me senté a escribir por primera vez, supe que un noventa y nueve por ciento de lo que crease sería mío. La acción, el diálogo, la descripción: todo dependería de lo que ideara mi mente creativa. Pero siempre quedaría al aire esa inspiración superior a la planificación de un libro que a veces te sorprende en medio del proceso con un giro radical. La musa, como muchos la llaman, es traviesa, impredecible y omnisciente, y el escritor está en sus manos. Tuvo que ser ella la que le dio el toque enigmático a Vikram, porque yo, desde luego, no lo pretendía.

19

Como si lo hubiera invocado, Vikram aparece en mi radar pisando con la insolencia de siempre. Solo que no es insolente. De los dos tipos de personas que harían tanto ruido al andar, él es quien lo hace porque no le queda más remedio. El cuerpo le pesa demasiado. Y su cuerpo no aparece en mi campo de visión, solo sé que está cerca porque lo escucho.

Me pongo alerta y estiro el cuello para prevenir su aparición, pero no viene hacia mí. Lo localizo justo al otro lado de la balaustrada por la que Dareon casi cayó y al lado de la que yo he montado mi chiringuito para revisar la novela. Unos metros más abajo, camina por la pasarela que bordea el lago hasta que las puntas de sus botas rozan el agua cristalina.

Apoyo las manos en la baranda y me asomo con el aliento contenido.

No sé qué es lo que espero que haga. ¿Que saque una cabeza decapitada del macuto que trae consigo? ¿Que se gire hacia mí, como si hubiera notado mi mirada sobre él, y me castigue con otra intromisión mental de las suyas?

No tengo ni idea, pero mi reacción es la de alguien que sabe que algo va a pasar.

No necesariamente malo. También puede ser horrible.

Para mi sorpresa, Vikram desabrocha los arneses que mantienen los dos aceros ceñidos a su espalda y los deja sobre la fina arena blanca. Deshace el sencillo recogido —dos mechones atados a la nuca— mientras se quita las botas y se saca el jerkin. Absorbo cada uno de sus movimientos hasta que arroja la camisa roja sobre el macuto. Los poderosos músculos de su espalda se tensan con cada gesto. El sol hace destellar su preciosa piel canela.

Pestañeo una vez, inmóvil, y al siguiente segundo cojo aire. Él ladea la cabeza, alineando barbilla y hombro, como si me hubiera oído, pero no llega a verme porque me agacho a tiempo para esconderme tras la baranda. Vikram no debe de estar en su momento lo-que-sospecho-lo-destruyo, porque se zambulle en el agua con tan

solo los calzones puestos.

¿Qué hace este bañándose en el lago? ¿Es que no tiene una bañera, como todo el maldito mundo? No me vale la excusa de que está demasiado tocho como para caber en una de dimensiones normales. Es el guardaespaldas del príncipe. Si quiere, puede mandar que le hagan una a medida.

En lo que a mí respecta, tengo claro que en la de mi apartamento no cabría.

Aunque ni que eso me importase. No lo iba a invitar a tomar un té con pastas.

A través de los huecos de la balaustrada, enmarcados por una serie de pequeñas columnitas con forma de anatomía femenina —cada una de ellas representa a las nueve vilas del Cuartel—, observo que echa a nadar con tranquilidad. Debe de ser porque la relajación no combina con su nombre y sus movimientos incitan a la hipnosis, porque de otro modo no entendería qué es lo que tiene de sobrecogedora la visión. Es un tío nadando, punto y final. Lo único que me sirve de esta escena para mi afán documental es que parece que las hadas también saben nadar a crol, lo que ya tiene gracia porque les pegaría más el estilo mariposa.

Una bromita pésima. Perdón.

Vikram se hace un par de largos y regresa. Lo veo salir del agua a cámara lenta. No pelea con el agua para que le deje emerger. Más bien las tranquilas olas —aquí ni los lagos están en calma, también tienen vida propia— se apartan respetuosamente y así sus pies desnudos no tropiezan en el regreso a la orilla.

Vikram se pasa una mano por la cara mojada y luego por el pelo ondulado, pero no me fijo ni en eso, ni en su piel de gallina, ni en sus pezones perforados, sino en todo lo que no había visto ni imaginado antes.

Los de los *piercings* en las tetas no lo sabía, de acuerdo. Pero lo que me llama la atención es el tatuaje en la zona pectoral. De lejos no puedo verlo del todo bien. Parece un dibujo circular con unas letras rodeándolo...

Me atraganto con mi propia saliva cuando él eleva la vista hacia

mí.

Cazada. Y cazada, encima, admirando su desnudez.

Vikram arquea una ceja inquisitiva. Y yo, como en el celestial reparto de neuronas no estuve presente, me apresuro a sentarme donde estaba y a volver a mi labor de escritora.

Clavo la mirada en el ordenador, donde no distingo ni una sola letra.

Vuelvo a escuchar los pasos. Cierro los ojos e invoco a mis antepasados para decirles cosas muy muy feas.

Perfecto. Viene para acá. Cojonudo. Maravilloso. You go, girl.

Uso la ruedecilla del ratón para pararme en el primer capítulo solo de Dareon que salga hasta que recuerdo que Vikram no sabe leer y no hay riesgo de que se entere de que he estado investigándolo. Sí habla todas las lenguas, por otro lado; incluyendo las humanas, o eso creo. Dareon mencionó que, a raíz del exilio, los elys aprendieron a hablar fundamentalmente castellano, italiano y griego, pues la mayoría de las hadas fueron reubicadas en pueblos del mediterráneo, donde la temperatura se asemeja a la que impera todo el año en Elyllon. Vikram no es ely, pero vive en el principado desde hace tanto tiempo que no me extrañaría que también memorizara las reglas de varios idiomas hablados.

Me cuesta mantener la dignidad intacta cuando Vikram aparece justo frente a mí, a unos cuantos pasos de distancia. No se ha tapado. Está empapado de la cabeza a los pies y a su paso deja tanto un reguero de agua como un agradable aroma a madera quemada y salitre.

No, el lago no es salado. Es un lago normal y corriente de agua dulce. Pero Vikram huele así siempre: a una mezcla de brisa marina, al aire fresco de la montaña y a los leños que arden en una cabaña familiar, todo con un toque de naranja ácida.

Me mira de arriba abajo tanto como se lo permite la mesa que me cubre.

«¿Qué demonios llevas puesto?».

Como si lo necesitara para acordarme, me miro los pantalones. Es mi pijama de dos piezas con la cara de Betty Boop estampada por

todas partes.

—Ropa terrestre —acoto. Antes de que añada nada más, me apresuro a aclarar—: He oído que alguien se daba un chapuzón y me ha dado curiosidad saber quién era. No te estaba espiando.

«Por supuesto que no». Su voz, por decirlo de alguna manera, entra en mi mente después de tantas horas sin tocarla que parece la primera vez. Me cuesta reprimir el temblor que viene con la intrusión, como si me entrara agua en los oídos. «Y aunque así fuera», prosigue, «no podría reprocharte nada. Soy tu creación. Mírame cuanto quieras».

En su camino hacia la mesa, donde han dispuesto una fuente con frutas de todos los colores y sabores, lo sigo con una mirada que pide a voces que se vaya al carajo.

Vikram se toma la libertad de arrancar un fruto dorado del tamaño de una uva y metérselo en la boca.

—¿A qué viene la repentina concesión de esa gracia?

«¿Gracia, dices?», inquiere, echándome un vistacito veloz cargado de sorna. «¿Acaso mirarme es un regalo para ti?».

Empiezo a notar cómo me arden las mejillas.

—Nadie ha dicho que sea un regalo.

«De acuerdo al diccionario, “gracia” es sinónimo de “regalo” en determinados contextos. ¿No deberías conocer el vocabulario para desempeñar tu labor de escritora con relativo éxito?».

Y me enarca la ceja arrogante, metiéndose otro fruto en la boca.

—¿Te has estudiado el diccionario para venir a vacilarme?

«Me preocupaba que nos quedáramos sin tema de conversación».

Será capullo. Lo peor es que, si lo hubiera dicho Dare, me habría reído.

Suspiro con brusquedad, arrugando los dedos sobre el portátil.

—Lo que quería averiguar con mi pregunta es por qué has decidido ser comprensivo con mi escrutinio en lugar de romperme el cráneo, como sé que tienes por costumbre. Me ha sorprendido que desplegaras una actitud amable hacia mi trabajo, que consiste, en parte, en estudiarte, pero retiro todo lo dicho y lo pensado. Eres más imbécil incluso que ayer, aunque supongo que un poco menos que mañana.

Él levanta las cejas con falsa inocencia.

«Desconocía que alguna de las tareas de tu trabajo tuviera que ver conmigo». Apoya la mano mojada sobre la mesa, cerca de mi ordenador y de mí. Sus ojos anaranjados resaltan más en el rostro húmedo. «¿Qué puedo hacer para ayudarte?».

No me extraña que se haya quedado con lo que le interesa de mi respuesta. Ni que me esté vacilando con socarronería en lugar de con desprecio. No sé si eso significa que está de buen humor o bien todo lo contrario; que se ha levantado con el pie izquierdo.

—Podrías empezar diciéndome a qué viene tu fingida cortesía.

«Me han dicho que el ajusticiamiento te impresionó y debo tenerte paciencia», responde con gesto inexpresivo, como si no quisiera que averiguase si se burla de mí o me comprende. «Aparte, Dareon quiere que seamos amigos».

—¿Y desde cuándo te importa lo que Dareon quiere?

Él se incorpora con un encogimiento de hombros.

«Desde que mis deseos no van en contra de los suyos».

Su respuesta me deja de una pieza.

—¿Qué significa eso? ¿Que tú también esperas que nos llevemos bien? ¿Por qué querrías ser mi amigo?

«Porque parece ser que eres importante, después de todo. Y aunque mis simpatías no apuntan en tu dirección, sé lo que me conviene».

—Ya era importante antes de que me provocaras una jaqueca del quince —le recuerdo, resentida—. ¿Qué es lo que ha cambiado?

«Que vas a quedarte. Durante una rebelión, para más señas, lo que quiere decir que no puedo malgastar mis energías peleándome con gente de mi bando. De todos modos...»

Se da una vuelta lenta por el balcón, pensativo. Apoyado sobre la baranda, me dirige una mirada con la que pretende hacerme más pequeña.

«... yo no te doy ni una semana».

Mi cerebro tarda en procesar el comentario.

La contracción de los músculos de sus brazos distraería a cualquiera, ¿vale?

—¿Ni una semana? ¿Para qué?

«Para largarte con el rabo entre las piernas. Eres demasiado

impresionable..., *Creadora*».

En labios de Dareon suena dulce. Respetuoso. Vikram lo pronuncia como una burla.

—Si te refieres a lo que sucedió la otra noche, es la primera vez que veo que alguien se carga a otro alguien con la misma cara de culo que luce mientras se anuda los cordones. Creo que es comprensible que luego no me entrase un vinito y un chiste de humor negro.

«Pues por lo que vi, siempre tienes hueco para una copa».

—Dudo que tú lo entiendas —añado con desdén, ignorando su provocación. Devuelvo la vista a mi ordenador—. Te has cepillado a tantos inocentes que ni te acordarás de sus caras. Seguro que tienes dificultades para imaginar al primero.

«Se llamaba Eluned. Era un silfo que intentaba ayudarme tras la mutación. Me encontró tirado después de haber tratado de huir del Refugio atravesando la bahía de Lagasse».

Ladeo la cabeza hacia él, intrigada.

Eso no lo sabía. No lo he escrito. Ni siquiera es una de esas muchas ideas que anoté y luego deseché porque no me cuadraban o no encontraba el momento de introducir.

—Mataste a alguien que intentaba ayudarte —musito sin voz.

«Lo maté al cogerla la mano para incorporarme. No imaginaba que con mi fuerza podría aplastarlo. Entonces era difícil controlarla».

—¿Solo entonces? —mascullo por lo bajini—. Ahora también.

Vikram se sume en un silencio que yo dedico a mirar sin ver la pantalla iluminada del documento abierto. De pronto me duele el estómago y no sé por qué. ¿Porque ha intentado que le comprenda ofreciéndome una explicación razonable a su primer asesinato, tal vez, casi como si le importara mi opinión sobre él?

«Así que Dareon quería ser como yo... Nunca lo ha mencionado».

Arrugo la frente y me giro hacia Vikram. Mala idea: su barbilla casi reposa sobre mi hombro y tiene los ojos puestos en el ordenador, justo en la parte en la que Dare y él se conocen. La cercanía me hace respingar, de pronto abrumada.

—¿No se supone que no sabías leer? —le espeto, furiosa—. ¡Eres un mentiroso!

«El príncipe consideró necesario que estudiara todas las lenguas cuando supo que no las conocía en su versión escrita, y digamos que tengo facilidad para el aprendizaje».

—Facilidad de aprendizaje, dice —bufo, mosqueada—. No me extraña que te sobre agilidad mental con el extra de ADN élfico que contiene tu sangre mutante. No te jode... ¡El tío va y aprende a leer en español en menos de veinticuatro horas! Para otra cosa, a lo mejor no, pero, hijo, eres un portento del lenguaje.

«A ti tampoco se te da mal la expresión escrita», reconoce, todavía con la vista fija en el texto. «Ni la oral, pero creo que abusas demasiado de esta segunda. Un punto y final a tiempo te ahorra problemas».

—¿Eso lo sabes por experiencia, Señor Economía del Lenguaje? —le espeto.

«No economizo el lenguaje, simplemente soy mudo», me recuerda sin ápice de autocompasión. «En cualquier caso, *Creadora*, ¿por qué escribirías que tu adorado y maravilloso Dareon soñaba con ser como yo?».

No hay intriga en lo que dice, sino en el expresivo y misterioso brillo de sus ojos.

Estoy de acuerdo con los pensamientos del Dareon de mi novela. Es paradójico lo emocional y a la vez frío que Vikram puede ser a veces.

Me levanto de la silla y coloco mi cuerpo entre el ordenador y él, aun sabiendo que ya le habrá dado tiempo a memorizar toda la página.

Putos talentos feéricos.

—Bueno, ya basta con la curiosidad.

«Por cómo se me describe, parece que no soy del todo repugnante», medita, inclinándose sobre mí sin rozarme para seguir leyendo. Vuelve a la absoluta inexpresividad, a su cara tallada en granito. Incluso si no transmite nada, a mí me da la impresión de que sí está sintiendo una emoción reconocible. El semblante flemático es el escudo que usa para que no se note que está mosqueado. O incluso dolido, si creyera eso posible.

No puedo evitar que llegue hasta el primer capítulo en el que

aparece y eche una larga ojeada. No respiro ni dejo de mirarlo, igual que no cogí aire ni pestañeé cuando Mariola leyó por primera vez el libro acabado.

Son cosas de escritores. No tiene nada que ver con él, ¿vale? Ni con que me haya acorralado con sus brazos para poner las manos sobre el teclado, ni con que se haya acomodado posando la barbilla en mi hombro para bajar la ruedecilla del ratón.

«Aquí faltan algunas cosas».

—¿Qué? —jadeo sin mover una pestaña, procurando que nuestros cuerpos no se toquen aun cuando la cercanía los roza de forma inevitable—. ¡No toques ni una sola le...!

No sirve de nada. Hace lo que quiere. Pero los cambios en el manuscrito son muy sutiles. Solo finaliza oraciones que parecían incompletas con frases explicativas, como compruebo cuando se retira lo justo para que me dé la vuelta.

«Tres de los diez que habían viajado con él aún estaban habituándose a sus cuerpos. Era visible en el modo en que se tambaleaban, como si llevaran unas piernas de prestado. Vikram recordaba haberse sentido así cuando su cuerpo creció...».

Sus dedos se deslizan por el teclado para agregar: «Pensó que moriría, y pensó también que lo habría preferido».

Se desplaza a una nueva línea. La lee y escribe después de los puntos suspensivos.

«Sus compañeros parecían abrumados entre tanta riqueza. Él estaba asqueado...».

«... porque sabía lo que allí tendría lugar».

Por último, en lugar de añadir, sustituye.

«Los *japheth* no tienen patria, Majestad».

«Los *japheth* no tienen *nada*, Majestad».

Me estremezco sin saber por qué.

Él se aparta del ordenador.

No tengo ni idea de cómo ni cuándo me he ido retirando, pero me doy cuenta del espacio que he puesto entre nosotros cuando empieza a caminar hacia mí. Las hiedras en flor que abrazan una de las columnas me hacen cosquillas en la espalda al chocar contra ella.

«Era desagradable para mí pensar que ni siquiera mi propia creadora empatizaba conmigo, pero ahora no me extraña que no lo hagas», escucho en mi cabeza. En el fondo de sus ojos late una emoción poderosa y significativa que no logro descifrar. «Creaste una historia que se desarrolla y se vive a través de los ojos de Dareon. Nosotros solo existimos cuando llegamos a su corte. De lo de antes, no hay nada».

Y no se le oye enfadado, como cuando se dio el episodio del estragón, sino en cierto modo aliviado. Se me ocurre de pronto que no me odia solo por haberle hecho daño, sino que teme el conocimiento que pueda albergar sobre los horrores que ha cometido.

—Pues claro —balbuceo a la defensiva—. El libro se llama *El Príncipe de Elyllon*, no *El Asesino a Sueldo*. Él es el importante. El protagonista. Tú solo eres un figurante, igual que la reina Agrona o... o cualquier otro.

Su decepción es tan visible que juraría que podría tocarla, y me afecta muchísimo más que la furia que me fulminó desde su mirada cuando entendió que desaté una guerra por capricho.

«Y, sin embargo, soy tan real como él». Me coge de la mano y me separa los dedos uno a uno, sin dejar de mirarme. Coloca mi palma justo sobre su pecho, donde late un corazón obstinado. «Tangible y sintiente».

Una parte de mí quiere apartarse de inmediato. Todavía lo escucho: el crujido de ese cuello frágil. También veo los ojos carentes de emoción de Rheil. Pero, ahora, Vikram desborda sentimientos, y yo cada vez estoy más desconcertada. No ayuda que su piel sea suave como el terciopelo y respire tan cerca de mí que pueda imaginarme a qué sabe su boca.

Espera. Rebobina.

¿Qué coño acabo de pensar?

Él debe de haberme pillado, porque se humedece los labios.

«¿Nunca te han enseñado que uno debe contrastar siempre la información que recibe?», continúa. «No tienes una historia. Tienes una versión».

—¿Y se supone que la tuya es mejor o será más agradable de leer?

Perdona si no quería dedicar mi tiempo libre a escribir sobre alguien que solo traía mal rollo al relato.

Justo ahí, al decir eso, caigo en la cuenta de por qué le he tenido tirria desde que lo concebí en mi imaginación: porque representaba todo lo que debía incluir en mi novela fantástica para hacerla realista, pero de lo que en el fondo no quería ni oír hablar. Porque es un personaje solitario, como yo. Porque intuía que estaba dolido, como yo, aunque cada uno por distintas razones. Porque no encajaba. Porque nadie lo apreciaba. Porque había fracasado. Porque estaba lleno de odio hacia sí mismo. Y porque tenía que seguir adelante a pesar de todo eso...

Como yo.

Y yo no quería ni verme en el espejo. ¿Cómo iba a tolerar, entonces, encontrarme en mi novela? ¿En aquello a lo que había dedicado todo mi tiempo y mi ilusión? Él era una mancha de realidad en mi mundo de fantasía. Él era la impronta más notable de Diana Balderas en el libro.

Si yo soy una indeseable, Vikram también lo es.

Me aparto de él como si me hubiera dado un calambre. Y aunque quiero esconderme, ignorarlo para siempre, no puedo. La musa, insisto, sabe más que yo, y sigue tirando de mí en su dirección.

—No podemos ser amigos —declaro, temblando—. Me das miedo. Eres cruel y desagradable, y tienes todos los defectos que no puedo soportar en mí misma.

«Eres el personaje en el que volqué toda mi frustración», me cuido de decirle. «No eras fácil de digerir cuando estabas dentro de esas páginas, y ahora menos todavía. Es como si mi pesadilla, mis miedos y mis fracasos se hubieran encarnado».

Vikram está quieto como una estatua frente a mí. La tensión ha vuelto a su cuerpo.

«Si soy cruel y desagradable, es porque así lo quisiste. Te odio por muchos motivos, Diana, pero uno de ellos es ese. Me sorprende que no seas capaz de ver las atrocidades que tú sola has cometido».

Trago saliva. Es la primera vez que dice mi nombre.

«Me pusiste en manos de mi torturador para que me transformara

en una bestia imposible de amar. Me hiciste pasar por un proceso al que podría no haber sobrevivido. Y me has hecho hacer cosas que...». Desencaja la mandíbula. «No solo pudiste evitar una guerra: podrías haberme protegido de convertirme en esto, y todavía tienes el valor de mirarme como si esto me lo hubiera buscado yo; como si *yo* te molestara *a ti*, como si *yo* te hubiera hecho algo *a ti*, y no al revés».

No sé qué decir. Tiene razón, y no lo he visto hasta ahora. ¿Qué puedo hacer? ¿Pedirle perdón? ¿Prometerle que lo arreglaré en un libro protagonizado por él?

Soy demasiado cobarde y arrogante de cara a la galería para hacer algo así.

Pretendo darme la vuelta para huir de su censura, pero en un abrir y cerrar de ojos, Vikram me ha cogido por la mandíbula para obligarme a mirarlo. El corazón me estalla en el pecho y el miedo que contenía lo mancha todo, incluso afecta a mi equilibrio.

«¿A dónde te crees que vas? ¿Piensas que puedes huir de lo que está en tu cabeza, incluso si ha salido de ella?».

—Tú nunca has estado en mi cabeza. Solo has pasado por allí.

«Pero debí dejar huella si te has desquitado de esa manera conmigo». Impaciente, ruge: «Mírame a la cara, mujer».

Lo hago a regañadientes, consciente de que el odio me tuerce la boca y me enciende las mejillas.

Saber por qué lo detesto no me ayuda a hacerlo menos. Entenderlo a él, en cambio, podría suavizar este sentimiento arrasador, pero no me lo pone fácil al acorralarme.

Intento empujarlo por el pecho y le clavo las uñas en la piel. Me da dentera sentir cómo se hunden en su dura carne de cuero, y tiemblo de la cabeza a los pies con el sonido que emite a modo de queja. Solo es un gemido gutural, pero es un ruido no imaginado, y eso, por un momento, me distrae. Hace que fantasee con cómo sería su voz si pudiera hablar.

Dios santo. Le odio tanto que me consume. Un monstruo me araña el estómago y el corazón se me atasca en la garganta cada vez que está cerca. Cada vez que me fulmina con la mirada, como ahora. Pero es tan hermoso que, a la vez, y sin que pueda remediarlo, se me

atragantan los suspiros y me cuesta respirar.

«Solo mi creadora podía entenderme. Solo ella podría quererme a pesar de todo», oigo que dice, con una contrición que, sin embargo, no logra ocultar lo que siente. Sus ojos brillan como brasas. «Pero incluso ella me encuentra intolerable».

Su mirada se intensifica, instándome a darle una respuesta, pero no cualquiera; la que él no solo quiere, sino que necesita escuchar. Abro la boca para dársela, sacudida por la vergüenza de haber pagado con él mi frustración, pero las palabras se me atragantan y no puedo salvarlo a tiempo de la autocompasión.

Su gesto se ensombrece al comprender que no seré indulgente.

«Ahora, admira a tu maldita creación», retumba en mi cabeza.

Agarrándome aún por la mandíbula, estrella su boca contra la mía. Y de pronto es como si mi cuerpo fuera demasiado pequeño para contener todos mis sentimientos.

El mareo de sus seis palabras, con las que Dareon podría haberme conquistado, hace que no encuentre otro lugar al que aferrarme que él. Sus labios son duros y abrasadores, y la huella de su arrebato se graba como el fuego de una quemadura en los míos. No permito que vaya más allá, aterrorizada por su arrebato y por lo que sugieren mis ansias de responder.

Ardiendo por dentro, lo aparto de un empujón que consigue que se tambalee. Me escabullo por su costado y, aunque me tienta pararme a mirarlo, incluso increparle de alguna manera, abandono el balcón y me refugio en mi dormitorio.

Solo unas cortinas semitransparentes nos separan, pero sé que no las cruzará. Y, aun así, cierro los ojos, aferrada a ellas de espaldas a él, y rezo para que no me siga.

Pasa demasiado rato para que alguien tan impulsivo vaya a moverse. Me giro y, a través de la finísima tela de las cortinas, percibo su silueta inmóvil donde la he dejado. Se pasa los dedos por los labios, y yo apenas me doy cuenta de que reproduzco el mismo gesto.

Queman. Queman de verdad, como si me hubiera acercado demasiado al fuego.

Y no sería del todo falso.

Hasta que Vikram no abandona el balcón, no vuelvo a respirar tranquila. Solo cuando ha pasado suficiente tiempo para que le haya dado pie a dar una vuelta al palacio corriendo, salgo de nuevo a por mi ordenador. Mi joya. Mi pequeñín.

Y al principio no lo reviso. No miro nada. Ni pienso. Solo hiperventilo con la mente en blanco. Pero cuando me siento en uno de los escalones del saloncito del dormitorio con el portátil sobre las rodillas flojas, me percato de una ligera modificación ahí donde el cursor parpadea.

El capítulo que releí no termina con la frase de Agrona, sino más allá.

«—Te has ganado un lugar en Elyllon», dice ella.

«Y no mucho después, Vikram se ganaría otro en el infierno».

20

Pensaba que Dareon había sido un iluso creyendo que conseguiría desviar la atención de sus planes de asalto montando un guateque, pero lo he subestimado. La gente está que se sale con esto de la fiesta en palacio, y les importa un carajo si se celebra el plenilunio, la luna llena o la llegada de la primavera; lo urgente es decidir qué ponerse.

El zumbido de las alas de la nerviosa Alia, una víctima de la moda consumada, me saca de mis cavilaciones.

—Como nos dijisteis que no os gustaba llevar el distintivo rojo de las amantes, lo hemos disimulado entre las capas.

—Y hemos tenido en cuenta vuestra pasión por las mariposas para la cola de la falda —apostilla Louan.

—¿Qué os parece? —me pregunta Alia, ansiosa.

¿Qué me va a parecer? Una opulenta maravilla a la que las curvas fetiche de Rubens, esas que yo tengo, no podrían hacerle justicia ni con diez kilos menos. Pero las diseñadoras no tienen culpa de que mi cuerpo y yo no consigamos ponernos de acuerdo para llevar una convivencia más o menos agradable.

Me limito a sonreír de oreja a oreja y acariciar las capas que simulan las alas de una mariposa monarca. El escote es amarillo con minúsculas florecillas de cuatro pétalos, pero el tono va difuminando a naranja hasta llegar a la cola que arrastra. Los vestidos palabra de honor no le sientan bien a mi exagerada talla de sujetador, pero iba a ser un poco surrealista que, siendo la amante, no fuera luciendo palmito. Me queda el consuelo de que, si se me sale una teta, nadie se escandalizará porque las hay que asisten a esta clase de eventos en su traje de Eva. Y que, como aquí no hay móviles, no me echarán una foto que al día siguiente circularía por Internet.

Esta vez me han recogido el pelo con una diadema.

A ver si al final sí que voy a ser «la futura princesa mortal», o como quiera que me llamase Dareon.

—El brillo de la falda es un reflejo de los ojos de Su Alteza —continúa Alia, que parece que no tiene abuela. Dice cuatro palabras y cinco son para alabar su destreza con la aguja.

—Pues el naranja oscuro es una copia de los de Vikram.

No me doy cuenta de lo que he dicho hasta que flota en el salón un silencio violento.

—Es cierto —medita Louan, sin darle la menor importancia. Se entretiene ahuecando la sobrefalda para que no haya ni una arruga—, pero nadie llegaría a esa conclusión.

Pues claro que no. Solo llegaría a esa conclusión una pardilla con el estómago revuelto a la que han besado a traición.

He disfrutado de unas seis horas de paz entre el encontronazo y la preparación para atizarme con el látigo por adúltera. Técnicamente no lo soy, claro. Estoy divorciada. Pero cuando te haces a la idea de que vas a pasar el resto de tu vida con una persona, te adecúas y acostumbras a cómo saben sus labios, cómo le gusta que le acaricien o en qué partes del cuerpo tiene cosquillas, y cuesta asimilar un contacto diferente.

Y el de Vikram era diferente por mucho.

—Por supuesto que no. —Alia tuerce la boca, asqueada—. Nadie pensaría en Vikram de un modo romántico. Ni tampoco carnal. Me estremezco solo de pensarlo.

—Es desagradable —acuerda Louan.

Frunzo el ceño.

—¿Desagradable? ¿Por qué?

Sé por qué. Lo pregunto porque de pronto tengo ganas de dar mi opinión, una que no suelen pedirme cuando quieren vestirme de princesa.

Las hadas tienen un canon de belleza como lo tenemos los humanos, igual que alaban unos códigos de conducta y desprecian los que se salen de la norma. Para las gentes de Elyllon —cada estado promueve su ejemplo de virtud, y ninguno coincide con el del vecino —, Dareon es la definición de todo lo digno de alabanza: huesos finos, rostro angelical, delicadas maneras y sonrisa paciente.

Vikram es un *outsider*, un bruto que rompe con toda esa armonía.

«Los *japheth* no tienen *nada*, Majestad».

Pienso en ese «nada» que Vikram subrayó después de leer el libro y me abrazo al chal de oro en polvo que me han pasado por los

hombros.

—La guerra sádica afea a las criaturas —comenta Alia, retirando los alfileres de la caída de las caderas—. Vikram no posee el *alter*.

Alter: dícese de la elegante displicencia al actuar. Algo así como un sinónimo feérico de lo que se entendía en el siglo XV italiano como el caballero *sprezzatura*: la cualidad paradigmática y esencial de los miembros de la realeza. Se define como el talento de mantenerse distante, pero a la vez sumamente cordial. Una estudiada gracia de indefinible calidad estética para disimular cualquier afectación en beneficio de parecer inaccesible, aunque sin llegar a pecar de frío.

Vamos, lo que viene a ser Dareon. El hombre imposible que a ratos parece quererte y te deja siempre con la miel en los labios.

—Está claro que a las hadas no os van los musculosos —bufo—. En la Tierra, las mujeres se pelearían por Vikram como si fuera la última pieza en rebajas.

Alia y Louan intercambian una mirada antes de echarse a reír. Sus carcajadas entrelazadas crean un ritmo musical que recuerda al tintineo de las campanitas navideñas.

Esto es tan cursi que no sé cómo lo aguanto.

—Los humanos sois seres de lo más extraños.

Los humanos no sé, pero yo tengo lo mío. Esto de defender a Vikram hay que cortarlo por lo sano. Todavía me duele la mandíbula de la fuerza con la que me agarró al besarme aprovechando que estaba desprevenida.

¿Qué se pensaba? ¿Que le iba a corresponder? Menudo flipado.

Carraspeo y trato de concentrarme en cualquier otro tema. Tengo que borrar eso de mi cabeza como sea. Conociéndolo, ha debido ser una de sus estrategias para volverme loca.

—Estáis bellísima —aplaude Louan.

—Gracias. Tú también, *bonica*.

Y no es mentira. Las dos llevan la misma pieza de seda transparente a juego con su color de piel. Salvo por el destello de diamantes microscópicos colocados con disimulo en las partes anatómicas que desean destacar, parece que van desnudas.

El hada se ruboriza de placer y yo sonrío con ternura.

Estos bichos son encantadores. ¿Por qué dirán que es la maldad lo que mueve sus travesuras?

Esta vez me escoltan ellas mismas al gran salón de fiestas. No había estado hasta ahora, pero es tan maravilloso como lo describía en la novela: parece sacado del palacio de Versalles, solo que no abusan del oro y los relieves macizos, y el techo no está coloreado con frescos modernos. Es una cúpula transparente que ofrece una hermosa vista al cielo estrellado. Las lunas gemelas han acordado vestirse del tono plata azulado que define los estandartes de Elyllon brillando justo en el corazón del firmamento. Ya les habría gustado a los prehistóricos de Stonehenge lograr una alineación tan perfecta. Lo único que hay al nivel de dicha sincronización es el volumen de cuerpos que danzan al ritmo de la música en directo. Entre tantas faldas de colores, mangas anchas, joyas y ostentosos turbantes, me cuesta localizar a Dareon, que en comparación parece humildemente vestido con su capa hecha de rayos de luna.

Le sonrío en la distancia y me acerco con cuidado de pasar desapercibida.

No me sirve de nada. Aunque no existen canciones con principio y final —los músicos están hechizados para tocar toda la noche, o incluso para siempre si el príncipe así lo quisiera—, muchos se detienen en medio del baile para mirarme con interés. No quiero fijarme en sus expresiones por si detecto el más mínimo rechazo. Sin embargo, poseo un lado masoquista y la curiosidad siempre aplasta a la prudencia. Al mirarlos con el rabillo del ojo, me fijo en que me observan pasmados.

No es una sorpresa negativa, sino basada en la confusión.

Los latidos de mi corazón se aceleran conforme avanzo hacia Dareon, que espera, repantigado en un sillón digno de tetería árabe, a que llegue a su altura.

Es una extraña sensación. La de sentirme observada, digo. Soy el tipo de persona en la que nadie reparaba ni cuando interrumpía la lección apareciendo tarde en clase. Los hombres del metro, conocidos por ser unos cerdos y masturbarse a tu derecha, no me echaban un vistazo ni por compasión, y ni que decir tiene mi invisibilidad en la

pista de baile cuando Elsa conseguía convencerme de salir de fiesta.

Aquí, de pronto, soy una celebridad. Pero no caigo en la trampa de creerme que es por mi valía personal o mi hermoso aspecto, en todo caso por la magnífica obra de costura que estoy estrenando y por quién es el tío al que supuestamente me zumbo.

Dareon se pone de pie y me recibe con un beso en el dorso de la mano. Un hormigueo de placer se extiende por todo mi cuerpo y termina concentrándose en mis párpados, en forma de lágrimas que no voy a derramar.

Joder, ¿tan difícil habría sido encontrar a alguien en la Tierra que me tratara así?

—Los has dejado impresionados —me susurra, pasándome un brazo por la cintura—. Esta misma noche, los mejores sastres del principado estarán buscando la manera de copiar tu traje y tu peinado. Y me imagino a más de una obsesa de la moda intentando ponerse la piel de tu tono, o los ojos de tu color.

—Pues pena de muerte a quien se le ocurra esa gilipollez. Con lo especiales que son todas las hadas de este salón...

—Igual que tú. —Me sonríe con ternura y me estrecha contra su costado. Las estúpidas ganas de llorar vuelven a sacudirme—. ¿Quieres bailar?

—No tengo ni idea de cómo se baila aquí.

—Solo tienes que seguirme.

«Al fin del mundo si hace falta».

Acepto la mano que me tiende con una galantería de libro. Me siento una princesa cuando me escolta a la pista.

Por supuesto que adoro a Dareon y creo que nos llevamos de maravilla, pero no soy ninguna ilusa. Sé que esto se terminará en algún momento —mi ensoñación, porque otra cosa no hemos empezado— y que acabaré regresando a la Tierra a seguir con mi cutre vida de mortal sin objetivos vitales. Si de algo estoy orgullosa es de haber asimilado muy pronto que todo tiene fecha de caducidad, lo que sin duda colabora a la hora de ayudarme a atesorar cada momento especial como si fuera el último. Ya me veo reviviéndolo para mis adentros cuando me encuentre en la soledad de mi salón, con

el pijama manchado de la mantequilla de las palomitas y los churretes de las lágrimas derramadas por la séptima reproducción de *Lo que el viento se llevó* pegados a las mejillas.

Este es uno de esos instantes que guardaré para siempre en mi corazón. En el que Dareon hace una reverencia frente a mí, con una ligera sonrisa de complicidad, y me da una vuelta sobre mí misma antes de volver a abrazarme.

Sentirse guapa no es pecado, ¿verdad que no? Pero sí que se siente como toda una revolución —de hormonas, fundamentalmente— cuando no estás acostumbrada. Con Dareon es tan sencillo olvidar lo que pasó en el despacho del abogado que asusta. Invita a deshacerme de la piel en la que he vivido de prestado desde que nací y a ponerme a sus pies para siempre.

Lo que dure un «para siempre», al menos. Que, en su caso, no abarcará demasiado tiempo.

Nunca lo digo porque no quiero ni pensarlo. Lo rehúyo adrede. Pero no significa que no sea consciente de ello o que no lo note en cada paso que da.

Se está muriendo.

Gracias a su admirable voluntad de carácter, Dareon ha podido armarse con una seguridad que se le desmonta con temblores, respiraciones irregulares e instantes de debilidad. He de concederle algo que no supe hasta que lo conocí: es el perfecto actor y posee un envidiable control sobre su cuerpo y sus emociones que le hacen calculador y comedido hasta un punto alarmante, porque por culpa de eso nunca llegaré a saber cómo se encuentra de verdad. Si no se le presta tanta atención como yo le doy, su vulnerabilidad puede pasar desapercibida. Un tic nervioso en el dedo que no tarda en esconder tras un ademán elegante; un ramalazo de dolor que tolera con aparente estoicismo, pero que le deja una huella de humedad en el cerco de los ojos; una leve pérdida de equilibrio disimulada con un movimiento ágil que simula un simpático bailecito; una repentina bajada de temperatura que tiñe de un tono azulado sus finos labios, que tiende a cubrirse como si alguien hubiera dicho algo políticamente incorrecto pero diabólicamente divertido.

La enfermedad está al acecho. Y a lo mejor los que no tienen permitido mirarlo a los ojos no lo ven con claridad, pero yo lo siento incluso dentro de mí, y lo odio. Odio ser cómplice de lo que le llevará a la tumba, y no me maldigo lo suficiente por haber sido yo la que se lo hizo.

—No me gusta tu cara de pena —me dice en el oído, sin dejar de moverse con gracilidad—. ¿En qué estás pensando?

—En ti —confieso, mirándolo a los ojos. Él capta al vuelo qué me atormenta, porque aunque la sonrisa se mantiene en su boca, el brillo festivo en su rostro iluminado se apaga de golpe. Lo digo de corrido por miedo a que me tiemble la voz—. Hace muy poco insinuaste que sabías qué día morirías. ¿Cómo es posible que poseas información como esa?

Sigue un breve silencio.

—El Oráculo de Laertes —responde con voz queda—. ¿Sabes dónde se encuentra?

—En las profundidades de Turlough. Y también sé que no lee el futuro de cualquiera.

—Ni lo hace por cualquier precio —lamenta, sustituyendo la sonrisilla amarga por una mueca divertida. Sabe que lo están mirando, y no puede perder la pose—, pero siendo nieto de mi abuela se me permitió merodear por la zona hasta que Laertes se cansó de mi acoso pasivo y accedió a atender mis súplicas.

—¿Por qué querrías averiguar algo así? Yo no lo soportaría. Viviría asustada y no soltaría el calendario ni siquiera para irme a la cama.

—Yo no puedo permitirme estar asustado —repone con suavidad. Se distingue una verdad implacable en su tono—. Si quieres que sea honesto contigo, Diana, yo también habría preferido no saberlo. Pero habría sido una irresponsabilidad de mi parte emprender una operación del calibre de la que te he hablado sin saber si podría llegar hasta el final. No iba a abandonar a mis súbditos. Obligaría a Vikram a continuar en mi nombre.

—¿Elegirías a Vikram para comandar una rebelión? ¿Tanto confías en él?

Su expresión se suaviza.

—Le confiaría incluso mi vida sin pensarlo dos veces.

Se me ocurre que esa sería una pésima idea, pero suena muy convencido al zanjar el asunto y no me atrevería a decirle a nadie cómo ha de sentirse con respecto a su guardaespaldas.

—¿Por qué? —pregunto en su lugar.

—Porque él me la salvó. Es quien elaboró el antídoto que me ha alargado la vida. Si estoy aquí ahora, y contigo, es gracias a que Vikram estuvo a mi lado entonces.

Vaya, vaya. Pues al final habrá que cederle algún puntito al niño.

Incluso pensaré en darle las gracias.

«Sé qué día moriré».

La verdad se repite en mi cabeza como un eco macabro.

La pregunta que en realidad quiero hacer me quema en la lengua. «¿Cuándo?», exige saber una parte de mí. La otra teme tanto la respuesta que me cuesta seguir bailando cuando se me ha congelado todo el cuerpo.

Es posible que no haya tratado con él lo suficiente para considerarlo un ser querido, pero la relación de una autora con su personaje es más estrecha de lo que un lector podría imaginar. He vivido cada momento de la infancia, adolescencia y muchos de los de la edad adulta de Dareon. Lo he visto crecer, pataleando en el proceso, madurar y tomar las riendas de un reino que no creía en él. Lloré cuando la enfermedad lo postró en la cama: de dolor y de rabia, pero también de incredulidad.

¿Por qué le harían algo así? Envenenarlo cuando era un crío.

—¿Me odias por lo que te he hecho? —suelto sin pensar.

De todas las preguntas que quiero hacerle, me ha salido la egocéntrica, la que busca la respuesta que me dejará en paz conmigo misma.

Dareon enfoca la mirada con extrañeza.

—¿A qué te refieres? ¿Qué me has hecho, aparte de divertirme de lo lindo desde que llegaste?

—Soy la Creadora, la que decide lo que sucede en este mundo. No sería descabellado culparme de lo que te pasó siendo niño. Sabe Dios que no serías el primero en achacarme cada uno de los males que te

han amargado la vida —apostillo por lo bajini, resistiéndome para no lanzarle a Vikram una mirada cargada de odio—, y tal vez no estarías equivocado, ni cometerías una injusticia. Ninguna mayor a la que yo llevé a cabo contra ti.

»Obviamente no tenía ni idea de que existías. De haberlo sabido, yo...

Dareon me aprieta la mano con la que guía la danza para acallarme.

—No te disculpes conmigo —replica con la voz aterciopelada—. Todo ocurre por una razón. Estoy orgulloso de que mi sacrificio te pareciera necesario para el curso de la historia de Elyllon. Significa que, a pesar de ser un simple peón en el tablero de la Confederación, yo también tengo un papel que desempeñar. Puede que a nivel personal no me entusiasme la idea de morir —reconoce con una sonrisa contrita—, ni que se me tenga en baja consideración en el principado debido a mi condición mortal, pero confío a ciegas en tu buen hacer.

Ya podrían aprender algunos de él, macho. A Dareon le he arrebatado su inmortalidad y le he obligado a tolerar unos dolores físicos inimaginables cada segundo de su vida, además de haberle forzado a lidiar con la certeza de que la palmará el día equis, y no solo no me echa la bronca, sino que agradece que le tuviera en cuenta a la hora de hilar el destino. Al otro le di superpoderes a cambio de su voz, como una generosa Úrsula, y encima se atreve a reprochármelo, el muy ingrato.

Dios (yo) le da pan a quien no tiene dientes.

—¿Vivirás para ver todo lo que está por venir, entonces? —retomo con un hilo de voz.

—Así es. Solo si sale bien —agrega. Echa un vistazo por encima de mi hombro antes de clavar sus ojos en los míos—. Tengo que volver a consultar a Laertes para que me hable de cómo se desarrollará el conflicto. De las oportunidades que tenemos.

—¿No lo has hecho ya?

—Sí. Pero el futuro cambia. —Hace una pausa y se queda pensativo un buen rato—. Aunque la fecha de mi final no se ha alterado jamás.

Todas las noches me repito las palabras de Laertes: «El mismo día que bajen las armas».

—Es una lectura muy ambigua —murmuro, intentando que no se note que me aterra—. ¿Quién bajaría las armas?

—Los únicos que las tienen. Shapoor nada en la pobreza más miserable salvo por el sector que posee las fórmulas creadoras de mutantes. Trevelyan no existe ya. Windhalm es la fiesta del hedonismo, y de acuerdo a las condiciones del Pacto de los Confederados, el posterior a la guerra, todas las armas fueron requisadas al igual que se confiscaron aquí. Solo Aranrhod puede rendirse, puesto que, además, es el único que será amenazado. No involucraré a ningún otro estado si no es necesario.

—Eso es imposible. Windhalm es vasallo de Aranrhod. Atacará si Kadesh lo pide.

—Tengo un as bajo la manga para quitar a Windhalm de en medio sin heridos.

—Insisto en que Windhalm se pondrá de su parte. Es imposible que no haya heridos.

Él me observa con atención, entre la burla y la amargura.

—Tienes razón. Pero el herido seré yo.

Aunque ese comentario despierta mi curiosidad, retomo la cuestión por la parte que más me preocupa.

—¿Y de qué te sirve todo esto, la batalla y la guerra, si no vas a poder disfrutar de los resultados?

—Esa es una pregunta muy justa —cabecea con una pequeña y modesta sonrisa—. Confieso que uno de los motivos por los que decidí rebelarme, fue porque no soporto vivir bajo el yugo de alguien que no es superior a mí. Vikram lleva mucho tiempo acusándome de moverme por las razones equivocadas. Dice que no debería ser una cuestión de casta, sino de bienestar social, y está en lo cierto. Aunque me complacería cepillarme a Kadesh solo por devolverlo a la cloaca de la que ha salido, ante todo me preocupa mi pueblo. Quiero que puedan volver. No importa si no tomo mi parte del pastel mientras ellos puedan salir beneficiados.

—¿Y quién ocupará tu lugar? No has engendrado heredero ni has

tomado esposa... —Arrugo el ceño—. Madre mía, qué medieval ha sonado eso. ¿Se nota que leo mucha novela histórica?

Dareon se echa a reír.

—Me has recordado que he de redactar un testamento —comenta, distraído—. El trono lo heredará alguna de las hadas de Turlough, supongo. Son mis únicos parientes vivos. Lejanos, sí, pero les pertenecería por legitimidad. El trono de Elyllon siempre ha sido de las mujeres más poderosas. La gente se alegrará de tener de nuevo al frente a una de las hijas de Trentia, de la corte de Turlough.

—¿Cómo puedes decir que se alegrarán de nombrar a una nueva princesa cuando el precio es perderte? La gente te adora. Yo te adoro —se me escapa.

—No todo el mundo me adora —reconoce tras unos instantes. Pensaba que se había quedado callado por mi arrebato vehemente, pero en realidad estaba decidiendo si confesar sus grandes temores. Me mira con gravedad—. Soy el hijo de la Gran Majestad Agrona, y moriré pronto. Encarno lo que los elys más detestan: la alianza con la hechicería del Seir y la mortalidad. Amo a mi madre y moriré defendiendo su recuerdo, pero se impuso por la fuerza, y el pueblo no se lo perdona; ni a ella ni a su descendencia.

—Pero tú no puedes hacer magia, ¿verdad? Magia oscura, me refiero. La del Seir.

—Podría —reconoce con severidad—, pero renuncié a ella en cuanto subí al trono.

—¿Y los elys no valoraron ese sacrificio? La hechicería del Seir es peligrosa, sí, y también una inestimable fuente de poder.

—También era el legado de mi madre —apostilla con una sonrisa débil—, pero las gentes de Elyllon no lo entendieron como tal. Para ellos era obligatorio que renunciara a mi posible conexión con el Seir si quería gobernar. El Consejo me forzó a darle la espalda, y yo obedecí, en parte, porque era el deseo de la Gran Majestad. Mi madre siempre me protegió de la hechicería para que no sufriera como ella. Me animó a abrazar la naturaleza de mi padre, los lazos con Turlough, que serían los que legitimarían mi ascenso político.

Agradezco que Dareon no sepa leer mentes, porque a mi cabeza

acude un recuerdo reciente: el de la reina ordenando a los *japheth* que se mataran entre ellos para cerciorarse de que su niño tuviera el mejor maestro y guardaespaldas de la Confederación.

Siempre he pensado que Agrona fue cruel, tal y como reza la leyenda popular, pero no se puede negar que adorara a Dareon.

Se le nota a leguas que fue un niño querido.

—De acuerdo a mis informantes, nadie se rebelará contra mí —prosigue, ajeno a mis meditaciones—, pero no por respeto, sino porque caeré por mi propio peso.

»No te voy a mentir, Diana. En parte, siento la necesidad de demostrar que amo a mi pueblo y que puedo protegerlo; de hacer algo antes de pasar a la historia como Dareon el Mortal. Quizá, si devuelvo a los exiliados a su tierra y recupero la independencia de Elyllon, se me recuerde por algo menos ofensivo, como... Dareon el Breve o Dareon el Fugaz, pero no el Mortal. No cuando eso significa algo peor que el Terrible o el Sanguinario.

Me quedo callada porque tiene toda la razón. Mentiría si dijera que no me percaté de la forma en que sus súbditos lo miraron cuando los reunió en el salón para localizar al traidor. No hicieron gala de una actitud desdeñosa, pero sí se notaba su vacilación, lo reacios que eran a proporcionarle datos incluso si los tenían, como si no tuviera sentido obedecer a un monarca débil.

Lo abrazo con más ánimo mientras el baile me lo permite.

—Estoy furiosa. —Eso es lo único que atino a murmurar.

Él apoya la barbilla sobre mi cabeza.

—Yo también estoy furioso —dice, pero su serenidad delata que miente.

—Pues no se te nota.

—Es otra de esas cosas que no puedo permitirme. Bastante transgresor estoy siendo sintiéndolo como para encima ser muy obvio.

Levanto la mirada para observarlo.

—Pues deja que te diga que, para ser un príncipe, parece que tienes demasiadas prohibiciones.

Dareon me retira un mechón de pelo de la cara. Se me ha debido escapar de la diadema entre tanta vuelta.

—Más de las que podrías imaginarte.

Lo dice mirándome con una pena tan absorbente que me da la impresión de estar cayendo directamente en su pozo de angustia.

—Siento haber sacado este tema a colación —me apresuro a decir —. No era el momento.

—No, pero ¿qué importa? Es algo que llevo conmigo. No lo olvido solo porque deje de mencionarlo. —Se tambalea al dar uno de los pasos hacia mí y su sonrisa lo hace a su vez, crispada en una comisura. Para disimular que no puede seguir bailando sin temblar, dice—: Será mejor que no te acapare durante toda la noche. Sobre todo cuando tienes una misión.

—¿Qué misión?

Dareon se detiene un momento para recobrar el equilibrio y la respiración. Acto seguido, me conduce con una tranquilidad en absoluto sospechosa a uno de los márgenes del salón. Allí, medio ocultando sus labios con una copa que le sirve el criado de turno, un trasgo con unos andares divertidos, dice:

—¿Los ves? —Barre el espacio con una mirada calculadora—. Tienes aquí a todos y cada uno de los nobles feéricos y hadas de importancia a considerar. Los poderosos de Elyllon y algunos representantes de Windhalm encerrados en mi palacio durante las próximas cinco horas... como mínimo.

»Quiero que te pasees por aquí y observes. Solo eso. Intuyo que cualquier movimiento extraño, mirada sospechosa o conversación en clave podría inspirarte tal y como lo hizo la visita de Kadesh. Memoriza sus caras. Sus nombres. Si percibes lo que sea o vuelves a ver algo, ven de inmediato a informarme.

Asiento con la cabeza. Pretendo darme la vuelta y ponerme manos a la obra sobre la marcha, pero él me coge de la mano y tira de mí para volver a depositar un beso. No en el dorso, sino entre los dedos índice y corazón.

—Eres lo más valioso que tengo ahora mismo —confiesa en voz baja.

Incluso si el «ahora mismo» le arrebata parte de su romanticismo y lo convierte en un sentimiento temporal que podría no seguir en pie

mañana, el corazón me da un vuelco. Él hace una reverencia que no tardo en copiar torpemente y regresa, con la barbilla alta y un caminar lento y estudiado, a la mesa que había abandonado.

Los nobles elys y windhalmeses lo esperan con ojos brillantes, ansiosos por oír el relato sobre la nueva amante.

No es que sea tan egocéntrica como para creerme el ombligo del mundo. Me he fijado en cómo me miran y no son muy sutiles. ¿Por qué iban a serlo? No es como si alguien fuera a llamarles la atención. Hacen y deshacen a su antojo.

Inspiro hondo para relajar la tensión acumulada e imito el barrido panorámico de Dareon.

Muchos de los rostros me suenan familiares. Seguro que los he mencionado en algún momento de la historia como conocidos importantes o linajes que pretendían presentar a sus herederas como pretendientas para Dareon.

Ese es un tema del que ni él ni yo hemos hablado: de la necesidad real de efectuar un matrimonio provechoso. Me niego a pensar que sea porque la enfermedad le alcanzará antes. Está escrito que Dare ha de casarse con un hada de Turlough. Es la promesa que los de Vygantas hicieron con la aristocracia trentiense para asegurar que la conexión y acuerdo de paz entre los bosques y la civilización no se perdería. Nunca faltan los ricos de turno que procuran meterle por todos los orificios a sus hijas, claro. Y Dareon, que cuando quiere es un puto cabrón —y se aprovecha de que aquí no se percibe la virginidad como un requisito indispensable para estrechar vínculos sagrados, por lo que no las «echa a perder» de un polvazo—, no ha perdido la oportunidad y se las ha cepillado sin hacer ninguna promesa.

No le culpo. Son todas hermosísimas, muy conscientes de su encanto y, en fin, yo soy la viva imagen de que cuando alguien te hace mucho caso, es complicado resistirse.

Volviendo al tema del espionaje, me doy todos los paseos que él me ha pedido y uno más, pero sé muy bien qué es lo que permitió que asistiera a la cita clandestina de Kadesh y a Rheil, y no fue haberlo conocido en persona. Ni tampoco el vino. Fue flotar tranquilamente en medio del agua. Y dudo que tenga que ver con el agua. Está

relacionado con la rara sensación de paz que cada vez me cuesta más encontrar.

Necesito estar serena para volar hasta mi imaginación.

Quizá debería empezar por relajarme, emprender algún tipo de actividad que invite a la meditación, como el yoga o el pilates, en lugar de andar como pollo sin cabeza con un vestido que pesa veinte kilos. Lo que está claro es que, si de alguna manera no voy a hallar paz, es cruzándome con Vikram.

No me cruzo con él, en realidad. Lo localizo al fondo del salón. Sé que no se pone a la vista porque su aspecto puede ofender a los feéricos. Él no es un hada. Quizá lo fue, pero ahora es una bestia terrorífica y puede aguar la fiesta del más valiente. No obstante, es su obligación montar guardia en una esquina. Lleva el uniforme de guardaespaldas, por lo menos, pero yo no le veo prestar atención a Dareon. Al contrario: parece muy entretenido e ilusionado con el interés que demuestra en él un grupito de fulanas.

No las estoy insultando, ¿eh? Es lo que son. Van medio desnudas y vestidas de rojo. Y encima están flirteando con él, cosa que no haría una noble ni una criatura normal ni borracha. Blanco y en botella.

Me planto en medio de la pista de baile sin preocuparme de que los danzarines me muelan a codazos. Desde ahí le observo con un nudo en el estómago y una desconocida sensación de impotencia apretándome por la garganta.

Vikram está apoyado en la pared con un tobillo cruzado sobre el otro, y juguetea con las flores que penden del pelo de una de las hadas. Sonríe. Sí, no es una alucinación: está sonriendo. Yo nunca le he visto hacerlo, a no ser que pretendiera dejar claro que lo que ha pensado es una burla, o que me odia tanto que la forma más ofensiva que se le ha ocurrido de dirigirse a mí es fingiendo simpatía. Las putonas saben bien lo que hacen si ese es el resultado. Se entretienen brincando y riendo como gallinas cluecas para que les preste atención, y acariciándole los hombros, el pelo, el pecho...

Parece abducido por ellas. Yo tampoco podría fijarme en otra cosa si tuviera dos tetas casi en la cara. Pero pronto desvía la mirada en mi dirección, como si se hubiera dado cuenta de que alguien lo censura

de lejos.

Desde donde estoy, sus ojos parecen negros.

Saco pecho y levanto la barbilla en un arrebato muy adolescente.

¿Qué? Me das igual. Más o menos eso es lo que vengo a expresar.

Él entrecierra los ojos, sin dejar de mirarme, y se agacha un poco más para que una de las hadas pueda susurrarle algo al oído. Vikram medio sonríe y ella se ríe también.

¿Qué le habrá dicho? No es que sea la mejor leyendo labios, sobre todo a esta distancia, pero supondría una mejora respecto de eso de la conexión mental.

Quiero darme la vuelta y seguir investigando. O solo pasear. O ir a tomar el aire. Cualquier cosa menos seguir aquí, como un pasmarote. Pero Vikram no aparta los ojos de los míos, y, de algún modo, eso me mantiene con los pies pegados al sitio y la nariz apuntando a él.

No puedo moverme del sitio. Su inexpresividad —y lo que oculta detrás de ella— es hipnotizadora. Se las arregla para que me quede a ver cómo rodea con el brazo por la cintura a una de ellas y a la otra la besa en la boca con la lengua por delante, con los ojos abiertos y sin ninguna emoción.

Casi sufro una arcada. Su comportamiento asqueroso que me saca de golpe de la ensoñación y me empuja a continuar con su niñería.

«Encima de bestia, putero», pienso. Y lo pienso bien alto. Tanto, que no me extraña en absoluto que me lea y conteste:

«¿Quién tendrá la culpa?».

Lo fulmino con una mirada acusadora mientras atravieso el salón.

«Tú», vuelvo a pensar. «No somos solo nuestra esencia, sino nuestra voluntad de cambiarla».

«Eso te ha quedado terriblemente romántico». Percibo un brillo burlón en sus ojos. Una de las hadas le besuquea el cuello, y él la anima a continuar cerrando la mano con la que le sostiene nuca en un puño. Su otra mano parece más grande que nunca al cogerla por las nalgas. «¿Vas a escribirlo en tu librito?».

Se me desencaja la mandíbula.

Maldito capullo.

«¿Te refieres a la escena pornográfica que estás montando? No,

gracias. Prefiero no poner a prueba la sensibilidad de mis lectores».

«¿Esto te parece pornográfico? Qué monada», se burla. «A lo mejor es *tu* sensibilidad la que tienes miedo de poner a prueba».

Odio interpretarlo como una provocación, y odio estar parada en medio de un fiestón que puede que no se repita discutiendo mentalmente con un payaso. Sin más dilación, mis pies me llevan a donde se encuentra Dareon. El mismo rincón, la misma compañía, la misma pose. Deja de reírse por algo que ha comentado un elfo con una coronita con frutos rojos y, al verme llegar, deja a un lado la copa de vino y espera un comentario de mi parte.

En sus ojos nada el secretismo de nuestro acuerdo.

—No he encontrado nada que me estimule como tu compañía —le digo entre dientes, aún mosqueada.

Él sobreentiende que no ha habido suerte. Sonríe de lado, en absoluto decepcionado, y se gira hacia mí para palmear su regazo.

—En ese caso, déjame hacer lo que mejor se me da —responde, con una voz que es como la miel.

Cojo aire y, procurando que no se me note la mojigatería, acepto tanto el asiento que me ofrece como la copa que me tiende un hada de cabello azul sentada justo a la derecha. Sospechando que no le gustaría que me despatarrase demasiado (llámese intuición), evito rozar su zona prohibida y me quedo cerca de la rodilla. Le echo un brazo por el cuello y, ni un segundo después, finjo que quiero acomodarme el lazo de flores de la cinturilla para mirar a Vikram.

Él no se ha movido de donde está. Ya no hay rastro de su sonrisa triunfante, ni de su irritante superioridad. Niega con la cabeza muy despacio, un gesto que me intriga pero que trato de borrar de mi cabeza en cuanto empuja con desdén a las hadas que lo entretenían. Bajo mi mirada ceñuda, coge a una de las tres putillas de la muñeca y desaparece con ella en el pasillo.

Permanezco muy pendiente de algún movimiento en la entrada. Por si regresara, por si oyera un ruido o por si un rayo partiera el lugar al que ha ido a pasarlo bien.

Nada. Se ha marchado.

Y yo me siento tan ridícula que tanto Vikram como mi estupidez

supina se convierten en un pensamiento recurrente durante el resto de la velada.

21

Como pase demasiado tiempo en este sitio, me voy a convertir en una alcohólica. Y eso no puede pasar, porque ¿con qué cara miraría luego a Elsa, que está harta de que, como hermana mayor, la riña y le llore a lágrima viva para que deje las drogas? Sí, es obvio que existe una gran diferencia entre el LSD y unos vinitos dulces, pero partiendo de que la bebida no me sienta bien, creo que a la larga es igual de nocivo.

He dejado que me emborrachen, he dicho unas cuantas tonterías delante de los amigos de Dareon y he accedido a bailar con un par de ellos aprovechando que con el alcohol me desinhibo. Y mientras tanto, Dare me ha puesto las cejitas de «ya está bien por hoy, ¿no?», entre mosqueado por los espectáculos que monto y preocupado como un padre.

Esta irritación suya tan paternal me ha puesto de mal humor. A lo mejor si me lo hubiera cruzado en medio de la calle habría soportado que no me viera como una mujer en edad de amar, pero siendo su creadora no concibo que se atreva a rechazarme. Por desgracia, lo hace: se niega —con mucha educación, eso sí— a bailar conmigo de nuevo y no cae en mis jugueteos ni mis caricias sobre sus rodillas. Pero ni en los míos, ni en los de las fulanas que pululan por el salón, ni en los de las bellísimas hadas con títulos nobiliarios.

Es el príncipe de hielo, el cabrón.

Llegado cierto punto, ya tambaleándome por los excesos, abandono el salón y decido dar una vueltecita para despejarme. Estoy ansiosa por una nueva revelación, y no es para menos. Es lo único que me da valor en este sitio, y parece también uno de los pocos caminos que conducen al hermético corazón de Dareon de Vygantas. Otro de ellos podría ser su cajón de lencería femenina, pero intuyo que podría lanzarme el rayo gélido de la princesa de *Frozen* si me atreviera a birlársela y probármela. Además: ¿cuáles son las probabilidades de que me queden bien? Tanto si tiene una amante como si no, apuesto lo que sea a que está más delgada que yo.

El pasillo está vagamente iluminado por lamparillas que proyectan el dibujo trazado en el soporte protector de la llama: en este caso, el

símbolo del principado, el colibrí con las alas flabeladas extendidas de perfil. Voy tan distraída que apenas me fijo en que no hay nadie, y cuando me doy cuenta de que me he quedado sola, me entra ese miedo al que me acostumbré cuando vivía en la Tierra y volvía a casa de madrugada.

Trago saliva y aprieto el paso para llegar a una sala en la que preferiblemente haya danzarines, pero el corredor no me conduce al salón, sino a la antesala a la que se accede entrando por la puerta principal de palacio. Los guardias del inmenso portón me dan la espalda y quedan lo bastante lejos para darse cuenta de que estoy aquí, pero si gritara, me escucharían.

Eso me tranquiliza un poco. Sin embargo, no borra el miedo que me ataca cada vez que me distraigo y que temo que empiece a formar parte de mí. Estoy dejando de pensar en Rheil, pero no pierdo de vista ni por un momento el conflicto que tenemos por delante. Puedo hacerme una idea de la cantidad de expediciones en las que deberé participar, y no ignoro que mi trabajo de creadora tenga sus partes desagradables. Eso significa *peligro*. Peligro para una mujer que, hasta ahora, ha llevado una vida apacible en una ciudad más bien pequeña.

Con tal de huir de unos pensamientos que podrían convencerme de poner pies en polvorosa, me doy la vuelta para regresar por donde he venido.

No llego a dar un solo paso. Una figura gigantesca y segura de su importancia viene hacia mí desde la otra punta del pasillo.

Vikram está algo despeinado y en su rostro brilla una finísima capa de sudor, dos pruebas irrefutables de la clase de ejercicio que ha estado haciendo mientras la fiesta tenía lugar. Por si esto no fuera suficiente para acusarlo del delito, con movimientos firmes se asegura de que tiene los calzones bien colocados por la zona de la bragueta.

Nuestras miradas coinciden a la vez que yo me cruzo de brazos.

—Ya veo que no estabas tirando faroles con tu patética representación teatral del salón.

Vikram se detiene a casi tres metros de mí. Ladea la cabeza como si le intrigara mi comentario.

«Yo nunca tiro faroles, Creadora. Aunque quizá podrías explicarme

por qué te lo has tomado de esa manera. ¿No me veías capaz?».

—Supongo que «me lo he tomado de esa manera» porque has procurado asegurarte de que yo viera que te sobaban de lo lindo, y eso dice bastante de tus objetivos.

Cuando se acerca, el olor a madera quemada y a naranja amarga es más intenso que nunca.

«¿Cuál sería mi objetivo, exactamente?».

—Uno que no es por el que has sido contratado. Deberías haberte mantenido en tu puesto —le espeto, nerviosa. Se me había olvidado que el vinito de las narices no ayuda a darme seguridad cuando Vikram anda cerca—. ¿Tengo que recordarte que eres el guardaespaldas del príncipe? ¿Y si le hubiera pasado algo en tu ausencia?

Él se retira un mechón de la cara con una sonrisa socarrona. Se recoge la media melenita despeinada en un moño que a posteriori atraviesa con la aguja japonesa.

«Pues supongo que habría tenido que vivir con ello durante el resto de mi vida inmortal», resume con indiferencia.

—Muy gracioso.

«No te alteres. Si su vida hubiera corrido peligro, apuesto todo cuanto poseo a que lo habrías defendido con tu propio cuerpo».

—Eso ni lo dudes —espeto con rencor—, pero mi cuerpo no habría sido tan contundente como el tuyo a la hora de salvarlo.

Vikram ladea la cabeza para mirarme de arriba abajo con deliberada lentitud.

«Supongo que todo depende del atributo físico que hubieras utilizado para distraer al agresor».

Por mi paz mental, ignoro el comentario y vuelvo a la carga.

—Me pregunto cómo es posible que Dare siga vivo si, durante veladas multitudinarias y justo en la víspera de una rebelión, la persona que debe protegerlo se larga a echar una canita al aire.

Su sonrisita desdeñosa desaparece de un plumazo.

«Ten cuidado con las menciones a la guerra que haces en voz alta», me advierte, y consigue que me ruborice, porque tiene razón. «¿Y cuál es el problema? ¿Es que solo Dareon tiene derecho a divertirse?

Creadora, Creadora...» Chasquea la lengua, acercándose con las manos entrelazadas a la espalda. «Cada vez se te notan más los favoritismos».

—¿Te refieres a los favoritismos de los que he hecho gala desde que puse un pie aquí?

Su rostro se ensombrece cada vez más.

«No hace falta que te pongas a defender sus intereses. Ya es mayorcito, y cuento con su permiso para escaparme un rato a pasarlo bien».

Aprieto la mandíbula, mosqueada. Tiene que haber dicho la verdad. No me imagino a Dareon ordenándole que se quede a su espalda todo el santo día.

«Ya sabía que eras un poco irritante, pero empezarás a parecerme una mujer muy mezquina si tanto te molesta la diversión de otros».

—A mí no me molesta tu diversión. ¿Quieres acostarte con putas? Muy bien. Espero que tu economía te permita pagarlas. No las imagino tocándote ni con un palo si no fuera por la promesa de una buena suma.

Aprovecho para pasar por su lado lo más rápido que puedo, pero él me lo impide agarrándome del brazo. Mi corazón aletea histérico al echar un ojo a la diferencia entre su mano morena y mi piel más bien pálida. Soy, como se diría educadamente, «de huesos anchos», y, aun así, sus dedos se tocan al cerrarse en torno a mi bíceps.

«No todos podemos tener exactamente lo que queremos», aclara, dirigiéndome una mirada cruel. «A veces hay que conformarse con lo que se tiene al alcance. Estoy seguro de que, en este sentido, tú me comprendes mejor que nadie».

Levanto la barbilla con soberbia.

—Yo a ti no te entiendo en absoluto, y tampoco tengo el menor interés en hacerlo. Y ahora, suéltame.

«¿No? ¿No lo entiendes?». Sus ojos brillan como ópalos de fuego. «Cualquiera lo diría cuando te pasas el día entero persiguiendo a alguien que no está interesado en tu amor».

Me pongo tensa de inmediato y clavo en él mi mirada más indignada.

—¿Qué tiene que ver eso con traficar con el cuerpo de otras

mujeres?

«Solo tiene que ver en que los dos tenemos una necesidad, pero la mía se resuelve con un acuerdo beneficioso para ambos, y la tuya solo te hace ver como una pobre arrastrada. ¿Tienes tiempo para no perderte lo que hago con mis ratos libres, pero no para darte cuenta de que te estás humillando al postrarte a los pies de Dareon?».

Aprieto los labios para mantener a raya un puchero traicionero.

—Suéltame —insisto con voz temblorosa—. No voy a permitir que me amedrentes.

«No seas ridícula». Sonríe de lado con desdén. «Puedes sentir muchas cosas por mí, pero no me tienes ningún miedo, o de lo contrario no me atacarías constantemente».

Su respuesta levanta el mismo eco en mi mente que el rugido de un león. Me zarandea un poco, como si quisiera espabilarme, y me trae hacia sí. Huele al perfume de campanillas silvestres de las prostitutas, y eso me causa tanto rechazo que ladeo la cabeza en el sentido contrario.

—Humillada, arrastrada, ridícula... Menos mal que quieres ser mi amigo, o, como mínimo, mi aliado. Quién sabe qué adorables adjetivos usarías conmigo si me tuvieras como tu rival —balbuceo con un hilo de voz—. ¿Qué te importa a ti lo que yo sienta por Dare?

«Él nunca te va a corresponder. No importa cuánto te pavonees delante de sus narices, o cuántas veces le pongas ojitos. Nunca, ¿me oyes? *Jamás* va a quererte».

Por primera vez no suena despectivo, no tiene el propósito de avergonzarme, sino de ponerme sobre aviso. Y al fijarme en la intencionalidad de su advertencia, me pregunto si no habrá sido siempre esa su necesidad: protegerme a su manera del desengaño amoroso.

No es nada que yo no haya pensado ya. Puedo ser muy soñadora a veces, incluso ingenua, pero no tengo problemas viendo una realidad tan obvia como esa. Yo no me he preocupado de frenar el *crescendo* de mi interés por Dareon, pero no porque aspire a pasar la noche en su cama.

¿Por qué, entonces? Pues porque este amor platónico no me hace

daño. No como me lo hacía y sigue haciendo recordar a Roberto. De hecho, es sano, porque no me tiene obsesionada; solo entretenida, alejada de mi realidad. Pero ¿cómo va a entender eso él? ¿Cómo voy a explicar que, aunque sepa de buena tinta que es inaccesible, prefiera mantener la mente ocupada con un enamoramiento sin profundidad que con mi fracaso más reciente?

A pesar de darle la razón para mis adentros, no puedo resistirme a replicarle.

—Que sea vomitiva para ti no significa que él también me vea como algo asqueroso.

«Dareon podría verte como el manjar más delicioso y aun así ignorarte, créeme».

—Sí, claro... El príncipe mete a cualquiera en su cama. ¿Por qué no a mí?

«Porque tú no eres cualquiera», recalca. Es improbable que lo diga en un sentido admirativo, pero aun así se me encoge el corazón. «Y, aun así, si se atreviera a tocarte, nunca lo haría por amor».

—¿Y qué?

«¿Y qué?», repite con una sonrisa condescendiente. «Vas gritando a los cuatro vientos que quieres que te amen. No tienes ni que decirlo con palabras para que todos lo vean. Me temo, Creadora, que Dareon no va a cumplir tu sueño romántico».

Intento contener mis emociones para que no me vea llorar.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro? Tú no tienes ni la menor idea de lo que es o cómo funciona el amor.

«No, no conozco el funcionamiento del amor, pero ¿lo conoces tú? ¿Lo conoce alguien?», me rebate. Me quedo en silencio. «Puede que yo no sepa cómo se siente la pasión, pero sí qué es lo que siente Dareon. Y créeme: da igual cuánto lo intentes, porque es completamente inmune a tu increíble belleza».

Giro la cabeza hacia él, perpleja. Apenas pestañeo al repetir:

—¿Mi increíble qué?

Vikram tuerce la boca y me suelta el brazo para retroceder un paso. Parece contrariado, pero apenas le cuesta reponerse y volver a la carga con una mirada desdeñosa.

«No actúes no como si no fueras consciente de lo que eres. Me enferma ver cómo finges restarte valor cuando sabes que estás por encima del resto».

—¿Que finjo restarme valor? ¿De qué coño estás hablando?

Vikram me mira a los ojos.

«Tus sonrisas tímidas. Tus sonrojos. La cara de sorpresa que se te queda cuando alguien es amable contigo o te hacen un cumplido. Te comportas con una repugnante y falsa humildad indigna de alguien de tu atrac... relevancia política».

Jadeo, ofendida.

No me puedo creer lo que estoy escuchando.

—Tú no sabes una mierda de mí, Vikram. No tienes ni idea, ¿me oyes? *Ni idea.*

«Puede. Pero sé que no hay mayor gesto de soberbia que un exceso de modestia».

Su mirada implacable me ayuda a deducir que habría pronunciado su frase con un tono similar. Pierdo del todo la compostura y lo acuso con el dedo.

—Métete tu frasecita de Oscar Wilde por donde te quepa. ¿Qué te crees?, ¿que, en la Tierra, eso de ser «la Creadora» te da de comer? ¿Que iban por ahí haciéndome la ola? Para tu información, pedazo de imbécil, yo en la Tierra soy invisible. No tengo amigos, casi ni existo para mis padres por lo mucho que los he decepcionado siendo yo misma, la persona con la que iba a pasar el resto de mi vida me ha abandonado porque según él no valgo una mierda, y hubo momentos en los que me lo creí. Me lo creí de tal manera que pensé en desaparecer. Pero en lugar de eso llegué aquí, y resulta que hay un príncipe perdiendo su tiempo conmigo. Halagándome... Preocupándose por mí. —Se me escapa una sonrisa conmovida por los últimos acontecimientos.

«Porque te necesita». No se mueve de donde está. Su cuerpo se erige como una estatua de granito. «Si no le sirvieras para sus fines bélicos, ni te habría mirado».

Lo sé, de verdad que lo sé. Pero me duele escucharlo.

—¿En serio piensas que no me doy cuenta de que es, en parte,

porque le soy de utilidad? No me chupo el dedo. Lo conozco como a las líneas de mi mano y sé que, ante todo, es ambicioso y manipulador. Pero me da igual si no me quiere nunca, y me da igual si me humillo «poniéndole ojitos» —hago las comillas con los dedos—, porque incluso si me odiase, ya me estaría demostrando más amor que aquellos que supuestamente me han querido.

Lo he soltado todo de corrido y casi sin respirar. Cuando pongo el punto y final, tengo que coger una gran bocanada de aire. Hiperventilo durante los escasos segundos que Vikram permanece en silencio, mirándome entre reacio a tragarse mi historia, que percibe como una patraña, y contrariado con mi explicación.

—¡Ni siquiera tengo por qué darte explicaciones! Desde que puse un pie en este sitio, no has hecho otra cosa que amargarme la existencia. —Levanto la mano para callarlo—. Y no vayas a decir que es porque yo te la amargué a ti. No tenía ni idea de que existías, por Dios, Vikram.

«Me la has amargado», confirma, atravesándome con una mirada abrasadora. Abro la boca para replicar, pero él se impone. «Aunque no solo como imaginas».

—... completamente de acuerdo contigo.

Vikram echa un vistazo rápido por encima del hombro. Sin preguntar —eso sería mucho pedir— vuelve a agarrarme del brazo y tira de mí para escondernos a ambos tras la esquina de la bifurcación de dos pasillos.

Le doy un manotazo en el hombro. No lo bastante fuerte para que le duela, pero por lo menos consigo llamar su atención.

—¿Qué ha...?

Me cubre la boca con la palma.

«No sé si eres consciente de la imagen que transmite que la amante del príncipe y yo estemos solos en un pasillo».

Frunzo el ceño y me fuerzo a pensar casi en voz alta con la ridícula esperanza de que mis ondas cerebrales conecten con las suyas. Antes lo he hecho, ¿no?

«Esto no es la época victoriana, estúpido. Pensarán lo que quieran, pero no pasará nada».

«Eso es lo que tú te crees. Si fueras una cualquiera no les importaría un carajo; de hecho, les extrañaría que no te divirtieras por otros lares». Inspira hondo y mira a un lado y a otro, buscando un escondrijo, antes de clavar los ojos en los míos. «Pero están seguros de que va a casarse contigo. Y hay una diferencia entre andar detrás de la amante y estar a solas con la futura princesa mientras se desarrolla el baile».

«No es por ser cruel, Vikram... Aunque no me importa ser cruel», aclaro por si las moscas, «pero la comunidad feérica no te concibe como un ser sintiente y sexual, y la idea de que fueras el amante de la mujer del príncipe se les antojaría irrisoria».

«Sin duda, pero huelo a sexo y tú despides el olor de la apasionada indignación, que en algunos círculos se puede confundir con la pasión a secas».

Si no me estuviera apretando la boca como si quisiera ahogarme, se me habría descolgado la mandíbula.

«No sé a qué huele porque tengo TU MANAZA en la boca, pero, si la apartas, es posible que pueda respirar para hacerme una idea», pienso, fantaseando con que asimila mi mal humor igual que si le estuviera gritando. «Y... ¿perdona?», añado en cuanto caigo en la cuenta de lo que ha dicho hace unos segundos. «¿Futura princesa? ¡Dare me dijo aquello de coña!».

«El príncipe no tiene que decir nada en serio para que sus súbditos empiecen a especular. Aquí la gente compite por ver quién inventa el rumor más escandaloso».

Apoya tres dedos sobre la pared y la palpa un par de veces antes de que aparezca el pomo dorado de una puerta. Al abrirla, emite un levísimo chirrido que es amortiguado por las voces y pasos que se aproximan. No sé si lo que dice tiene el menor sentido, pero me pongo histérica y dejo que me meta en lo que parece un...

«¿Qué hacemos en un ropero? ¿Eres idiota? Aquí no vamos a caber tú, tus músculos de gladiador y...»

Me callo porque consigue lo imposible haciendo hueco para los dos. Malas noticias: el coste es quedar aplastada entre su pecho y la puertecilla, que desaparece en cuanto las bisagras hacen clic.

Esto me da un poco de claustrofobia, pero por lo menos deja mi pobre boca en paz.

—No vuelvas a hacer eso —le espeto en voz baja—. A saber dónde han estado esas manos hace un rato.

«Unos minutos atrás parecías tener una muy buena idea de con qué se divertían».

—Sí, lo sé muy bien. Por eso digo que no tengo por qué probar los sabores afrodisíacos de las rameras feéricas. —Me revuelvo para intentar romper el contacto de mi espalda con su pecho, pero el vestido tiene demasiados volantes y no andamos sobrados de espacio. Cuanto más trato de alejarme, más me rozo con él. Al final desisto—. Si lo que querías era provocarme un ataque de ansiedad, lo vas a conseguir.

Su nariz me hace cosquillas en el lóbulo de la oreja. Me estremezco por partida doble cuando dice en mi cabeza: «Haz el favor de cerrar el pico, preciosa».

Voy a vacilarle de vuelta, pero justo las voces se alzan por encima de mis quejas.

—Tiene algo especial —comenta alguien de voz grave. Lo reconozco como Ruvnen, el conde de Sextans, uno de los nobles windhalmeses ante los que he estado haciendo el imbécil esta noche —. No sabría decir el qué, pero no parece una humana normal y corriente.

—Si lo fuera —responde otro. Debe de ser un elfo. Solo ellos tienen ese tono musical, como si hablaran en falsete—, dudo que su alteza se hubiera prendado de ella. Por supuesto que ha de poseer algún talento oculto e impresionante.

Las pisadas que parecían a punto de pasar de largo se detienen cerca de nosotros.

Joder. Están hablando de mí.

¿Esto no pasaba solo en las películas?

—¿Prendado de ella? ¿Tú te lo has creído? —Me puedo imaginar a Sextans arqueando las cejas celestes—. He tenido el placer de compartir con Diana esta velada y sé que no me equivoco cuando digo que no es ella.

—¿Cómo que no es ella? ¿Alguien ha reemplazado a la verdadera Diana?

—A veces me sorprende que tu raza sea conocida por su destreza mental.

—Disculpa, milord, pero no he sido tan afortunado como tú —ironiza—. Apenas he pasado un rato a su lado. Me he presentado y enseguida he ido a por el ponche.

—No hace falta pasar la noche viéndola beber para saber que no es la mujer de la que Dareon hablaba. —*Joder. Sabía que estaban juzgando mi amor por el vino de canela*—. Habría bastado con que estuvieras un poco atento para deducir que nos está mintiendo.

—¿Cómo puedes decir eso? —exclama el elfo, muy ofendido.

—Su Alteza no mencionaba a su adorada mortal más que cuando nosotros sacábamos el tema a colación. Aun así, acuérdate del baile de plenilunio de hace unos cuantos ciclos. Quizá sea porque soy un romántico, pero su expresión entonces, al hablar de ella, no era la misma que la de esta noche al mirarla.

—¿En qué sentido?

—Diana le es indiferente.

El corazón se me para al escuchar la afirmación.

—¿Por qué? A mí me ha parecido atento y cordial, incluso cariñoso. No esperarás que en un evento del que es anfitrión se ponga a toquetear a su señora, ¿verdad? Quizá Su Gloriosa Majestad el rey Kadesh lo hiciera, o incluso tu padre, pero Dare es conocido por su mesura.

—Sé de lo que hablo. No fue comedido al mencionarla en aquella velada...

—¿Y por qué te pones en lo peor? Sextans, por las Nueve, ¿no cabe la posibilidad de que se haya aburrido de ella desde el baile de plenilunio y por eso no le brillen los ojos ya? ¡Como si a ti no te hubiera pasado nunca con tus amantes!

—Es una posibilidad —acepta Sextans, un segundo después—. Pero no es eso lo único que me ha extrañado.

—Estoy ansioso por escuchar tu próxima teoría —repone con sarcasmo—. ¿Por qué querría engañarnos el príncipe con respecto a

sus asuntos amatorios? Me es indiferente a quién mete en la cama. Hace mucho que superé que no me metiera a mí.

—Pues serás el único al que no metió —bufa Sextans, divertido—. Turel, estoy seguro de que se trae algo entre manos. Adoro a ese pequeño granuja, he crecido con él, pero lo conozco. Sería capaz de darnos la espalda a todos y arrojarnos a los lobos si de ello dependiera la prosperidad de Elyllon.

—Por eso es mi príncipe, y por eso accedí a ser su consejero —apostilla—. Ya está bien de conspiraciones. Regresemos al salón.

Eso, Sextans. Regresad al salón y dejaos de estupideces.

Pero Sextans tenía que ser el listo de la clase.

—¿No me vas a preguntar qué es lo que ha provocado mis sospechas? —Ni siquiera espera a que Turel le dé el gusto—. ¿No te has fijado en cómo se han mirado Vikram y ella?

La madre que me parió. ¿Qué va a decir este ahora?

Por favor, Sextans, cállate. Esto es lo primero y lo último que te pido.

«No. Deja que hable», retumba en mi cabeza. «Siento curiosidad».

Voy a girarme para fulminar a Vikram con la mirada, pero está oscuro y así solo consigo rozarme sin querer con sus labios. El leve contacto de su aliento sobre mi mejilla arrebolada tiene un efecto colosal sobre el resto de mi cuerpo.

¿Qué hace inclinado sobre mí?

—¿Vikram y Diana? —repite el elfo con incredulidad—. ¿Cuánto has bebido, Ruv?

—A veces me pregunto si soy la única criatura mágica digna de sus genes. —Suspira—. Ha sido tan evidente que por un momento he compadecido al príncipe. No ha hecho falta que siguiera con la mirada a la querida mortal para percibir cómo el ambiente se teñía del verde de los celos al ver a Vikram con las sílfides.

Sextans: bienvenido a mi lista negra.

El elfo se echa a reír. Sus carcajadas me recuerdan al rasgueo de un arpa.

—Has perdido la cabeza. Si no concibo a dos razas mezclándose ni por casualidad, esas son la humana y la *japheth*.

—Es posible que tengas razón y sea una mala idea, pero dudo que

ellos lo vean del mismo modo. He detectado un vínculo diferente entre los dos, uno mucho más intenso que el que Dareon pueda haber desarrollado con ella.

—Estás desesperado por un escándalo romántico —sigue riéndose. Sextans no lo secunda. Me lo puedo imaginar pensativo, con los ojos entrecerrados detrás de las finísimas gafitas de cristal pálido.

Nos ha tenido que joder el friki.

—Me importa un bledo el escándalo romántico. Me importa que Dareon pueda ocultar algo. Últimamente ha hecho comentarios muy irónicos sobre Kadesh y me da la impresión de que la llegada de Diana está relacionada con algo... turbio. Lo que es evidente es que no es la amante de la que las malas lenguas han estado hablando durante ciclos. En todo caso, es la de Vikram. Y cualquier mentira, por estúpida que sea, puede ocultar algo mayor. Sobre todo viniendo del príncipe, al que se le conoce por sus manipulaciones.

—Dareon siente un fuerte aprecio por su guardaespaldas. ¿Por qué no iba a permitir que la humana viviera en palacio si quisiera estar con ella? A lo mejor la comparten. ¿Y no serás tú el que tiene un interés especial en Diana? —conspira Turel—. Parece que no le has quitado el ojo de encima en toda la noche...

Ya no me interesa seguir escuchando, y sé que a Vikram tampoco.

No tengo ni idea de en qué estará pensando él. Espero que ande dándole vueltas a que Sextans ha dado en el clavo y el plan de Dareon corre peligro. Lo digo porque alguno de los dos debe preocuparse de lo verdaderamente apremiante, y yo no voy a ser esa. A mí se me ha revuelto el vino en el estómago y estoy empezando a sudar por todo lo que he tenido que escuchar delante de Vikram.

Verde de celos. Está claro que, cuanto más intentas huir de lo que sientes, antes te atrapa. Y tenía que venir un conde feérico windhalmés a decírmelo. No cualquier conde, por cierto, sino el puñetero hijo del virrey Alricaus.

Los dos pares de pasos se van alejando pasillo arriba. Respiro hasta que el eco de sus pisadas se extingue, y entonces recojo los brazos contra el pecho y aguanto el aliento, como si así pudiera hacerme invisible y no tener que dar explicaciones.

—Tenemos que ir a informar a Dareon —comento antes de que Vikram tome la palabra—. Es muy peligroso que el heredero de Windhalm esté haciendo sus averiguaciones...

Me convierto en una estatua cuando noto sus dedos en la curva del cuello y el hombro. Cierro los ojos de forma involuntaria y me abrazo más, pero no me aparto, aunque tampoco podría si quisiera. El vino debe de estar a punto de evaporarse en mi estómago, porque todo mi cuerpo entra en ebullición con el roce.

«He detectado un vínculo diferente entre los dos. Uno mucho más intenso», ha dicho Sextans. ¿Qué sabrá él, joder? Me da igual que sea una criatura celeste con un talento sobrenatural para captar el color de las auras. Soy yo la que tiene la última palabra sobre lo que siento.

—Te he dicho que no quiero que me acerques tus manos sucias —espeto, con todo el vello de punta—. No me apetece oler a zorrilla feérica.

«Incluso si me las lavase, seguirían estando manchadas de sangre», apunta muy sabiamente. Su voz trae a mi cabeza la imagen de un diente de león, tan delicado como la forma en que proyecta las palabras en mi mente. «Pero los dos sabemos muy bien que eso no te importa».

—¡Por supuesto que me importa! —Le arreo un codazo en el costado, pero la que se hace daño soy yo.

Maldita piel revestida en acero.

No sé cómo, pero me las arreglo para darme la vuelta y fulminarlo con la mirada en la oscuridad. Incluso entre las sombras, sus ojos destacan con ese fulgor tan llamativo de piedra preciosa. Él espera con suficiencia a que argumente mi negativa, como si supiera de antemano que podría desmontar mi réplica de inmediato.

No se me ocurre nada que decir. Nada nuevo, al menos. Nada distinto de «me das miedo. Me aterras. Eres un asesino. No sé cómo es posible que no esté llorando de pánico aquí, a solas, contigo, cuando solía correr hasta mi apartamento si veía que un desconocido, en medio de la noche, tomaba la misma dirección que yo. Te odio porque eres como yo, pero totalmente distinto y fascinante a la vez».

¿Y qué hay de fascinante en un mercenario? No soy como Cora.

Cora adora a los genocidas. Yo prefiero a la gente inofensiva.

«¿De veras crees que te haría daño?». Sus ojos irradian la energía de una reliquia milenaria mágica. «¿De veras crees que hago daño por placer?».

Trago saliva.

—¿Qué es lo que haces por placer, si no? No recuerdo haber escrito nada de eso. —Aparto la mirada, avergonzada por siquiera estar planteándome conocerlo a fondo—. Además de liarte con prostitutas, lo que espero que sepas que es denigrante, abusivo, y... En la Tierra hay un debate abierto sobre la prostitución y yo soy abolicionista total.

«Eso no lo hago por placer. Lo hago por rabia y aburrimiento».

—¿Entonces? ¿Dónde encuentras placer tú?

Mi voz suena entrecortada. Ha rozado mi barbilla con la punta de los dedos, y ahora sigue la línea de mi mandíbula con una mezcla de curiosidad y deslumbramiento que ralentiza sus pestañeos. Es como si de repente se hubiera sumido en un sueño.

«Me hace gracia cómo te pones cuando bebes, por ejemplo».

—Eso no es muy halagador. No haces más que perder puntos, Vikram. Y estamos hablando de placer, no de lo que nos divierte.

«Lamentablemente solo puedo encontrar placer en mis pensamientos».

Esboza una media sonrisa enigmática. Sus dedos descienden por mi pecho y paran justo en el punto en forma de corazón del escote.

«Sabrás que los *japheth* estamos vetados de la vida social. No podemos asistir a bailes en calidad de invitado, ni acercarnos demasiado a la nobleza, ni mucho menos somos el objeto de la pasión de nadie. Se nos define como el extracto marginal de cualquier lugar al que vayamos, incluso en nuestra tierra. En Shapoor no les queda otro remedio que mirarnos como dioses porque allí la gente vive en la pobreza, e incluso ser un asesino a sueldo supone una mejora, pero del mismo modo nos temen y huyen de nosotros. Ya deberías saber que, si queremos interactuar con mujeres, tiene que ser pagando».

No sé si compadecerlo o gritarle que sigue siendo un putero. Me cuesta muchísimo recordar que en este mundo las reglas no son como

en la Tierra. Aquí las hadas son tan coquetas y promiscuas que la prostitución es un trabajo escogido por gusto con valor institucional. Trae honor a la casa y, además, perciben un sueldo escandaloso.

—Algo habían mencionado Alia y Louan —murmuro.

«Somos repulsivos. Es uno de los precios que hay que pagar para ser indestructible por fuera, supongo: tener prohibida cualquier satisfacción interna. Pero no te interesaba mi historia, ¿no?». Y levanta las cejas con un ademán divertido que no comparto en absoluto.

Me siento como una puta mierda, porque lo entiendo. Yo era repulsiva para Roberto, y si me remonto a un pasado no muy lejano, también para cada uno de mis intereses románticos. Supongo que por eso me aferré a mi marido como si me fuera la vida en ello. Estaba segura de que no iba a encontrar a otro pirado dispuesto a desperdiciar su vida conmigo.

—Pues si te sirve de consuelo —exclamo, envalentonada—, tienes a tus pies a todas las mujeres de la Tierra que han leído sobre ti.

Él enarca la ceja irónica.

«¿Cómo?».

—Lo que oyes. Están obsesionadas contigo. Iba a escribir tu novela por eso mismo, porque todo el mundo andaba revolucionado por el misterioso y atractivo Vikram. Cora, mi correctora...

«Eso rima».

—Lo sé, ¿no es genial? *Cora La Correctora*: suena a serie de libros para menores de cinco años. —Suelto una risa que se convierte en una hiperventilación nerviosa cuando él medio sonríe—. Lo que te decía es que eres muy deseado. Eres lo que toda mujer soñaría para sí. Físicamente hablando, claro, no es que las humanas se mueran por un mercenario. Pero están locas por ti.

«¿Y tú no formas parte del grupo?».

La sonrisa se resquebraja en mis labios como resultado de la histeria.

Tenía que preguntarlo, ¿verdad? Tenía que soltar la bomba incómoda para desquiciar mis nervios.

—Claro que no. Yo solo te lo decía porque me has dado pena. Y

porque me has hecho sentir culpable.

«¿Ya está? ¿Solo te hago sentir culpable?».

La cabeza me da vueltas. Esa debe de ser la razón por la que apoyo las manos en su amplio pecho y echo en él todo mi peso. Vikram acaricia el contorno de mi pecho izquierdo con la mano. Con la otra, tira de mi barbilla y roza mis labios con una delicadeza que me desconcierta. Entreabro la boca y, con la mente en blanco, me acerco a él.

«Verde de celos», ha dicho Sextans.

¿De qué color sería mi aura ahora?

Qué importa.

Recorro sus hombros con dos manos torpes y temblorosas que no saben qué quieren palpar primero. No sé qué estoy haciendo. Es tan grande que a su lado solo puedes sentirte amenazada o protegida, y es sorprendente que en mi caso se mezclen las dos sensaciones. Tres, si añades la lujuriosa curiosidad que siento por lo que es. Lo que quiera que sea *de verdad*, no lo que representa o aparenta. Quién es en realidad Vikram, no en lo que yo le he convertido.

Mis dedos se pierden en los relieves de las escamas del jerkin, en la fina tela de la camisa que le arropa el cuello. Tiro con suavidad de la fina argolla que cuelga de la gruesa gargantilla de acero para acercarlo un poco más a mí. Me estremezco al encontrar similitudes con la correa que un amo sadomasoquista pondría a su sumisa.

¿Por qué llevaría algo así? ¿Es porque se supone que es el perro de Dareon?

—También me cabreas muchísimo —reconozco, por decir algo.

«Algo de lo que me siento orgulloso».

—Serás cabrón —mascullo, sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué?

«Porque eres tierna y frágil como un potrillo con todo el mundo excepto conmigo, y eso me eleva a una categoría privilegiada; porque te da el valor para enfrentarme como nadie más se ha atrevido jamás..., y porque cuando te irritas, te ruborizas, y te sienta bien el rojo».

Mis mejillas reaccionan a su respuesta encendiéndose como luces de feria.

Con miedo a lo que pueda encontrarme, levanto la cabeza y lo miro. Él me observa con fijeza, afincado a mis caderas con seguridad, como si le hubieran dicho «coge lo que necesites, que nos vamos». La experiencia sensorial es parecida a calentarse las manos en la chimenea. Mis palmas despiden un calor muy agradable cuando las retiro. Cuando intento hacerlo, al menos, porque él no me deja. Vuelve a pegárselas al pecho con cierta impaciencia, igual que si fueran los electrodos que necesita para mantenerse conectado a la vida.

—Para tener tan baja autoestima como yo, pareces convencido de que esta noche vas a tener suerte con las pibitas dos veces. —Intento gruñirle, pero me sale una voz débil.

«Los dos sabemos que me estaba tirando un farol, como tú misma has dicho».

—¿Qué quieres decir? —El corazón me bombea a toda velocidad—. ¿No te la has tirado?

«Por supuesto que sí», replica, inclinándose sobre mí. «Pero contigo en el pensamiento. Eso no es tener suerte dos veces... Aunque con una sola me conformo».

Ladea la cabeza y me besa. Esta vez *de verdad*.

El frío relieve del arete hace un contraste delirante con el candente contacto de sus mullidos labios. Me sorprende que, haciéndolo todo con desgana o fiereza, no bese también de esa manera; es como si estuviera entre los brazos de otra persona, y eso me encoge el corazón de forma inexplicable.

Ahueco su rostro con mis manos y me estiro todo lo que puedo, ajena a quiénes somos y dónde estamos, sin memoria para recordar nuestra historia. Presiento que en este momento no está siendo él, y yo nunca quiero ser yo misma, así que lo abrazo con todas mis fuerzas y me entrego al bombardeo de sensaciones. Él entreabre los labios con inusitada timidez y roza mi lengua con la suya. Mi cuerpo se trenza como si me hubiera lanzado una descarga, pero respondo enseguida empujándolo y ladeando la cabeza para acoplarme a la forma de su boca. Es tan alto que me empieza a doler el cuello, tan grande y sospechosamente familiar que es como si me arropara una

personificación tangible del hogar. En un instante es hermoso e intenso, pero la impaciencia nos va ganando y las barreras de una represión de la que no había sido consciente ceden al envite de sus labios.

Hay algo adictivo en su sabor cítrico. Me impulso como puedo para ahondar, para llegar más lejos, y él me lo concede entregándose al instinto de besarme con una de esas pasiones de alto voltaje que podrían reducir a cenizas el mundo entero. El mío y el suyo. Y los dos, mientras, en medio, un lío de brazos y jadeos entrecortados, yo con las mejillas arañadas por la barba incipiente, y él ansioso por atravesar la pared conmigo. Me presiona y me acorrala. Me agarra. Arruga mi vestido. Me clava las uñas en el cuero cabelludo. Es fácil intuir en sus dedos crispados que se muere por acariciarme, pero se contiene. Y yo, en el fondo, aunque dejo que me despeine, aunque su deseo me arrebata y conmueve hasta la última fibra sensible, también intento ser cauta, porque una luz se enciende en medio del momento borroso y me advierte: *peligro*.

Nuestros labios producen un sonido de queja cuando me aparto de golpe.

Vikram tiene una mano apoyada en la pared y la cabeza descolgada hacia delante. Hace tanto ruido al respirar que por un instante parece que se ahoga.

Toqueteo la pared a mi espalda con cara de espanto.

¿En serio me acabo de liar con un tío que hace un rato se lo montaba con otra? ¿Por qué? ¿Porque me ha dado pena que las hadas pasen de él? ¿Porque me ha dicho que soy guapa? ¿Qué tan bajo puedo caer para dejarme seducir por un mercenario que, de diez cosas que ha dicho, once han sido horripilantes?

Los ojos se me llenan de lágrimas.

Ridícula. Arrastrada. Humillada. Me ha descrito a la perfección. Soy capaz de llegar a donde un hombre quiera si a cambio me entrega solo una pizca de las toneladas de amor propio que necesito, incluso si ese hombre es un monstruo.

Vikram levanta la cabeza y me ayuda a salir del armario —o lo que quiera que fuera esto— trazando el dibujo del picaporte sobre la

pared. Me da miedo mirarlo por si caigo otra vez.

Él también me evita, pero por motivos distintos.

«Será mejor que te largues si esos van a ser tus pensamientos».

Una punzada de culpabilidad me atraviesa.

Cierro los ojos un segundo, dolida, y salgo a trompicones antes de cambiar de opinión y retirar todo lo que he dicho.

Todo lo que *no he dicho*, más bien.

22

—¿**A** dónde decías que vamos?

Dareon encaja la espada curva en la respectiva vaina y me mira de reojo con una sonrisilla juguetona. Lleva su traje celeste de viaje, cómodo pero elegante. La clase de atuendo que se pondría para una misión diplomática.

Yo también voy cómoda, aunque no elegante. Mallas y camiseta de propaganda, la parejita feliz de un domingo por la tarde.

—A casa.

Lo miro a su vez con aire cansino.

—¿A tu casa, o a la mía? —*No esperaba hacerle esa pregunta en este contexto, la verdad*—. Porque no tenemos ni eso en común, Dare.

—Te dije que teníamos que viajar a Turlough para consultar al Oráculo. Aunque quizá se te haya pasado. Cuando te lo comenté, estabas tan perjudicada que no me extraña que no te enterases del todo —agrega en tono burlón.

Se nota que está de buen humor: cuando las hadas se levantan con el pie derecho, las acompaña un halo de luz brillante como la aureola de un ángel. Con ese cutis resplandeciente (y sin cremas de ochenta y cinco euros), ¿quién no querría ser un hada?

—Claro que me enteré de todo —bufo, incapaz de mosquearme por la pullita. Para entretenerme con algo y no sentirme un monigote en medio de su dormitorio, me acerco y le ajusto el broche de la capa, que estaba torcido—. Solo lo preguntaba por si voy vestida apropiadamente para la misión, alteza.

Dareon me mira con fingida exasperación.

—Yo no soy nadie para aprobar tus modelitos. Te lo he dicho varias veces, Didi. Pero me gusta la ropa terrestre —aporta, evaluándome con una mirada—. Parece muy cómoda.

—Lo es. —Hago una pausa—. Oye, sobre lo de ayer... —Él levanta la barbilla para escucharme—. Solo para que lo sepas, no bebo tanto. Si has estado un rato en la Tierra, sabrás que yo soy abstemia en comparación con la tendencia nacional española que hay de ponerse hasta el culo entre cañas y rebujito. Recuérdame que cuando acabe

todo esto te presente a mi hermana Elsa. Ella sí que tiene un poco borroso el límite entre lo que es pasarlo bien y lo que es pasar la noche en coma.

Dareon termina de ajustarse el fajín y se revisa en el espejo sin especial interés.

—Para tenerle tanto cariño a tu familia, hablas de sus problemas con ligereza.

—Ya he llorado lo mío, créeme.

Se lo piensa un poco antes de decir:

—Cuéntame algo de tu hermana. —Ladea la cabeza sobre el hombro para que lo vea guiñar un ojo—. Seguro que me ayudará a conocerte mejor. No es justo que me pase el día hablando de mí y tú no me reveles tus secretos.

Me cuesta mantener a raya una sonrisita bobalicona.

—Tengo dos, en realidad. Elsa y Abril. Elsa terminó sus estudios audiovisuales hace poco y anda a la caza y captura de proyectos cinematográficos. Quiere dedicarse al cine. Sueña con adaptar sus libros favoritos a guiones. Abril todavía sigue frustrada con el doctorado de Microbiología, Genética y Virología. Es un coco. La he visto empollarse alrededor de cien páginas, palabra por palabra, en apenas unas horas.

»Tengo que darte las gracias por haberme devuelto a la vida social trayéndome el móvil, por cierto —añado—. Ahora estoy en contacto con ellas.

Dareon se gira hacia mí con el ceño fruncido.

—No les habrás dicho una sola palabra de dónde estás, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! Mis hermanas son las únicas personas en este mundo que me aprecian, no me arriesgaría a echar por tierra ese amor haciéndoles creer que estoy mal de la chaveta. ¿Quién se creería esto, además? —Me río nerviosa—. Lo que les he dicho es que ando de viaje en la costa italiana y que he conocido a un hombre. Solo para que me dejen tranquila. No he tenido mucha suerte con eso, porque Elsa no para de pedir que le mande una foto. ¿Por qué no nos hacemos una, a ver si así se calla? —propongo.

Dareon menea la cabeza.

—No creo que eso fuera buena idea. —Se señala los bordes de las orejas puntiagudas.

—Puedes cubrírtelas con el pelo. Estoy segura de que fliparían al verte.

—Es mejor no mezclar unas cosas con otras —repite, esta vez más despacio y con suavidad—. Pongámonos en marcha.

Dareon sale del dormitorio con una marcha enérgica, dejándome sola y tentadoramente cerca de la cama de matrimonio y el misterioso cajón. Ni se me pasa por la cabeza cotillear entre sus cosas; ahora mismo tengo en la cabeza otros asuntos.

Su contundencia a la hora de aclarar que no puedo abrir la boca aviva en mí el doloroso presentimiento de que volveré a casa y seré, de nuevo, la incomprendida. Me imagino abriendo la puerta de mi apartamento, encontrándome a Elsa, a Abril y a Mariola esperando en el salón y viéndome obligada a sentarlas en el sofá para contarles un viaje que no he hecho. Para inventarme los rasgos de un hombre que, en realidad, ni es un hombre.

Me quedo con la mirada fija en la puerta por la que ha salido, desinflada como un globo aerostático de dibujos animados al aterrizar en tierra firme.

Mis hermanas no son estúpidas. Sabrán que algo ha cambiado. Sabrán que no les estoy contando algo, y se sentirán decepcionadas si descubren que me guardo detalles para mí misma.

—Diana —me llama Dareon desde la puerta.

Me recompongo como puedo, aunque sintiendo la espinita del secretismo clavada en el corazón, y fuerzo una sonrisa. Esta sonrisa se resquebraja un tanto cuando, al salir, tropiezo con la ceja inquisitiva de Vikram, que me mira como si supiera ya que algo me atormenta.

«No te metas hoy en mi cabeza», le ordeno en silencio.

«Descuida; no tengo el menor interés. Siempre que lo hago, salgo escaldado».

Lo dice por mis desacertados pensamientos de ayer. No le culpo. Si yo fuera una cotilla consumada y me metiese en la cabeza de alguien, también me jodería descubrir que está pensando lo peor de mí.

«¿Es que no puedes apagar tu mente? ¿No puedes no meterte en la

mía?».

«Me temo que tu mente es demasiado entretenida para no pasarme el día ahí».

Arrugo la nariz.

«Pues entonces no te quejes de lo que descubres».

—Con suerte, Edel estará allí —me dice Dareon. Apunta al final del pasillo con el mentón y le hace un gesto a Vikram para que lo siga. Tardo un rato en procesarlo.

Mierda. ¿Viene con nosotros?

«El otro día no parecías tener problemas para recordarme el encomiable menester del guardaespaldas, pero entiendo que te decepcione que os jorobe el viajecito romántico».

Lo fulmino con la mirada.

«¿Qué te he dicho?», le espeto, haciendo referencia a mi orden inicial.

«No lo sé. ¿Qué has dicho? No me suena que hayas abierto la boca».

Ahora se hace el tonto.

«Para ser un mercenario, a veces te comportas como un crío».

«Estoy orgulloso de mi personalidad multifacética».

«No estarás orgulloso de despertar mi ira».

«¿Tu qué?».

Ni siquiera me mira al pensar en eso. Tampoco sonríe ni un poquito.

«Esa emoción que te ayudó a descubrir que el rojo me favorece», le espeto.

Él no parece avergonzado porque haya sacado el tema a colación. Espera a que pase por delante de él para fijar la mirada en mis mallas claras.

«El gris también te sienta de maravilla».

Mierda. Ha ganado la discusión.

Otra vez.

¿Cómo no lo iba a hacer? Me está costando un huevo y parte de otro mirarlo a la cara —o a cualquier parte del cuerpo— sin pensar: «La madre que me parió, este tío y yo nos lo montamos de lo lindo en

un armario invisible».

En lo que tardamos en atravesar el palacio, me da tiempo a autoconvencerme de que lo soñé, porque él no da la menor muestra de haber compartido ningún momento altamente sexual conmigo.

Oh, por favor, ¿cómo puede actuar con esa tranquilidad habiéndome besado como me besó hace tan solo unas horas? ¿Cómo habrá pasado la noche? Y, del uno al diez, ¿qué importancia habrá tenido para él? Imagino que más bien poca. Después de haber retozado con una —o varias, quién sabe— sílfide de múltiples talentos amatorios y con una flexibilidad de contorsionista circense, el tonto besito de una sudorosa y despeluznada mortal y, para colmo, medio borracha, le habrá parecido irrisorio. Algo así como un aperitivo de avión no apto para alérgicos a los frutos secos y muy probablemente caducado, frente al festín de cinco platos de un banquete real.

Si hay que etiquetarse, yo soy el snack de vuelo *low-cost*.

Vikram, que vuelve a caminar por delante, aminora la marcha para mirarme por encima del hombro. No dice nada; solo me echa uno de esos vistazos de padre decepcionado que parecen decir «lo que uno tiene que oír».

«¿Me estás escuchando?», le pregunto sin más.

Tarda un buen rato en contestar. No lo hace hasta que hemos salido de palacio, cuando Dareon se detiene un momento con los guardias de entrada para darles instrucciones.

«No deberías pensar tan alto», retumba en mi cabeza. «Ni ser tan obvia».

«Desde que descubrí esto de la conexión mental, me cuesta pensar de otro modo». Me apresuro a añadir: «No hace falta que contestes a nada de lo que he pensado. En el fondo no quiero saberlo».

«Vale».

¿Cómo que «vale»? Su resignación me sienta como una patada en el estómago, incluso sin acabar de deducir del todo qué es lo que significará. ¿Le parece bien que no hablemos al respecto porque es tímido y medio aprensivo con estos temas?

Venga, hombre, por Dios, que casi se revuelca con un trío de putillas con alas delante de media nobleza feérica, ¿qué tímido, ni qué

hostias? A este lo que le pasa es que se avergüenza de mí.

Vikram suspira en voz alta y niega con la cabeza. Me lo quedo mirando con fijeza, a la espera que piense algo o por lo menos me eche una mirada fácil de descifrar. Él permanece donde está, con la espalda apoyada en la pared, jugueteando con el broche que cierra su chaqueta.

«¿No tienes nada que decir?», exijo saber.

Ladea la cabeza hacia mí con un aire saturnino que me saca de quicio.

Tampoco contesta.

¿Tanto le ofendieron mis pensamientos? ¿O es que beso como el culo? Debe de ser eso. Pues que dé gracias que no pasamos a la siguiente base, porque si a un humano le parecía una muñeca sin extremidades en la cama, delante de un ser inmortal que puede con tres a la vez haría el ridículo más estrepitoso.

Vikram bufa sonoramente.

Yo pongo los brazos en jarras y lo miro procurando que se note que estoy hasta el moño de sus ruiditos.

—¿Vas a decir en qué estás pensando, o no? —le suelto.

«Creo que prefiero seguir observando cómo te torturas. Eres incluso peor que yo».

Entorno los párpados.

—¿En qué sentido?

Él se encoge de hombros y se impulsa desde la pared para seguir a Dareon. Y ahí se acaba lo que podría haber sido un intercambio adulto de impresiones.

Muy bien. ¿Le da igual? ¡Pues a mí me da igual el doble!

Para su información, yo sí he pasado la noche abrazada a la almohada, sollozando como una estúpida, porque no me podía creer que se me hubiera ocurrido casi envolver con las piernas a un asesino consagrado cuando aún no hace ni un mes desde que me divorcié. No tengo nada en contra de las fieles seguidoras del «un clavo saca otro clavo», y siendo mi hermana mediana una mujer para la que se debe inventar el término siguiente a «sexualmente activa» —que sería «hipersexualmente hiperactiva», imagino—, ni se me ocurriría

despotricar sobre aquellas que, tras una decepción amorosa, deciden magrear al primer maromo que se les pone por delante.

Pero yo no soy así. No sé quién soy, a decir verdad. Me siento vulnerable, débil. El día que Roberto se largó le dije adiós a la Diana cabal y responsable para traer de vuelta a la adolescente inestable que nunca fui, porque maduré antes de tiempo.

¿A quién le entra en la cabeza que esté viviendo mis verdaderos quince a los treinta y uno?

Tropiezo con las raíces salientes de uno de los árboles que empezamos a sortear. La mano de Dareon está ahí para socorrerme y devolver la verticalidad a mi cuerpo tembloroso.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta, algo preocupado—. Pareces alterada.

No quiero darle la razón a las mentes simples que dicen que, si estás de mala hostia, deprimida o quieres bombones de chocolate a granel es porque se acerca el Caballero Rojo, pero intuyo que me va a bajar a la regla muy pronto.

—Cambios en mi cuerpo humano. Estoy hormonal perdida y solo hago gilipolleces. Lo siento si no estoy a la altura de la expedición.

—Tienes derecho a no estar a la altura de nada. Todavía me extraña que tuvieras la valentía de aceptar lo que te propuse —replica con suavidad—. En Turlough puedes comportarte como quieras. Allí nadie se atreverá a juzgarte o toserte si vienes conmigo.

El «si vienes conmigo» es importante. Si entrara yo sola, me escupirían y me apedrearían en la plaza del pueblo.

—¿No vas a decirles que soy la Creadora?

—Puede que lo perciban, y si lo hacen, no podré negarlo. Pero en principio mantendremos el secreto. Las sacerdotisas que sirven al Oráculo son de fiar, y las hadas de Trentia son mi familia y están de mi parte. Aun así, con una guerra acechando... —Sacude la cabeza—. No puedo dar ni un paso en falso.

Yo sí. Por eso estoy a punto de caerme otra vez por culpa de una rama que tampoco he visto. Dareon demuestra estar muy fino y me coge por la cintura antes de que me la pegue.

—¿Quieres que Vikram te lleve? —propone al borde de la risa—.

Me ofrecería yo, pero no soy el mutante que aguanta doscientos kilos de peso sin despeinarse.

—Oye, no sé cómo de gorda me ves, pero doscientos kilos no peso ni de coña. —Dareon se ríe—. Y no, no necesito que nadie me lleve. Voy a demostrarte que tengo dos piernas perfectamente funcionales.

Nunca he tenido unas piernas funcionales. Para simular dos columnas dóricas en radio y en peso, presentan severas dificultades para mantener el equilibrio. Pero una vez empiezo a fijarme en el camino, la estabilización es cosa hecha. No solo no hago el pardillo de nuevo, sino que tengo la oportunidad de apreciar detalles sutiles que yo misma solía describir con minuciosidad en mis escritos.

Confieso que las descripciones no eran mi parte preferida, pero cuando se trata de hablar de un mundo distinto, uno que no has visto, es un fantástico ejercicio de desconexión. Me perdía precisando cómo la brisa mecía los brotes de florecillas y tréboles de seis hojas como si fueran las gradas atestadas durante un partido de fútbol al hacer la ola; entre las raíces que asoman en la superficie viven muchas de las *pixies*, que son precisamente las que, con mucha frecuencia, se entretienen empujándolas de un lado a otro para hacer tropezar a los curiosos que se adentran en sus dominios.

El bosque de Turlough no es peligroso solo porque las minúsculas hadas traviesas sepan cómo hacerte sufrir un percance, sino porque las ciénagas cambian de sentido, el agua corre por un lado y, en cuanto te despistas, puede aparecer en otra forma por otro recorrido distinto. Las ramas de los árboles se pueden retirar con reverencia si el intruso vuelve a casa, como por suerte es el caso —incluso la naturaleza se rinde ante Dareon, trazándole el camino secreto al Oráculo a través de huellas de gigante invisible plasmadas sobre el barro seco—; sin embargo, si alguien que no es bienvenido se atreve a entrar, se encontrará con un laberinto de arenas movedizas, vientos furiosos y sonidos escalofriantes que, en el mejor de los casos, hace que el susodicho huya despavorido.

En el peor, el bosque lo abduce y no vuelve a saberse nada de él.

Las hadas de Turlough saben cómo proteger su ecosistema, y deben hacerlo, porque ahí se concentra gran parte del poder mágico.

El bosque está dividido en dos facciones, ambas igual de anheladas tanto por los apasionados de la magia como por aquellos sedientos de poder: Trentia y el Oráculo. En la primera se encuentran las hadas emparentadas con los Vygantas, las hechiceras organizadas que promueven la magia respetable, esas a las que nos referimos cuando hablamos de las hadas de Turlough. No conviene provocarlas porque su conexión con la tierra las hace prácticamente madres de las catástrofes naturales. Son las únicas de la Confederación que viven en completa libertad y no participan en la política a no ser que afecte a sus intereses.

No hace falta ni mencionar lo que Kadesh podría conseguir si dispusiera de sus dones, o lo que habría sido de la Confederación si hubieran formado parte del conflicto armado de hace ya una década.

En el Oráculo se concentra el poder sobre lo Intangible. Se respeta el tiempo, y digo «se respeta» porque ni ellos mismos lo poseen o dominan, solo pueden venerarlo y, a través de esa admiración repleta de ofrendas y sacrificios, se les conceden visiones. Laertes, personificación del Oráculo, habla del futuro porque es lo que las hadas carcomidas por la incertidumbre desean saber: no les preocupa el pasado ya vivido ni el a veces infravalorado presente.

—Oye... Anoche, cuando fui a dar una vuelta por el palacio, coincidí con el conde de Sextans. Dio la casualidad de que estaba charlando con un elfo de Jasir —comento, sin apartar la vista de dónde pongo los pies.

Dareon ladea la cabeza hacia mí. Mientras yo tropiezo con todo y Vikram tiene que ir apartando con movimientos furiosos las ramas que tratan de atacarlo para que retroceda, él se mueve entre las formas del bosque como si fuera terreno liso y recto. La naturaleza le da la bienvenida.

—¿Y? —me anima a seguir.

—Sospecha de ti... y de mí —resumo—. No cree que sea tu amante y está convencido de que andas moviendo fichas a su espalda.

Dareon arquea una ceja. Una sonrisa confabuladora se abre paso en sus labios.

—Qué curioso. Vikram me comentó algo parecido anoche. ¿Estabais

juntos cuando pegasteis oreja a la conversación ajena?

Trago saliva, avergonzada. Busco en el elegante perfil de Dareon algún principio de molestia, pero parece divertido.

Solo eso.

Bueno, ¿y qué esperaba? ¿Que se pusiera celoso? ¿Que me echara la bronca por pasearme con su guardaespaldas? Lo más probable es que no tenga ni idea de lo que pasa entre nosotros.

¿«Lo que pasa entre nosotros»? Ni que pasara algo.

«Porque eres una cobarde», aclara Vikram en mi pensamiento.

No me giro, avergonzada porque me haya escuchado.

«Claro, será por eso y no porque podrías separarme el tronco de las piernas con una caricia».

«Reitero lo dicho: eres una cobarde. El sexo duro nunca ha matado a nadie».

No me puedo creer que esté hablando de esto a espaldas de Dareon... teniéndolo al lado al mismo tiempo.

—Agradezco que dedicarais vuestro tiempo de ocio a investigar. Deberíais haberlo dedicado a bailar o relacionaros —comenta con simpatía, en voz alta para que Vikram también participe en la conversación—. Supongo que siempre está bien saber quién se mete en mis asuntos más de lo que le corresponde. Ese inútil de Ruvnen es más listo de lo que le conviene. Por suerte, ya te dije que tengo cubierta cualquier posible rebelión o soplo por parte de Windhalm.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que tienes? Ya debe ser importante si ni siquiera te preocupas.

Dareon me mira entre afectuoso y exasperado.

—Llevo años planeando esto. Está todo pensado al milímetro para que no haya la más remota posibilidad de que algún aliado me dé la espalda. Si Windhalm amenaza con traicionarme ante Kadesh, sacaré mi as bajo la manga. Tengo algo que quieren. Algo que necesitan, mejor dicho.

—¿De qué se trata? —insisto, intrigada.

Dareon intercambia una mirada con Vikram, como si necesitara su aprobación para seguir hablando.

Estos dos tienen una conexión que aún no alcanzo a comprender.

Puede que estén interactuando mentalmente, pero nunca me ha dado esa impresión. Estoy casi segura de que se comunican solo mirándose.

—Es cierto que Ruvnen, aunque ahora sea conde, pronto estará al frente del virreinato —me explica con tiento—. Y se supone que eso lo convertirá en la criatura más poderosa o por lo menos importante de Windhalm. Pero hay alguien por encima de él. Alguien a quien necesita para obtener legitimidad de cara a la política. Yo tengo el control absoluto sobre ese alguien.

—Suena muy turbio —murmuro—. ¿Quién puede haber por encima del virrey, aparte de Kadesh?

—Los elegidos de Roshanara, a los que se conoce como los príncipes y princesas del agua —concreta, alzando la vista hacia el cielo. Sonríe cuando una de las *pixies* que revolotean sobre nuestras cabezas pasa zumbando por su oído, contándole un secreto—. La corona de Windhalm se sostiene gracias a la magia y a la protección de Roshanara, la isla que hace sombra al reino bajo las aguas. Lo malo es que, como ya sabrás, Trevelyan, durante la guerra, se dedicó a deshacerse de todas las dinastías y linajes que con un poco de esfuerzo y de magia podrían hacerlos desaparecer. Los elegidos de Roshanara son los únicos que pueden coronar a los reyes en el este, y Trevelyan no iba a permitir que nadie se pusiera por encima de ellos..., así que borraron a todos los elegidos de Roshanara del mapa para poner a Windhalm a sus pies. A todos... menos a uno.

—Joder. También eran sangrientos los putos trevelyanos.

—No te lo puedes ni imaginar. La guerra sacó lo peor de todos nosotros. —Suspira—. El caso es que si al susodicho le sucediera cualquier cosa, el virreinato de Windhalm moriría con Alricaus y la magia de las islas sumergidas se extinguiría como si nunca hubiera existido. Por muy buenas relaciones que Windhalm tenga con Kadesh, ninguna criatura del oeste puede legitimar a un rey de los estados acuáticos. Y a ese viejo putero le aquejan todos los males de la edad. Lleva dos milenios reinando. Acabará abdicando y entregándose al último amanecer para que Sextans herede, y para ese momento, necesitará al elegido.

—¿Y dónde está ese elegido? —Dareon me mira como diciendo

«adivínalo»—. Exiliado en la Tierra.

—Ajá.

—Y como te toquen mucho las narices, no les vas a decir dónde está.

—Algo así —responde, ambiguo—. Es un tema complicado de explicar. Tal vez te lo cuente con detalle más adelante, cuando el bosque no nos esté escuchando.

Levanto la cabeza hacia las flamantes copas de los árboles, mecidas por la brisa. El silbido del viento parece entonar una nana. No es ninguna exageración que el bosque tenga oídos: también tiene ojos, y lo que es más importante... presentimientos.

Por fin llegamos al Oráculo, un templo abovedado y franqueado en su planta circular por columnas monumentales. El edificio se camufla entre la naturaleza gracias a los ramajes que envuelven la piedra gris, y así crean una celosía de colores que muda a otras tonalidades dependiendo de los juegos de la brisa. Al remover las hojas, estas despiden los mismos brillos de piedras preciosas, parecidos a los del mar cuando el sol se pone en el horizonte.

Cuando nos detenemos a la entrada del claro del Oráculo, una incomprensible sensación de familiaridad me calienta el estómago. Involuntariamente me llevo una mano al pecho, sin dejar de admirarlo todo con la fascinación que despierta. Podría decir que es un lugar de cuento, pero mi cuerpo entiende que es mucho más que su belleza; que se encuentra en un espacio sagrado al que se debe acceder sin zapatos y con plena disposición a dejar fluir las energías de la tierra.

No sabría explicar a qué se debe, si es por la inaudita sensibilidad de estos últimos días o a que no soy inmune al encanto de un ambiente solemne, pero siento el alma liviana y los ojos se me empañan al empezar a caminar hacia el Oráculo.

—Espera. —Dareon me agarra de la muñeca—. Tengo que ir yo delante. A los forasteros y no-mágicos podría pasaros cualquier... —Desvía los ojos a mis pies y al camino que no han hecho todavía, pero que la tierra ha marcado abriendo un pequeño sendero de flores de jazmín a mi medida. Una ligera brisa se enreda en mis tobillos y me hace cosquillas al envolverme hasta los hombros.

Se me escapa una carcajada risueña.

Dareon levanta las cejas, pasmado. Me suelta y da un paso atrás, asintiendo. Ese es mi permiso para avanzar.

Lo lógico habría sido vacilar. No se me ocurriría desdeñar ni insultar el suelo sacro que piso, ni negar la presencia divina que flota en el aire. Pero mi cuerpo parece desesperado por avanzar, y antes de que pueda decidir cómo, mis pies hacen el camino hasta el primer escalón del edificio.

Durante el paseo, entro en una especie de trance que libera la carga sobre mis hombros, el dolor muscular de aquella noche que pasé encogida en la misma postura. Incluso deshace, si es que eso es posible, el tenso nudo de congoja que se instaló en mi pecho en el despacho del abogado. Al coger aire, los ojos se me cierran y una sonrisa de beatitud se forma en mis labios. Ni siquiera el ciego gracias al vino con sabor a canela puede compararse al estado de absoluta ligereza que me oxigena entera.

Igual que en medio del lago de mi dormitorio, soy libre. Y como cada vez que soy libre, una escena que no protagonizo, pero a la que asisto en calidad de observadora, se abre espacio en mi mente.

Vikram está arrodillado en el suelo. Se disparan todas mis alarmas cuando se lleva la mano a la barbilla, muy despacio, y seca la sangre que mana a borbotones de su labio inferior. También un hilillo escarlata desciende por su arco de Cupido, por ambas sienes; por los laterales del cuello. Está herido, pero no puede sentir dolor. Es uno de los beneficios de su composición de *japheth*.

Vuelve a ponerse de pie. Y entonces mi corazón se detiene de golpe.

Lleva el jubón distintivo de los aranrhodenses: la camisa y chaqueta blancos impolutos, con cierre dorado a medio cuello y disimuladas flores de lys en el estampado. Dicha tela blanca está salpicada de barro y sangre. Sangre de su oponente, un hada demacrada que apenas se sostiene sobre sus frágiles piernas. Lo único que mantiene en pie a su enemigo es la rabia que transmite su casi ceguera. No puedo respirar al ser objeto, aunque indirectamente, de la mirada furiosa de sus ojos transparentes.

Me cuesta reconocerlo. Las regias vestiduras le cuelgan del estómago, y el fajín color índigo no logra disimular que le sobresalen los huesos de las caderas. Está sucio y cansado, suda y caerá en cualquier momento. No hay ni rastro de la elegancia que le caracteriza.

«No voy a hacerte daño», le dice Vikram, a punto de tirar al suelo la espada.

Al coger aire, el hada infla su pecho hundido y sus frágiles hombros se levantan como los de un esqueleto. El renqueante y herido Dareon tuerce la boca con asco al soltar:

—No podrías hacérmelo más ni aunque quisieras... criajo.

La escena se disuelve ante mis ojos justo cuando intento estirar un brazo para llamar la atención.

Como si eso pudiera haberlos separado.

Regreso a los pies del Oráculo con un mareo que casi me tira al suelo. Me llevo las manos a la cabeza, confusa y tan desequilibrada que Dareon, un Dareon sano y hermoso, se tiene que apresurar para sostenerme.

—¿Qué ha pasado? ¿Has visto algo?

Lo miro directamente a los ojos, consciente del horror que refleja mi expresión. Es el mismo que me estremece el alma al repetir para mis adentros el momento de la pelea. *Se estaban peleando.* Vikram y Dareon llevaban a cabo un duelo a muerte. Vikram vestía el jubón de Aranrhod...

Busco la mirada de Vikram, desesperada por una explicación. Él permanece de pie justo en los límites de la entrada al claro del bosque donde se alza el Oráculo. Observa el vaivén de los árboles con recelo, acariciando en una evidente aunque pasiva amenaza la empuñadura de una de sus espadas, como si supiera que alguien podría cernirse sobre él en cualquier momento y quisiera advertirlo de que está preparado.

No me salen las palabras.

Dareon me sacude con suavidad.

—Diana, ¿estás bien?

—Sí —logro articular—. Sí, sí... Solo he... Este sitio es extraño.

Él no me cree, pero me proporciona un instante de tranquilidad regalándome una sonrisa sincera.

—Espero que no digas eso delante de Laertes. Se lo toma todo muy a pecho. Vamos.

Entrelaza los dedos con los míos y tira con cuidado para subir los escalones. Yo miro por encima de mi hombro otra vez.

En esta ocasión, Vikram se percata de mi insistencia y clava en mí sus ojos de topacio.

—Él no puede entrar —aclara Dare, como si me hubiera leído el pensamiento.

—¿Porque es un *japheth*? —adivino, observándolo.

Vikram me observa a su vez. Al principio lo hace con el aire inexpresivo de siempre, quizá inclinándose hacia la irritación. Pronto debe intuir que algo me atormenta, porque pasa a la curiosidad. Y después, al fijarse en mi boca entreabierta, por la que entra y sale un aliento entrecortado, el mismo desasosiego que a mí me paraliza consigue incomodarlo a él.

¿Qué ha significado esto?

—Por supuesto que no. Las leyes de Turlough son mucho más arbitrarias. Sus hadas jamás se dejarían llevar por el racismo de la civilización.

—¿Entonces?

—El bosque no lo reconoce como un aliado —resume, encogiéndose de hombros—. No importa cuántas veces lo haya traído y haya procurado reconciliarlo con la tierra... La naturaleza mágica lo desprecia. Puede tolerar su presencia un rato, pero jamás le permitiría acceder al Gran Oráculo.

Trago saliva.

—La tierra es sabia —susurro, más para mí que para él.

Pero Vikram me escucha, y todo su cuerpo entra en tensión. Sí, la tierra es sabia: lo escribí. Es el mantra de Turlough. La tierra proporciona las pistas que no están al alcance de la mano de las hadas, de las bestias o incluso de las creadoras. Alberga conocimientos que a nosotros se nos escapan.

—La tierra es la sustancia y la esencia —me concede Dareon con

dulzura—, pero no entiende de identidades individuales ni del carácter de las criaturas. No puedes fiarte de ella para determinar el fondo bondadoso o bien la naturaleza perversa de un ser vivo.

—Y si no puedes fiarte de la magia de Turlough, ¿de quién, entonces?

Dareon se pone una mano en el pecho. Me quedo mirando su fuerte muñeca y pienso en los dedos huesudos que sostenían la espada, presas del temblor de un moribundo.

Mi mirada trepa por su cuello hasta coincidir con sus ojos. Me tranquiliza que sigan siendo amarillos y no transparentes y lechosos como los de la inminente ceguera que mostraba mi visión.

—De tu propia experiencia —responde con sabiduría.

23

Que haya visto que Dareon y Vikram pretenden pelearse hasta la muerte en un duelo no significa que vaya a suceder, ¿verdad? He tenido miles de millones —bueno, vale, quizá no tantas— escenas en mente y no he plasmado en el papel todas ellas. Hacía una minuciosa selección y terminaba escribiendo las que me parecía que casaban con el hilo conductor o con el capítulo que había dejado a medias.

Pero eso era en la Tierra. En la Confederación, todo lo que escribí, sucedió. La pregunta es... Lo que no anoté pero no añadí en el libro, ¿pasó también?

Mientras Dareon y yo nos vamos internando en el pasillo de los cristales del Oráculo, intento hacer memoria. Estoy bloqueada. Cuando pestañeo, veo al Dareon esquelético y en el último estadio de su enfermedad. En vano, intento descifrar el significado de la pose y el sereno «no voy a hacerte daño» de Vikram.

Ladeo la cabeza hacia las paredes del estrecho pasillo, recubiertas por los pedazos irregulares de cristales rotos que forman una celosía que envuelve la bóveda desde el zócalo inferior hasta el techo. En el reflejo de los espejos, Dare y yo no somos más que unas manchas de colores sin forma, unas siluetas distorsionadas que me transmiten una imagen rocambolesca de atracción de terror.

Si no fuera por la grandiosa iluminación del sitio, me habría asustado.

—¿Qué es este sitio?

—El corredor de los espejos. Cada cristal representa uno de todos los futuros posibles. Se supone que, dependiendo de si te miras en uno o en otro, te verás de una manera o de otra diferente; presenciarás una vivencia u otra. Lo sabio es ignorarlos. Están aquí para distraer al intruso, para engañarlo.

—Porque solo hay un futuro real —adivino en voz baja.

Dareon asiente, distraído.

—Y nadie sabría cuál es de todos los que ofrecen los espejos.

No puedo dejar de mirarlo. Temo que, si aparto la vista, la imagen que ahora tengo de él se resquebraje y emerja ese aterrador escombro

con ojos de ciego.

¿Debería decírselo? ¿De qué serviría si lo hiciera? ¿Encerraría al Vikram traidor bajo siete llaves para evitar que mi visión se cumpliera?

—No importa el camino que tomemos —prosigue—, porque, aunque puede que el futuro a corto plazo cambie, nuestro verdadero destino permanece inmutable.

—¿Y crees que tu destino es la guerra? —logro articular con la voz temblorosa—. ¿Por eso tienes tan claro que preguntar una sola vez más al Oráculo será suficiente para averiguar si ganarás o perderás?

—La guerra nunca es el destino. Es un camino, y cada batalla, una parada. Por eso tendré que acudir a consultarlo siempre que me sea posible.

—Tengo entendido que Laertes lee el futuro una vez, y a un alto precio.

—A los inmortales —apostilla con una sonrisita—. Al mortal no le importa hablarle del futuro, ya que no estará ahí para verlo y se le considera una pieza irrelevante del gran puzle que es el tiempo. Su información no corre peligro en manos de una criatura que no asistirá a cada amanecer próximo, en definitiva, y yo soy mortal. Por supuesto, claro está, he de cumplir el máximo requisito para que Laertes me hable con franqueza.

—¿Que es...?

—No puedo compartir su visión con nadie.

Me muerdo el labio.

—Pero me dijiste cuándo morirías.

—Te dije lo que pasará cuando muera, pero no sabes qué día es con exactitud.

—¿Y tú sí lo sabes?

—Ajá.

—Muy agudo. La verdad es que prefiero que no me lo confieses —admito, abrazándome los hombros. Dareon se gira para mirarme con una pequeña sonrisa resignada. Nuestros dedos siguen entrelazados y quiero que ahí se queden siempre.

Así lo siento vivo.

—Tranquila. No pondría ese peso en los hombros de nadie. Y tú, con suerte, no estarás aquí para verlo. Ya te habré encomendado la última misión en la Tierra.

—¿Una misión en la Tierra?

—Tendrás que informar a algunos de los exiliados de lo sucedido. Confío en tu talento para narrar acontecimientos y en tu dádiva: harás que mi muerte suene legendaria. —Me guiña un ojo.

Adoro cuando hace eso. En general, los tíos que guiñan el ojo me parecen patéticos. Suelen ser los típicos que se dan un aire de *bon vivant* que no poseen en realidad, y todo para que al final transmitan la impresión de sufrir un tic nervioso. En él, en cambio, es todo naturalidad. Uno de los pocos gestos que no controla para transmitir una imagen regia y que me permiten echar un vistazo al jovencito despreocupado que fue una vez.

—No adelantemos acontecimientos —le ruego con el corazón en un puño.

—Por supuesto que no. Si alguien no va a menospreciar el presente, ese soy yo. —Se detiene ante el portón de entrada a la sala sacrosanta. A través del vidrio azul de la entrada se pueden entrever las siluetas de las sacerdotisas, vestidas de verde oscuro—. ¿Preparada?

Voy a asentir con la cabeza, pero antes me asalta una duda.

—¿Por qué quieres compartir esto conmigo? La palabra de Laertes no es ninguna tontería. Si me has traído, debe de ser por algún motivo.

—No hay ningún motivo. Ningún otro aparte de que me gusta estar a tu lado —responde con suavidad.

La mayoría de las veces es complicado intuir cuánta verdad hay en sus palabras, pero en el Oráculo no se puede mentir, y la franqueza de su mirada podría hacer que el polígrafo se ruborizara de vergüenza.

Le aprieto la mano y le robo un beso en la mejilla. Al separarme, nos quedamos mirándonos con una sonrisa de complicidad.

Este es uno de esos momentos en los que te ves en los ojos de alguien y eres consciente de lo que harías para permanecer ahí para siempre; para tener un lugar eterno en su vida, en su corazón.

—Eres mi príncipe —le recuerdo con voz trémula—. Siempre estaré

a tu lado.

—«Siempre» es una palabra imposible para mí. Para ti no lo creo. Seguramente seas inmortal, Creadora.

—En ese caso, tú también lo serás. Vivirás conmigo en mi memoria.

Dareon sonríe sin enseñar los dientes.

—No se me ocurriría aspirar a más.

Acto seguido, apoya la mano en la puerta de vidrio y la empuja.

Los relucientes suelos de mármol brillante me ciegan por un segundo. Parpadeo un par de veces para acostumbrarme a la iluminación, y justo entonces aparecen ante mis ojos una serie de figuras femeninas.

No es el salón central del Oráculo. Laertes no está presente. En su lugar hay tres sacerdotisas repartidas en distintos puntos de la sala, casi vacía salvo por el altar de ofrendas. Una está sentada en un taburete, con la espalda encorvada sobre un papiro infinito que casi se enreda en sus pies y una pluma dorada en la mano; otra, con el lacio y larguísimo pelo azul ondeando a su espalda, organiza las flores de la ofrenda mientras entona una canción. La más alta e imponente de las tres, una criatura de belleza sobrecogedora con un denso cabello color berenjena, se dirige hacia nuestra posición con auténtico espanto.

Clava en mí sus rasgados ojos violetas. Un segundo está de pie junto al sagrario, a rebosar de ramos y viandas, y al otro se eleva sobre el suelo envuelta en una nube negra que emite rayos y centellas. Levita hacia nosotros con el rostro ensombrecido. Su melena ondula como la cola de una sirena tras de ella, electrizada por los rayos de la tormenta que está a punto de descargar sobre nosotros.

—¡¿Cómo te atreves a traerla a Elyllon?! —brama. Su chillido está cerca de perforarme el tímpano, pero no surte ningún efecto sobre Dareon.

—Yo también me alegro de verte, Leela. Edel me lo ordenó —responde con tranquilidad.

—¡Edel no tiene ninguna clase de jurisdicción sobre los asuntos que conciernen al Oráculo! —aúlla, colérica—. ¡¿Quién te has creído para alterar la cronología e inmiscuirte en un plan estatal de protección?! ¡No eres más que un principito de pacotilla! ¡Debería sacarte el

corazón, pero dudo que eso sirva de disculpa para el Oráculo!

Dareon recibe sus insultos con estoicismo.

—No creo que mi corazón le sirviera para nada.

—¡Tú no sirves para nada! —sigue gritando—. ¡Espero que te haga desaparecer por tu insolencia!

—Oye, ya está bien —intervengo yo, aun sabiendo que probablemente me abofetee por atrevida—. ¿Así es como tratas a tus invitados? Haz el favor de calmarte un poco, chica.

La criatura se gira hacia mí y, para mi gran asombro, se arrodilla y agacha la cabeza de modo que su precioso pelo se desparrama por el suelo.

—Disculpadme, *dysys* —ruega—. No volverá a suceder.

—¿Qué demonios hace ella aquí? —irrumpe una voz masculina.

Un hombre de cabello magnífico aparece volando con serenidad. Tiene las cejas verdosas fruncidas. Estoy a punto de responder una grosería —¿qué les pasa a estos locos? ¿No saben lo que es el respeto? —, pero las palabras se me atascan en la garganta cuando llega a nuestra altura.

No he visto nada parecido a sus ojos. Ni en Dareon. Ni en Vikram. Ni en Elizabeth Taylor. Sus iris brillan como diamantes reflejados en el fondo del agua en un rostro que parece esculpido en alabastro.

No sé cómo me imaginaba a Laertes. Bueno, en realidad no me lo imaginaba de ningún modo puesto que Dareon nunca lo visitó en la línea cronológica que seguía *El Príncipe de Elyllon*, y lo que él no haya vivido queda bastante lejos de mi entendimiento. Pero si debía cuadrar una imagen clara del Oráculo, lo veía como a un viejo que levita y lleva una túnica blanca, una mezcla entre el entrenador de mercenarios de *Kill Bill,* el asiático con el bigote de Dalí, y Yoda.

Desde luego, no lo concebía como el tío más macizorro de la humanidad.

Y de lo que no es la humanidad, pues también.

Laertes apoya los pies en el suelo y, sin contemplaciones, abofetea a Dareon. Lo abofetea a mala leche, con tanta fuerza que consigue lanzarlo al suelo. Y eso no significa que Dare sea un enclenque, sino que la fuerza de Laertes supera las leyes naturales.

—¡¿Qué coño haces?! —espeto, jadeante—. ¿Estás loco?

Me arrodillo para socorrer a Dareon, a quien no parece importarle que le sangre la nariz. Escupe sobre el impoluto suelo y mira al Oráculo a la cara, mucho más que dispuesto a defender sus acciones.

—Solo seguía órdenes.

—Órdenes... Tú solo obedeces las órdenes que dictan tus caprichos. Tu insolencia no conoce límites —le recrimina con una voz que parece surgir del fondo de la tierra—. Debería matarte por arriesgar a los míos sin motivo alguno.

—La *dysis* tenía que volver.

Los ojos de Laertes se tornan negros al fulminarlo con la mirada.

Parece poseído por el demonio.

No creo que me acostumbre nunca a los efectos especiales de este sitio.

—No era el momento. *Nunca* es el momento de traer a la *dysys* a la Confederación. Pero he visto lo que pretendes hacer. —Inspira hondo sin agachar la cabeza, lo que le permite mirar a Dareon desde la superioridad de un dios. Lo que es, en realidad—. Y ahora es, con diferencia, el peor de los momentos. Has intentado aprovecharte de su sabiduría para hacer la guerra, y serás castigado por ello.

—¿Castigado? ¿De qué estáis hablando? ¡Yo acepté venir! —balbuceo, nerviosa. Este tío no se está marcando un farol, de verdad pretende quitarse de en medio a Dareon—. Será mejor que no hagáis nada raro. Hay un *japheth* ahí fuera armado con dos espadas que no dudará en haceros picadillo si os atrevéis a...

Laertes me cierra la boca tomándome de la barbilla. Examina mi rostro con meticulosidad, deteniéndose en cada nimio detalle.

Una mirada como esa podría limpiarte los poros.

Me ruborizo. Sí, me ruborizo porque no soy de piedra, y esta criatura con aspecto samurái tiene *sex appeal* para mí, para ti y para tu tía.

—No sabes quién eres —sentencia con asombro.

Pues claro que no voy a saber quién soy si me miras de esa manera, joder, se me puede olvidar hasta mi nombre.

Soy demasiado sensible al encanto masculino, está claro.

—Y si alguien debe decírselo —interviene una voz femenina—, esa soy yo.

Con el rabillo del ojo, observo que una criatura se ha materializado en medio del salón.

Éramos pocos y parió la abuela.

La belleza de esta tercera es una nueva puñalada trapera. No hay manera de no sentirse acomplejado entre tantas hadas encantadoras. Esta en concreto tiene el cabello ondulado hasta las rodillas, que flota en torno a su menudo y pálido rostro como una nube de oro en polvo.

—¿Cuántas veces te tengo que decir que no puedes entrar en mi templo cuando se te cante? —espeta Laertes, de pronto furioso.

El hada le dirige una mirada que busca trifulca.

—¿Cuál es entonces el trato? ¿Solo puedo entrar en tu templo cuando a ti y a tus huevos azules os apetezca un poco de acción? Me moveré por aquí como y cuando quiera, sobre todo si tenéis a Diana y a mi nieto con vosotros.

¿Su nieto?

Ladeo la cabeza hacia Dareon, que me sonríe como diciendo: «Diana, mi abuela. Mi abuela, Diana».

Entonces sí es verdad que éramos pocos y parió la abuela.

—Didi, querida. —Se para delante de mí y me mira con sus grandes y redondos ojos dorados—. Lamento muchísimo esta inconveniencia.

—¿Cuál de todas? —bufo—. Al que han hostiado a base de bien ha sido a Dareon.

—Eso son daños colaterales. —Desestima mi preocupación con un aspaviento abstracto—. Por unas o por otras, se lo merecía. Me refiero a lo de traerte hasta aquí. *Engañada* —concreta—. No he podido aparecer antes, me temo. Ha habido problemas en la Tierra.

—¿Problemas? —repite Dareon, incorporándose—. ¿Qué clase de problemas?

—De eso hablaremos más adelante. —El hada me sonríe con aprecio—. Me alegra ver que te encuentras mucho mejor. Sabía que el aire de la Confederación te sentaría de maravilla. Aunque cualquier aire te sentaría bien comparado con el asqueroso y contaminado de Granada. —Tuerce el gesto—. Deberíamos sentarnos a charlar.

—Perdona, pero ¿quién coño eres tú?

—Edel.

—¡Ah! La famosa Edel. —Dudo—. Pues... encantada.

—¿Cómo que «encantada»? ¿Es que no me reconoces? —Suspira y sacude la cabeza—. Espera. A ver si así te haces una idea...

Se pasa una mano por la cara muy despacio. Su preciosa y fina fisonomía feérica se transforma en la frágil imagen de la ancianidad. La tersa piel de hada se pliega y sus hermosos ojos amarillos son sustituidos por unos oscuros que yo me conozco muy bien.

La mandíbula se me desencaja por el asombro.

—¿Mariola?

—De todas las apariencias humanas que podrías elegir, ¿fue esa por la que te decantaste? —bufa Laertes, ofendido.

—Así es como se ven las abuelas en la Tierra, tonto del nabo. Y así evitaba que los moscones como tú se me pegaran al trasero —le espeta de vuelta. Al dirigirse de nuevo a mí, su rostro se ilumina y modula el tono—. Creía que Dareon ya te había dicho que vendría a ponerte en situación.

—Sí. Bueno, me dijo... No me dijo que eras su abuela, ni... No me dijo que eras Mariola. Joder, Mariola. —La miro de arriba abajo, en shock—. No es por ponerme de parte del violento ese, pero si tuviera tu cara, no me convertiría en una ancianita de cuento.

Es la primera tontería que se me ocurre decir. Y sí, ya sé que hay miles de millones de cosas que aclarar antes, como, por ejemplo, «¿en serio? ¿Eres un hada? ¿Cómo no lo vi venir después de la que armaste cuando borré el documento de Word?».

Me froto las sienes, de pronto confusa. Una cosa es estar en la Confederación, y otra muy distinta es que se mezclen mis seres queridos terrestres y mi experiencia feérica. Tengo la mente sensible de un ser humano, necesito almacenar en diferentes compartimentos mi esquizofrenia mágica y mi vida real. Mariola debería permanecer en el reservado a la Tierra, no saltar del uno al otro como los piojos.

—Creo que necesito sentarme.

Edel mira a Laertes con superioridad.

—¿Y dices que no era el momento de traerla? —le espeta—. Se ha

desconectado totalmente del lugar al que pertenece. Fíjate en su dificultad para la asimilación y lo lenta que trabaja su mente. Parece una vulgar humana.

—Eh... ¿Hola? —Sacudo la mano—. Estoy aquí.

—Así debía ser. Ha de pasar desapercibida. —Laertes se cruza de brazos—. Si crees que no vas a ser castigada por tu atrevimiento, estás siendo muy ingenua.

Edel sonríe muy divertida.

—¿Y cómo me vas a castigar? La última vez que lo hiciste me lo pasé muy bien, y creo que tú también.

Laertes pasa olímpicamente de sus provocaciones.

—La *dysys* debe permanecer fuera del alcance de las facciones del futuro conflicto, porque no pretenderás que se quede cuando empiece la guerra, y ni mucho menos para poner al servicio de la política su inestimable don... —Solo hay una respuesta a esa no-pregunta: «Por supuesto que no, mi señor. Ahora me dejaré azotar por mis impertinencias». Y si se le ocurre decir algo distinto, que se prepare, porque vienen curvas—. La buscarán por toda la Confederación para matarla.

Pestañeo tan rápido que me mareo.

—¿Cómo que matarme? Soy la Creadora. Se supone que soy importante. No corro peligro. No lo corro, ¿verdad que no? —le pregunto a Dareon—. Tú siempre me has tratado bien.

—¿Cómo que «Creadora»? —repite Laertes, pasmado—. ¿Qué tontería cristiana es esa?

—Dare no tiene ni idea de nada. —Edel-Mariola pone los ojos en blanco y me coge de las manos como siempre hacía para tranquilizarme. El mero contacto con ella me relaja y me irrita a la vez. Creo que me siento traicionada—. Diana... Ha llegado el momento de hablarte de quién eres.

—Ya sé quién soy. Me lo dijo Dare. La *dysis*. D-y-s-i-s —deletreo.

Leela, que se había mantenido al margen por respeto a sus superiores, se permite soltar un bufido poco femenino y fulminar a Dareon con la mirada.

—Este no es más tonto porque no es más grande. No sabe ni hablar

laerio. —Me mira a mí, ahora con tanto respeto que parece que vaya a ponerse a llorar de emoción—. Es *dysys*. D-y-s-y-s. *Dysis* significa creador en laerio, que es la lengua en la que se escriben las visiones, pero...

—*Dysys* significa «vidente» —concluye Laertes, entre orgulloso de mi poder y más irritado de lo humanamente posible con mi estupidez supina—. Eres la última reencarnación de la Madre del Oráculo: la personificación del tiempo.

24

Suelto una carcajada histérica y retrocedo un paso. Que haya unas seis criaturas mágicas observándome a la espera de una reacción a la altura no me ayuda a salir del shock.

—Perdona —balbuceo con voz estrangulada—, pero es físicamente imposible que yo sea madre de alguien. O de algo. Y ni mucho menos de... un tío como un castillo, que es lo que eres tú.

—Dando noticias con el tacto de siempre. Eres un encanto —espeta Edel, mosqueada con Laertes—. ¿Cómo le sueltas la bomba sin más? Será mejor que me encargue yo de esto. Soy quien mejor podría entenderla.

—No vas a volver a llevártela a ninguna parte sin mi consentimiento —brama Laertes. Se gira para mirar a sus sacerdotisas, que atienden a la escena con un brillo especial en los ojos—. Leela, llévate a tus hermanas. Cuantos menos se vean involucrados en esto, mucho mejor. Alguien aquí debe ser responsable, y está claro que ni tú ni tu maldito nieto sabéis mantener la boca cerrada.

—Nadie sabe que la *dysys* está aquí —replica Edel con calma—. Ni siquiera le hablé de la verdadera condición de Diana al propio Dareon, al que le encomendé la misión de traerla. —Me mira con una sonrisita juguetona—. Menuda sorpresota, ¿eh? ¡Te irás a quejar! ¡Un príncipe en tu salón!

—¡Pero es cuestión de tiempo que se difunda! —sigue rugiendo Laertes—. No solo la ha tenido dando vueltas por el palacio de Elyllon y tratando con la nobleza feérica más perceptiva; para colmo la ha traído a Turlough. La tierra se ha estremecido al reconocerla y le ha dado la bienvenida. ¿Cuántos días tenemos antes de que los cazadores y mercenarios que se dedican a medir las frecuencias descubran que la vidente está aquí y salgan en su busca? ¡Hay que devolverla de inmediato a la Tierra!

—Puede que no me esté enterando de mucho, pero me gustaría que no hablarais de mí como si no estuviera presente —intervengo, aún inmóvil.

Edel me pasa un brazo por la cintura y me invita a tomar asiento en

el taburete donde una de las sacerdotisas había estado haciendo su labor de cronista.

«Cazadores y mercenarios», repito.

¿Por qué querrían encontrarme unos matones ambiciosos?

—Porque eres la criatura más poderosa del mundo feérico —responde Edel, como si me hubiera leído el pensamiento. Apostilla, mirando de soslayo a Laertes con resignación—. Bueno, la segunda. Este tío también es bastante respetado. —Al ver que no termino de entenderlo, se pone en cuclillas y me palmea los muslos—. Diana... No te puedes hacer una idea del incalculable valor que posee tu don. Incluso sin controlarlo, puedes ver el pasado, el presente y hasta el futuro si te dejas influenciar por la magia de Turlough. No sorprendería a nadie que, en vísperas de una guerra, y contigo por aquí, los participantes en el conflicto quisieran encontrarte para aprovecharse de tus visiones.

—Gracias a ti descubrirían los emplazamientos secretos del enemigo, sus estrategias, sus planes, sus puntos débiles... —enumera Laertes. Mira de soslayo a Dareon con un desprecio que no le cabe en el cuerpo—, y eso les concedería una ventaja que los conduciría a la victoria.

—La vidente —repite Dareon, que hasta ahora guardaba silencio. La sangre se ha secado bajo la nariz y formado una costra que parece un rubí—. Siempre habrá cazadores furtivos y embajadores moviendo cielo y tierra para encontrarla, pero una de las normas de la guerra es no recurrir a la magia. La vidente queda fuera de toda cuestión si queremos ser justos con el enemigo.

—¿Tan justos como fuisteis la última vez? —Laertes arquea una ceja, irónico a más no poder—. Esas reglas también excluían en el ensañamiento con las víctimas una vez se resolviera el conflicto, y creo recordar que hay todo un ejército de exiliados en la Tierra. Por no mencionar que la destrucción masiva se especifica como algo a evitar en las leyes bélicas. Menos mal que las cenizas de lo que queda de Trevelyan pueden dar fe de ello, porque los trevelyanos masacrados poco iban a contar sobre lo inútiles que son dichas reglas.

—Vosotros, los civilizados, siempre buscaréis una grieta en vuestras

propias leyes para ganar ventaja —continúa Edel. Con «los civilizados» se refiere, como es natural, a los habitantes de la civilización. El término deja fuera a las hadas de Trentia y a todos los habitantes de los bosques, las tribus del desierto de Shapoor y otras criaturas contrarias al sistema. Clava en mí sus alegres ojos color miel—. Y tú les traerías la gloria en tiempos de guerra y en tiempos de paz. Los feéricos respetan y temen al Oráculo y sus tentáculos, pero no tanto como para renunciar a sus beneficios; si pueden agarrarte, lo harán.

—Por eso tienes que devolverla a donde la llevaste la primera vez —zanja Laertes.

—Estás dando por hecho que yo me pondría al servicio de quien me secuestrara —me oigo decir.

—No te quedaría otro remedio si quisieras sobrevivir —replica Laertes, cruzado de brazos. Sigue levitando a un par de palmos del suelo—. La última vidente que fue capturada, todo esto antes de que adoptáramos medidas como la que llevamos a cabo contigo, fue sometida a toda clase de torturas hasta que se rindió.

—¿Cuándo pasó eso? —gimoteo, agobiada.

—Durante la Guerra de los Estados. Los secuaces de Kadesh estuvieron a punto de apagar su luz. Ella misma se sacrificó para no darles ninguna información. Es decir: lo que toda sacerdotisa o Madre del Oráculo ha de hacer si la encuentran. —Me observa con gravedad —. ¿Serías tú capaz de rebanarte el cuello para que no pudieran acceder a tu mente?

Ha tenido la cortesía de preguntarme, pero sabe de antemano cuál es la respuesta igual que yo me la conozco. En su ligero tono irónico percibo que me está llamando cobarde, y aunque me enrabieta, comprendo que no hay otro adjetivo para mí.

—¿Se supone que esa vidente anterior, la que murió... era mi madre?

Laertes niega con la cabeza. Al hacerlo, su denso y lisísimo cabello del color de la ciénaga ondula como en un anuncio de champú.

Ya podría haber heredado el maravilloso pelazo de las sacerdotisas, pero no. Tenía que tocarme el don destructivo y que el mundo entero me amenace de muerte.

—No. El don de la clarividencia no se transmite por vía hereditaria. Es un alma que absorbe y sustituye a otra; una energía independiente que viaja entre los mundos y elige voluntariamente qué cuerpo utiliza como vasija. Cuando la septuagésima *dysys* sacrificó el recipiente en el que vivía, su poder escogió el tuyo para descansar.

—No sería tu madre, en definitiva. Serías ella reencarnada —resume Edel—. La *dysys* siempre es la misma. Solo cambia su forma física.

—No recuerdo nada de otras... vidas.

—Pero recuerdas las visiones que la *dysys* tuvo cuando habitaba otro ser —apunta Edel—. Todo eso que viste anterior a la guerra lo observó La Septuagésima por ti, y permanece grabado en la memoria de su espíritu. Como aún no controlas tu don, no puedes acceder a sus recuerdos, pero ya llegarás a ese punto.

Apoyo las sudorosas palmas de las manos sobre mis muslos, embutidos en las mallas grises. Me están asegurando que mi espíritu reencarnado tiene una importancia divina en el mundo, pero yo me siento más inútil que nunca.

—Diana —me llama Edel con su paciencia maternal. Sus ojos no son los mismos que los de mi Mariola, pero sorprendentemente transmiten la misma familiaridad—. Te conozco y sé que empezarás a pensar que tu vida ha sido una mentira, pero no es así. Tus padres son tus padres. Ambos te concibieron.

—Pero reemplacé el alma de ese bebé, ¿no? Absorbí el de su hija para adueñarme de su cuerpo, ¿verdad? —Edel no sabe qué responderme—. Por eso siempre han sentido que no era su hija. Por eso no nos entendíamos.

—Los humanos no son tan perspicaces como para percatarse de las alteraciones de un alma —replica Laertes, bizqueando.

Aquí tenemos a un racista de tomo y lomo, qué sorpresa. Los humanos no les gustan a los practicantes de magia.

—Yo no he dicho que se dieran cuenta o que lo supieran, pero estoy convencida de que lo sentían. No entendían por qué, pero su niña no era hija suya. Y mis hermanas...

En realidad no lo son, y eso ya lo sabía. Al menos de carne y

sangre. Fueron adoptadas porque, después de mí, mis padres no pudieron volver a concebir a pesar de que lo intentaron. Ahora sospecho que tuvo que ser porque el esfuerzo de traer al mundo a la nueva *dysys* podría alterar o incluso acabar con la capacidad reproductiva de una mujer.

En cualquier caso, Elsa y Abril vinieron después, de la mano y en brazos de una trabajadora social respectivamente.

Elsa tenía nueve años y sus padres habían muerto en un accidente de tráfico. La recuerdo desorientada y silenciosa. Creo que maduré a los dieciséis años porque quise convertirme en la madre prematura de aquella niña perdida que me despertaba cada noche con sus pesadillas. A veces se levantaba asustada, temblando y gimoteando que «echaba de menos». Yo le preguntaba el qué, y ella no sabía lo que responder. Otras, en cambio, abría los ojos y lo medía todo con desconcierto mientras lloraba en silencio. Parecía que no pudiera controlar su llanto por la forma en que las lágrimas rodaban por sus mejillas. Sus ojos no hablaban de pena o de miseria: estaban vacíos y desenfocados, como si se encontrara en medio de un trance sonámbulo. Mi mente soñadora de adolescente solitaria se preguntaba qué era lo que la hacía quedarse así y fantaseaba con que era médium o tenía algún talento oculto.

Abril era un pequeño bebé sietemesino. Vino antes que Elsa, cuando yo tenía diez años. Aprendió a hablar, andar, leer y escribir antes que ninguna niña; tanto, que tuvieron que adelantarla varios cursos. Siendo una cría ya demostraba una inteligencia muy superior incluso a la media de cerebros privilegiados. Nadie se atrevió jamás a ridiculizarla por empollona, porque su capacidad para memorizar y comprender las cosas más complejas solo puede compararse con su agilidad mental a la hora de devolver los reproches o burlas.

Abril es una jodida eminencia. Hasta los profesores van a pedirle consejo.

—Mis hermanas son especiales —murmuro—. ¿Tiene eso algo que ver conmigo?

—Hay mortales especiales, pero no tiene por qué significar que pertenezcan al mundo feérico o que sus dones hayan surgido del

contacto con algún confederado —resuelve Edel—. Tus hermanas siguen siendo tus hermanas, Diana. Sois una familia.

—¡Y tiene que volver con ella! —ladra Laertes—. Os doy tres días. Si no ha regresado a la Tierra en ese período de tiempo, que es el que calculo que tardarán en enterarse de quién es y salir a buscarla, yo mismo me encargaré de devolverla.

«Salir a buscarla», repito para mis adentros.

«Cazadores y mercenarios».

Mercenarios. Hombres o bestias a los que se les paga para que lleven a cabo algún tipo de misión que conlleva violar una regla de convivencia pacífica.

Enseguida pienso en Vikram y en las miradas especulativas que me dirigía al principio. Estaba segura de que formaban parte de su carácter violento, pero pronto decidí que se debían a que no confiaba en mí. Después de aquella conversación, pensé que tendrían que ver con mi título de «Creadora» y con el hecho de que yo era la directa y única causante de que su pasado fuera tan triste, pero ahora cuadra que me observara de esa manera para discernir quién era yo en realidad. No paraba de poner en tela de juicio mi título —ahora veo por qué: la Creadora de las narices no existe— y cuestionar mis saberes. No me costaría creer que él supiera la verdad desde el principio y estuviera haciendo cábalas acerca de cuánto podría ganar si me vendía.

Vikram es el guardaespaldas de Dareon, sí, pero no le rinde pleitesía a nadie y sus lealtades están siempre en el bolsillo del mejor postor.

Me abrazo los hombros, confusa y con un zumbido en los oídos insoportable.

—No me voy a ninguna parte. —Me oigo decir—. Le hice una promesa a Dareon y pienso cumplirla.

Se hace el silencio en la sala.

—Aplaudo tu decisión —dice Edel.

—Tú aplaudes todas las malas decisiones de este mundo y del vecino —le reprocha Laertes.

—Todas no sé, pero la de casarme contigo fue una de ellas —le

ruge.

Pestañeo.

—¿Qué? Mariola, ¿estás casada?

Edel me mira con cansancio.

—Sí, hija, con este cateto de aquí, pero estamos en proceso de separación. Es infumable.

—¿El divorcio, o él?

—Él, ¿o es que no lo has visto?

Si lo miro, infumable no me parece. Más bien me parece inflamable, porque la mujer que lo tocara echaría a arder de pasión.

—Conociendo tu lado temerario, ¿cómo no ibas a estar conforme con traicionar tu derecho a ser neutral en los conflictos para formar parte de una guerra? —se queja Laertes con ironía, frotándose las sienes.

Edel pone los ojos en blanco.

—Ya hemos hablado mil veces de esto. Si quiero colaborar con Elyllon en una futura rebelión, no puedes impedírmelo. Ni tú ni la naturaleza pacífica de mi linaje.

—Tu participación en la batalla sería una causa justificada por la que podría revocarte el honor de servir al Oráculo.

—El honor, dice —se descojona de brazos cruzados—. Llevo milenios sirviéndote y estoy hasta los cuernos. Revócame lo que te dé la gana y deja de molestarme.

—No te conviene romper relaciones conmigo, Edel.

Ella se incorpora al fin, con un suspiro, y encara a Laertes. Los dos son altísimos, pero el Padre del Oráculo u Oráculo a secas le saca media cabeza. Aunque sea porque levita.

—Los dos sabemos que eres incapaz de romper relaciones conmigo —le replica con los párpados entornados—, pero te animo a intentarlo. He sido bastante más útil y fiel a la protección de tus intereses que ninguna de esas tres petardas que tienes engordándote el ego con ramos de flores. Tú sabrás a quién quieres conservar, o a quién te conviene tener de tu parte. Yo, desde luego, sé muy bien qué es lo que voy a hacer: combatir junto a mi familia. Si Diana quiere quedarse y rendir pleitesía a Elyllon, no somos nadie para impedirlo.

—Parece mentira que estés de acuerdo con poner en peligro a la *dysys*, una a la que has protegido y cuidado desde que empezó a usar sus facultades mentales —rezonga Laertes a caballo entre la irritación y el pasmo.

—En la Tierra, su don no sirve para nada. Bueno, sí, escribe unas novelas con la información que te transmitía que te mueres. Se las recomendaría a mis amistades si no estuviera exponiendo deliberadamente el libertinaje de Dareon. —Pone una mano en la cadera—. Además de que no la mandé traer por nada. La *dysys* se debilita fuera de su hogar igual que cualquier otro feérico. ¡Estaba perdiendo su don, por favor! Y te recuerdo que la necesitas inspirada para tus crónicas.

—Un momento, un momento... —balbuceo—. ¿Qué es eso de las crónicas? ¿Y eso de la información transmitida?

—Yo le pasaba cada página de tu libro a las sacerdotisas para que plasmaran el contenido relevante en las memorias de la Confederación. Entre Laertes y tú componéis la cronología del universo —me explica con una sonrisa orgullosa—. Vamos, Diana, anima un poco esa cara. Eres sensacional. No permitas que este tío se lleve todo el mérito y ande por ahí con el ego como un campo de fútbol mientras tú solo te amedrentas en su presencia.

—¿Campo de fútbol? —repite Laertes, perplejo.

—Sabrías lo que es si hubiéramos celebrado nuestro vigésimo siglo de vinculación en la Tierra, pero no te dio la gana de salir de tu templito —le reprocha Edel. Añade por lo bajini—: Para variar.

—Dios santo... Mi libro es la crónica pasada de la Confederación —repito, con un nudo en la garganta—. Ahora entiendo por qué quisiste matarme cuando borré el principio de la segunda parte del libro.

—Por eso no te preocupes. —Airea la mano—. Me colé en tu casa con un señor que formatea ordenadores y conseguí rescatar el documento.

Eso explica que Elsa oyera ruidos raros en mi piso durante mi ausencia.

—¿Un señor? —repite Laertes, con los ojazos entornados—. ¿Qué señor?

—Uno que ojalá me hubiera tirado para restregártelo por la cara ahora mismo —le espeta. Yo intercambio una mirada rápida con Dareon, que observa el intercambio entre los cónyuges con una sonrisita de fascinación. Edel vuelve a mirarme a mí—. Cuando quieras el *pendrive*, me lo dices. Pero ni se te ocurra volver a borrar nada, Diana. Ni una sola palabra. *Ni gestos, ni miradas apasionadas* —canturrea, ya que está, meneando las caderitas al ritmo de Paulina Rubio—. ¡Qué temazo!

—Por las nueve —jadea Laertes, pasmado—. Ha perdido la cabeza.

Las advertencias de Edel suenan a regaño de madre. Y lo es. Pero también va más allá. Si salí viva después de enviar el documento a la papelera, fue porque aún no sabía quién era yo ni el significado real de mi trabajo. Ahora, como se me ocurra hacer algo similar, estaré traicionando a Edel y al Oráculo, y eso no tiene perdón de Dios.

Permanezco sentada en silencio un buen rato. Trato de rebobinar al momento en que he entrado a la sala de ofrendas. Una tal Leela se ha postrado a mis pies, el Padre del Oráculo me ha dicho que soy la vidente y parece que eso significa que mi vida corre peligro, porque los capullos que quieren ver el mundo arder podrían utilizarme para prever los pasos que dan sus rivales. Soy la septuagésima primera reencarnación de un espíritu místico que ha vivido en la Confederación desde... Bueno, siempre. Y mi vecina, una ancianita adorable, es la poderosa hada de la facción de Trentia, abuela de Dareon de Vygantas, esposa del jodido Oráculo, además de un mujerón que no tiene nada que envidiarle a Gisele Bündchen.

No culpo a Laertes por tener debilidades humanas. Edel es guapísima y lo sabe, por eso lleva un *body* dorado con flecos que cubren vagamente sus torneados muslos.

Suelto una carcajada de incredulidad y me cubro la cara con las manos para reírme a gusto.

—Esto es una fumada —gimoteo, emitiendo esos extraños sonidos que oscilan entre la risotada y el sollozo.

—No, querida. Esto es la Confederación —corrige Edel con sabiduría—, y va siendo hora de que espabiles, porque aquí nadie puede permitirse un despiste, y ni mucho menos con la que se nos

viene encima.

25

Tal y como venía prediciendo, me ha bajado la regla. Ha debido ser causa del estrés, porque según la aplicación que me descargué para controlar el ciclo lunar, no tenía programados los retortijones de estómago, la fiebre y el pecho sensible hasta dentro de dos semanas.

Debo admitir que el proceso de selección que el alma de la *dysys* con dos «y» llevara a cabo para poseer mi «recipiente» me intriga. Digo yo que, siendo un ente tan poderoso e inteligente, contaría con algún criterio lógico: dudo que señalara al bebé que acababa de parir mi madre y dijese «este mismo». Debió ver algo en mí. Y espero que no fuese mi hipertiroidismo, las patéticas defensas que le abren la puerta a los virus cada invierno sin excepción o mi tendencia a lloriquear por cualquier cosa, porque si algo de esto le llamó la atención, voy a empezar a pensar que una parte de mí es imbécil.

Esto se lo intenté plantear a Dareon cuando abandonamos el Oráculo.

—No tengo la menor idea —confesó, limpiándose la sangre del guantazo de Laertes. Estaba tan aturdido como yo, con el aditivo del cabreo porque no le hubieran dicho la verdad desde el principio—. Muchos confederados tienen a la *dysys* como una criatura de leyenda. Una especie de rumor no confirmado, como el monstruo del lago Ness.

—Se sabe que el monstruo del lago Ness no existe —repuse.

Dareon me dirige una mirada de «yo sé algo que tú no».

—Bueno.

—Bueno, ¿qué?

Él se encoge de hombros con aire misterioso.

—Que a lo mejor sí existe.

—¿Cómo va a existir un monstruo del tamaño de un dinosaurio en un lago escocés? —le pregunté. Él no me dijo nada. Continuó entretenido con su sangre. Vikram le ha enseñado bien a no tenerle miedo a sus fluidos, porque se la quedó mirando como si así pudiera averiguar de qué grupo era—. Ahora es cuando me dices que lo has cabalgado y has viajado con Nessie a las profundidades del lago.

—No lo he cabalgado, pero le acaricié el morro.

—¿Qué dices? Tú te estás quedando conmigo.

El resto del camino lo hicimos discutiendo sobre otras bestias de mitología y su supuesto contacto con ellas. Vikram venía pisándonos los talones. No hizo ninguna pregunta y tampoco intervino en la conversación.

Esta distracción, por ridícula que pueda parecer a primera vista, fue de agradecer. No quería ni pensar en las consecuencias de todo lo que me habían contado en el Oráculo. Y rehusaba a vincular la imagen de mi adorable y encantadora Mariola con un hada con más *sex appeal* que yo. Pero, sobre todo, estaba tan asustada por cómo amenazarían mi vida si llegaba a descubrirse quién era que necesitaba una buena dosis de banalidades para equilibrar la balanza.

Y aquí sigo, intentando equilibrarla a base de películas de Netflix, música de los ochenta y wasaps a mis hermanas.

ELSA (12:32):
¿Te lo has follado ya?

DIANA (12:38):
No.

ELSA (12:39):
 Volveré en tres horas para ver si hay nuevas noticias.

Las medidas que Dareon ha tomado para protegerme, pues, según él, no tardará en saberse quién soy en realidad —la tierra es sabia, sí, y también es una chivata de lo peor—, consisten en tenerme encerrada en mi habitación hasta nueva orden.

Por el momento me parece genial. No podría haber ido a ninguna otra parte con el dolor de ovarios que manejo, y no se me ocurriría pedirle a Alia un ibuprofeno. Bastante la he escandalizado diciéndole que estoy sangrando entre las piernas.

—No me gusta la sangre —me ha dicho esta mañana con la cara descompuesta.

—No tienes que mirarla a los ojos, Alia, solo traerme algo para ponerme en la ropa interior. Porque no creo que aquí tengáis

tampones ni nada de eso, ¿no?

Naturalmente me ha mirado como si hubiera perdido un tornillo. Por suerte, me trajo unas cuantas toallas de las que se ponen en el borde del bidé y me dio la intimidad que necesitaba para cambiarme.

De eso hacen ya unos minutos en los que he tenido que insistir para que me dejara tranquila.

—¿Seguro que no queréis compañía? —me ha preguntado Alia por vigésima vez.

—No, no quiero compañía. Odio al mundo entero. Por favor, déjame sola.

—Pero estáis enferma —repitió, tan nerviosa que le temblaban las manos.

—No estoy enferma. Esto es un defecto con el que vienen las mujeres mortales de fábrica. —Suspiré, ya exasperada—. No me mires así, Alia, no soy un monstruo.

Tuve que intentarlo un par de veces más hasta que decidió marcharse y dejarme a solas con mi peliculita, mi novela y mi música, los elevados elementos que permiten a una intrusa en un mundo al que no pertenece empaparse de la melancolía que le produce pensar en regresar al suyo.

Aunque técnicamente soy un ente feérico, no una humana, o sea que echo de menos un sitio al que he ido de vacaciones. ¿Tengo el síndrome post-vacacional, pues?

Bah. ¿Por qué es tan importante de dónde procede uno? Más importante es a dónde se dirige. Lo malo es que sobre eso tengo menos idea todavía.

Me hago una bolita y apoyo el portátil sobre su costado para tener una visión más cómoda de los créditos iniciales de *Eduardo Manostijeras*. Cuando aparece el nombre de Winona Ryder, la puerta del dormitorio se abre de un golpe y Vikram entra, sin aliento y con el ceño arrugado.

Me incorporo lo suficiente para censurarlo por su falta de educación, pero pronto asimilo su gesto de preocupación mal disimulado y me temo lo peor.

—¿Qué ha pasado? —tartamudeo al intentar levantarme.

«Eso digo yo», responde. «¿Qué ha pasado?».

Se dirige hacia mí con rapidez y aparta las mantas de golpe para recorrer mi cuerpo con una mirada. No hay ni rastro de lujuria, pero me ruborizo hasta la raíz del pelo. Lo último que me dijo fue, y cito textualmente, «el sexo duro no ha matado a nadie».

—¿Qué haces? Tengo frío. Deja que me cubra...

«Me han dicho que estás sangrando. ¿Dónde está la herida?».

¿Qué?

Mi rubor solo va a peor.

—¡No tengo ninguna herida! ¿Se puede saber por qué han ido a decirte nada a ti?

«Supongo que porque tengo más conocimiento que nadie en este lugar sobre heridas y cómo curarlas».

—Cielo, no creo que puedas curar lo que a mí me pasa —me burlo.

Él me sostiene la mirada desafiante.

«Ponme a prueba».

Carraspeo.

—Si por obra de un milagro consiguieras evitar esta tortura a todas las mujeres del mundo, te pediría que no patentaras el medicamento para distribuirlo entre esas endemoniadas farmacéuticas y en su lugar lo entregaras gratis a...

«No sé de qué estás hablando», me corta. «¿Cuál es el problema? No parece que estés sangrando por ninguna parte».

Mi rubor ya ha cobrado vida propia. Tengo la sensación de que se va a desprender de mí.

—Vikram, déjalo. Estoy bien, ¿de acuerdo? No hay sangre.

«Pero huele a sangre».

Me froto el entrecejo.

¿Cómo le explico yo a este tipo en qué consiste el ciclo menstrual?

—A ver... —Carraspeo. Pretendo seguir hablando, pero Vikram me cubre la frente con la mano y sacude la cabeza.

«Tienes fiebre».

—No es nada. Es lo del sangrado. —Le retiro la mano—. Mira, es que resulta que soy fértil. Y cuando las humanas somos fértiles, sangramos una vez al mes entre las piernas. Es la manera que tiene el

cuerpo de decir: «¡Enhorabuena! ¡Eres apta para parir un bebé!».

Vikram me sostiene la mirada nadando en la absoluta incomprensión.

«¿Vas a tener un bebé?».

—Dios santo, Vikram. —Vuelvo a tenderme sobre la cama y me cubro la cara con una de las almohadas—. No estoy embarazada. Sí, algún día quiero tener un bebé, pero no significa que *ahora* vaya a tenerlo. Sangro porque, si quiero, si me acuesto con alguien, puedo tener un bebé. ¿Entiendes? Si no sangrara, tendría la menopausia, y eso significa que... —Al apartar el almohadón para mirarlo, observo que entiende cada vez menos—. Vale, demasiados términos nuevos y complejos para un feérico. Dejémoslo en que estoy bien. Puedes irte a seguir haciendo tus... cosas de *japheth*.

Vikram echa un ojo al chiringuito que he montado en la cama. Hay unos cuantos envoltorios de Kinder Bueno que encontré en uno de los vaqueros que Dare me trajo de la Tierra, el ordenador, tres novelas románticas que ha rescatado de mi mesilla de noche para que me entretenga, un montón de mantas desordenadas y, en medio de todo eso, yo. Despeluznada, en pijama, con ojos llorosos y las mejillas encendidas por la fiebre.

Pensaba que no se atrevería a hacer la pregunta que brilla en sus ojos, pero me sorprende con un sencillo:

«¿Qué estás haciendo?».

—Ver pelis.

Él arruga el ceño. Es demasiado orgulloso para preguntar qué es eso de «pelis», y ya ha cubierto el cupo de quedar como un bruto ignorante con el tema del sangrado. En lugar de empaparse de conocimiento mundano a través de mí, entra con sigilo en mi cabeza para dejar un aviso.

«Dareon me ha ordenado que esté pendiente de ti. Si necesitas cualquier cosa, estoy en la puerta».

Me dan ganas de decirle que no necesito nada suyo, pero estaría siendo descortés e injusta. Este tipo ha venido corriendo en cuanto se ha enterado de que estoy sangrando, y a juzgar por la cara que traía, no creo que fuese porque quería disfrutar del espectáculo de La

Vidente Convaleciente (eso rima).

Observo, en silencio y con los ojos muy abiertos, que se da la vuelta y atraviesa la habitación para volver a su puesto.

—Oye —lo llamo, sin saber muy bien por qué—. Si alguien viene a matarme... También podría hacerlo entrando por ahí, ¿no? —Y señalo las cortinas que dan al balcón con vistas.

«Hay un grupo de guardias en cada acceso al dormitorio, incluidos los pasadizos».

—¿Hay pasadizos para llegar aquí?

«Sí».

—¿Puedo saber cuáles son?

«No».

—Vale. Si tengo que ir al baño, ¿me escoltarás?

«Sí».

Me está empezando a hacer gracia el juego Aprende Monosílabos Con Vikram.

Solo por entretenerme, pregunto:

—¿Y te quedarás en la puerta mientras hago lo mío?

«Sí».

Me vuelvo a escurrir sobre la almohada y tuerzo la boca en una sonrisilla triunfal. Con el rabillo del ojo, lo veo tirar del picaporte y volver a salir.

Juro que no sé qué es lo que me posee para atreverme a levantar la voz y pedir algo así, si es la soledad, el dolor o que quiero estudiarlo de cerca para encontrar respuestas a mi última y preocupante visión.

Sea como sea, no me muerdo la lengua a tiempo y las palabras salen atropelladamente.

—¿Quieres quedarte?

La mini Diana que vive en mi imaginación se da una fuerte palmada en la frente y empieza a morderse las uñas cuando Vikram se gira. No hay ni rastro de sorpresa o ilusión: su máscara de indolencia permanece intacta.

Estoy preparada para que me mande al carajo.

«Solo unos minutos», decide con aparente indiferencia. «Y por si te desangras».

—No creo que eso vaya a pasar, pero bueno —balbuceo, incómoda por mi propia propuesta.

El corazón se me sube a la garganta cuando él se acerca con una silla y la planta a un lado de la cama.

No sé por qué esperaba que se tendiera a mi lado. Si lo hubiera hecho, me habría dejado muerta. Supongo que es porque cualquiera en su lugar habría aprovechado la situación para arrimarse a una mujer, ya que no es habitual que se les presente la ocasión, pero él mantiene las distancias.

—Pareces un Playmóbil ahí sentado —bufo—. Venga, túmbate a mi vera. Lo de la regla no se pega, puedes estar tranquilo.

«Prefiero quedarme aquí».

Me lo imagino diciendo eso con los morritos de un crío enfurruñado.

—No seas maleducado. Además, no vas a poder ver la película desde ahí.

«¿Qué interés tienes en que me acerque?».

—Pues ninguno. ¿Qué interés voy a tener, ni qué niño muerto? —le espeto, ofendidísima y más roja que un pimiento picante—. Haz lo que te dé la gana. Yo solo lo decía para que estuvieras cómodo.

Le doy la espalda y apoyo el ordenador sobre mis muslos, procurando que él también pueda ver la pantalla.

Enseguida me arrepiento de mi arrebato infantil y cierro los ojos, avergonzada.

Esto de la madurez no es más que un cuento que te venden cuando eres un crío, una meta que te obligan a ponerte para luego morirte de la decepción cuando creces y te das cuenta de que sigues siendo víctima de los mismos impulsos que cuando no podías controlarte. Lo digo porque yo he perdido por completo el control de mí misma. Me veo siendo una llorona, o comportándome con una inmadurez lamentable, o dejando que me afecten tonterías que no deberían, y me condeno para mis adentros.

¿Qué me pasa, maldita sea?

—Siento haberte hablado así —murmuro al cabo de un rato. No me giro—. Es que no se me da bien estar sola y acabo de descubrirlo

ahora, cuando llevo sintiéndome incomprendida toda la vida. Me gustaría... —Trago saliva—. Me gustaría que me acompañaras. No hace falta que hablemos. Solo necesito que alguien esté conmigo. Que cualquiera lo esté.

Estoy preparada para que suelte algo parecido a «¿Por qué no llamas a Dareon para eso?». Pero no lo hace. En su lugar, rodea la cama y, con tal cuidado que da la impresión de que el colchón estuviera minado, se tiende a distancia prudencial de mí.

Intercambio una mirada con él.

No tiene una cara dulce. Sus rasgos trazados con líneas secas impiden que transmita nada agradable o invite a sonreír a quien lo mira. Si a eso le añades los *piercings*, algunas pequeñas cicatrices y las monumentales dimensiones de su cuerpo, cuesta imaginarlo como alguien tierno. Pero en su rostro se enciende a veces una luz; una mortecina y casi imperceptible, de acuerdo, pero yo la intuyo y la describo como un derivado de la sensibilidad. Como un atisbo de bondad muy a resguardo.

—Gracias —mascullo, de nuevo colorada por el arrebato. Pulso la barra espaciadora y los créditos iniciales de *Eduardo Manostijeras* terminan de desfilar.

No había contado con lo incómodo que sería tener a Vikram tumbado al lado. Ha tenido que adoptar una postura que no le obligue a despojarse de sus armas, y no es ni sensual ni tentadora, como tampoco su actitud defensiva —de vez en cuando echa un vistazo feroz a la puerta— o el hecho de que se aleje de mí todo lo que puede.

Pero yo soy consciente de que está ahí.

Sé cómo se siente un beso suyo. Cómo saben sus labios. Incluso cómo me abrazaría si me quisiera. Y resulta que ando bastante necesitada de cariño, una necesidad que se acrecienta cuando estás en esos días del mes y con la sensación de navegar a la deriva.

Porque eso es lo que estoy haciendo. No sé a dónde voy ni tengo un propósito claro. Y aunque tomo mis propias decisiones, siento que, en realidad, ni pincho ni corto en lo que está por llegar.

Con el rabillo del ojo, le observo y me pregunto si alguna vez se

habrá sentido así. Dareon ya sé que no, pues un príncipe siempre tiene obligaciones además de un futuro trazado. Aún estoy decidiendo cómo me sienta intuir que Vikram y yo tenemos más cosas en común.

Él atiende a la película embelesado. Si fuera algo menos introvertido u orgulloso, seguro que me estaría preguntando cómo lo hacen, de dónde han salido, si eso sucede de verdad, si los personajes existieron y todo ese montón de dudas que supongo que tendría alguien que no ha asimilado el concepto del cine.

En su lugar, casi ni pestañea. Se bebe la peli. Y no está nada mal: *Eduardo Manostijeras* es mi preferida, no solo de Tim Burton, sino del mundo entero.

En un momento dado, Vikram cambia de postura. Algo le ha incomodado. Estira el brazo, dudoso, y más por intuición que porque sepa cómo funciona un ordenador, echa para atrás para repetir la escena.

—*Abrázame, Edward* —ruega Winona Ryder a su entonces noviete, Johnny Depp. El pobre Edward arruga levemente sus cejitas y levanta las manos (tijeras) que tiene.

—*No puedo...*

Incluso al decir una obviedad como esa, algo que el espectador ya sabía, su voz suena tan llena de inocencia que algo se revuelve dentro de mí. Me emociona cada vez que lo veo, sobre todo cuando él se dirige a la ventana y Kim le demuestra que sí que puede.

La película acaba un rato después.

—Bueno. —Inspiro hondo antes de girarme hacia Vikram—. ¿Te ha gustado?

«No entiendo por qué tenía tijeras en las manos». Me cuesta descifrar lo que piensa; es como si estuviera pensando para sí y no hablándome, por lo que su mensaje se proyecta velado en mi mente. «Su creador le odiaba más que a mí el mío».

—¿Por qué lo dices? Tú sí puedes abrazar.

«No, no puedo». Me imagino una voz grave diciéndolo con la misma afectación que Johnny Depp, pero en boca de un hombre más temible. «Y tampoco podría decirle que no puedo. El intercambio mental no es posible con un humano sin dones o poderes, por lo que

tengo entendido, y Kim no parecía un hada, aunque es muy guapa».

Me enternece que Winona Ryder le parezca MUY guapa, con el intensificador delante. Vive rodeado de modelos de Victoria's Secret y es la belleza natural de una actriz menuda la que le llama la atención.

Explica que se haya fijado en mí.

—Eran novios en ese entonces, ¿sabes? Se querían de verdad.

«Ella es muy bonita», insiste. «No sé por qué se fijaría en alguien como él».

Me deja un poco en shock que use esa palabra.

Bonita.

Me pregunto cómo habría sonado en sus labios si pudiera hablar.

—¿Alguien como Johnny Depp, dices? Pero si es lo más tierno que hay. Y sin maquillaje ni tijeras está tremendo. ¿Por qué lo dices?

Cierro la boca al intuir que no estaba hablando de la película. Le está dando un enfoque personal al argumento, y no lo culpo ni me sorprende. Lo bonito del cine es que puedes identificarte con las experiencias de otros.

Me relamo los labios cortados.

Debo de tener unas pintas patéticas.

—¿Por qué no puedes hablar? —Se me ocurre decir—. ¿Naciste así?

Por favor, que diga que sí. Que no me diga que le arrancaron la lengua con hierro candente.

«No. Hablé hasta los quince años. Después, el Hacedor nos hizo elegir qué sentido de los que podrían estorbar nuestros propósitos nos arrebataría. Los oídos no. El olfato tampoco. La vista, aún menos».

—¿Cuáles eran las alternativas, entonces?

«Las gónadas o la voz. Un *japheth* no necesita encontrar placer físico para desempeñar sus habilidades, y, de hecho, ser víctima de los impulsos sexuales puede frenarle en la batalla; debilitarlo. Tampoco necesitamos comunicarnos con nadie si no es con el cuerpo, ya que la guerra se hace con las manos. Debíamos entregar una de nuestras dos posibles debilidades».

—¿Qué? Lo del sexo lo entiendo, porque la atracción solo trae problemas, pero ¿en qué demonios afecta la comunicación a perseguir o matar a la gente?

«La comunicación establece vínculos afectivos».

—¿Y los *japheth* podéis sentir afecto? Porque, por cómo lo cuentas, me sorprendería que no os hubieran arrancado también el corazón.

«Para un *japheth* es difícil sentir a secas». Hace una pausa. «No somos indestructibles solo porque sea imposible vencernos en un cuerpo a cuerpo gracias a nuestra destreza física, sino porque si nos alcanza el filo de una espada, no sentimos el impacto ni el dolor que provoca. Nuestra piel está insensibilizada, hecha de cuero y acero. Por eso la mayoría prefiere que le seccionen las gónadas: a fin de cuentas, no iban a poder disfrutar las caricias o el abrazo de una mujer».

Pues yo juraría que disfrutó las mías. Aunque quizá solo lo imaginé.

—¿Y tú por qué elegiste tu voz en lugar de... de lo otro?

«Llevaba tiempo haciendo voto de silencio cuando pasé por manos del Hacedor. No habría supuesto una gran diferencia, y no quería sus sucias manos sobre mi cuerpo. Me constaba que, antes de llevar a cabo la extirpación, se ocupaba de que mis hermanos hubieran disfrutado de su sexualidad una última vez». Hace una pausa. «Incluso si no lo disfrutaban en absoluto».

Por la rabia que oscurece su semblante, no temo haberlo malinterpretado al deducir que no era una práctica consentida. Me dan ganas de arrastrarme hasta él y pasarle los brazos por los hombros, pero me contengo.

—Me sorprende que me estés contando todo esto en lugar de soltarme tu frase preferida: «Ya deberías saberlo, Creadora» —imito la que podría ser su voz.

Él arquea una ceja con un rastro de diversión reflejado en su semblante.

«¿Así crees que sonaría?».

—¿Cómo solías sonar?

Es una pregunta inocente que en principio no escondía ningún interés real, pero al hacerla, me sacude una de esas curiosidades obsesivas.

¿Cómo sonaba? ¿Cómo sonaría su voz ahora si aún hablara?

—¿Así? —Pongo voz en falsete—. ¿O así? —La bajo una octava—.

¿Qué tal de este otro modo? —Vuelvo a subir, imitando al doblador de Kevin Costner—. ¿Esta se parece?

Vikram sonríe sin mostrar su dentadura. Mi corazón demuestra haber estado muy atento al gesto dando un vuelco inesperado.

«La verdad es que no lo recuerdo», admite.

E igual que ha amenazado con volcar, inspirado por su sonrisa relajada, se me para de golpe al comprender la tristeza que encierra su confesión. No se acuerda de algo que lo definía, de una seña distintiva de su identidad. Han seccionado una parte de su cuerpo, pero también le han robado un pedacito del alma.

—Podríamos buscarte una para así imaginarte en mi cabeza hablando cada vez que digas algo. ¿Qué te parece? Podemos buscar en YouTube algunos dobladores de cine, o cantantes, o lectores de audiolibros. —Me incorporo para sentarme y pongo el portátil sobre mis rodillas—. Así, a bote pronto, se me ocurren el doblador de Bruce Willis y el cantante de System Of a Down. Porque son tíos duros, claro. No te imagino hablando como Michael Bublé... —Me fijo en que me está mirando entre confuso y divertido, y carraspeo—. No te estarás enterando de nada. Será mejor que te ponga algunos ejemplos.

Opinión sobre el doblador de Robert de Niro, que le pongo gracias a un clip de *Taxi Driver*: «No me convence». El de Bruce Willis y Tom Cruise tampoco.

—¿Y este? Dobla a Morgan Freeman, que es algo así como el dios de Hollywood.

«Me gusta cómo suena», reconoce.

—Pero no te pega nada. Imaginaría a Morgan Freeman, ¿entiendes? Y no es que tengáis muchas cosas en común. ¿Qué tal la de Eminem?

«¿Quién es ese?».

—Un rapero. Escucha. —Pulso el play de *Not Afraid*.

Vikram frunce el ceño, perturbado. Me dan ganas de echarme a reír. No tiene nada que ver con las orquestas a las que los feéricos están acostumbrados. A decir verdad, no sabría encontrarle equivalente a la música mágica en la Tierra.

«¿Esto es... música allí?».

—Se llama rap. Es solo un género, pero existen muchos más. A mí

no me gusta demasiado, prefiero el flamenco o el pop. Y la música disco de los ochenta. Deja que te ponga algo...

Es como si tuviera delante a mis hermanas con cara de culo diciéndome: «¿Otra vez, Diana? ¿Otra vez vas a meternos tu música preferida por todos los orificios disponibles?». Y yo les diría que sí, y que se jodan, que encima les estoy haciendo el favor de su vida. Pero eso se lo soltaría a ellas, porque son mis hermanas y la confianza da asco. Con Vikram voy con pies de plomo, preocupada por si tuerce la boca o le molesta mi entusiasmo.

No parece que eso vaya a suceder, porque presta mucha atención a la ventana de Spotify y escucha en silencio y con cara de crítico musical cada canción que le pongo.

«Qué extraño. Nunca he escuchado nada parecido».

—Me preocuparía que algún ritmo te sonara familiar. La verdad es que los feéricos nos superáis en muchas cosas, pero no en las artes. No sé cómo habéis sobrevivido sin auriculares y sin cine. Bueno, claro que lo sé: gracias al vino.

Vikram aprovecha que me lío en un monólogo para estirar el brazo y ladear el ordenador en su dirección. Quita lo que estaba sonando y vuelve a poner una canción que, por lo visto, le ha gustado.

Los primeros acordes de *King of Sorrow* aniquilan el silencio.

—Sade es muy buena —comento.

«Tiene una voz especial». Hace una pausa. «¿Cómo lo hacen? Acompasar la voz al ritmo, al sonido... para que parezca una melodía perfecta. Se compenetran todos los elementos para que sea agradable de oír. Aquí la música es... horrible».

—¿No te gusta la música feérica? —Levanto las cejas—. No creas que todos los géneros suenan como Sade. Ya ves que existen Eminem, 50 Cent e IAMX. Podrías tener la voz del cantante de IAMX, ahora que lo pienso... O como el de Nickelback, el Chad que estuvo casado con Avril Lavigne.

Me callo en cuanto asumo que no me está escuchando. Pero no me ofendo. Al contrario. Estoy satisfecha. Le he transmitido mi pasión por la música, porque se dedica a navegar frenéticamente por Spotify, saltando de una canción a otra antes de acabarla, poniendo la misma

desde el principio porque siente que «no la ha disfrutado lo suficiente» o «no le está prestando la atención que requiere», y busca las letras en Internet.

Yo apoyo la cabeza en la almohada y lo observo sin pestañear. Desde mi perspectiva, la línea de su mandíbula parece retintada para marcar todavía más una estructura ósea que es el culmen de la masculinidad.

No digo lo suficiente que es la clase de hombre que, si me cruzara por la calle de noche, me haría huir despavorida. De hecho, aún pienso que, en algunas ocasiones, más me valdría echar a correr cuando se me acerca. Pero en general esto solo habla de lo importante que es conocer a alguien en un contexto determinado. Desde luego, en una plaza deshabitada y vestido de negro, no me simpatizaría mucho. No obstante, si nuestro primer encuentro se hubiera desarrollado como ahora, no me habría parecido aterrador. Más bien tímido, hermético e incluso vergonzoso.

Pero siempre hay un pensamiento desagradable acechando en el fondo de mi mente. Uno que tiene a Rheil presente, porque alguien debe hacerlo si es cierto que se ha borrado de la memoria colectiva tras una muerte injusta; uno que rememora que me ha agarrado del cuello en un par de ocasiones, que ha vivido en carne propia su brutalidad, y uno que se pregunta si la visión del duelo entre Dareon y él se hará realidad.

Por fortuna —o por desgracia, aún no lo sé—, estoy tan cansada y adormilada que esa precaución que me pone en guardia delante de él decide darme una tregua. ¿Por qué no? A fin de cuentas, está aquí para protegerme. Y yo, a veces, más de las que me gustaría, necesito sentirme protegida. De mí más que de ninguna otra amenaza externa.

Con ese pensamiento, cierro los ojos y me quedo dormida. Los monstruos y las preocupaciones me permiten disfrutar de un breve pero tranquilo sueño, uno en el que solo floto, relajada, y me hago preguntas que desearía responder al despertar.

Una sobresale por encima de las demás. ¿Cómo llegó Vikram a manos de Jorghen el Hacedor? ¿Lo secuestraron? ¿Lo vendieron? ¿Cuál de todas las opciones le habría dolido más a un hombre como

él? ¿Sé, acaso, lo que es un hombre como él?

Me despierto de golpe, desorientada y con el corazón latiendo muy deprisa. Me fijo en que ha caído la noche —he debido dormir unas tres o cuatro horas— y Vikram sigue a mi lado, quizá un poco más cerca, con el ordenador sobre el regazo. Lo sé porque mi mejilla reposaba en su cálido antebrazo.

Me separo con una sonrisa tímida.

—Perdón, me he quedado dormida —murmuro. Ha dejado de trastear en el ordenador. Tiene la nuca apoyada en el cabecero de la cama y parece pensativo. Suena una canción de Chavela Vargas que reconozco de inmediato—. Una elección un poco triste, ¿no te parece?

Vikram ladea la cabeza hacia mí y yo me pongo inexplicablemente nerviosa. No tardo en averiguar por qué: tiene una forma de mirar que parece querer prevenirte de lo que va a hacer a continuación, y la única acción que podría emprender con o contra mí, es la de besarme. Siempre que clava en mí sus ojos de fénix, intuyo que está fantaseando con que me acaricia, y eso es estremecedor de un modo no tan negativo como me gustaría.

«Me sorprende que una criatura pueda transmitir tanta tristeza con su voz. O alegría, o enfado... pero sobre todo tristeza. Pensaba que la pena era una de esas emociones que no pueden canalizarse, que están condenadas a apretarte la garganta para siempre».

Pestañeo, perpleja.

No me esperaba una breve disertación, ni mucho menos tan emocional.

—Chavela en concreto es una artista. —Es todo lo que se me ocurre decir.

«Puedo sentir su pena. Y ni siquiera sé qué le ocurre. Es casi un don».

—¿El de saber cantar?

«El de poder transmitirlo todo...».

... *con tu voz.* Supongo que eso es lo que le ha faltado decir.

Algo que él no tiene.

No se me ha ocurrido pensar hasta ahora en lo que debió suponer para él perderla. Siempre he pensado que no es lo mismo nacer sordo

o mudo a que, un buen día, te arranquen uno de tus medios de expresión. No me extrañaría descubrir que se volvió más introvertido cuando perdió el medio principal de comunicación.

Se me pasa por la cabeza preguntarle si le gustaría volver a hablar, pero sería de muy mal gusto y es evidente por su cara de éxtasis al escuchar a Chavela que sueña con tener ese poder. El de reflejar con lo que dice, gracias a *cómo* lo dice, cuáles son sus sentimientos.

Me quitarán de quererte, llorona
pero de olvidarte nunca

Medio sonrío y vuelvo a apoyar la mejilla en su antebrazo, aún adormilada.

—*Negro* —le digo. Él gira la cabeza, interrogante, y yo le guiño un ojo—, *pero cariñoso.*

Al principio no entiende a qué me refiero —a él mismo, «oscuro pero tierno»—, pero al cabo de unos segundos me devuelve el gesto y niega con la cabeza, como dándome por perdida.

«Si hay que identificarse con algún término de la letra, espero que elijas la llorona».

Es la primera vez que no me importa que me digan que soy una llorona. A fin de cuentas, es la verdad.

—Supongo que no me queda otra. Soy una sensiblera de lo peor. —Suspiro—. Pero que conste que preferiría ser como el chile verde: picante pero sabrosa.

El brillo en su mirada se intensifica.

«Puedo dar fe de que eres lo segundo».

Abro la boca y la cierro un par de veces antes de encontrar las palabras adecuadas. Me dan ganas de soltarle un rapapolvo, de espetarle que debería darle vergüenza decirle esas cosas a una mujer cuando está en su peor momento; que es imposible que me vea atractiva, encantadora o «sabrosa» en ningún momento, pero ahora menos que nunca.

En su lugar lanzo un suspiro infinito y abro mi corazón.

—No te entiendo, Vikram. —Bostezo y vuelvo a apoyarme en la

almohada, cansada—. Deberías elegir si odiarme o adorarme. Las dos cosas pueden ser compatibles un tiempo, pero en algún momento hay que elegir.

Ni siquiera sé cómo llego a terminar la oración. Me quedo dormida prácticamente *ipso facto*. Es otro milagro que la voz de Vikram logre infiltrarse en mi cabeza cuando Morfeo ya me ha abrazado.

«La que tiene que elegir eres tú».

26

Sé que estoy teniendo una visión por la sensación de ligereza que libera mi cuerpo. Generalmente me siento pesada, dolorida, y cuando sueño alguna locura sin sentido, abro los ojos con la impresión de que he sido abatida por una tropa de cruzados medievales.

En las visiones, en cambio, soy ingrávida. Y aunque aparezco en un lugar fijo de la escena, puedo flotar hacia donde quiera.

Esta vez no reconozco el paraje al que me guía mi mente. Parece una zona en peligro de erupción volcánica, a juzgar por la roca erosionada y la arenisca rojiza que protagoniza el paisaje arrasado. Quiere sonarme familiar, pero no reconozco ni el desierto descampado que se extiende ante mis ojos, como los vestigios de una tierra maltratada por la guerra y el abandono, ni a los cinco personajes que aparecen. Uno de ellos agarra por el cuello a un adolescente; otro apunta con un arma a una mujer, que esconde entre sus faldas a un chiquillo de siete, tal vez ocho años.

Los que parecen los agresores no visten uniforme, pero detecto una firmeza implacable de guerrero disciplinado en la manera en que agarran a las víctimas. Su paso es decidido. No hablan entre ellos. Tienen la vista clavada al frente. El ensordecedor silencio del crepúsculo en una zona abandonada es solo acallado por los torpes tropiezos de la familia. No es difícil discernir que se trata de una madre y de sus dos hijos, igual que deduzco enseguida que los que la obligan a avanzar no son forajidos. Son soldados. Lo sé porque al detenerse ante un hoyo precariamente excavado y dictar la orden de entrar, intuyo en sus voces desapasionadas el deseo de alguien más.

Reina una atmósfera electrizada.

Hay algo en la forma en que la madre defiende a sus hijos que me eriza el vello de la nuca. Quizá sea porque ya ha luchado suficiente y ha visto que no hay otra salida, pero me impacta su pasividad. Su resignación. La única manera que se le ocurre de rebelarse ante la orden es permanecer inmóvil ante el hoyo, mirándolo con los ojos desenfocados. Los soldados no se toman la molestia de apremiarla: la empujan al fondo y, después, a los dos niños.

Me obligo a trasladar mi mente al borde del agujero. No sé de dónde sale el siguiente pensamiento. No tardaré en darme cuenta de que es el recuerdo de una conversación que los soldados han mantenido: «Es lo bastante profundo para que no corramos el riesgo de que las lluvias desempolven los cadáveres. En cualquier caso, no es como si en Shapoor lloviera a menudo».

Abro la boca para gritar, pero no emito ni un triste suspiro. Doy vueltas, nerviosa, alrededor del hoyo, mirando a esa madre rendida que llora en silencio y abraza a su hijo pequeño. Fulmino a los soldados con la mirada, como si eso sirviera de algo.

Y entonces me embarga un sentimiento que no es mío: una rabia mezclada con confusión y malos augurios que me ha sido transmitida desde otro cuerpo. Busco el origen de esa bomba emocional y localizo al otro niño. Al mayor.

Lleva el cabello azul marino cortado de manera informal y el flequillo mojado sobre los ojos. Con una mirada agresiva intenta convencer a los soldados de que tiembla porque tiene frío, pero en realidad lo sacude el miedo, y eso ellos pueden percibirlo. Alberga la sospecha de que va a morir. Sin embargo, él mismo duda de su sórdida suposición. Si de verdad estuviera a punto de cambiar de forma, ¿no estaría él chillando por su vida o llorando de pánico? ¿No estaría su madre abrazándolo, igual que hacía antes de arroparlo con las sábanas y murmurase un críptico «debes dar gracias, porque has tenido un día más»?

¿Cómo iba él a morir? Era demasiado pequeño. Solo tenía quince años, y los muchachos de quince años aún no sabían nada de la vida como para entender la complejidad de la muerte.

Su padre lo decía muy a menudo. Pero su padre ya no estaba.

Con el corazón hecho añicos, me arrodillo y apoyo las manos sobre la tierra seca del borde del agujero. El pequeño permanece abrazado a su madre, asustado sin saber por qué, pero el mayor va asimilando su destino con lentitud. Lo ve en los ojos de los soldados al alzar la barbilla, dispuesto a afrontar su último minuto con la insolencia de un rebelde.

Sabe que no tendrán piedad.

En la impasibilidad a la que se acoge para permanecer recio ante la muerte, reconozco las facciones más o menos aniñadas de un hombre al que he tenido demasiado cerca.

Vikram.

En sus ojos ambarinos brilla el desconcierto por encima de ninguna otra emoción.

—¿No vas a darle un abrazo a tu otro hijo? —le pregunta uno de los soldados—. A lo mejor te gustaría despedirte de él.

Vikram se estremece de horror. Quiere preguntarle —no, ¡*exigir* que le diga!— por qué tendría que despedirse de él. Su madre nunca ha hecho nada malo. Es un hada no practicante sin dones ocultos ni talentos más allá de entonar las canciones más bellas que pueda captar el oído del mortal. Trabajadora, servicial, generosa. Y ahora, tan callada que da miedo.

¿Es su madre culpable de lo que la acusan?

—Hoy me he levantado generoso —anuncia el que porta el arma mortífera: una lanza con la punta plateada. Da unos golpecitos sobre las rocas con el extremo más cercano al suelo—. Con uno de los dos es suficiente, ¿no crees, Riuc?

El Vikram de quince años se fuerza a abrir un hueco entre las borrosas manchas rojizas que le nublan el pensamiento para guardar el nombre. *Riuc*. Tiene que recordarlo. *Riuc*. Siente que debe memorizarlo. *Riuc*. Es importante.

—Elige —le ordena Riuc a su madre.

Ella sale de su trance pestañeando una vez. Tiene los mismos labios de Vikram, su cabello, pero su fisonomía es más delicada.

—¿Qué? —Se le quiebra la voz, y a mí se me parte el corazón.

—Me has entendido perfectamente. Tres son multitud. Elige uno —repite más despacio. Señala al pequeño hecho un manojo de nervios que no comprende del todo lo que está sucediendo—: O ese... —Dirige su dedo índice a Vikram— o ese. ¿Quién muere?

Sé que elige a Vikram, porque Vikram está vivo. Es una visión pasada que se remonta a sus orígenes en Shapoor. Probablemente me halle en una de las zonas limítrofes entre Aranrhod y el país de los mercenarios, uno de esos bordes en los que la arena arde como el

fuego y por los que obligan a los prisioneros a caminar hasta que se desmayan por el cansancio, por el insoportable dolor o porque sus pies cuarteados no pueden soportar su peso.

La mujer intenta borrar todo rastro de expresión en su rostro, pero nadie en su lugar podría mantenerse impertérrito cuando debe dar una orden de ejecución. Ella junta los labios para reprimir un sollozo. Y yo creía, *esperaba de corazón*, que se entregara, o que abrazara a sus dos hijos, los besara en el pelo y esperase que la lanza pudiera enviarlos a los tres juntos a dondequiera que fuesen los muertos. Pero ella debe tener muy interiorizada su preferencia, o quizá, en el fondo, siempre supo que llegaría ese momento, porque no parece del todo afectada por la elección.

Suelta la mano del pequeño y, para mi horror, se gira hacia Vikram.

—Él —dice con voz queda.

Mi corazón se detiene abruptamente, y sé que el de Vikram también.

Al principio le inunda el desconcierto, igual que si hubiera hablado en otro idioma. Pero aunque no debería saber lo que es la muerte ni lo que es el dolor, ni siquiera tener una leve sospecha, Vikram encaja la verdad como en su cabeza encajan a la vez otras muchas piezas. Las de un puzle que a mí se me escapa por completo.

Jamás he visto una emoción tan intensa y desgarradora en un rostro tan joven. Es como si hubiera envejecido dos décadas de golpe. Y es justo ahí donde se da el terrible fenómeno de su maduración. No hay proceso; es un despertar abrupto y cruel. El dolor de la traición le va marcando las líneas de expresión hasta componer un semblante que guarda un parecido estremecedor con el del Vikram que ahora conozco.

No derrama una sola lágrima, sin embargo. Es increíble cómo el corazón puede fragmentarse y endurecerse a la vez.

—Muy bien. —El soldado parece disfrutar de la escena. Su emoción llega al punto culmen cuando agarra la lanza con propiedad y sonríe de forma escalofriante.

No puedo ni quiero verlo. Esto debe ser una pesadilla, porque Vikram no puede morir. ¿O está ya muerto? ¿Jorghen el Hacedor lo

rescató, inerte, y lo devolvió a la vida con un hechizo de magia negra?

Cierro los ojos. El silbido de la lanza al atravesar el aire parece un suspiro delicado comparado con el sonido que emite al atravesar su cuerpo. La madre chilla hasta desgañitarse con ese punto de horror que ha sabido ocultar hasta ahora.

Cuando abro los ojos, sé qué lo ha desencadenado.

Vikram ha caído sobre sus rodillas. Tiene la vista fija, con los ojos casi fuera de órbita, en el cadáver de su hermano pequeño.

—Ahora tendrás que vivir con tu elección durante los días que te queden —dice el soldado.

Vikram cierra los puños. El aire en torno a sus nudillos se vuelve más denso, y un chisporroteo eléctrico y peligroso asoma entre sus dedos. Riuc apenas se da cuenta. Aún celebra su crueldad. Pero el otro soldado se percata del detalle y, con horror, sacude al compañero.

—¡Te has equivocado! —balbucea, agobiado—. ¡Te has equivocado...!

Vikram ni siquiera es consciente de cómo se condensa el oxígeno alrededor de su silueta. Solo sabe que no morirá ahí. Lo ha decidido, y parece que su cuerpo se ha puesto de acuerdo para satisfacer su deseo.

Lo que pasa a continuación está borroso. Hay una explosión parecida a la de un cometa arrasando la tierra, pero cuando el humo del fuego generado se disipa, su madre está viva y sin un solo rasguño, y el cadáver de su hermano permanece intacto. Los soldados, calcinados y semidesnudos, aparecen a varios metros de distancia.

Muertos.

Vikram no se da cuenta de lo que ha pasado. La confusión y el dolor se alternan en su semblante, pero no asoma en ningún momento la conciencia de lo sucedido. Su madre no se mueve de donde está, aún sujetando a su niño entre los brazos con lágrimas en los ojos.

—Vikram...

Él parece despertar del trance. La mira, pero no la ve.

¿La llamó madre alguna vez? ¿Por qué?

—Vikram, tienes que huir —le ruega entre sollozos.

No sabe a qué se refiere ni por qué lo mira de ese modo. No sabe por qué lo ha mirado siempre de ese modo. Solo sabe que le habría

gustado ir con ella al fin del mundo. Con ella y con Nakem. Pero Nakem ya no está, y su madre dejó de serlo en cuanto él se convirtió en el objetivo.

A pesar de todo, Vikram obedece. De un impulso sobrenatural, sale del hoyo y planta los pies entre las piedrecillas calcinadas, que aún emiten vapores por el incendio a los que él es ajeno, como si su propio cuerpo estuviera hecho de brasas de fuego.

Creía que ahí se acabaría la visión, pero, entonces, Vikram y yo nos miramos. Quiero decir que nuestros ojos colisionan; los míos desde un plano astral, y los suyos desde la realidad de otro tiempo. Todo el vello se me pone de punta al sentir su mirada sobre mí, incluso si sé que no me está viendo. Incluso si sé que esto es pura casualidad.

Él también siente algo diferente, porque se estremece, pero no le intriga lo suficiente para venir hacia mí. Al contrario, gira la cabeza hacia otro lado, y después, desamparado y aterrorizado por su propia fuerza, echa a correr sin saber a dónde lo llevarán los pies.

***

No despierto porque ahí haya acabado la visión. Mi alma apenas ha regresado a mi cuerpo cuando mi presencia sensorial detecta un movimiento extraño. Me fuerzo a abrir los ojos, a intentar reconciliar lo que ha visto mi espíritu con mi presencia física, pero siempre tardo unos segundos en volver a fundirme en un solo ser.

En esos segundos estoy paralizada, pero veo, siento y puedo pensar. Soy consciente de que no podría estirar una pierna si quisiera. Esa parálisis del sueño solía asustarme hasta las lágrimas cuando estaba en la Tierra hasta que me acostumbré, pero ahora sí que tengo motivos para estremecerme, porque hay alguien encima de mí. Alguien sentado a horcajadas, y sostiene con mano firme un puñal que resplandece entre las sombras como una luna menguante en la nocturnidad. Quiero separar los labios y gritar, pero no puedo moverme. En la misma fracción de segundo, un sudor frío me empapa la espalda, se me llenan los ojos de lágrimas y observo que el puñal se dirige a mi corazón.

Voy a morir.

Me acuerdo del Vikram adolescente con el que acabo de soñar: «No moriría allí. Lo había decidido». Pero él, sea quien sea él, puede desafiar a los dioses. Se atreve. Le está permitido. Yo no, yo estoy paralizada, y no me da tiempo a generar un solo pensamiento que me acompañe al otro lado antes de que el asesino arremeta contra mí.

El puñal no llega a rozar mi pecho, sin embargo. Una mano grande y morena, en cuya muñeca tintinean unas pulseras de acero, agarra a tiempo su antebrazo para redirigir la puñalada. La hoja rasga el almohadón sobre el que descansa mi aturdida cabeza y las plumas de faisán empiezan a volar en mi campo de visión.

Como si me hubieran inyectado una sustancia estimulante, vuelvo a ser dueña de mis manos y de mi garganta para incorporarme de golpe y aullar. Pero antes de separar los labios, un puñal grueso, empuñado por la misma y firme mano que me ha salvado corta el cuello del asesino desde atrás. La sangre me salpica en la cara, en el pecho; apenas unas gotas antes de que el cuerpo, inerte, caiga a un lado de la cama y una marea roja se expanda bajo el cadáver.

No me sale la voz. Noto la tibieza del líquido sobre mis mejillas. Pegado a mi pelo. Manchando mi pijama.

Sangre de otra persona. Sangre de otra persona...

Unos brazos me envuelven. La violencia con la que me arrancan de la cama me ayuda a despertar del trance, y regreso con todo lo que tengo: patadas, gritos, mordiscos. El secuestrador me lleva en volandas hasta un rincón de la habitación. No veo nada en la oscuridad, pero parece abrir una puerta después de posar los dedos en la pared que da a un pasadizo demasiado estrecho. Continúo gritando y sacudiéndome hasta que, al respirar, detecto un toque cítrico bajo el acerado olor de la sangre.

Estiro el cuello para intentar ver su rostro. Las antorchas del corredor iluminan y oscurecen su tenso semblante.

—¿Vi... Vikram? —balbuceo.

Él me deja en el suelo con una inusitada delicadeza. No sé dónde estoy. Pierdo el equilibrio en cuanto me suelta y necesito agarrarme a sus brazos de nuevo.

Está manchado de sangre.

Yo estoy manchada de sangre.

Vikram me mira con dureza.

«¿Cómo puedes quedarte quieta cuando van a atacarte? ¿Es que ni siquiera tienes instinto de supervivencia? Maldita seas, mujer».

No puedo hablar. Vikram debe pensar que estoy aprovechándome del momento para irritarlo y me coge por los hombros. Le falta poco para sacudirme.

«Ese bicho quería matarte. ¿Querías que te matara? ¿Por eso no te has movido?».

—No podía —logro articular—. No podía.

«¿Cómo que no podías? ¿Acaso eres estúpida?». Aprieta la mandíbula, pero también me estrecha contra su cuerpo con algo de la familia de la desesperación. «Ya han venido a por ti».

—¿Qué? —jadeo.

«Era un *japheth*. Lo conocía. Llevaba unos días merodeando por aquí y no tardé en interrogarlo para cerciorarme de que sus intenciones eran inocentes. No me transmitió mucha confianza, pero no me está permitido actuar por mi cuenta y menos aún matar a un hermano si no es una amenaza directa o no me lo ordena mi amo». Sacude la cabeza, lleno de impotencia. «Tendría que haberme deshecho de él en cuanto lo vi. Nunca traemos nada bueno».

Me abrazo los hombros. Tengo los bordes del pijama manchados de sangre.

La sangre. Es todo en lo que puedo pensar. Sangre ajena pegada a mi piel como un tatuaje macabro.

—Pero solo hace un día desde que... ¿Quién se lo ha dicho? —tartamudeo con voz temblorosa—. ¿Laertes? ¿Edel? ¿Leela?

«Se tarda en torno a dos días en viajar de Aranrhod a Elyllon. Debieron mandarlo para vigilarte de cerca antes de saber quién eras».

Trago saliva y lo miro a la cara, encogida por el temor.

—¿Y tú también lo sabes?

Él me lanza una mirada compleja.

«Explica muchas cosas».

Una curiosa forma de decir que sí.

—¿Y vas a hacerme daño? —Me atraganto con mis propios sollozos —. Me consta que unos cuantos de la Confederación te pagarían una buena suma si... si me entregaras.

No sé por qué se lo recuerdo. Desde luego, denota que tengo muy poco instinto de supervivencia, justo de lo que me ha acusado. Pero todavía sigo en shock.

Espero su mirada ofendida —o su mirada de «efectivamente, voy a entregarte»— pero ninguna de las dos llega.

«No me importa el dinero», retumba en mi cabeza.

—¿Y qué es lo que te importa? —La voz se me quiebra. Él gira la cabeza de golpe, entre turbado y molesto por mi sensibilidad—. Por favor, dime algo que me deje tranquila. Dime que contigo estoy a salvo. Dime que has matado a un hombre delante de mis narices porque vas a cuidar mis espaldas y no porque te interese tenerme con vida para... hacerte rico a mi costa y poder desmarcarte de la vida de sicario ely.

Me es imposible no romper a llorar antes de terminar mis súplicas, y creo que nunca he llorado de miedo.

Vikram me dedica una de esas miradas envolventes con las que sientes que te están abrazando. Sé que no es la clase de individuo que trata de reconfortar a alguien con un gesto físico, y por eso no le echaría en cara que se quedase patidifuso y solo me mirase sin saber qué hacer. Pero es que no se queda patidifuso. Saca un pañuelo del interior de la chaqueta que se cierra sobre su jerkin y da un paso adelante para limpiar la sangre de mis mejillas, de mi frente, de mi nariz.

Debo dar gracias porque no me haya entrado en la boca.

Trago saliva y me dejo hacer con todo el cuerpo vibrando dolorosamente. El sudor me ha dejado helada, pero su cercanía podría derretir a un iceberg. Interpreto la tribulación que refleja su cautelosa expresión como un signo de empatía, y mis retorcidos músculos se van relajando uno a uno.

¿Es sabio bajar la guardia con él? La calidez de sus ojos de atardecer no puede fingirse, como tampoco la paciencia e incluso cariño que imprime a sus movimientos. Desliza los dedos sobre mis

pómulos como si estuviera hecha de algún material frágil.

En algún punto del proceso, me quedo sin aire en los pulmones.

Cuando termina, aparta el pañuelo de mi vista, como si ya supiera que no soportaría ver el líquido escarlata.

«Es verdad que mi primer instinto es hacer daño. Fui creado para la guerra», confiesa. No hay vergüenza ni tampoco orgullo, solo solemnidad. «Pero en tu caso solo quiero...». Titubea. «Solo quiero hacer daño a quienes intentan llegar a ti».

Trago saliva con dificultad. Quiero asentir, quiero creérmelo, pero me cuesta. Y me cuesta porque, aunque esta vez no lo he visto con total claridad, ha degollado a uno de sus hermanos. Ha matado a alguien. *Ha vuelto a matar a alguien.* Y seguirá haciéndolo con una facilidad pasmosa, por mucho que yo me empeñe en sacar a relucir su lado más tierno.

Es un asesino, me repito. Mata a sangre fría, me recuerdo. A los malos y a los inocentes, a todos a los que Dareon le dé la orden de quitar de en medio.

El rechazo me empuja hacia atrás, y retrocedo temblando. Pero no tardo en detenerme, aturdida, por lo que sugiere otra parte de mí: una comprensiva y temeraria que no conocía. Es un asesino... pero en su contexto es un salvador, o un simple trabajador al servicio de un príncipe, por lo que no es *solo* un asesino.

Aún presa de los espasmos y con el corazón martilleándome en el pecho, hago el amago de acercarme. Él no se mueve. Solo me observa con cautela, quizá paralizado por su propia confesión. Me veo vacilar y estirar los dedos hacia el roto de su chaqueta antes de apoyar despacio la palma sobre su pecho de acero, como si antes quisiera comprobar la temperatura.

Vikram parece concentrado exclusivamente en respirar. Aire dentro, aire fuera. Ese aire que expulsa me revuelve el pelo cuando por fin lo rodeo con los brazos y apoyo la mejilla sobre su corazón. Late tan deprisa que deja en ridículo mi pulso histérico.

Cierro los ojos y contengo un sollozo que estalla de todos modos en mi garganta.

—No sé si quiero estar aquí —murmuro con voz quebrada—. Tengo

miedo.

Siento el peso de su mano sobre la coronilla. Sus dedos se deslizan en una caricia vacilante por la curva de mi cráneo y se enredan al final en mechones de mi pelo suelto.

«Nadie está asustado para siempre».

—¿Lo dices por experiencia? Porque si tú has tenido miedo alguna vez, no creo que haya esperanza para mí —balbuceo sin control sobre mi voz, rodeando su cintura con los brazos.

«No he sido así toda mi vida».

No me da pie a indagar más, y tampoco lo habría hecho. Todavía tengo el corazón atascado en la garganta.

«Tengo que llevarte a un lugar seguro».

Me separo de él e intento no mirar el estado de mi pijama.

—¿Acaso voy a estar segura aquí? —Espero una respuesta sincera que no llega. Sabe que no podría tranquilizarme—. ¿Por qué quería matarme? ¿No se supone que soy más útil viva?

«En líneas generales, sí. Pero hay quienes todavía piensan que matando a una vidente liberarán su espíritu, y este decidirá ocupar el cuerpo más cercano: en este caso, el de su asesino. No funciona así, pero circulan toda clase de leyendas sobre esto. Quienquiera que mandara al *japheth*, no sabía lo que estaba haciendo. Pero salvo por los desinformados, nadie se atreverá a hacerte daño. La mayoría te agasajará e intentará ponerte de su parte. Solo los impacientes y ambiciosos recurrirían a un chantaje... y los que no saben lo que les conviene».

—¿Acaso no les conviene jugar conmigo?

«No. Tienes un poder mental como ningún otro. Si aprendes a usarlo, nadie podrá tocarte».

Laertes no se molestó en informarme sobre este asunto. Ni Edel. Supongo que estaban demasiado ocupados echándose en cara qué es lo que fue mal en su matrimonio.

Por ese lado no los culpo. He estado ahí.

—¿Cómo sabes todo esto? —pregunto en voz baja, abrazada a mis hombros.

«Cuando Jorghen el Hacedor se dio por satisfecho con la

producción en serie de sus adorados mercenarios, se puso a investigar sobre la figura de la *dysys*. Yo aún estaba allí cuando empezó a tramar para crear con sus propias manos una energía como la tuya. Me consta que, en la actualidad, le sigue obsesionando».

Abro la boca para preguntar cómo podría saber eso.

¿Lo visita? ¿Le tendrá aprecio al Hacedor, después de todo?

—¿Y podría? ¿Podría de verdad crear una energía como la mía?

Vikram lo medita antes de hacerme una señal para seguir por otro pasadizo, este bastante más estrecho.

«Podría intentarlo. Y quizá resultara en un ser mágico», concede a regañadientes. «Pero jamás podría compararse contigo».

Estoy a punto de preguntarle si eso es una especie de cumplido. No hace falta que lo diga en voz alta: él lo intuye y, ocultando una sonrisa que podría haberme irritado —vaya momento ha elegido para ponerse simpático—, apunta al fondo del corredor secreto.

«Detrás de ti».

Ni siquiera le pregunto a dónde nos dirigimos. Quizá sea mala idea, pero confío en él. *Debo* confiar en él.

A fin de cuentas, es lo único que tengo.

27

Me han encerrado en la última habitación de una de las torres del ala oeste. Es decir; el ala contraria a la que solía habitar. Y lo de «me han encerrado» no es ninguna exageración. Debo llevar alrededor de una semana y media aquí metida, y digo «debo» porque solo puedo intuirlo gracias a mis dispositivos móviles (que, de todos modos, siguen el horario de la Tierra por alguna extraña razón) y la cantidad de veces que vienen a dejarme un plato de comida.

Aquí no hay vistas a nada, solo al que solía ser el camino real hacia Trevelyan. Como no quedan más que cenizas de la ciudad, el trayecto hasta ella y lo que pueda atisbarse en el horizonte no es ni mucho menos tan atractivo como el lago que supuestamente copia la belleza de la Italia costera.

Estoy segura de que me han mandado aquí para que no me duela que me prohíban incluso asomarme a la ventana. En palabras de los guardias, «corro un alto riesgo de que me alcance un arponero».

Eso de vivir incomunicada no sonó del todo mal el primer día. Estoy suscrita a Netflix entre otras plataformas de pago, tanto de películas como de libros y música. Podría aburrirme viendo series, montándome un karaoke y leyéndome todas las novelas que me apetezca. Pero por extraño que pueda parecer, la situación se vuelve insostenible al segundo día. Y digo que es extraño porque no soy como mi hermana Elsa, una especie de princesa de la calle y culo inquieto que ha desarrollado una rara alergia a estar tranquilita en su puñetera casa. Yo soy de las que, por muy mal que se sienta quedándose en el sofá un viernes por la tarde, no hace ni el amago de preguntarle a alguien si le apetece ir de cañas, de tapas o al cine. Como mucho se lo propone a la típica persona que sabe que le va a decir que no, y si por alguna misteriosa causa acaba accediendo, espera hasta que llegue la hora de la tortura soñando con que decide cancelar el plan.

Sin embargo, hay una notable diferencia entre no querer salir y *no poder* salir. Y por si no fuera suficiente con la ansiedad que me genera saber que, si me muevo, algún guardia me placará y obligará a entrar de nuevo, tengo que vivir con el pánico a que alguien se infiltre y

consiga matarme.

Los primeros días me daba más miedo la muerte. Ahora, justo en este momento, me aterra tanto permanecer aquí durante quién sabe cuánto más tiempo, que no me lo pienso dos veces y pongo un pie fuera. Han debido dar por hecho que obedeceré como un corderito, porque no hay nadie custodiando mi puerta.

O eso o es la hora de comer.

Sea como sea, bendita suerte la mía.

Me deslizo con sigilo por el pasillo. No conozco esta parte del palacio, así que no sé si me dirijo al gran salón, a las mazmorras o al cuarto rojo del dolor de Dareon —que lo tiene—. ¿Qué importa? Ya se empieza a respirar el aire fresco. Lo de vivir en una torre suena bien solo si tienes cincuenta kilómetros de pelo rubio y puedes usarlo para hacer palanca con él en un árbol y gritar libertad mientras vuelas tirolina abajo. Por desgracia, no fui bendecida con unos dorados cabellos mágicos, y en cuanto noto que el pelo me ha crecido un centímetro más de lo necesario, ya estoy pidiendo cita para cortarme las puntas..

«¿A dónde crees que vas?».

Mierda.

Pillada.

Freno en seco y no me muevo ni para girarme. Escucho los pasos de Vikram aproximándose.

—Tengo que ir al baño.

«Dispones de un aseo en tu alcoba».

Doy la vuelta sin molestarme en ocultar el cabreo. Me impacta cruzar miradas con Vikram, el primer ser humano al que veo desde que intentaron acuchillarme.

Joder, me siento Tarzán cuando vio a Jane por primera vez.

—No podéis pretender que orine en el mismo sitio en el que duermo —me quejo en cuanto consigo superar el pequeño shock—. No soy una puñetera estudiante sin presupuesto afincada en un estudio del extrarradio de la ciudad, ¿vale?

El impasible Vikram me coge del brazo.

«No puedes merodear por ahí. Te recuerdo que intentaron matarte».

—No hace falta que me lo recuerdes. No es como el temario escolar de Historia; uno no lo olvida con facilidad, ¿sabes? —No sé cómo, pero consigo clavar los talones en el sitio para evitar que me arrastre. Él me fulmina con una mirada de advertencia—. Vikram, no pienso volver ahí. Estoy harta de estar encerrada.

«El cansancio y la hartura son dos de los beneficios que tiene estar vivo: si te cazan y esta vez consiguen matarte, no tendrás el privilegio de sentirlos».

No ha dicho ninguna barbaridad, pero ya sea porque unos cuantos días de encierro hacen mella en tu cabeza o porque ya estaba desquiciada de antes, me sacudo y lo encaro.

—¡Prefiero estar muerta! ¡No puedes recluirme durante una semana y media y esperar que me lo tome bien! ¡Además, estoy acostumbrada al horario español, y un día aquí son como dos en la Tierra, así que técnicamente llevo ahí un mes!

«Estarás lo que tengas que estar hasta que...»

—¿¡Hasta qué!? No voy a entrar ahí. ¡No voy a entrar ahí!

Debo haberlo noqueado con mis gritos histéricos, porque de otra manera no entendería cómo consigo sacarme su pezuña de hierro de encima y echar a correr por el pasillo.

Correr... He corrido en mi dormitorio. He bailado, he hecho el pino, he saltado en la cama. He hecho de todo para obviar que estaba confinada porque alguien(es) quiere(n) hacerme daño. Pero no era comparable a esta sensación de libertad que me oxigena los músculos al huir de Vikram, al precipitarme corredor abajo y llegar a unas escaleras que ni sé a dónde llevan, ni me importa. La bola de ansiedad que me oprimía el pecho se va disolviendo conforme intuyo que estoy más cerca de la salida, del campo, del aire libre y el olor a naturaleza, el sol y el cielo...

Tengo a Vikram pisándome los talones. No me detengo a preguntar por qué no corre, sino que va despacio adrede para darme ventaja. Es gracias a eso que consigo salir a un coqueto jardincito interior. No llego a estar en medio del bosque, pero ya no hay techo sobre mi cabeza, sino bóveda celeste. Se oye el alegre trino de una bandada de pájaros y se respira la primavera, que es la única estación que existe

en Elyllon.

Qué gozada.

Los ojos se me llenan de lágrimas al abrirme paso en el espacio y apoyar las manos en una baranda que bordea el jardín. Este da al bosque de Turlough, una masa irregular de copas en su mayoría verdes que la brisa mece silenciosamente.

Dios, ya se me había olvidado lo que era estar viva. No me quiero imaginar lo que siente la gente que está entre rejas o los pobres que dependen de una máquina anclada al suelo para seguir respirando.

«¿Suficiente?».

Miro a Vikram por encima del hombro, mosqueada porque haya interrumpido mi momento de paz. Se mantiene a distancia prudencial de mí, como si quisiera darme privacidad en mi abrazo al mundo real.

Justo en el momento en que decido que no voy a permitir que su incómoda presencia me fastidie la reconciliación con el entorno, la ya familiar sensación de ingravidez vuelve a restarle peso a mi cuerpo y mi mente se vacía por completo. Transcurren dos agónicos segundos de incertidumbre hasta que aterrizo en una nueva visión, esta oscura y de encierro.

Estoy en lo que parece una celda, pero también podría ser el cuarto de los locos salvo por el detalle de que no está acolchada. No hace falta que toque la pared llena de moho, el techo carcomido por la humedad o el suelo mojado y sucio para que se me hielen los huesos por el frío. No hay ventanas. Ni una sola. Únicamente un pequeño agujero a unos cuantos metros de altura, una escotilla insuficiente para meter un par de dedos, no se diga ya iluminar la escena, por eso el contenido de la estancia no se descubre ante mí hasta que no se abre la puerta. Entonces, los rayos de sol entran a raudales, cegando momentáneamente al preso: un hombre de tamaño descomunal. Las cadenas que le ciñen las muñecas se arrastran por el suelo y tintinean cuando levanta la mano para cubrirse los ojos. Tiene los labios cortados, tanto que le sangran, y cuando retira el brazo para fulminar con la mirada al visitante, descubro sus pupilas dilatadas y su esclerótica inyectada en sangre.

Solo hay unos ojos como esos en toda la Confederación.

Vikram está desnudo salvo por unos calzones medio raídos, sucios y rotos en las rodillas. Tiene el rostro de un adolescente, pero su cuerpo ya ha mutado respecto del Vikram que conocí en la visión anterior. Cuando el hombre entra, hace un esfuerzo que se intuye hercúleo por levantarse. Para eso debe enrollarse las cadenas en los brazos, que o bien superan el peso que puede soportar o él está demasiado débil, porque casi no consigue aguantarlas.

—Vengo a ver si has cambiado de opinión —dice el hombre, masticando cada palabra.

Me giro hacia él. Su rostro permanece en la penumbra por el contraluz, pero decido que lo odio y me aterra solo por el tono que usa. Tiene una de esas voces con las que parece que esté riendo, similar a la de un arlequín.

El desprecio y la furia dilatan las fosas nasales de Vikram.

—¿Eso es un no? —El tipo ladea la cabeza—. ¿Sabes? Cuando te hago preguntas no me estoy riendo de ti, puedes contestarme usando tus dones mentales. No los he incorporado en mi maravillosa creación para que los desperdicies.

Solo puede ser el Hacedor. *Su* Hacedor.

«Como no te calles, voy a matarte».

Me estremezco. Se nota que es la primera vez que escribe en la mente de alguien. Lo hace titubeando, despacio y con trazos toscos, del modo en que lo haría un niño practicando las vocales con su letra infantil.

El Hacedor suspira como si estuviera harto de oír amenazas baldías. Suelta el pomo de la puerta y avanza hacia Vikram, que vibra y respira igual que un toro a punto de embestir. Aguardo con el aliento contenido a que el Hacedor se detenga en medio del cuartucho, a una distancia prudencial, pero no toma esa medida cautelar. Se sigue acercando. Y cuando estoy segura de que Vikram va a arrancarle la cabeza de una tarascada o usando sus cadenas, me sorprende haciendo justo lo contrario.

Vikram retrocede hasta la esquina contraria, encogido sobre sí mismo.

Ya no sé si tiembla de rabia o de puro miedo.

—Eres un desagradecido, Shad...

Vikram aprieta la mandíbula.

«No me llamo así».

—¿Y cómo te llamas? ¿Vikram? Por lo que tengo entendido, ese tampoco fue el nombre con el que te bautizaron originalmente.

Ese comentario hace palidecer a Vikram, que termina desviando la mirada. El Hacedor aprovecha para acercarse y obligarlo a prestarle atención agarrándolo de la mandíbula y tirando de él.

Parece increíble que un tipejo de metro sesenta, vestido con una túnica de monje tibetano, consiga dirigir los movimientos de un guerrero babilonio como si fuera su muñeco.

—¿Cuántas veces voy a tener que recordarte que te lo he dado todo y es tu obligación compensarme? He invertido mi tiempo y mi oro en hacer de ti una criatura sin igual. Tarde o temprano tendrás que ceder.

«Puedes estar seguro de que será más tarde que temprano».

El Hacedor tuerce la boca. Aún no puedo verle la cara, pero tiene el perfil chato, las orejas normales y corrientes y, según parece, la piel muy pálida.

—No aguantarás mucho más tiempo aquí. Viniste a mí porque querías vivir. ¿Qué sentido tendría pudrirte en esta celda, después de todo?

Vikram lo enfrenta. Creo leer una determinación desgarradora en su semblante.

«No pienso a matar a nadie para ti».

—No los matarás para mí. Los matarás para algún rey, si todo sale bien... —Los ojos del Hacedor admiran con aire calculador, y también orgullo narcisista, las líneas de su rostro moreno. Se humedece los labios—. Aunque no descarto que te usen con otros propósitos mucho menos desagradables para ti. Tus hermanos son bestias, horrísonos engendros, y evolucionarán a algo mucho peor si sobreviven, pero tú... No me atrevería a subestimar tu belleza, ni tampoco la energía anormal que bulle dentro de tu ser. Estoy convencido de que ningún monarca podría resistirse a probarte en un combate más... íntimo.

El Hacedor acerca el rostro de Vikram al suyo, seducido e impresionado por la belleza de su monstruo. No me muevo ni respiro

al presenciar que besa sus labios, y se me escapa un jadeo de sorpresa cuando Vikram le muerde la mejilla, llevándose consigo un trozo de carne.

Retrocedo de forma involuntaria y choco con la helada pared de las cuatro que nos encierran. El Hacedor, lejos de prorrumpir en aullidos y maldiciones, se toca la herida sangrante con parsimonia. Después, se mira los dedos manchados con cierto regocijo, como un padre orgulloso del logro de su hijo.

Cuando ni Vikram ni yo lo esperamos, cierra la mano en un puño y la vuelve a abrir para abofetearlo.

No me quiero ni imaginar qué poder encierran esos nudillos. La fuerza del Hacedor debe ser similar al de Laertes, porque Vikram y las cadenas emiten un ruido espantoso al chocar con el suelo.

—Con tanto hierro encima no supones ningún problema para mí, Shad. Pero quizá cuando te decidas a quitártelo y colabores conmigo podremos organizar algún combate amistoso. —Sus ojos brillan en la oscuridad como los del monstruo de una cueva—. Yo también siento curiosidad por averiguar hasta dónde podrías llegar, sobre todo después de ver lo que hiciste con aquellos guardias.

«No volveré a hacer eso», promete con la barbilla pegada al pecho.

—Muy bien. Eso no me importa. No estás aquí por tus dones de nacimiento, sino por los que yo te he dado. Puedes seguir negándote al adiestramiento. Tengo toda una vida inmortal para esperar a que entres en razón o, en última instancia, pierdas del todo la cabeza. Tu locura me podría ser muy beneficiosa. Todo el mundo sabe que la demencia quiebra los límites de la fuerza.

Vikram levanta la mirada del suelo, donde la había clavado para ocultar la hinchazón de media cara. En ella palpita lo que un rato después será un moratón.

El corazón se me rompe un poco al percibir el brillo de las lágrimas en sus ojos. Sé que es por el dolor. Un golpe en esa zona incita al llanto incluso si eres un experto en autocontrol. Pero aun así me dan ganas de atravesar mi dimensión y consolarlo.

«¿Por qué no me matas?». Se estremece al preguntarlo.

El Hacedor suelta una carcajada escalofriante.

—No he dedicado todo este tiempo a convertirte en mi mejor creación para echarte a perder. Vas a ser mi obra maestra, Shad: mi Frankenstein. Lo serás tan pronto como decidas aferrarte al instinto de supervivencia que te trajo a mí. Intuyo que queda muy poco tiempo para que llegue ese momento. Hasta entonces... —Se dirige a la puerta y agarra el pomo con seguridad— permanecerás recluido.

No me da tiempo a cuestionarme por qué un confederado sabría quién es Frankenstein. Vikram espera a que el Jorghen el Hacedor se dé la vuelta para ponerse en pie entre tropiezos y correr hasta la puerta en una torpe huida que pone de relieve la ingenuidad de su juventud. El desesperado tirón podría haber roto las cadenas de hierro que le pesan en las manos y en los pies, pero ni siquiera en ese caso podría haberse salvado. El Hacedor cierra la puerta justo entonces, y Vikram solo puede golpearla con los puños crispados.

Sacude la cabeza y se repite como un mantra lo mismo que trata de transmitirle a su Creador.

«No me convertiré en un asesino. No me convertiré en un asesino...».

Una nueva risotada del Hacedor llega a él. Se cuela bajo la puerta, provocando que descienda en picado la temperatura del búnker.

—Ya eras un asesino antes de ponerte en mis manos. Deberías darme las gracias por convertirte en la única criatura a la que le perdonarán un pecado como ese. De no ser por mí, estarías pudriéndote en una celda igual que esta, pero sin la menor posibilidad de sobrevivir.

«Diana», me llama Vikram. Pero el Vikram de mi visión no sabe que estoy aquí. Debe ser entonces el real, el actual, el que intenta despertarme.

La escena se disuelve en una especie de tormenta de arena, pero no se lleva consigo ni la ansiedad, ni la confusión, ni la extraña congoja que la empatía ha conseguido instalar en mi cuerpo. Tengo que pestañear y oír mi nombre varias veces antes de volver a mi cuerpo material y enfrentar a Vikram, que me observa con cautela.

«Llevas ya veinte minutos fuera. Creo que es suficiente. Volvamos a la habitación».

A un lado lo prometedor que haya sonado ese «volvamos a la habitación», este tío flipa. Y debe verme con toda la intención de negarme, porque da unos cuantos pasos amenazadores en mi dirección.

Yo retrocedo hacia la baranda. Con el rabillo del ojo confirmo que hay una caída importante, pero que dudo bastante que resulte mortal.

—Como te sigas acercando, me tiro —le prometo, haciendo el amago de levantar una pierna y pasarla por el quitamiedos.

«Creo que eso sería bastante más perjudicial para ti que para mí».

—No puedes encerrarme de nuevo, Vikram. No lo soportaré. Ahí dentro me estaba volviendo loca. He tenido toda clase de pensamientos desagradables y ahora tengo miedo de quedarme a solas con ellos. Por favor... Déjame libre. Por favor. *Por favor.*

Vikram no parece apiadarse de mí.

«Solo serán unos días más. Hasta que sea seguro trasladarte al Oráculo. Laertes cuenta con la protección de todos y cada uno de los estados. Cuando estés con él, no correrás peligro y podrás ir y venir como se te antoje. Pero ahora debes volver a la habitación».

Ha sonado bastante razonable, demasiado para tratarse de él, pero solo de pensar en volver a encerrarme me dan ganas de chillar... Así que eso es justo lo que hago.

—¡Para ti debe ser muy fácil decirlo! ¡Una semana y media confinada no es nada en comparación con lo que t... cualquier preso debe haber sufrido!

Vikram me sostiene la mirada con severidad.

«Al contrario. Sé que cada segundo entre rejas es una condena dolorosa y un simple minuto puede marcar la diferencia entre seguir cuerdo y perder la cabeza».

Las palabras se me atascan en la garganta.

Me sorprende que haya comprensión de su parte hacia mí, y sobre todo en estas circunstancias. Si es verdad que él estuvo encerrado en esas condiciones y es capaz de ponerse en mi lugar y aceptar que mi sufrimiento es igual de válido, puede que tal vez —y solo tal vez— no sea una completa bestia, sino un hombre comprensivo...

Bajo la apariencia de una bestia.

Aunque dudo bastante que los «hombres comprensivos» aprovechen que las humanas bajan la guardia para cogerlas en volandas y echárselas al hombro.

—¿¡Qué haces!? —chillo. Juro que me sube (o más bien me baja, porque me quedo boca abajo con una privilegiada vista de su trasero) hasta la bilis por la garganta—. ¡¡BÁJAME AHORA MISMO!! ¡¡VIKRAM!! ¡¡No seas CABRÓN!!

«Tranquila, no voy a llevarte a tu cuarto».

Detengo un momento mi lluvia de puñetazos y berridos. Me quedo muy quieta, siendo poco consciente de que tengo el culo en pompa y el hombro de Vikram se me clava en el bajo vientre. Me agarro a su chaqueta para no caerme y ladeo la cabeza como si así, entre mis pelos ahora de loca, pudiera verlo.

—¿Y a dónde me vas a llevar?

«Has dicho que no puedes volver a tu habitación, así que te asignaré otra diferente».

La mandíbula se me desencaja. Retomo los pataleos y todos los insultos que conozco, que, siendo de Granada, no son pocos.

—¡¡VIKRAM!! ¡¡POR DIOS QUE TE VOY A MATAR EN CUANTO BAJE!!

«Ya veo que no te cansas de ser una llorona. Lo llevas con orgullo».

—¿Llorona? Joder, cómo te odio, bicho. —Y le pego un puñetazo en el centro de la espalda. Enseguida me arrepiento de haberlo dicho e intento incorporarme como si así pudiera verle la cara, temiendo haber herido sus sentimientos con algo que no es cierto.

Pero él se ríe.

O sea, no se ríe porque es silencioso. No tiene cuerdas vocales, o eso creo. Pero le tiemblan los hombros y hace un ruidito extraño que me hace cosquillas en el estómago.

—¿Te hace mucha gracia mi vida de mierda? Porque la otra noche no parecías muy contento de que alguien quisiera clavarme un puñal en la yugular.

Deja de reírse *ipso facto*, y yo vuelvo a sentirme culpable.

¿Quién soy yo para arrebatarle momentos de hilaridad a este hombre? Sabrá Dios —porque yo no— cuántos lustros habrán de sucederse hasta que vuelva a pasárselo bomba. Que no es que sea mi

deber hacer feliz a un pobre miserable, y menos a costa de mi sufrimiento, pero, joder, si no se ríe con nada y resulta que yo soy su payaso personal, pues no creo que tenga derecho a cortarle el rollo.

—¿A dónde me llevas? —insisto. No quiero tentar a la suerte levantando la cabeza. Conociendo mi pésimo equilibrio, no me sorprendería acabar pegándomela de bruces—. ¿Dónde está Dareon? ¡Exijo verlo!

«Tú no puedes exigir nada».

Frunzo el ceño. Si fuera otra clase de persona no dudaría en reclamar que soy la vidente del Oráculo y que puedo exigir lo que se me meta en las pelotas. Pero, desgraciadamente, no lo soy.

—Quiero ver a Dare, Vikram. ¿Dónde está? ¿Por qué no ha venido a verme? Me prometió que lo haría, y él siempre cumple sus promesas... —Vikram no contesta—. ¿Hola? ¿Hay alguien ahí? ¡Te estoy hablando!

«Dareon está muy ocupado».

—¿Y qué? Por muy ocupado que esté, siempre tiene tiempo para hacerme una visita breve y contarme qué se trae entre manos. Formaba parte de nuestro pacto.

«¿Qué pacto?».

—¿Y a ti qué te importa, cotilla? Es algo entre Dareon y yo. Llévame con él —insisto. Su caminar seguro hace que vaya rebotando contra su hombro, clavándome su contorno en el estómago—. ¡Me estás haciendo daño!

«No puedes ver a Dareon ahora porque no está aquí. Y deja de dar la lata de una maldita vez».

—¿A dónde se ha ido? ¿Y de dónde has sacado eso de «dar la lata»? ¿Tú también haces viajecitos a la Tierra de vez en cuando?

«Jamás he estado en la Tierra. Antes preferiría la muerte».

Vaya. Eso ha sonado muy tajante.

Antes de que pueda preguntarle por qué, Vikram me baja de nuevo al suelo. Necesito agarrarme a sus brazos para mantener el equilibrio. Cierro los ojos un momento hasta que logro alejar el mareo, y entonces echo un vistazo a la minúscula pero bien ordenada habitación a la que me ha traído.

Hay una cama pequeña en una esquina, no más que un camastro, una mecedora, una alfombra y una mesilla en la que reposa lo que parece el cuenco de agua para lavarse la cara. Si no fuera porque hay detalles de la arquitectura de Elyllon, como las columnas y los relieves en los zócalos de las paredes, podría pasar por un dormitorio corriente del bloque donde yo vivo.

De hecho, es bastante peor. Tiene manchas de humedad en las esquinas y huele a cerrado.

—¿Dónde estamos?

«En mi dormitorio».

Me giro hacia él.

—¿En tu dormitorio? —repito, anonadada—. ¿Para qué me has traído a tu dormitorio? ¿Qué es lo que pretendes decirme con esto?

Y entonces ocurre algo insólito: Vikram se ruboriza.

«No pretendo nada». Se intuye que lo he puesto de mal humor. Se quita el cinturón con el que camuflaba una fila de pequeños cuchillos y lo deja sobre el jergón. Después se agacha y mete la mano bajo la cama para sacar otro, con dagas de otro tamaño, y ceñírselo a la cintura. Mientras lo hace, me dirige una mirada huraña. «Este es el lugar más seguro de todo el palacio después del dormitorio del príncipe y la Torre del Agua».

—¿Ah, sí? —Pongo los brazos en jarras. No dudo de su palabra, pero es divertido verlo avergonzado por mis insinuaciones sexuales—. ¿Y eso por qué?

«Porque es el mío y nadie tiene el valor que requiere entrar».

—Pues seguro que las sílfides del otro día no tuvieron que pensárselo dos veces antes de invadirlo. —Vikram me mira con exagerada exasperación, pero no dice nada—. ¿No contestas?

«Cuando sueltas esos comentarios no sé muy bien qué es lo que esperas que diga».

Yo tampoco sé qué es lo que espero que me responda. Por no saber, no tengo ni idea de qué me pasa por la cabeza para soltar cosas así.

Me aclaro la garganta y replico:

—No me creo tu excusa para traerme aquí. Por esa regla de tres, yo no debería correr peligro. La gente debe saber a estas alturas que me

proteges y que tendrán que enfrentarse a ti si quieren llegar hasta mí.

«Ese debe ser el único motivo por el que no han vuelto a asaltarte por la noche: porque ya saben lo que les espera».

—Pareces muy orgulloso de ser un matón.

Vikram me lanza una mirada indescifrable, pero no contesta. No hace falta que lo haga. Yo ya sé que no lo está. O, por lo menos, no siempre lo ha estado.

Esto de tener información confidencial sobre otros no es tan maravilloso como pueda parecer. Nunca sé muy bien si debería revelar lo que sé o mantener el pico cerrado. Mi madre siempre dice que el que calla, otorga —ella y el refranero español— así que suelo tirar por ese lado. Y esta vez no es la excepción.

«Quédate aquí. Tengo que hacer un recado».

—¿Vas a matar a alguien? —Intento sonar despreocupada, pero me atraganto en la tercera palabra y tengo que carraspear y cambiar de tema—. Ni se te ocurra dejarme aquí. No sé cómo puedes dormir en un sitio como este. Hace un frío horrible y parece que el techo vaya a venirse abajo.

«Es la habitación que me fue asignada».

—¿Quién te la asignó? ¿Dareon?

Me doy cuenta de la incredulidad que empaña su nombre.

¿En serio? ¿Mi tierno y rico Dareon adjudicándole a su hombre de confianza algo no mucho mejor que la celda de una cárcel del Siglo de Oro (es decir: de un período anterior a la invención del alcantarillado)? Tampoco es que me lo imagine poniéndole un piso de lujo en Marbella, pero juzgando por lo bien que habla de él y el cariño que le tiene, imaginaba que por lo menos le correspondería un dormitorio con vistas y cama doble. Aunque claro, no es que necesite más espacio si se supone que no duerme acompañado...

Lo que es obvio es que no va a pasar muchas noches con putitas feéricas si lo que tiene que ofrecer son esas sábanas desgastadas con olor a rancio.

«Dareon es un buen monarca y un gran amigo». Parece que vuelve a las andadas. Aquí lo tenemos leyendo mis pensamientos de nuevo. «Pero sigue siendo un príncipe, y los príncipes no ven más allá de su

privilegio. De todos modos, jamás he dormido aquí».

—Siempre montas guardia en su puerta —deduzco.

«Solo en periodos turbulentos. Si no, duermo al aire libre».

Al aire libre. Claro. Si yo hubiera pasado una larga temporada confinada en la oscuridad de una celda gélida también preferiría irme de camping todas las noches. Sobre todo cuando tienes la seguridad de que nadie va a osar perturbar tu sueño —no si no quiere recibir una paliza— y las vistas son tan hermosas como lo son en Elyllon.

Estoy pensando en la manera de plantear el tema de que he visto qué clase de relación mantenía con Jorghen el Hacedor cuando observo que pretende salir.

—¿Te vas? ¿Por qué te vas? ¡No! —Lo agarro del brazo antes de que dé un paso más. Ni siquiera me avergüenzo de mi arrebato. La posibilidad de volver a quedarme sola me quema tanto que haré lo que sea para evitarlo—. Por favor, no voy a soportar otra semana conmigo misma, aburrida, comiéndome las uñas y teniendo pesadillas con que me asaltan.

«¿Y qué le puedo hacer yo?». Podría ponerle un tonillo arrogante y despectivo a su casi suspiro, pero opto por verlo como una humilde claudicación.

—Dame alguno de esos. —Señalo el cinturón, en el que se camufla por lo menos una decena de cuchillos tamaño accesorio—. Si voy armada por el palacio, podré defenderme.

Vikram arquea una ceja, entre irritado por la propuesta y francamente intrigado.

«¿Es que sabes usar un puñal?».

Sí, cariño, sé usar los puñales como una profesional. Soy tan buena con ellos que hasta hace un segundo no sabía que eran puñales y los llamaba cuchillos.

Pienso en mi hermana Abril, que es cinturón negro en al menos tres artes marciales y en cómo tuvo que volver para ver si había sobrevivido aquel palurdo al que le soltó una *mantá* de hostias por tocarle el culo en la calle.

—No, pero sé... Kung-fu.

«¿Kung-fu? ¿Y eso qué es?».

Estoy dudando entre hacer una referencia a una película de animación con pandas y restregarle que sé algo de lo que él no tiene ni idea, pero enseguida me asalta una certeza. No me sirve de nada mentirle alegando que puedo defenderme, porque no es cierto y estaría poniendo mi vida en peligro. Y seguro que si me matan a él lo despiden, así que si no es por mi vida, al menos he de velar por sus intereses económicos y laborales... incluso si un tío con su talento podría encontrar trabajo en cualquier parte.

—En realidad no tengo ni idea de nada. Solo fui una vez a clases de kick-boxing y me asusté porque solo había hombres fuertes tomándola con un saco. ¡Pero puedo aprender! —me apresuro a exclamar, viendo que estira el brazo hacia el pomo de la puerta. Me engancho a su hombro y lo miro con ansiedad—. Coincidirás conmigo en que todo el mundo se quedará más tranquilo si puedo manejar un cuchillo o sé dar algunas patadas voladoras. Y así podréis bajar la guardia y descansar un poquito sin temer que me maten en un descuido.

«Laertes te enseñará a manejar tus poderes mentales, que son mucho más poderosos que ningún ataque físico».

—¿Y tú qué sabes?

«Debes esperar».

—Estos días he estado revisando lo que escribí de *El príncipe de Elyllon* y casualmente he leído que Laertes y Edel llegaron a pasar seiscientas noventa noches seguidas follando —respondo, muy seria—. Si vienen juntos del Oráculo, y encima en el mismo coche, no me sorprendería que tardaran un año en aparecer. Hasta entonces, ¿no te parece inteligente darme algunas claves para machacar a los malos? ¿Y quién mejor que tú para enseñarme, que eres indestructible, bien fuerte, y...? —*Vale, Diana, ya basta de sobarle los músculos*—. Bueno, eres el mejor.

«Lo primero es que somos nosotros los que te llevaremos al Oráculo. Y lo segundo... ¿Me estás halagando?».

—Estoy intentando manipularte.

«A través de halagos», apostilla.

—Bueno, sí —refunfuño.

«Pues no me halagan los comentarios sobre mi complexión, mi

fama de mercenario o mi trabajo. Así que te animo a seguir intentándolo por otro camino».

¿Qué otra cosa se le puede alabar? Su amabilidad inexistente desde luego que no.

—¿Tanta prisa tienes? Seguro que en un par de horas ya sé, por lo menos, cómo agarrar una espada y usarla para frenar un ataque enemigo.

«Ah, ¿ahora quieres aprender a usar la espada? Qué rápido se han quedado obsoletos los puñales».

—Cuantas más armas mejor, ¿no?

Él emite algo parecido a un suspiro de cansancio.

Lo entiendo. Yo también me harto a mí misma a veces.

«Muy bien», determina. Cierra la puerta y se lleva una mano a la espalda. Desenvaina una de sus dos espadas y la lanza al aire para darle la vuelta, de modo que ofrece el mango en mi dirección mientras la sostiene por la punta.

«Agárrala bien y trátala con cuidado. Es tu arma por unos minutos».

Mejor no digo nada sobre cómo puede malinterpretarse ese comentario.

28

Trago saliva al fijarme en la hoja. Nunca la he mirado directamente porque impone, y porque solo de pensar en la cantidad de vidas inocentes que habrá arrebatado, se me encoge el pecho y me invaden unas irrefrenables ganas de llorar. Parece una mezcla de sable y katana. Es extremadamente fina a la altura del mango, pero se va haciendo más gruesa hasta que en la curva ya tiene la anchura de un hacha.

—¿No podemos empezar por algo más ligerito?

«Es "ligerito". Y si aprendes a manejar esto, podrás manejar cualquier cosa».

Abro la boca para responder que lo dudo bastante, pero no sale nada.

Al agarrarla, descubro que tenía razón. Es como sostener una aguja.

«Todas son así en la Confederación. Salvo las de los antiguos guerreros shaporíes, que luchaban con piezas muy pesadas. Esta en concreto puede que la notes porque está fabricada con un porcentaje de hierro, pero las armas de los confederados tienden a sentirse como un dedo más de la mano».

Arrugo el ceño.

—¿Por qué hierro?

«Con tanto hierro encima no supones ningún problema para mí, Shad», había dicho Jorghen el Hacedor. El hierro se conoce como el elemento que contrarresta la magia por antonomasia, uno que la debilita. En la Guerra de los Estados los soldados llevaban armaduras de hierro para repeler hechizos. Y, hasta donde yo sé, no se usa ese material ni para las armas, ni para crear piezas de joyería.

Guiada por una corazonada casual, me fijo en la supuesta gargantilla de Vikram, que en realidad es un collar grueso y pesado... *de hierro*. Sin quererlo, me sorprendo revisando uno por uno todos sus accesorios: las pulseras que le aprietan las muñecas, los *piercings* que le atraviesan el labio, la ceja, los lóbulos de las orejas...

Todo es de hierro.

Y entonces me acuerdo de lo que hizo con los encapuchados que

mataron a su hermano. Prácticamente explotaron cuando él cerró los puños. ¿Los lleva para proteger a los demás? ¿Para protegerse a sí mismo? ¿O para que nadie sepa que tiene ese poder?

¿Lo sabrá Dareon?

Sacudo la cabeza y me concentro en él, que, a su vez, está muy concentrado en mí.

A veces me mira con aire taciturno. En otras ocasiones parecemos amigos, incluso algo más, pero hay momentos en los que noto que quiere meterse en mi cabeza porque no se fía de lo que pueda estar pensando. Me pregunto si esa actitud defensiva la tiene con todo el mundo o solo conmigo, y a qué se deberá.

¿Es por mi poder? ¿Le preocupa lo que pueda descubrir a través de mis visiones? ¿Quiere anticiparse a ellas?

Demasiadas preguntas.

Vikram se quita el arnés con el que sostiene las vainas a la espalda. Le sigue la chaqueta. Se queda con el jerkin y la camisa roja debajo. Me puedo imaginar por qué es de ese color: para disimular si está sangrando.

No suelta el cinturón con los cuchillos, pero no me fijo en eso, sino en que la fina tela de la camisa se ciñe a sus poderosos brazos. El jerkin no viene con la musculatura incorporada, no es una armadura con el torso esculpido, pero bajo este se intuye el movimiento de sus pectorales.

Trago saliva, nerviosa.

El enemigo no va a estar bueno, Diana, no hay de lo que preocuparse.

—Si te estás desnudando para que estemos en igualdad de condiciones, te falta deshacerte del kit de carnicero. —Y señalo con el dedo su cinturón de herramientas para desmembramientos.

Él arquea una ceja.

«Si esto va de estar en igualdad de condiciones y me estoy desnudando, más bien faltaría que tú te quitases alguna prenda, ¿no te parece?».

La Diana remilgada y vergonzosa no llega a tiempo para detener a la Diana que no se deja amedrentar y obedece.

Tengo poco que quitarme. Llevo un pijama de dos piezas con

florecillas estampadas, de esos que se ponían para dormir los hombres en los años veinte, con botones en la parte frontal.

Solo que yo combino la camisa con unos pantalones cortos.

En lugar de desnudarme, me remango los brazos y lamento para mis adentros no llevar sujetador.

—Bueno. —Carraspeo. Él empieza a caminar a mi alrededor, tan despacio que no tarda en sacarme de quicio—. ¿Vas a decirme cuál es la posición de ataque?

«¿Posición de ataque?», repite. «No voy a enseñarte a combatir en un cara a cara. A ti no van a pedirte un honroso duelo. A ti van a atacarte por la espalda».

Y, sin darme tiempo a reaccionar, se abalanza sobre mí por detrás y me pasa el antebrazo por el cuello. Echo la cabeza hacia atrás para no ahogarme, pero no hace falta porque él no aprieta.

«Muy lenta».

—No puedo predecir un ataque a traición. No soy un *japheth* —rezongo.

«Si alguien te coge del cuello por detrás, no podrás usar las manos. Tendrás que dar una patada con el talón donde calcules que está la zona más sensible».

Propulso el pie hacia atrás con la intención de meterle un viaje entre las piernas, pero él me agarra del tobillo justo a tiempo y pega la rasposa mejilla a la mía.

«Estamos practicando, llorona. No intentes hacerme daño o tendré que devolvértela», me advierte.

—Voy a ignorar cómo me has llamado. ¿Y qué pasa? ¿Que no tienes un código de caballeros al que ceñirte, uno que diga que atacar a una mujer queda fuera de toda cuestión?

«¿Atacar a una mujer fuera de toda cuestión? ¿Por qué motivo? Las hadas que se identifican como seres femeninos son tan mortíferas como cualquier otra».

Debería haber imaginado que aquí el machismo no existe.

—Bueno, tampoco es como si yo pudiera hacerte daño.

«Más de lo que podrías imaginar».

Un estremecimiento me recorre entera. Hasta el último pelo de la

cabeza se me pone tieso cuando soy consciente del calor que desprende su pecho, con el que me protege la espalda.

Suelta mi tobillo antes de que tenga que bailar a la pata coja.

«Si te agarran del pelo, el método de actuación es el mismo: usa el pie».

—¿Y si...?

En un abrir y cerrar de ojos, lo tengo delante agarrándome del cuello sin hacer fuerza.

Lo fulmino con la mirada. El corazón me late frenético.

—No estás jugando limpio.

«Los asesinos no juegan limpio. Solo lo hacen los caballeretes que van a las justas a honrar a un rey que se pasan el resto del año difamando». Hace una pausa para cogerme del antebrazo. «Si te cogen por la garganta, usa esto y dales con fuerza en la articulación». Me da una palmadita en la cara externa del brazo. «Si tienes un cuchillo o algo punzante a mano, puedes usarlo para atravesarles el codo, pero no lo dejes clavado. Sácalo o el rival podría usarlo contra ti, además de porque es probable que lo necesites después».

—¿Y si mi asesino está tan mazado como tú y no le muevo ni un milímetro usando mi bracito de babosa?

Vikram medio sonríe.

«Entonces usa la rodilla y ve a por la entrepierna».

—La entrepierna siempre es una buena opción, por lo que veo. Me alegra que tengáis algo en común con los humanos.

«Doy por hecho que ningún *japheth* iría a por ti porque, si lo hace, la entrepierna podría no contar como punto débil».

—¿Cómo me protejo entonces de un *japheth*?

«¿De un *japheth* cualquiera, o de mí?».

Por algún motivo que desconozco, interpreto su pregunta como un flirteo.

—Uno general. Doy por hecho que tú no me atacarías, aunque puede que esté confiando demasiado.

«En el caso de un *japheth*... Lamento decirte que no serviría de nada que intentaras protegerte. No sobrevivirías de ninguna manera. Nadie lo haría. Solo un mutante puede enfrentarse a otro mutante».

No es la clase de afirmación que quiera oír una chica que está encerrada en una habitación con uno de ellos. Tengo que quedarme con las ganas de preguntar cómo habría de defenderme de él en concreto, porque me suelta y, en otro abrir y cerrar de ojos, lo tengo detrás de mí tirando de mi brazo.

Voy a quejarme cuando él interrumpe invadiendo mi cabeza.

«Si alguien te cogiera así, ¿qué harías?».

Pestañeo, pensativa. Hago un viaje por todos esos vídeos de defensa personal que he visto en Facebook y no me lo pienso dos veces a la hora de usar la mano libre para ladear el cuerpo y soltarle una bofetada.

Vikram impide que lo toque tomando mi muñeca al vuelo.

«No está mal». Sus ojos brillan de un modo diferente. ¿Es orgullo? ¿Risa? «Si yo fuera tú, iría a por los ojos. Usa esa mano libre, sí, pero no para una bofetada. No sería muy efectivo si no tienes una fuerza descomunal. Métele los dedos en los ojos».

—No, gracias. Qué asco.

«Cuando de ello dependa tu vida no creo que seas muy escrupulosa».

Vuelve a soltarme.

—¿Para qué me has dado una espada si no vas a enseñarme a usarla?

«Ya voy a eso. Respira tranquila».

—¡Yo estoy muy tranquila! —miento, digna—. Sois vosotros los que me encerráis en el desván porque os cagáis encima de pensar que pueda pasarle algo a vuestra venerada *dysys* con «y».

Él no dice nada, pero detecto cierta debilidad en su expresión, como si supiera que tengo razón y no quisiera dármela. Eso me descoloca por un segundo, porque estaría demostrando que mi vida le importa más que una mierda.

Vikram se coloca delante de mí y extiende los brazos. Se le ve enorme e indestructible cuando me envía una mirada entre retadora y juguetona.

«Ven a por mí».

Ahora me toca a mí ruborizarme.

—¿C-cómo?

«Atácame. Hazlo lo mejor que sepas».

—¿Lo mejor que sepa? No conozco ni un solo ataque como para tener uno que sea «el mejor»... —Bufo, mosqueada, cuando observo que él no tiene la menor intención de cambiar de estrategia—. Vale, muy bien. Voy, ¿eh? Cuidado, que esto está muy afilado.

Vikram aguanta el tipo, pero sé que oculta una sonrisa burlona.

Afianzo los pies sobre el suelo solo para ganar tiempo y frunzo el ceño.

«¿Esa es tu cara de mala?».

—¿Mi cara de mala?

«Tienes que tener una cara de mala. Una con la que asustar al oponente. La que avisa de que eres feroz y no conviene meterse contigo».

Tuerzo la boca antes de decidir que no parece muy descabellado. Lo que a mí siempre me impresiona de él es que parezca un desalmado, que no haya rastro de expresión en su cara cuando parte un cuello o degolla a alguien.

—¿Qué tal esta?

Vikram menea la cabeza.

«No me convence demasiado».

—¿Y algo así? —Aprieto los labios.

«No sé yo».

—Y... ¿Esta? —Arrugo la nariz.

Vikram sonríe con todos los dientes, y a mí se me vuelve a acelerar el corazón de la forma más estúpida, cosa de la que no dudo que se haya dado cuenta.

«Pareces un cachorrito enfadado».

—¡Tampoco es que tú tengas que darme el visto bueno! Vamos a dejarnos de caras y estupideces —farfullo, irritada.

Cojo aire y correteo, sintiéndome tonta en el proceso, para lanzar la espada contra él. Vikram ni se despeina al darme la vuelta de un movimiento que no veo venir. Antes de que pueda darme cuenta, Vikram me tiene pegada a él y sostiene mi brazo retorcido en un ángulo bastante doloroso. Así consigue que suelte la espada y gimotee.

«Regla número uno». Se me seca la garganta cuando siento todo su cuerpo amoldado al mío. «Nunca ataques por delante, porque ningún asesino tendrá ese detalle contigo. Lo que caracteriza una emboscada es que no los ves venir, se acercan por los flancos que dejas sin protección».

—Vale, vale, lo pillo. Suéltame el brazo antes de partirlo.

Vikram obedece y yo me tengo que separar de mala gana de su cuerpo. Es una estufa humana. Debe ser tan agradable hacerse un ovillo bajo su brazo, pegar la nariz a su costado y quedarse dormida...

«Regla número dos». Me fijo en que lleva una ligera sonrisa de Mona Lisa estampada en los labios. Se da cierto aire macarra. «No te distraigas con pensamientos estúpidos en medio de una pelea. Cada segundo es crucial y hay que tener la mente despejada».

Intento no ruborizarme, pero no es como si eso pudiera prevenirse. Para que no se note tanto, aprovecho y recojo la espada. No tardo en sostenerla y alzar el brazo para ir de nuevo a por él.

Me imagino desde fuera y me dan ganas de llorar de lo patética que tengo que verme.

Vikram evita que le roce con la hoja agarrándome de la pechera de la camisa del pijama. Tira de ella para traerme hacia él, y con ello se desabrochan los dos primeros botones.

«Regla número tres».

—Si el enemigo va en pijama, desnúdalo —propongo, engolando la voz.

Vikram curva los labios en una sonrisilla arrogante.

«No ataques con la espada en alto y evita, para empezar, el movimiento de fuera hacia dentro: en lo que tardas en lanzar el ataque diagonal, le ha dado tiempo a aprovechar que no te has protegido el pecho y atravesarte por ahí».

—Y no queremos que me atraviesen el pecho —tartamudeo.

Él niega con la cabeza muy despacio.

«Ni por asomo».

Sin importarle si me doy cuenta o no, me desabrocha un tercer botón con una agilidad desconcertante y me deja ir a la par que me empuja sutilmente para abrir espacio entre nosotros. Me arde la cara,

y diría que es por la vergüenza si no me quemase también el estómago. De pronto siento que la cabeza me pesa el doble, y el mareo va a peor cuando lo miro a los ojos.

Cojo aire y, esta vez, sostengo la espada con las dos manos justo delante de mí. Me acerco con sigilo —nada de correteos infantiles—, sin apartar la mirada de su cara. El corazón me late muy deprisa.

Ni siquiera sé qué es lo que pasa a continuación. Creía que iba a ejecutar mi ataque, pero él se mueve más rápido que yo y en un abrir y cerrar de ojos me encuentro en la pose de los arrestados, mirando a otro punto cardinal con la mejilla pegada a la pared y una mano doblada sobre las lumbares.

«Regla número cuatro». Un calor inoportuno y muy inapropiado hormiguea entre mis piernas cuando noto sus ingles pegadas a la curva de mi trasero. «Aprovecha siempre las formas del entorno para protegerte. Un árbol o una columna para esconderte, una zanja para abrir espacio entre el enemigo y tú y así ganar tiempo...». Noto que me retira el pelo del cuello. Siento el latigazo de un escalofrío justo en esa zona. «O, en este caso, una pared para acorralarlo».

Cierro los ojos un momento. Me tiemblan las manos. Respira con los labios muy cerca de mi piel, casi pegados a la nuca, un espacio sensible a cualquier caricia.

Vikram usa la rodilla para separarme las piernas.

«¿Cómo saldrías de esta posición?».

Juraría que lo he escuchado ronroneando.

Malditos efectos acústicos del lenguaje mental.

Ni siquiera me reconozco cuando contesto:

—¿Y si no quiero salir de aquí?

Se hace un silencio notable incluso en la vastedad de mi mente. Hasta que él decide contestar, sin moverse ni un milímetro.

«En ese caso, mueres».

—Creo que a veces... a veces... morir es lo mejor que uno puede hacer. No se puede nadar a contracorriente ni evitar lo inevitable.

Escucho que coge aire a mi espalda.

«Tú no puedes morir, *dysys* con "y". Si no hay nadie para defenderte, tienes que salvarte a ti misma». Pausa. «Prométeme que lo

harás».

Creía que estábamos hablando en clave, pero ya veo que no. Él no tiene ningún problema con eso de admitir que le preocupa lo que sea de mí en el futuro.

Eso es... sexy. No creo que a nadie le haya importado nunca si vivo o la diño.

—Quizá, llegado el momento... me paralice el miedo.

Vikram se separa, y yo, por un breve pero intenso instante, estoy segura de que me voy a desmayar de la pena. No tiene ningún sentido, pero al darme la vuelta juraría que lo condeno y le insulto mentalmente por haber dejado de abrazarme. Aprovechando esa rabia por lo contradictorio que es a veces, y sin molestarme en coger el arma, arremeto contra él: manos por delante, mi mejor cara de mala —o de cachorrito mosqueado— y todo el impulso de un salto.

No veo venir su reacción. Un segundo estoy volando, viéndome capaz de sorprenderlo y dejarlo fuera de juego y, al siguiente, mi espalda toca el suelo.

No me duele y no sé cuándo ha pasado, pero tengo a Vikram encima, franqueando mis caderas con las rodillas y sujetándome las manos por encima de la cabeza.

«Regla número cinco: nunca sueltes el arma. No solo porque quedas desprotegida, sino porque el otro podría usarla también para hacerte daño».

—Pero el otro ya tiene la suya.

«Sí, pero resulta que tenemos dos manos».

Respiro como si me costara. Y me cuesta de verdad. Enfoco mi mirada en sus ojos anaranjados, en sus pupilas dilatadas. Dos mechones azulados enmarcan su rostro.

—Te pone cachondo esto de enseñar defensa personal, ¿eh?

Vikram entorna los párpados.

«No podrías ni empezar a imaginarte qué es lo que me pone».

—Oh. Suena a que eres muy *kinky* y te van las cosas raras. Aunque yo no le vi nada de raro a las sílfides que sacaste del salón...

Él suspira.

«Está claro que no sirves para la lucha cuerpo a cuerpo, pero en

última instancia siempre podrás ahuyentar al enemigo con tu cháchara y tus incomprensibles reproches. Es un consuelo».

—¡Estoy intentando conocerte mejor! —me quejo.

«¿Y te parece que esta es la posición ideal para conocer mejor a alguien?».

De hecho, me parece la posición más ideal de todas.

Él debe capturar ese pensamiento, porque su expresión exasperada se torna socarrona.

—Contigo parece que no hay posición ni momento ideal —contesto a mi pesar. Apenas me doy cuenta de que acaricio la punta de su mechón con la nariz—. De todos modos, mi ataque verborrágico debe estar sirviendo, porque se te ha olvidado continuar con tu placaje.

Vikram me observa como si quisiera averiguar si me estoy riendo de él.

«No todos se van a dejar distraer como yo, llorona».

—¿Por qué? —me mofo—. ¿Porque no todos creen que tenga una... increíble belleza?

Vikram pone los ojos en blanco.

«Tienes un gran talento para usar la palabra en contra de los demás».

—Para eso soy escritora, mi querido *japheth*.

Él ladea la cabeza con un brillo hermoso en los ojos.

«Creo que es la primera vez que no me irrita mi condición de mutante».

—No cambies de tema. El caso es que ahora estoy peleando contigo. Creo que sería inteligente que me enseñaras cómo derrotarte a ti en particular. No me has dicho antes qué es lo que tendría que hacer si tú me atacases.

«No necesitas defenderte de mí», aclara con solemnidad, humedeciéndose los labios. «Entre tú y yo, siempre ganarías tú».

Pestañeo, sorprendida por su aseveración. El calor que abrasaba mi estómago se va extendiendo por todo mi cuerpo.

«Y ahora, dime: ¿qué harías si alguien te tuviera así?», pregunta, muy pendiente de mi expresión. «¿Cómo te defenderías?».

Claramente debo haber perdido la cabeza, porque uso el lenguaje

no verbal pero más elocuente del mundo para contestar. Estiro el cuello por encima de mis posibilidades y atrapo su labio inferior entre los dientes.

Me acuerdo con vaguedad del beso que intentó propiciar el Hacedor con él, pero lo borro de mi cabeza en cuanto me envuelve el calor familiar de su aliento. Consigo que entreabra la boca y acepte el beso que se me ha ocurrido improvisar. Me habría gustado lanzarme a por él con gula y desenfreno, pero soy tímida y la postura me limita bastante.

No me rechaza. Al contrario. Inclina más la cabeza sobre mí e introduce la lengua en mi boca como una caricia de terciopelo. Pero ese primer beso lento solo es el caballo de Troya, un regalo edulcorado de lo que está por desatarse. Vikram suelta mis manos, que vuelan de inmediato a sus mejillas, y me separa las piernas para encajar las caderas entre ellas. Me tiemblan las rodillas, pero me fuerzo a mantenerlas rectas y pegadas a él mientras ataca mi boca sin ninguna piedad.

Besa igual que responde cuando lo atacan, con contundencia y rabia. Y, sin embargo, en determinados momentos, cuando parece que va a separarse para coger aire, ladea la cabeza de la forma más tierna imaginable y se despide temporalmente de mi contacto rozándose muy despacio con mis labios. Parece irritado por tener que tomar aliento, nostálgico por el beso que me acaba de dar y que ya quiere volver a repetir. Por eso empezamos a respirar a través del otro. Sus jadeos podrían hacer eco en mi garganta y los míos en la suya, porque nos bebemos el uno al otro, sedientos.

Elevo las caderas para rozarme con su entrepierna. Gimoteo al sentirlo duro y abrasador, como es en cada una de sus partes. No puedo asociar el temblor que sacude su cuerpo a la timidez o inseguridad; es contención. Y la agradezco, porque necesito ir despacio. Porque todavía no sé qué quiero más allá de esto, y porque no estoy en condiciones de pensarlo.

En cuanto nota el sutil meneo de mis caderas, me embiste con las suyas y empieza a rozarse con mi sexo. Los músculos se me contraen por acto reflejo, y juraría que él gime porque lo intuye. Intuye lo que

quiero antes que yo misma.

Vikram suelta mis hinchados labios un momento y desciende por mi cuello, mis clavículas y se sirve lo que él mismo se ha preparado para degustar hace unos minutos retirándome los botones de la camisa como quien no quiere la cosa. No tiene que desabrochar ninguno más. Basta con apartar la tela con la nariz y acariciar con la punta el pezón erizado, que no tarda en desaparecer en su boca.

El calor es insoportable y, a la vez, una de las sensaciones más placenteras que he experimentado en mi vida; contrasta con el frío metal del *piercing* de su labio, que siento rozando la sensible zona. Me cuesta contenerme y empiezo a mover más las caderas, en busca de una fricción que aumente hasta la locura el fuego concentrado en todas esas partes que toca. El tacto áspero de su lengua es incendiario y tan estimulante que noto cómo la humedad resbala entre mis piernas.

—Joder... —balbuceo entre jadeos ahogados. No me reconozco en la mujer que hiperventila sin parar y enreda los dedos en su pelo oscuro—. No me puedo creer lo que estoy haciendo.

«¿Quieres que pare?».

—Sí... ¡No! ¡No! —exclamo. Mis dedos bajan por sus hombros, por sus brazos. Me aferro a los bíceps para aguantar la tortura de los pequeños mordiscos que da en torno a mis pezones—. ¿Qué me estás haciendo?

Vikram levanta la mirada hacia mí. Saca la lengua para delinear la copa de mi pecho enrojecido. Sea lo que sea que veo en su expresión, más salvaje que nunca, me ruboriza entera.

«Lo que llevo queriendo hacer desde que te miré a la cara».

Su confesión me deja de una sola pieza. Una parte de mi mente quiere transportarse al momento en que lo hizo, después de agarrarme del cuello por primera vez, pero no puedo. Ahora mismo, en mi cabeza todo son brumas y placer. Un doble placer cuando desliza la mano por mi cadera y acaricia mi entrepierna con los dedos. Lo hace de forma superficial —todavía tengo el pantalón puesto—, pero todo mi cuerpo se retuerce de pasión.

—¿De verdad? ¿Verdad verdadera?

«Verdad verdadera».

—Pensaba que querías matarme.

«A veces confundo los impulsos».

—¿Cómo vas a mezclar el desear matar a alguien con el desearlo a secas?

«Es posible mezclarlo, créeme...». Me besa la cara. «Se puede cuando deseas hasta la muerte».

No tiene que quitarme el pantalón. Es tan corto que basta con separar la tela y retirar un poco las bragas.

El primer contacto de sus dedos sobre mi humedad me deja sin respiración. Siento que voy a desmayarme cuando desliza el anular y el corazón por mis pliegues empapados y empieza a acariciarme el clítoris.

No es que sepa muy bien quién soy últimamente, pero si algo tuve siempre claro es que no era la clase de chica que rogaba en la cama. Debe ser porque no estoy en la cama, sino en el puto suelo (y al agua de la Confederación le pasa algo), porque un dragón ruge muerto de necesidad dentro de mí.

—Creo que... Creo que voy a explotar. —Trago saliva y busco su mirada. El estómago me da un vuelco cuando nuestros ojos se cruzan. Los suyos brillan como el ámbar—. Si esto resulta ser un sueño al final, me voy a cabrear muchísimo.

Con una sonrisa en los labios, Vikram continúa jugando con mi cuerpo, probando con él toda clase de trucos viejos y nuevos para tensarme y destensarme; para hacer que brinque espasmódicamente y me tiemblen hasta los párpados.

«No lo es. Puede que a ti te sobre, pero yo no tengo tanta imaginación para inventar a alguien como tú».

—¿Alguien como yo...? —Me humedezco los labios y tiro de sus hombros—. Bésame... Por favor.

Él me mira intensamente.

«No tienes que rogar. Eres lo único que hago por placer».

Su boca cubre la mía igual que su mano trata de calmar un ardor que solo despierta; que, en vez de extinguirse, se propaga por todas partes. No hay ni una zona en mi cuerpo que no queme, y aunque es

nuevo y lo nuevo asusta, nunca en mi vida me he sentido tan deseada. Tan especial.

Hay algo en la manera en que me toca y me besa, tan distinta de su forma de proceder habitual, que me transmite lo que no ha podido transmitirme ninguna alabanza sobre mi importancia, ningún discurso sobre quién soy. Nunca he estado conforme siendo Diana, y tampoco me convence ser la vidente, la creadora o la humana en tierra de feéricos, pero Vikram hace que me guste mi cuerpo y que quiera defender dónde he construido los cimientos de mi casa, igual que al lugar al que quiere dirigirse mi alma.

¿Es eso lo que me resultaba tan incómodo? ¿Que, con solo mirarme, alguien supiera darme motivos para considerarme valiosa?

Y entonces me acuerdo de cómo me miró esa vez que nos vimos en el salón del trono, cuando Dare acababa de comunicarle que tenía delante a la Creadora. Pensaba que no se lo pudo creer porque yo era poca cosa, pero detrás de esa incredulidad había un sentimiento mucho más hondo y a la vez frágil. Veneración. Y no porque fuese la Creadora, porque eso lo odiaba, sino porque era... ¿Yo?

El placer se intensifica y sube como la marea hasta que me alcanza y me arrastra con ella. Arqueo la espalda e intento juntar las piernas para que ese sensacional escalofrío no se me escape por ninguna parte. Permanece conmigo, limpiándome por dentro y haciéndome temblar, hasta que se disuelve. Después del orgasmo, nos quedamos mis labios amoratados, mi sexo palpitante, mi estómago revuelto y yo... y Vikram encima, haciendo todo lo que puede para no desplomarse sobre mí.

—Supongo que no sería buena idea hacer esto si... me atacan —murmuro.

«Estarían cavando su propia tumba».

Pestañeo, aún obnubilada.

—¿Por qué?

Vikram se incorpora y me da la espalda.

Ha decidido que no va a responder.

En el fondo lo agradezco. No sabría qué decirle. No sé qué decirle ahora, después de un arrebato pasional. No sé qué decirme a mí misma, a esa parte de mí que me está censurando con la mirada.

—Creo que... —Me incorporo, mareada—. Creo que quiero encerrarme en mi habitación.

Vikram asiente, distraído. No me mira a los ojos al tender la mano para ayudarme a ponerme en pie. La acepto, aunque indecisa, y busco su mirada en vano.

¿Qué coño significa esto ahora? ¿Se arrepiente?

«No empieces», me amenaza con una mirada fulminante.

Abro la boca para replicar. «Que no empiece ¿qué?»; esa sería mi respuesta.

Pero en realidad no me apetece hacerme la tonta.

Me limito a seguirlo por el pasillo medio atolondrada, procurando no fijarme en el estado en que se encuentra esta zona de la torre. Voy a tener que hablar de unas cuantas cosas con Dareon. Entre ellas, de cómo tiene las narices de mandar a sus sirvientes y trabajadores a dormir en un sitio tan asqueroso. Y de que entre su guardaespaldas y yo se está fraguando una.... cosa rara por la que me están dando ganas de volver cagando leches a la Tierra.

Justo cuando llegamos a la puerta de mi dormitorio, que después de lo que se me ha ocurrido hacer, ahora veo con otros ojos, Vikram se gira hacia mí.

«La otra noche perdiste esto. Creo que es tuyo, al menos».

Me tiende la mano y mi corazón se acelera estúpidamente. Agarro enseguida la mariposa disecada, mi bella y olvidada 88, mi talismán.

—Dios, gracias. —La acuno entre mis dedos y la beso. El recuerdo de los labios de Vikram también la besa—. He estado buscándola por todas partes.

Él arruga el ceño y cambia el peso de pierna.

No voy a pensarlo.

No quiero pensarlo.

Pero... Joder, ¿cómo es posible que se vea tan adorable con los labios hinchados y las mejillas arreboladas?

Antes de que diga nada, me pongo a la defensiva.

—¿Tú también vas a decirme que es de mal gusto conservar el cadáver de una mariposa, y que debería tirarlo antes de que alguien lo interprete como que le deseo la muerte al príncipe?

«No exactamente, llorona».

Abrazo mi 88 como si fuese mi hija, aunque en realidad es una fútil excusa para no estirar los brazos hacia él y rogarle que me bese otra vez.

Se me está yendo la cabeza de un modo alarmante.

—¿Y qué ibas a decir, entonces?

Vikram baja los párpados para mirar la mariposa. Curva los labios en lo que parece una sonrisa triste. Todavía no sabría decir por qué, pero se me resquebraja el corazón al verla.

«Que solamente tú serías capaz de acunar entre tus brazos a un bicho tan asqueroso».

29

No ha hecho falta que vuelva a amenazar con tirarme por el balcón. Edel llega justo un día después para llevarme con Laertes, a tiempo para salvarme de mí misma.

—¿Estás preparada? —me pregunta Edel. Al ver que no respondo, frena en medio del vestíbulo de palacio y me estudia con los ojos entornados—. Te noto diferente. ¿Te encuentras bien?

¿Se me notará en la cara que he retozado con un mutante? Aquí las cosas funcionan de otro modo, estoy segura de que las hadas perciben una alteración en mi aura o no sé qué pamplinas feéricas.

—Solo estoy un poco nerviosa. ¿Me va a doler? La última vez que alguien intentó enseñarme algo relacionado con la mente, me postró de rodillas de la jaqueca que me dio.

Edel frunce el ceño.

—¿Quién se metió en tu cabeza?

—Eh... ¿Pasapalabra? —Sonrío con la esperanza de que deje pasar mi comentario—. No lo quiero meter en un lío. Solo estábamos... jugando cuando eso pasó.

Él estaba jugando. Conmigo. Y en contra mi voluntad.

Pero no voy a darle problemas.

—Bueno... —Edel retoma la marcha sin fiarse de mi palabra, y bien que hace. Gesticula con elegancia para que la siga—. No tienes de lo que preocuparte. Laertes va a informarte de lo que conlleva tu don y cómo ponerlo a tu servicio para que no sea este quien te controla.

—¿Por qué no ha venido él mismo a por mí?

—Porque no sale de su templo ni aunque le paguen —bufa con desdén.

—Entonces podría haber ido yo sola.

—No, porque corres peligro. Tenía que venir para protegerte durante el trayecto. Si quieres, podría quedarme durante tu audiencia con Laertes, que es el que sabe de este asunto. Así te transmito confianza.

—Si quieres transmitirme confianza, deberías transformarte en abuela otra vez. No sé si eres consciente de lo difícil que es para mí

asociarte a Mariola. Y que conste que estoy enfadada, ¿eh? Siento que me has engañado, como cuando Elsa quedó con aquel tío de Tinder y resultó ser un viejo verde. No está bien hacerse pasar por los demás, Edel.

—Yo no me he hecho pasar por nadie. Si lo que crees es que le he robado la apariencia a alguien, solo tomé de inspiración a Helen Mirren, pero a partir de ahí me hice la cirugía como mejor se me ocurrió —se defiende—. Y... ¿en serio? ¿Te parece que con la que se nos viene encima es razonable estar enfadada conmigo?

—Lo que no me parece muy inteligente es que «con la que se nos viene encima» Dareon haya desaparecido.

—Cierto. Tengo que hablar con él.

Sigo caminando tras ella, intentando reprimir el interés que me suscita la manera en que menea las caderas al andar y el aire de pitonisa con el que pronuncia cada palabra que dice. Ser atractivo va con lo de ser un hada, pero su belleza va un paso más allá: es el poder que se concentra en su figura lo que hace que resplandezca y no puedas apartar la mirada de ella.

Mi amor eterno siempre lo tendrá Mariola, es cierto. Era mi segunda madre, mi compañera de aventuras y mi consejera a tiempo parcial, pero Edel tiene toda mi curiosidad. Y eso, ahora mismo, vale bastante más que el afecto.

—Doy por hecho que Dareon no es nieto de Laertes —empiezo, tratando de sonar desenfadada cuando en realidad me carcomen los nervios—, por lo que debiste engendrar al viejo rey Egren con otro hombre. O criatura —corrijo de inmediato.

Edel esboza una sonrisa juguetona.

—La eternidad da para mucho y me encapriché de un elfo. Tuvimos un idilio que no duró demasiado.

—¿Murió?

—Todo murió cuando Laertes se puso en mi camino. —Al ver que pongo los ojos como platos, se apresura a explicarse—: Con eso no quiero decir que todo se fuera al carajo a mi alrededor o que tuviéramos una relación destructiva, sino que acaparó cada ámbito de mi vida. Es lo que hace cuando lo conoces. Te ciega con su halo

luminoso y te convence con cuatro palabras bonitas de que has nacido para servirlo. Y yo le serví como sacerdotisa durante un tiempo hasta que decidió tomarme como esposa. Pero si te pregunta, di que *yo* decidí tomarlo como esposo a *él*.

—Eso sí suena más a Mariola, la verdad.

Edel me sonríe.

—No me arrepiento de haberlo servido porque gracias a eso me convertí en una de las intocables. Soy un hada de Turlough, lo que ya me da cierto prestigio. Estoy emparentada con las de la facción de Trentia, lo que me convierte en algo así como una leyenda... Y, para más inri, cuento con todos los beneficios de pertenecer a la casta del Oráculo gracias a Laertes. Soy oficialmente una deidad. Es el único motivo por el que sigo «casada» con ese fanfarrón. Ya sabes que entre las hadas salvajes no existe el matrimonio como tal, sino la vinculación. Las instituciones pertenecen a los civilizados.

—Perdona si no me creo que el único motivo por el que sigues casada con él es su poder. —La miro con una ceja arqueada—. Esto es muy desagradable de decir para mí porque te tenía por una ancianita sin libido, pero hay una parte en las memorias de *El Príncipe de Elyllon* en la que se narran tus gestas amatorias. Y Laertes las protagoniza todas.

—Fue bonito mientras duró. —Encoge un hombro.

—¿Puedo saber por qué empezasteis a llevaros mal?

Edel clava la vista al frente y sigue adentrándose en Turlough con la complicidad del bosque. Las ramas de los árboles le dan la bienvenida doblándose a su paso en una suerte de reverencia.

—Me ocultó información que afectaba a mi familia —resume con el bello rostro en tensión—. Y su defensa fue, no te lo pierdas, «yo debería ser tu única familia».

Cabeceo, dándole la razón.

—Dan ganas de mandarlo a la mierda, sí.

—No es tan fácil, pero se intenta. —Suspira.

—¿Qué te ocultó?

Edel se detiene de nuevo a medio camino entre el palacio de Elyllon y el Oráculo. Los árboles que nos rodean se inclinan hacia ella

como si les hubiera prometido un secreto y quisieran atender. La brisa le echa la melena dorada hacia atrás. En la verde vastedad del paisaje que enmarca su figura, su piel blanca y su mirada áurea destacan con una intensidad sobrenatural.

—Laertes lo sabe todo —explica con calma—. Lo único que no ve, lo ves tú, y yo puse a su alcance ese poder. Conclusión: no se le escapa nada. Es muy celoso de sus descubrimientos, y lo comprendo. Las únicas que tienen derecho a acceder a su mente son las sacerdotisas, y solo en su labor como cronistas. Yo era una de ellas cuando vio lo que cambiaría el curso de los acontecimientos: la guerra que acabaría irremediablemente con la dinastía de los Vygantas. No me lo dijo y no hizo nada para evitarlo. —Tuerce la boca—. Permitió que esa zorra se metiera, dando comienzo al principio del fin.

Pestañeo, sobrecogida por su confesión.

—¿«No hizo nada»? ¿Insinúas con eso que los videntes podemos... tomar cartas en el asunto?

—No. Sois una mente todopoderosa en un cuerpo de prestado. Vuestras manos no pueden emprender ninguna acción. Pero podéis usar las de otros —apostilla—, y yo habría cedido las mías con gusto si me hubiera dicho que estrangulando a Agrona nos habríamos evitado problemas.

Cambio el peso de pierna sin la menor esperanza de liberar la ansiedad que me provoca su tono fúnebre. Está escrito en sus ojos que, aunque ya no forme parte de la casta sacerdotal y no se lleve bien con Laertes, conoce historias que a mí se me escapan.

—¿Agrona? ¿La reina? ¿La madre de Dareon?

—La misma. No debería haber reinado, y ni mucho menos en un período tan oscuro de la historia de los confederados —murmura. Se da la vuelta, aunque aún sin retomar el paso—. Ya está muerta y, sin embargo, seguirá derramándose sangre por su culpa durante unos cuantos años más. Y la sangre de los más importantes.

No estoy de acuerdo en que haya unos «más importantes» que otros, pero si esa selección elitista me incluye a mí, tal vez deba empezar a preocuparme.

—¿No me vas a contar por qué lo dices?

Edel ladea la cabeza hacia mí.

—Tarde o temprano lo descubrirás. Incluso podrás ver lo que hizo con tus propios ojos.

—Bueno... A lo mejor no opino lo mismo que tú de su gestión política. Es bien sabido que las suegras se llevan mal con las nueras. —Levanto las manos en señal de disculpa cuando ella me fulmina con la mirada. *Definitivamente, esta no es mi Mariola*—. Perdón. No debería meterme donde no me llaman.

Por lo menos ya sé que tiene muy sensible el tema de la mujer con la que se casó su hijo; más o menos como todas las madres del planeta azul.

Edel se apoya en el tronco de un roble gigantesco para saltar un riachuelo. Cuando voy a hacer lo mismo, observo, patidifusa, que las ramitas de los extremos del cauce emergen a la superficie y se van entrelazando para levantar una especie de puente.

Sonrío con incredulidad.

—¿Eso es por mí?

—Te dan la bienvenida porque te estaban esperando —dice Edel, también orgullosa del efecto que tengo sobre la naturaleza—. En cuanto a lo de las nueras... Estaba contenta con las otras tantas pretendientas de mi hijo. Egren debería haberse casado con un hada de Turlough, tal y como establecen las normas, pero eligió a Agrona y cabreó a toda la facción de Trentia en el proceso. Menos mal que yo estuve allí para calmar las aguas, o el bosque habría roto su vínculo con la dinastía de los Vygantas. Habríamos perdido Elyllon antes de lo previsto...

—Uno no controla de quién se enamora, ¿no?

—Desde luego, él no pudo controlar que ella le hiciera brujería. —Aprieta la mandíbula—. No recuerdo del todo bien qué escribiste sobre la reina Agrona, pero no era trigo limpio, Diana. Y temo que llegue el día en que Dareon use la magia que heredó de ella.

—Eso no va a pasar —replico con serenidad—. Renunció a su relación con el Seir.

Edel me lanza una mirada estremecedora.

—¿Crees que es tan fácil huir de ellos? Si Lavanya la Bella quisiera

a Dareon, le bastaría con chasquear los dedos para tenerlo a su merced. ¿No has oído hablar de ella y de la Corte de las Pesadillas, de la que era emperatriz suprema? Su nombre significa «la calamidad» en cathàil antiguo. Lavanya y sus hechiceros son tan poderosos que deberíamos agradecerle a Kadesh y a sus predecesores que los arrinconaran en el sur de Aranrhod, alejados de la civilización, donde no pueden tomar partido en las decisiones políticas.

»En fin, no hablemos de temas tan inquietantes. Acompáñame.

Tomo la mano que me ofrece y dejo que me guíe por un sendero que desemboca en el claro donde se alza el Oráculo. Una lenta sonrisa se va formando en mis labios conforme me invade la familiaridad del entorno. Es increíble que un lugar en el que no he estado más de una vez despierte las mismas sensaciones que el abrazo de una hermana, el primer beso del enamorado o el recuerdo más feliz de tu vida. En mi caso no son muchos, pero este espacio es tan mágico que es como si los acumulara por docenas.

Un poco apartado respecto de la escalinata que da a la entrada del Oráculo, está Laertes sentado en posición de loto, con los ojos cerrados y las manos sobre las rodillas. Parece uno de esos forofos del yoga. Incluso va vestido con su túnica color agua para conmemorar la ocasión.

Abre los ojos en cuanto llegamos y los clava en mí.

Esa familiaridad que ya he sentido se intensifica por mil.

Todavía no tengo claro qué soy para él, si una especie de hermana, una madre, una esposa o una prima lejana, pero es evidente que un vínculo muy potente nos une.

—La próxima vez me gustaría que fueras capaz de venir tú sola. No debes temer al bosque. Eres su aliada y te protegerá —dice Laertes. Tiene una de esas voces calmas y carentes de entonación que, paradójicamente, concentran una emoción capaz de ponerte el vello de punta.

—Bonita manera de decirme que me largue —bufa Edel—. ¿No te vas a poner de pie para saludarme?

Laertes desvía la mirada hacia ella como lo haría un robot, sin apenas mover otro músculo facial. Solo ladea un poco la cabeza y

entrecierra los ojos para responder:

—Debe ser la primera vez que te ofende tanto que te reciba de rodillas.

Vale... Conversación privada a la vista.

—Tienes razón. —Edel se encoge de hombros—. Quédate donde estás.

—Eso era lo que pretendía. —Clava los ojos en mí—. Siéntate.

—Yo voy a recoger mis cosas —anuncia Edel.

—Muy bien —acepta sin mirarla.

Ella se queda de pie un momento, quizá esperando algún gesto o comentario de su parte. Uno positivo, a juzgar por la expresión de anhelo que se le olvida esconder. Termina apretando los labios y dirigiéndose al Oráculo de muy mal humor.

Solo cuando está a punto de desaparecer en el interior, Laertes le echa un vistazo con el rabillo del ojo y emite un suspiro tan sutil que me parece que lo he soñado.

Este va a ser un no-divorcio de lo más curioso.

—Lo primero de todo, me gustaría recordarte que me honra tu presencia. —Acompaña el comentario de una mirada autoritaria. Con eso me recuerda que, o pongo mi culo sobre la hierba, o cosas muy malas sucederán. Obedezco entre tropiezos y lo miro a los ojos—. Tendrás que disculpar mi falta de autocontrol la última vez que estuviste aquí. Estoy seguro de que comprendes la gravedad del hecho de que te hayan traído a la Confederación.

Qué elección de palabras tan curiosa. Digna de un Oráculo. «Tendrás que disculpar», una orden muy clarita que no se parece en nada a un «¿me perdonas por haber sido un borde el otro día?».

O le perdono, o le perdono.

—Sí, me pude hacer una idea cuando intentaron clavarme un cuchillo en la tráquea mientras dormía.

No parece impresionado, ni siquiera interesado en mi breve pero intensa descripción.

Continúa hablando al margen de mi comentario.

—Tienes derecho a enfurecerte porque pretendan usarte como herramienta política. Tanto la *dysys* como la *yahra* poseen el derecho a

mantenerse neutrales en toda clase de conflictos, y eso a ti te fue arrebatado en el preciso momento en el que comprometieron tus afectos.

—¿Cuál es la diferencia entre la *dysys* y la *yahra*? Supongo que tú eres la *yahra*.

No mueve la cabeza, pero sé que está asintiendo. Es una sensación muy extraña. No hace falta que hable, ponga una cara o haga un gesto para que yo sepa qué es lo que pretende expresar.

—La *dysys* es la vidente que construye la historia y la maestra del tiempo. La *yahra* es la profeta del futuro. Tú puedes moverte, fundamentalmente, en el pasado y en el presente, aunque con la influencia del Oráculo podrías llegar a conocer ciertos destinos. Yo solo puedo augurar lo que está por suceder, y como el futuro es cambiante, no suele ser una visión demasiado clara. Somos fuerzas complementarias. No existimos el uno sin el otro. He necesitado tu don para escribir sobre la Confederación y rellenar los espacios en blanco de muchos de mis sueños.

—Y si solo puedo leer el pasado y el presente en la mayoría de ocasiones, ¿por qué toda la Confederación se mata por mí y no por ti?

Laertes eleva las cejas oscuras tan levemente que ni siquiera lo parece.

—Porque lo que les da ventaja en el campo de batalla es conocer las estrategias actuales del enemigo, no cómo se resolverá el conflicto. Con mis visiones sabrían si obtienen o no la victoria, pero no el modo de conseguirla. Además... Yo poseo un cuerpo inmortal y un poder mental capaz de aniquilar ejércitos. Ir a por mí no sería muy sabio.

Al margen de su obvia falta de modestia, qué pregunta más estúpida acabo de hacer. Debo haber quedado como una lerda delante de este hombre, que no es un hombre, sino una especie de ser todopoderoso que, por mucho que diga que nos complementamos, está claro que se cree bastante superior.

—Por lo que sé, tienes dificultades para invocar las visiones. No me cabe la menor duda de que tu falta de control está relacionada con que no te hayan avisado hasta ahora de que son visiones. Deberían disculparse por haberte ocultado algo de suma de importancia.

«Deberían disculparse» (ellos), porque, por supuesto, Su Majestad El Pelosverdes no lo va a hacer.

—Yo creo que tiene que ver con que estoy deprimida. Ahora no se nota porque estoy entusiasmada, pero el estado de ánimo ha podido influir. Antes de eso no tenía problemas para concentrarme y... soñar.

Laertes se me queda mirando con fijeza. Al principio es hipnotizador, pero al cabo de un rato empiezo a sentirme incómoda.

—Tu cuerpo y tu mente son canales. Si los maltratas, es comprensible que las visiones se te escapen o te lleguen a medias. —*¿Me está regañando?*—. Tragas demasiada comida basura y bollería industrial, y percibo que tienes el ánimo crispado y el alma en conflicto. ¿Cómo has permitido que tonterías mortales afecten a tu don?

Si con «tonterías mortales» se refiere a mi divorcio, voy a cabrearme muchísimo.

—¿Vas a exigirme que deje la comida basura? Lo digo para desearte mucha suerte. A mí no me des órdenes, Laertes —le advierto—. Tú mismo has dicho que somos complementarios, que me necesitas para darle trabajo a esas tres hilanderas del destino que tienes, así que baja los humos. Que yo por lo menos he vivido muy bien sin ti estos últimos treinta y un años, y tú no puedes decir lo mismo.

Laertes ni se altera, y eso me altera a mí.

—Si la *dysys* no está a la altura de su misión vital, la *yahra* puede usar su potestad para buscar otro recipiente. En otras palabras, no me tomaría ni un segundo sacar tu alma de ese ridículo cuerpo tuyo y dejar que busque uno más consciente de su responsabilidad.

¿Ha dicho «ridículo cuerpo tuyo»?

—¿Tan consciente de su importancia como tú, engreído de mierda? ¿Es que te crees que vales más que yo?

Él ni se inmuta.

—El futuro se acaba convirtiendo en pasado en algún momento. También en presente. En cambio, el pasado y el presente nunca conforman el futuro. Naturalmente que valgo más que tú.

Lo dice con toda tranquilidad, el tío.

—Eso no es verdad. Tuve una visión de futuro cuando vine aquí por

primera vez.

—Porque estabas bajo mi influencia. Tu don se alimentó de mi poder. Por ti misma y fuera del Oráculo nunca conseguirías ver más allá del hoy.

—Mira, no sé ni qué hago aquí. Me voy a largar. No me gusta cómo me hablas.

—Permanece en el sitio.

Dudo bastante que me haya hechizado para que no pueda moverme. Esto de que me quede clavada en el sitio parece más bien el efecto menos interesante de su autoridad.

—Es normal que haya habido interferencias en tus visiones. Has olvidado cómo crear un remanso de paz y dirigir allí tu mente. Para que fluya la magia, debes vaciarte. Olvidarte de tu humanidad. Quedaros solamente tu energía y tú. Debes sentirla corriendo por tus venas.

Si hubiera venido a decirme algo así hace unos años o incluso unas pocas semanas, me habría reído en su cara. Pero la verdad es que últimamente me he podido dar cuenta de que así es como se siente viajar a una dimensión que ya no existe: a una que ha quedado archivada en el rincón de la memoria del mundo. Solo en momentos de desconexión ha logrado imponerse la ligereza que necesita mi cuerpo para volar.

—¿Cómo hago eso? —pregunto con un hilo de voz.

—Puedes viajar a donde quieras. Puedes adentrarte en los rincones más íntimos de la mente y del corazón de los hombres. Basta con concentrarte en la criatura a la que desees...

—Cotillear —termino por él. O no le hace gracia la broma, o no lo pilla—. No sabía que podía hacer eso. Creía que las visiones eran aleatorias.

—Y lo son si no te esfuerzas. Las visiones no son algo que puedas acallar o que vaya a desaparecer nunca, pero puedes conocer el pasado de alguien concreto si así lo quieres. Ayuda usar objetos que haya tocado o le pertenezcan, establecer el contacto físico o traer a tu mente un recuerdo relacionado.

—Eso explica por qué solo sueño con Vikram. No es que esté

obsesionada, sino que forma parte de mi don —murmuro, aliviada. Laertes me escucha y observa con atención. Parece que no le gusta lo que digo, pero no comenta nada al respecto.

Cojo aire y lo suelto antes de cerrar los ojos como me indica.

—Tienes poder sobre tu don, pero el don también puede dominarte. Incluso si no lo quieres, habrá momentos en los que verás escenas que no has invocado, a criaturas que no conoces... Y esas, las que no puedes controlar, serán las visiones de las que deberás informarme, porque son las que conciernen al destino de nuestro mundo.

Asiento con la cabeza.

—Pruébalo ahora. Trata de invocar un recuerdo o un momento.

—¿Qué? ¿Ahora? ¿Contigo mirando? No sé si puedo con esta presión.

La presión no es nada comparado con su cara de «haz lo que te ordeno».

Cierro los ojos por el placer de perderlo de vista y sigo las indicaciones que me va dando.

Visualizo a la persona en la que deseo concentrarme. Dudo en ese punto, porque mi primera opción era Vikram, pero enseguida me echo para atrás. No quiero convertirme en una *voyeur* de la vida de alguien que guarda con tanto celo su historia. Siento que estoy profanando algo sagrado. Y no es mucho menos sagrado profanar el pasado de Laertes, pero lo escojo para evadirme por el placer de meterme un poco en sus asuntos.

No debe ser lo bastante poderoso para blindar la entrada, porque en cuanto termino de seguir sus instrucciones —*respira hondo, visualiza tu meta, concéntrate en ella y deja la mente en blanco*—, consigo lo propuesto: me dirijo, volátil y ligera, hasta un paraje encantador.

Me arrepiento en cuanto lo primero con lo que me topo es con Edel quitándose una especie de batín semitransparente. Y no es que yo tenga un trauma con los cuerpos femeninos: mi hermana Elsa va por ahí en bolas y tengo bastante asimiladas las partes de la anatomía mujeril porque también me he visto en un espejo.

Pero si van a ponerse a retozar, prefiero no verlo.

—Joder —espeto, volviendo de golpe a la realidad—. Mala idea.

Voy a intentarlo de nuevo, ¿de acuerdo?

—Como gustes.

Esta vez el blanco es sencillo: ese capullo escurridizo de Dareon que ha estado evitándome durante casi dos semanas, y para colmo después de que intentaran matarme. He estado pensando en que a lo mejor es porque se siente ridículo. Quedó como el último monigote del panorama cuando se desveló que yo no era «la creadora», la *dysis* con «i». Y es verdad que es lo bastante arrogante y orgulloso para que algo así le toque la moral. Pero ¿qué culpa tengo yo?

Cierro los ojos y me concentro en Dareon. En lo suaves que son sus manos, en cómo me miró, casi como si me quisiera, cuando me puse de pie sobre la cama y le ordené que me contara sus planes: en la resignación de su semblante mientras bailábamos y yo me atreví a sacar a colación su enfermedad. Tengo tantos recuerdos que su imagen aparece nítida, como si lo tuviese delante.

Dentro de mi piel más elástica, fuerte y capaz de aguantar un viaje espacio-temporal, aparezco en su habitación. La sonrisa de orgullo por haber logrado invocar la visión se desvanece de un plumazo en cuanto veo a Dareon metido en la cama. Está tapado hasta los huesos de las caderas. Unas vendas manchadas de sangre le rodean la cintura y el pecho. Su pelo reposa, carente de su brillo natural, sobre las sábanas celestes.

Respira con dificultad. Vuelve a tener los labios cortados y cerúleos y las sienes surcadas por venas azules.

Agarra algo en la mano que no consigo ver.

—No voy a morir —murmura con los ojos cerrados—. Todavía no.

«Por supuesto que no».

Me cuesta apartar la mirada horrorizada de Dareon y fijarme en Vikram, que lo asiste al otro lado de la cama. Seca el sudor de su frente y lo arropa con cuidado, ocultando a duras penas la ansiedad que le provoca la situación.

«Hay que cambiarte las vendas y aplicarte el ungüento».

—No tienes por qué hacer eso —consigue balbucear—. Se me pasará. Siempre se me pasa.

—Pero cada vez estáis peor, alteza. Esta recaída está durando

demasiado —se lamenta otra de las hadas que lo asisten. Es pequeñita (no más de un metro cuarenta), lleva un moño tan grande como su cabeza en la coronilla y tiene la piel rosada—. No sé qué más hacer.

—Se me pasará, maldita sea —sisea—. Largaos de aquí. Todos menos Vikram.

«Todos» son una pareja de hadas del tamaño de la que ha intervenido. Sé quiénes son, y no porque las haya visto antes, pues Dareon solo las llama cuando es estrictamente necesario y acuden a su encuentro en la más absoluta clandestinidad, sino porque escribí sobre ellas. Se conocen como las curanderas y vienen del bosque de Namara.

—Trae a Edel —ordena con voz pastosa—. Estoy demasiado débil para viajar solo, y necesito verla.

Vikram aprieta la mandíbula. Por un momento me quedo prendada de la rabia y el dolor que atraviesa su semblante. Intenta que no se refleje cómo se está sintiendo, pero las emociones son superiores por mucho al autocontrol.

«No estás en condiciones».

—Vikram. —Dice su nombre con un tono hostil que no le reconozco —. Si no la veo, me moriré... y lo sabes.

Él sabe que, si no la ve, se morirá, y yo de pronto caigo en la cuenta de que no estoy viendo el pasado ni el futuro, sino el presente: de que esa semana y media que ha durado mi confinamiento es lo que ha durado su recaída, y comprendo de golpe las evasivas de Vikram.

Cuando enferma, Dareon no quiere que nadie lo sepa. No quiere mostrar debilidad. Quizá en palacio se hable de su amante humana porque justifica sus prolongadas ausencias bajo la excusa de que va a visitarla, cuando en realidad solo se muere un poco más.

Me obligo a volver en mí misma, tan tensa que siento que me voy a romper. Justo en el momento en que mi alma y mi cuerpo vuelven a fundirse, aparece Edel con un macuto colgando del hombro y los ojos enrojecidos, quizá de haber estado llorando.

—Ya no hay rastro de mí en tu dormitorio —anuncia con indiferencia—. No tienes que preocuparte de...

—Dareon está enfermo —interrumpo con pavor.

Ella me mira con el ceño fruncido. Seguro que iba a decir que ya le

consta, que lo sabe todo el puñetero mundo, pero no tarda en descifrar que quería decir que está *más enfermo*.

Masculla una maldición por lo bajo.

—Debería haberlo supuesto. Solo desaparece por un motivo... Vamos. —Me hace un gesto hacia la entrada del bosque—. Si lleva enfermo desde que volvió del Oráculo, debe ser grave.

30

Uno de los beneficios de ser Edel, aparte del pelo Pantene y el ex buenorro, es que puedes presentarte donde y cuando quieras sin necesidad de avisar. Los guardias ni hacen el amago de pedirle que se mantenga al margen cuando casi tira abajo la puerta de dormitorio de Dareon.

Está claro que la gente se conoce muy bien la jerarquía social y quién está en la cúspide.

Al principio me parece maravilloso irrumpir como si nada, pero no tardan en comerme la ansiedad y la culpabilidad cuando me topo con un Dareon postrado.

Estaba furiosa porque no me lo hubiera dicho. He atravesado el bosque de Turlough secundando las maldiciones y palabrotas de Edel. Pero ahora sé que solo era una manera de ocultar cómo me siento verdaderamente. El miedo y la preocupación me llenan los ojos de lágrimas cuando Dareon ladea la cabeza con mucha dificultad hacia nosotras. Aún le queda energía en el cuerpo para que en sus ojos chisporrotee —aunque algo apagada— su rabia.

—¿Qué hacéis aquí?

—La pregunta debería ser qué hacíamos que no estábamos aquí desde hace rato —interrumpo yo. Un sollozo me quiebra la garganta y, con unas confianzas que no me ha dado, me permito arrodillarme al borde de su cama y abrazarlo—. ¿Por qué no me lo habías dicho? Entiendo que lo ocultes de tus súbditos, pero no de mí. Me prometiste que serías honesto.

Dareon intenta sonreír con los labios resecos.

—No podía levantarme e ir a avisarte, querida —responde con buen humor.

—¡Vikram podría habérmelo contado! —Y levanto la cabeza para mirar por primera vez al aludido, que aguarda de pie junto a la cama con ese desquiciante aire imperturbable—. ¿Por qué coño me lo has ocultado? ¡Te pregunté por él tres veces!

Vikram no responde a mi reproche. Ni se inmuta. Por lo menos en apariencia, porque intuyo que debajo bulle de rabia.

«Tenía órdenes de no mencionar el estado de Su Alteza hasta que se recuperase por completo».

—A mí no me afectan las putas órdenes generales, ¿te enteras? Métetelo en la cabeza para la próxima vez —le espeto. Agarro la mano de Dareon y vuelvo a él con la intención de darle toda mi atención.

Es increíble cómo la enfermedad causa estragos en las hadas. Si los humanos ya nos vemos feos y asquerosos durante nuestras gripes, las hadas se apagan. Su piel se oscurece, sus ojos también. Parecen una criatura distinta.

—¿Qué es lo que ha desencadenado esto? —tartamudeo. Lo palpo por todas partes, buscando alguna herida—. ¿Por qué estás así? ¿Tiene algo que ver con Laertes? La última vez que te vi bien fue cuando volvíamos del Oráculo.

—No lo creo —interviene Edel, revisando con horror las vendas empapadas. Sangra sin ningún motivo aparente. Es uno de los síntomas de la enfermedad, que se intensifica por periodos—. Laertes no tiene ningún poder sobre los cuerpos ajenos.

—Pero sí lo tuvo sobre el suyo cuando usó la mano para mandarlo al suelo —recuerdo con amargura—. Te vas a poner bien, ¿verdad?

Dareon me mira con sus preciosos ojos amarillos.

—Créeme, hoy no es el día. —Y medio sonríe, lo que le cuesta un esfuerzo de voluntad que valoro y recompenso lanzándome a abrazarlo de nuevo.

—La próxima vez, dímelo. —Le planto un beso en la mejilla rasposa. Su piel ha dejado de ser de seda para asemejarse al papel de lija—. No sé qué haría si te pasara algo.

Y es cierto. Incluso cuando decidí que dejaría de escribir, el corazón se me partió por lo que significaría: no más aventuras de Dareon, ese Dareon con el que soñaba despierta, dormida, en compañía y a solas; ese Dareon que estaba ahí para susurrarme al oído su historia, para alejarme de mi vida transportándome a su intenso presente.

Lo conozco desde que yo tenía ocho años. Hemos crecido juntos. Me ha desvelado muchos de sus secretos y yo le he usado como excusa para no enfrentar una realidad que se me hacía insoportable. Es una parte tan grande de mi vida que, ahora que sé que existe, no puedo ni

pensar en perder.

—Te diré lo que harías. Emborracharte en el salón, reírte en la cara del rey de Aranrhod, insultar a mi guardaespaldas, que resulta que es el hombre más temible de toda la Confederación, y alegrarle el día a alguien como me lo alegras a mí. —Aprieta también mi mano—. Pero puedes estar tranquila, porque todavía falta tiempo para que te libres de mí. Solo necesito un poco más de esas panaceas que fabrica Vikram y la magia de Edel.

—Claro que sí. Medicinas —repito para mí misma. Levanto la cabeza hacia Vikram, que nos observa con la cara oculta entre las sombras—. ¿Qué es lo que tienes que traer? Yo misma iré.

«No es necesario».

—Si no es necesario es porque vas a moverte tú, supongo, y si eso es así, te veo muy quieto.

Creo que es evidente que no se me da bien mantener la calma en situaciones de alta tensión. Incluso si Dareon jura que no va a morir hoy, no puedo deshacerme del nudo de congoja que se ha instalado en mi pecho. Tengo ante mis ojos a un maldito moribundo, y no ayuda que mi mente ande asociando al Dareon enfermo con el Dareon cadavérico de aquella visión de futuro. Y cuando digo que no ayuda, digo que no me ayuda ni a mí ni a Vikram, que por estar involucrado en esa dolorosa escena que he intentado borrar de mi cabeza por todos los medios, va a recibir todos mis gritos.

Por suerte, Vikram se da la vuelta y desaparece.

Un suspiro me ayuda a aligerar la carga sobre los hombros.

—Has sido un poco dura, ¿no te parece? —se queja Dareon, fijándose en mi expresión de horror.

—Es que no sé qué hacía ahí como un pasmarote, ni… Estoy preocupada. Y enfadada. No entiendo por qué no me ha dicho nada. He pasado unos días muy malos.

—¿Muy malos? —Dareon eleva una ceja con cierto deje burlón—. No tan malos si Vikram se presentó aquí ayer oliendo a ti como si se hubiera puesto tu ropa. Entre nosotros, me parece que es bastante improbable que le cupieran tus mallas.

Por un momento consigo olvidarme de que está postrado y me

ruborizo. Dareon no parece mosqueado, sino más bien divertido.

—No sabía que estabas enfermo cuando nos... *encontramos*.

—¿Encontrasteis? —repite Edel, entre alarmada y muerta de curiosidad—. ¿Has tenido algo con Vikram? ¿Estás loca?

—En la Tierra gustan mucho los hombres así —me defiendo.

—En la Tierra no hay hombres así, no digas tonterías, niña. Se llevan los tíos con las piernas como bastoncillos para los oídos, tupé y cincuenta litros de colonia. Lo sé porque he vivido allí —me reprocha Edel—. ¿En serio? ¿Vikram? Desde luego, no te va a recordar nada a Roberto...

—¿Roberto? —repite Dareon, perdido.

—Su exmarido —explica Edel.

—Ah. Ese gilipollas.

—Sí. El gilipollas.

Pestañeo por si acaso Dareon hubiera dejado de tener el aspecto de un moribundo en las últimas de su vida. Y resulta que no, por lo que mi duda queda totalmente justificada:

—¿Por qué estamos hablando de eso en un momento como este?

—Diana, paso postrado en esta cama unos cien días al año. Forma parte de la enfermedad... o de la maldición. Créeme, no es para tanto —masculla entre dientes. Se intenta reacomodar en la cama, y solo eso le supone un sufrimiento inimaginable.

—Deja que te ayude.

—No es necesario, puedo yo... solo... —La mandíbula se le desencaja y se le saltan las lágrimas al incorporarse. Me mira con los ojos inyectados en sangre—. Te lo he dicho porque quiero que sepas que me parece bien, y que... que me alegro.

—¿Que te alegras? ¿De qué?

—De que Vik y tú tengáis a alguien. De que os tengáis mutuamente, mejor dicho. Temía que hubieras malinterpretado... —Me mira arrepentido, y deja ir un suspiro—. En realidad, temía que hubieras interpretado mis atenciones como lo que eran, intentos de traerte a mi terreno, porque en realidad las insinuaciones no iban en serio.

El corazón se me acelera.

—¿Qué dices?

—Creo que no he sido honesto contigo, Diana. Cuando apareciste... Sabes que te necesito, siempre he sido sincero respecto a eso —se apresura a decir—, pero en ciertos momentos me comporté contigo como si fuera a ofrecerte algo más que mi respeto y mi amistad, y me preocupaba excederme. No quiero llamarlo manipulación, pero sí di lo mejor de mí para convencerte de que te quedaras.

—Dareon —interrumpo, alarmada—, esto suena sospechosamente a la confesión de un condenado a muerte. No me pidas disculpas cuando estás enterrado en vendas si no quieres que me tema lo peor.

Dareon se atraganta con una carcajada y empieza a toser.

—Lo digo de corazón, Diana. Me divertía cómo reaccionabas a mis... Y me recordabas a... Me recordabas a alguien que conozco y en quien pienso frecuentemente —reconoce con una expresión extraña que no sé si catalogar de tierna o de condescendiente—. Pero debería haber sido franco desde el principio y no haber jugado con tus sentimientos.

—Puedes jugar con mis sentimientos todo lo que quieras —suelto sin pensar—. Quiero decir... No estarías jugando con mis sentimientos. Olvidas que, por muchos secretos que me escondas, te conozco como a la palma de mi mano. Sabía que solo estabas siendo amable. Tal vez amable en exceso, lo suficiente para confundirme, vale, pero siempre he sabido que no había nada entre nosotros. ¡Ojalá todo el mundo me tratara como tú!

—¿Es que Vikram no te trata bien? —pregunta con severidad.

—Olvídate de Vikram —balbuceo, colorada—. No va a pasar nada. Nada más, quiero decir. No estoy preparada para embarcarme en una relación con nadie, y él y yo no podemos ser más distintos, y... Mierda, ¿dónde se ha metido este? ¿Por qué tarda tanto? Debería ir a buscarlo.

—Tiene su colección de hierbas y remedios en su dormitorio. Me suena que has estado por ahí, así que conocerás el camino —dice con cierto regocijo—. En realidad, te agradecería que me dejaras a solas con mi abuela. Necesito privacidad para hablar con ella.

Me sigue chocando que llame «abuela» a una mujer que en la Tierra no aparenta más de veinticinco años, pero supongo que es cuestión de

acostumbrarse.

Algún día superaré la brecha cultural.

—Como quieras. —Me inclino para dejar un beso rápido sobre su frente—. Por favor, no sufras demasiado mientras vuelvo.

—Estaré como nuevo. En unos días comienza el primer barrido de la Justa Real y tengo que asistir, así que encuentra algo que me sirva..., bonita. —Y me guiña un ojo.

Y yo me derrito, porque no soy de piedra.

Cuando ya me he levantado, Dareon me coge de la mano. Sus ojos brillan como estrellas.

—¿Qué pasa? —pregunto, alarmada.

—Puedo contar contigo, ¿verdad? Como creadora o como vidente... Te tengo de mi lado.

—Por supuesto que sí. Siempre.

—Nunca digas siempre —me advierte con las cejas enarcadas.

—Entonces, lo que dure nuestro «siempre» —corrijo, con una pequeña sonrisa. Él me suelta visiblemente satisfecho.

Salgo del dormitorio y cierro la puerta detrás de mí.

Mi intención es echar a correr pasillo abajo, pero una corazonada me retiene unos segundos con la espalda contra la pared. Ladeo la cabeza hacia la habitación que he abandonado con un extraño presentimiento.

Escucho con total nitidez las dos voces.

—¿Estás preparado?

—¿Y cuándo no? —dice Dareon—. Llévame con ella.

Solo tres palabras y ya me tiene temblando de curiosidad. Quiero pegarme a la puerta y seguir escuchando, pero uno de los guardias me dirige una mirada de censura y no me queda otro remedio que abortar misión. Tengo que preguntar a dónde ha ido Vikram y cómo dirigirme al sitio antes de bajar una serie infinita de escalones.

Que no me pregunten a mí por cuestiones de reparto y logística, porque de eso sé más bien poco, pero me parece una mala idea que el dormitorio de un guardaespaldas no solo no esté al lado de la persona a la que protege, sino que se encuentre en la otra punta del palacio.

Cuando llego al oscuro corredor que conduce a la habitación de

Vikram, freno en seco. Tiene la espalda apoyada en la pared, y parece esperar con impaciencia.

La rabia me sube por el estómago y estalla en mis labios al espetar:

—¿Qué estás haciendo? ¿No ibas a buscar un remedio?

Vikram se estira cuan alto es y me enfrenta como si quisiera amedrentarme. Casi lo consigue dirigiéndome una mirada turbia.

«Lo que Dareon necesita no figura entre mis remedios».

—¿Cómo vas a saberlo si no te has molestado en buscar una cura?

«Lo sé porque solo con ayuda de Edel puede sobreponerse». Entrecierra los ojos y da un paso hacia mí. «¿Por qué? ¿Te da mucha pena no ser tú quien lo salve?».

—¿De qué estás hablando? Claro que no. Lo que me da rabia es que no te muevas. Seguro que hay algo que puede hacérselo más llevadero. Seguro que hay...

Vikram pone la mano sobre la puerta del dormitorio para que no entre. Intento repetirme que no me conviene cabrearlo, pero el enfado sale a borbotones.

—¿Cuál es tu problema? ¡Déjame pasar!

«¿Quieres entrar a buscar algún remedio? Adelante. Pero insisto en que su curación solo depende de otra persona, y lamentablemente no eres tú».

—¿Cómo que «lamentablemente»? —Inflo el pecho con orgullo y lo aparto para empujar la puerta—. Pues ¿sabes qué te digo? Que sí que voy a ver qué tienes. Si tú no haces nada, no te importará que lo hagamos los demás.

Vikram pone un pie en medio para cerrarme el paso. Lo fulmino con la mirada.

Su gesto es muy parecido.

«¿Cómo te tengo que decir que mejorará ahora que se ha quedado con Edel? No piensas con claridad cuando se trata de él. Pierdes la maldita cabeza».

—Dareon me importa. Lo siento si no puedes decir lo mismo, pero para mí él es...

«No sabrías qué hacer sin él. Ya», ataja con sequedad. «Y puede jugar con tus sentimientos todo lo que quiera, ¿no?».

—¿Estabas escuchando la conversación? —jadeo, indignada.

«Tengo unos oídos muy finos».

El instinto me impulsa a retroceder hacia el fondo del pasillo. Él avanza hacia mí como un cazador, despacio y alerta; concentrado en su presa.

—Pues quizá te habría convenido afinarlos más para escuchar el final de esa charla. —Doy un respingo cuando mi espalda choca con la pared—. ¿Qué te pasa? ¿A qué viene esta actitud tuya?

«Estás muy equivocada si crees que puedes jugar conmigo, Diana». Apoya una mano grande y crispada a un lado de mi cabeza. Empiezo a sudar. «Deberías haberte pensado antes lo de ponerme un dedo encima si vas a seguir revoloteando alrededor de Dareon. Yo ya no juego en segunda línea, ¿me has entendido bien?».

Pestañeo sin dar crédito.

—¿Se supone que estás celoso? ¿Celoso de Dareon? —Por poco sentido que tenga, el corazón se me encoge de emoción. Enseguida me abofeteo para mis adentros y me pongo a la defensiva—. ¿Quién te has creído que eres para montar una escena de este calibre? Yo a ti no te he prometido nada para que me... acorrales y me intentes asustar.

«Será la primera vez que te molesta que te acorrale».

—Te estás comportando como un estúpido, y creo que ya eres bastante mayorcito y maduro para ahorrarte actitudes de este tipo. Es comprensible que me preocupe por Dare, y... —Levanto las dos manos —. Mira, ni siquiera voy a darte explicaciones. Si estás tan emocionalmente atrofiado como para no comprender que me preocupe por alguien que quiero, no es mi problema.

«¿Y por qué no intentas hacérmelo entender?».

—¡Porque ya deberías entenderme! —exclamo, al límite de la paciencia—. ¡Tú también te preocupas por él! ¡Lo he visto!

«¿Lo has visto?».

Cojo aire.

—Sí, lo he visto. Y he visto también algo muy revelador que explica por qué te cabreas cada vez que me acerco a Dareon. ¿Qué pasa, es que te da miedo que lo elija sobre ti como tu madre eligió a tu hermano hace tiempo?

Me arrepiento de haberlo atacado en cuanto abro la boca, pero es demasiado tarde para arreglarlo. Su gesto entero se ensombrece al acercar la cara a mí.

«¿Y qué más has visto?».

Mi intención es soltarle que no es de su incumbencia, pero su mirada me convence de desnudar todos mis secretos... y los suyos.

Trago saliva, inmóvil.

—He visto que Jorghen el Hacedor, te tenía encerrado y encadenado. —Cojo aire y lo suelto muy despacio—. He visto que tuviste que matar a tus hermanos ante la reina Agrona. He visto cómo... cómo... aniquilabas con magia a los bandidos que intentaron acabar contigo y con tu madre.

«Sabes muy bien que no eran bandidos, sino soldados».

Yo no digo nada. Su mirada se intensifica. Hay una oscuridad en el fondo de sus ojos que me encoge las entrañas.

«¿Y qué es lo que sacas en claro de todo eso?», inquiere. «¿Cuál es tu opinión sobre cómo los maté, y sobre cómo ellos me mataron a mí?».

No lo han matado porque está muy vivo. Nunca he sentido a alguien tan vital y cálido como lo siento a él. Pero es un buen un recurso poético para expresar que o le partieron el corazón o doblegaron su espíritu. O quizá las dos cosas.

—Yo no estoy aquí para opinar, solo para ver y transmitir —logro articular con relativa serenidad—. Quítate de en medio, Vikram. Empiezo a cansarme de tener que pedirte que me dejes tranquila.

«¿Y si de verdad tuvieras que elegir?», me sorprende preguntando. «Entre él y yo».

Levanto la barbilla y lo enfrento, entre confusa y cabreada.

—¿Por qué tendría yo que elegir? Estáis en el mismo bando, y lo que siento por cada uno de vosotros es diferente, y... ¿Cómo puedes sugerir eso? ¿Tú, precisamente, que sabes lo que duele tener que escoger?

«No, no lo sé. A mí nunca me ofrecieron alternativas. A ti. ¿A quién escoges, Diana?».

Sacudo la cabeza, incrédula.

—¿Es una pregunta trampa? ¿A qué viene esto? ¿Sigue teniendo que ver con tus celos? Porque, de ser así, no sé qué te importa. Nos hemos besado dos o tres veces, y se supone que tú ni siquiera puedes sentir placer o dolor. Me dijiste que tu cuerpo estaba diseñado para no experimentar la menor sensación. Para ti ha debido ser un juego.

«No puedo sentir placer ni dolor», me concede, «excepto si viene de tus manos».

Hay un pequeño silencio en el que me da la impresión de que el mundo se pone del revés.

—¿Cómo? —atino a musitar.

Él me coge de las muñecas, todavía con el rostro contraído por la rabia y el dolor.

«Solo siento tus caricias». La ternura cruza fugazmente su expresión antes de regresar a la hostilidad del principio. «No soporto que toques a otro. No quiero que toques a nadie más».

Me cuesta salir de su embrujo.

—P-pero eso n-no dep-depende de ti —tartamudeo. Retiro las manos del encierro de las suyas y las pego a mis caderas, lejos de su alcance—. Y tampoco es creíble, ni posible que... Debe haber algún motivo por el que eso sea así, si es que de verdad lo es, si es que... —Trago saliva, de repente mareada—. Por favor, déjame ir. Me estás mareando.

Vikram no se mueve enseguida. Observo en sus ojos, que no me atrevo a mirar directamente, la responsabilidad del dilema que tiene delante. Ni siquiera puedo empezar a imaginar qué es lo que le pasa por la cabeza.

Al final se aparta, tan rígido que podría partirse. Yo me impulso desde la pared y echo a andar tan rápido como me lo permiten las temblorosas piernas.

«Excepto si viene de tus manos», ha dicho.

Resisto el impulso de mirármelas, por si acaso descubriera algo nuevo en las líneas de las palmas, y en su lugar las cierro y trato de ocultarlas de mi vista.

«No puedes tenernos a los dos», retumba en mi cabeza.

Me detengo justo en la mitad del pasillo y me giro para mirarlo. Él

está de perfil a mí, con la mitad del cuerpo oculto entre las sombras. Diría que parece temible, pero por primera vez no lo veo como la bestia invencible que todo el mundo piensa —y sabe, porque no les falta verdad— que es. En este momento solo me parece un hombre más, porque, al final del día, todos los hombres, poderosos y guerreros por igual, son impotentes frente a las decisiones que toma el resto... y frente a sus propios sentimientos.

Extiendo los brazos en un gesto que espero que interprete como modesto.

—Yo nunca he querido tener a nadie —confieso con la voz quebrada—. Ni siquiera quise venir aquí o acumular todas estas responsabilidades. Pero ya que insistes en ponerme en este aprieto... —Cojo aire y me preparo mentalmente para aclarar—: Eres el único en este lugar que cree que me tomaría más de un segundo elegir a Dareon sobre cualquier otra criatura.

Él solo coge aire y lo mantiene un segundo en los pulmones.

Asiente, despacio.

«No lo dudaba. Solo quería oírtelo decir».

—¿Y por qué querrías oír algo así? —murmuro, con un hilo de voz.

«Hay que erradicar las esperanzas antes de que se conviertan en una debilidad».

Ahora soy yo a la que le toca quedarse donde está, fría como un témpano.

No siento que deba dar ninguna explicación. Una parte de él todavía me da miedo, le he visto cometer crímenes, sigo dudando de su verdadera naturaleza y siento que se me escapa un secreto importante. Sé que puede ser tierno, que puede ser mortífero y que fue una vez una víctima, pero eso no basta para poder decir que lo conoces. Y no saber quién es me desconcierta y me inquieta a partes iguales.

Vikram no me deja abrir la boca. Pasa por mi lado en completo silencio y desaparece escaleras arriba.

Y yo me quedo en medio del pasillo, notando un incómodo pitido en los oídos y un sabor metálico y repugnante bajo la lengua: el que se les queda a las hadas en la boca cuando sueltan una mentira.

Pero yo no he mentido.
Elegiría a Dareon...
¿Verdad?

31

No le he visto el pelo a Vikram en casi una semana. Y no es que lo haya echado de menos, porque Dareon se recuperó mágicamente en cuanto Edel hizo su magia secreta y me pidió que lo ayudara con todos los preparativos para «la primera justa eliminatoria», como he decidido llamar al torneo previo a la Justa Real.

—¿Qué te parece el venado para el almuerzo? —me preguntó en una de las ocasiones, revisando un largo pergamino de posibles platos. Enseguida se pasó la mano por la cara, donde lucía una sonrisa incrédula—. No me puedo creer que esté organizando esto para complacer a Kadesh.

—Podría ser peor —le dije. Él bajó el pergamino y me miró a la espera de que lo iluminase con una posibilidad más denigrante. No tardó en ocurrírseme una—. Podrías tener que recoger las cenizas de tus familiares.

Por lo menos con Kadesh te ahorras el crematorio, que por lo que sé es bastante caro. Mi madre estuvo quejándose una semana del pastizal que le había costado velar e incinerar a uno de sus tíos abuelos, uno que ni siquiera le caía bien. Claro que hay una gran diferencia entre la responsabilidad familiar y las obligaciones de un príncipe vasallo para con su rey. Un rey que, de todos modos, no va a asistir a esta primera justa eliminatoria.

—Tienes razón. Por lo menos me servirá para echar un vistazo a los soldados de la zona. Quizá pueda reclutar a algún sureño diestro y descontento —comentó como si tal cosa, volviendo a repasar el menú —. ¿Qué tal la sopa de almejas? Mejor no. Sería traer los sabores de Windhalm a mi mesa, y me dan asco las salsas marinadas.

Me lo quedé mirando turbada.

—¿Reclutar sureños, has dicho? Pensaba que tu ejército iba a estar formado por exiliados.

—Y así es. —Asintió sin mirarme. Cruzó las piernas y continuó tachando posibilidades con una larguísima pluma índigo de pavo real —. Pero el de exiliados es el ejército de la emboscada, no el que voy a llevar en primera línea. Si quiero que Kadesh me declare la guerra,

voy a tener que transmitir la imagen de ejército débil y príncipe impetuoso que no piensa demasiado las cosas. Como se entere de lo que estoy organizando en la Tierra, no dará un paso en falso.

—Pues mejor, ¿no? ¿Tienes que ir a la guerra sí o sí?

Dareon bajó el pergamino otra vez y me enfrentó.

Parecía mentira que hubiera estado encamado apenas unos días antes. En ese momento ofrecía un aspecto impecable y arrebatador. Llevaba el pelo atado sobre la nuca gracias a dos gruesas trenzas que salían de las sienes, un traje verde agua cerrado al pecho con hilos de plata y una capa de raso esmeralda.

—Ahora mismo se da por hecho que nadie puede disputarle el poder a Kadesh, y eso es peligroso. Nadie debería ser invencible. Y para eso estoy yo, para demostrarle que no ganará siempre y que sus acciones del pasado tendrán consecuencias.

—O sea... que quieres que se sepa que el invencible eres tú.

—A mí me vencerá la muerte —comentó con tranquilidad—. Nadie me ha visto jamás como una amenaza real, y por eso soy el indicado para levantar a la gente. No me daría tiempo a convertirme en un tirano y someter a toda la Confederación, idea que, de todos modos, no me atrae demasiado.

—¿Ah, no?

—Si ya da trabajo un principado, imagina tres estados más. —Abrió los ojos dramáticamente. Con eso consiguió que dejara de estar a la defensiva y me riera—. Y, ahora, ayúdame a mirar los menús.

—¿Qué te gusta?

—La pregunta es... ¿qué te gusta a ti? —Arqueó una ceja y torció la boca al decir—: A mí todo me sigue sabiendo a algas. Es uno de los efectos secundarios de las recaídas.

—¿Uno de ellos? ¿Cuáles son los demás?

—Fragilidad en las articulaciones, dolores de cabeza, bajadas de tensión... y pesadillas. —Suspiró—. Pero lo compenso con un estupendo período de energía y vitalidad. A la gente le cuesta seguirme el ritmo —agregó con orgullo.

Yo también sonreí al verlo tan contento.

—Magia —dije, como toda excusa—. Es eso lo que te ha curado,

¿no?

Su sonrisa se tambaleó, y así supe que iba a contestarme con una evasiva.

—Algo así.

Bingo.

—¿Desde cuándo tienes secretos para mí? —rezongué.

—Todo el mundo tiene secretos. Lo único que te oculto es personal e inofensivo, así que no puedes tenérmelo en cuenta —expresó con suavidad. Al ver que no me convencía, se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre los muslos—. Hay cosas en esta vida con las que sientes deseos de gritar, que quieres contarle a todo el mundo hasta que pierdan el encanto y se te olvide por qué te emocionaban tanto. Pero hay otras que te pertenecen y no quieres ni que entren en contacto con el aire. Ni que te rocen los labios. Y todo porque lo que permanece en secreto corre muchos menos riesgos de morir bajo el peso de la realidad.

—Eso te ha quedado muy bonito, pero me sigue molestando que seas críptico. Además, os oí —agregué, ya sin vergüenza. Con Dareon nunca la he tenido demasiado—. Le pediste a Edel que «te llevara con ella».

—Diana... —Suspiró de nuevo. No parecía tan decepcionado como exasperado por mi curiosidad. Se reclinó de nuevo en el asiento y clavó la vista en la cúpula transparente del techo, que daba a un cielo de esponjosas nubes blancas. Justo cuando pensaba que no iba a continuar, explicó—: Hay alguien que posee una parte de mí.

—¿Es metafórico?

Dareon sonrió con amargura.

—No. La posee de verdad. —Lo dice con tanta resignación, rabia y a la vez pasión que me conmueve hasta los huesos—. Todavía no he muerto gracias a eso. Cuando voy a verla, a esa... criatura, es como si la parte de mí que custodia, la sana y fuerte, lograra imponerse a la enferma. Es un chute de energía, dicho de manera informal.

—¿Y cómo es eso posible? Yo no sabía nada. ¿Por qué me entero ahora?

—Bueno, sabes que nadie sobrevive al envenenamiento por *antliae*,

y yo estoy vivo —apuntó, enarcando las cejas—. Solo tomando la panacea que Vikram consiguió después de recorrer medio mundo podría haber aguantado unos años, y sin salir de la cama ni poder hacer nada que no fuese dormitar entre terrores nocturnos. Yo estaba destinado a morir cuando cumpliera los once años. Por eso, en el undécimo aniversario de mi nacimiento, las hadas de Turlough y los entonces reyes de Windhalm hicieron un trato que consistía en vincular mi alma a la de alguien que también corría peligro en su facción para ayudarnos mutuamente.

—¿Alguien? ¿Quién?

—¿Recuerdas que te mencioné a los elegidos de Roshanara? Los únicos capaces de coronar a los reyes de Windhalm, ahora virreyes. —Asentí con la cabeza—. La última elegida corría el riesgo de morir si se quedaba aquí por la caza de brujas que Trevelyan había organizado, así que tuvieron que mandarla a la Tierra y conseguirle un protector feérico que pudiera sobrevivir a un viaje espacio-temporal. Para vigilarla, ya sabes. Los de Windhalm son muy celosos de lo suyo.

»Pero los windhalmeses no pueden salir del agua por mucho tiempo sin un hechizo, y en la Tierra no se mantiene la magia, así que no podían encargarse de ella por su cuenta. Resulta que solo las hadas de Turlough pueden trasponer a tu mundo, así que se presentaron en la facción de Trentia para realizar el pacto.

»No son imbéciles: no iban a arriesgarse a ponerle un protector que pudiera procurarle el menor daño. Eran tiempos de guerra y nadie se fiaba de nadie. Pero al darle a ella una parte de mí, y a mí, una parte de ella, nos vincularon de forma que sintiera multiplicado por mil el daño que le causara. La elegida me daba la vida y yo la alejaba de la muerte. Era un trato justo. Y muy inteligente: no le causaría ningún daño cuando es lo único que me mantiene con vida.

—Vives a través de ella —resumí.

—Más o menos. —Cabeceó—. La magia es difícil de explicar.

—Y dices que la elegida de Roshanara es tu carta si los de Windhalm se ponen tontos.

—La misma.

—Imagino que no pretendes amenazar con matarla si no se ponen de tu parte, o de lo contrario te pasará factura —deduje.

Dareon me lanzó una mirada lánguida y burlona.

—No tuvieron en cuenta algo importante. Yo ya estoy prácticamente muerto, y si me sacrifico, ella muere conmigo, cosa que no les vendría nada bien.

Pestañeé una sola vez, helada.

—¿Te suicidarías? ¿Matarías a alguien que no te ha hecho nada, alguien que te ha mantenido con vida, solo para darle un escarmiento a Windhalm? ¿Es que no sientes aprecio por ella, después de todo? ¡Se supone que la conoces desde los once años!

Dareon me miró con el rabillo del ojo un momento antes de dar un par de palmadas. Enseguida apareció un sirviente, una estrategia de la leche para cerrarme la boca.

—Enviadle el menú a Edel. Que elija ella lo que más le guste. —Se levantó, sin prestar atención a mi cara de absoluto horror, y bajó las escaleras—. Voy a ver cómo va el entrenamiento. Me apetece un poco de acción.

Más adelante, cuando lograra sobreponerme al shock, me enteraría de que Vikram, ese individuo por el que no me había atrevido a preguntar —pero por el que le pedí a Alia y Louan que me pusieran guapa, porque una nunca sabe cuándo se va a cruzar a su potencial enemigo/amante/protector—, estaba en la zona reservada a los entrenamientos en los que Dareon mostró tanto interés.

Por lo visto, antes del torneo de selección había dos semanas de arduas prácticas físicas, y él la encabezaba todas. Lo que no significaba, por supuesto, que tuviera que quedarse allí día y noche. No me habría extrañado que durmiera al aire libre —a fin de cuentas, me dijo que le gustaba— si no fuera tan evidente que lo que pretendía era evitarme.

Diana, no te creas el culo del mundo.

Sí, me lo he repetido muchas veces.

—¿Este vestido no es un poco inapropiado para un torneo? —pregunto a Alia, que no deja de lanzar al aire una especie de polvos dorados. Estos, al entrar en contacto con mi piel, se derriten y, además

de hacerla brillar como el mejor bronceador, me perfuman con un agradable aroma a flores silvestres—. Quiero decir... No voy a participar, solo estaré sentada, pero creo que la moda de un torneo debería ser menos... vaporosa. O, ya puestos, bonita. Nadie me va a ver. Voy a estar detrás de una vitrina para evitar a los puñeteros arponeros.

—Aunque no os vean, debéis estar radiante. Un hada está de mejor humor cuando se ve guapa —opina Louan muy sabiamente.

Tiene toda la razón... Aunque yo no soy un hada.

Acaricio el voile celeste de la falda, que llega hasta al suelo. Hoy sí me han vestido de princesa de Elyllon. Las mangas largas que dejan mis hombros al aire son de seda semitransparente y en el pecho se abre un escote con pedrería que recrea pequeñas mariposas. Está claro que ya han decidido por mí cuál va a ser mi elemento identificativo, y tiene bastante gracia, porque después de Roberto he empezado a odiar a esos bichos con toda la fuerza de mi alma.

Termino de colocarme la diadema en la cabeza y salgo, intentando no lamentar muy alto que esta vez nadie venga a decirme que «parezco humana» para luego escoltarme al salón de palacio. De todos modos, la selección no se celebra ahí. Se ha habilitado un gran espacio en los jardines con gradas y palco para que tanto los guerreros tengan sitio para dirigir sus armas como Dareon y los observadores dispongamos de una zona cómoda para disfrutar el espectáculo.

Yo no estoy muy segura de que vaya a pasármelo bien. Creo que ha quedado bastante claro que repelo y condeno la violencia. Pero en cuanto llego y veo a un grupo de soldados y aspirantes sin camiseta, con nada más que unas botas y unas faldas de tiras de cuero hasta la rodilla, pienso que podría cambiar de opinión.

No puedo resistirme y, aprovechando que la mayoría está de espaldas o de perfil, echo una foto con mi móvil.

ELSA (13:21):
Madre mía, qué pila de tíos buenos. ¿Dónde estás?

DIANA (13:21):
Es una especie de desfile en honor a los gladiadores de época romana.

ABRIL (13:22):
El de la izquierda tiene las orejas puntiagudas, qué gracia.

ELSA (13:23):
Hostia, es verdad, qué fuerte.

Mierda. Debería haberme fijado en eso. Menos mal que mi hermana Abril es capaz de tropezarse con el yeti en persona o presenciar un genocidio a manos de un brujo y seguir pensando que eso son tonterías de mentes débiles.

ELSA (13:23):
Visto que el macizorro del que sueles hablar no te hace caso, podrías darte la putivuelta por ahí, a ver si alguien te hace caso.
Joder, vaya muslamen tiene el del medio. Mira a ver cómo es de cara.
Si no es una gamba, te lo recomiendo para hacer la cena.

DIANA (13:24):
No sé por qué me sigue sorprendiendo que seas tan guarra.

Elsa me manda una retahíla de emoticonos y *stickers*. Ya tardaba. Abril seguramente esté haciendo zoom para inspeccionar uno a uno a los tipos, a pesar de que no le interesan en absoluto los hombres.

ABRIL (13:25):
¿El de la esquina derecha no tiene cuernos en la cabeza?

ELSA (13:26):
Hija, solo tú te fijas en esas tonterías teniendo a nueve macizos como nueve soles en paños menores. ¿Por qué no sales más conmigo? Venga, esta noche te llevo de bares.

ABRIL (13:26)
Sí, irme de bares contigo me va a curar el lesbianismo.

Dejo de prestar atención al móvil en cuanto el más grande y musculoso de todos aparece. Camina con rapidez y da unas cuantas

órdenes a su paso, que me llegan con interferencias porque no se dirige a mi mente.

Me quedo inmóvil en el sitio.

Vikram lleva un puñado de espadas entre los brazos. Las va repartiendo a los aspirantes con parsimonia. Se ha recogido el pelo en un moño trenzado y por primera vez lo veo sin el uniforme de mercenario. Viste lo mismo que los demás, una faldita estilo gladiador, sandalias romanas y un jerkin sin nada debajo del mismo tono dorado que los detalles del cinturón. El sol acaricia sus brazos morenos, dándole un bronceado veraniego de lo más sexy y acentuando los tribales de sus tatuajes.

Entrecierro los ojos para confirmar que lleva la línea del lagrimal pintada con kohl azul marino.

Sigue dando indicaciones, apenas un eco difuso en mi cabeza. Pretendía quedarme mirándolo hasta que la parte de mí que lo ha echado de menos esta semana se diera por satisfecha, pero en cuanto él alza la barbilla hacia mí, me sobreviene un ataque de estupidez y no se me ocurre nada mejor que esconderme detrás de unos arbustos.

Ya con las ramas clavándoseme en la espalda, cierro los ojos y me maldigo para mis adentros por el ridículo que estoy haciendo.

¿A qué ha venido esto? Si lo hubiera hecho después de la migraña monumental que me provocó, o después del asunto de Rheil, tendría sentido, pero ¿qué es lo que me da miedo ahora? ¿Que haya resultado que soy la única persona en la Confederación que puede hacerle sentir algo cuando lo toca?

Presiono los párpados cerrados cuando escucho sus pasos. Puedo hundirme más en el arbusto, a lo Homer Simpson, o dar la cara. Opto por lo segundo y me arrepiento cuando mi nariz casi da con su pecho al estirarme.

Sí, tiene los ojos pintados.

Joder, está tan guapo que quiero llorar.

«¿Se te ha caído algo?». Señala donde me había escondido.

Encima se pone caballeroso, dándome una salida para escapar de la vergüenza.

—Sí… —Me saco la 88 del escote, un movimiento al que él no

presta la menor atención. Tiene los ojos clavados en los míos—. La mariposa esta, que es muy escurridiza.

«Ya veo».

—Bueno... —Carraspeo, viendo que pretende darse la vuelta—. ¿Qué tal has estado? No se te ha visto el pelo estos días.

«Siempre me encargo de los entrenamientos. Este año, además, Kadesh me ha reclutado para organizar los amistosos de la Justa Real. Yo también tenía que practicar».

Y yo pensando que huía de mí.

Puta imbécil.

—Vaya, pues... enhorabuena.

«Gracias». Ladea la cabeza. Se gira para regresar al calentamiento, pero nada más dar dos pasos, vuelve a la cabeza y añade: «No hace falta que te escondas de mí. Verte no me va a romper corazón».

—Claro que no —respondo enseguida, entrelazando los dedos para que no se note que me tiemblan—. Nadie ha dicho eso. Además, yo no soy la clase de chica que rompe corazones.

«¿Y qué clase de chica eres?».

Parece interesado de veras. Y muy tranquilo.

¿Significa eso que me ha perdonado?

¿Realmente hay algo que perdonar?

—La chica a la que se lo rompen.

Él asiente con la cabeza, distraído.

«La mayoría de veces somos nosotros los que nos buscamos el sufrimiento. Si te rompen el corazón, será porque has elegido mal».

Estoy empezando a odiar esa palabra. *Elegir*. ¿Por qué hay que elegir? ¿En qué sentido se supone que elegí a Dareon? Ni yo misma lo sé.

—No me parece justo culpar a la víctima de lo que le pase solo porque se equivocó eligiendo. Es como echarle la culpa a la gacela de que el león se la comiera solo porque «debería haber sido más rápida».

Por un momento parece que va a responder algo, pero en lugar de eso me repasa de arriba abajo con una mirada abrasadora que me pone la piel de gallina. Siento cómo se me endurecen los pezones debajo del vestido.

«En este caso, es el león el que debería ser rápido. Me cuesta entender por qué tardaría tanto en dar buena cuenta de su presa».

Me pongo colorada al interpretar su comentario como una insinuación sexual. Dareon podría ser el león, y sin duda le iría bien: es el rey de la selva. Pero Vikram también encaja en esa descripción.

Menos mal que se marcha, porque no habría sabido qué responder. Espero a que regrese a la arena donde se batirán estos gladiadores para ponerme yo misma en marcha.

Me es imposible apartar la vista de él cuando se pone a hacer sugerencias al grupo de aspirantes. Lo miran ensimismados, y seguramente yo también. No creo que les esté enseñando a frenar y devolver golpes como me enseñó a mí, aunque estoy perdiendo de vista que fui yo quien convirtió nuestro entrenamiento en algo más.

Lo besé yo solita. Y luego no me quise hacer cargo.

Ni quiero hacerme cargo ahora.

En serio, puta imbécil.

El guardia que lleva vigilándome desde que Vikram se fue a las montañas a entrenar a los chicos me escolta hasta el palco. Y el palco en cuestión no es más que una especie de superficie elevada de la misma madera que los robles que la franquean; una suerte de casa en el árbol con una amplia cristalera que da al espacio de juego. Dareon está ya sentado en el asiento del centro. Sostiene una copa de vino entre los dedos salpicados de anillos reales —y el de bisutería— y el atuendo celeste y plateado de la dinastía de Vygantas. A su derecha está Edel, vestida con un traje ceñidísimo del mismo color de su piel —y que deja poco a la imaginación—, y Laertes.

Aunque luce el ceño fruncido y parece incómodo en presencia de su ex, el Padre del Oráculo me roba el aliento con su agresivo atractivo. Se ha recogido el pelo verde en una coleta samurái, decora los párpados con purpurina plateada y viste un traje de dos piezas que realza su complexión delgada pero fibrosa.

—Insisto en que no deberías estar aquí —me dice Edel por décima vez—. No te gusta la sangre. Vas a desmayarte.

—Vikram derramó la sangre de mi asesino en mi puta cara y sorprendentemente sobreviví. Después de eso, nada de lo que vea aquí

va a hacer que pierda la compostura.

—Vaya, ¿dejas que te hablen así? —comenta Laertes. Da un sorbo a su finísima copa, muy similar a la de los cócteles de Carrie Bradshaw.

—Al único al que no le dejo hablarme así es a ti. De hecho, voy a pedirte que no me hables en absoluto. Seguro que no te cuesta obedecerme —rezonga ella.

Tomo asiento al lado de Dareon, al que se le nota incómodo en su propia piel. Todavía tiene muchos dolores.

Pongo la mano sobre la suya.

—¿Todo bien?

Él me sonríe.

—Podría estar mejor, pero sí. Todo bien. —Se echa sobre el costado para decirme al oído—: Al menos estaremos bien hasta que los amantes trágicos empiecen a lanzarse reproches. A juzgar por el color de Laertes, que empieza a ponerse verde, no creo que falte mucho.

Suelto una risa nerviosa por su cercanía, que no es desagradable pero tampoco del todo bienvenida. Quiere el destino que, al mirar al otro lado del cristal del palco, cruce miradas con un Vikram de mandíbula tensa y expresión seria.

Trago saliva.

—¿Cómo funciona eso de los vínculos matrimoniales en Turlough? —pregunto, retirándome un poco para que corra el aire entre nosotros —. Supongo que aquí no se festejarán bodas normales, y por lo que me dijo Edel, tampoco se celebran divorcios al uso.

—En Turlough no hablamos de matrimonios, ya sabes, sino de vínculos. Los lazos entre los feéricos del bosque son los más fuertes que existen. Las dos, tres, cuatro o criaturas que sean, juran ante la naturaleza e intercambian energías. El ritual dura días que todas las partes pasan por separado. Después de este, no pueden vivir más que unos días sin el otro. Se morirían.

—Joder. Suena demasiado fuerte en comparación con un intercambio de anillos.

—Aquí no hay anillos. —Se toca, distraído, el pequeño, el de bisutería que lleva encajado en el meñique—. Hay tatuajes.

—¿Tatuajes?

Con una parsimonia hipnotizadora, Edel se incorpora hacia delante y se retira la melena dorada del hombro desnudo. En este, justo en el omoplato, hay un precioso símbolo tribal en el que Laertes se fija con aire melancólico.

—Para romper el vínculo hay que quemarle la piel al otro —explica ella.

—Y estoy seguro de que disfrutarás quemándome el pecho cuando formalicemos todo esto —añade Laertes, con la boca pegada a la copa y los ojos clavados en un punto al otro lado de la cristalera.

—Yo no soy una sádica como tú. ¿Qué te crees, que me lo voy a pasar bien siendo la única hada de Turlough que se desvincula de su *braith* desde los tiempos de Mirelva La Gloriosa? Esto es un fracaso para mí, pero no me extraña que no puedas verlo cuando no tienes ojos para nada que vaya más allá de tus infladas y soberbias narices.

—Nadie se había referido antes a mis narices en unos términos tan elocuentes.

—¿*Braith*? —susurro, cerca de Dare.

—Significa «aliento» en laerio. Así se llaman los emparejados, ya imaginarás por qué. —Aletea las pestañas exageradamente—. A veces nos ponemos muy cursis.

Ahogo una risa tonta.

—Y no me cabe duda de que es un fracaso político —continúa Laertes. Debe haberse propuesto emborracharse, porque apenas vacía el cosmopolitan, traza una línea vertical ascendente sobre el cristal y aparece llena de nuevo—. Está claro cuál de los dos va a caer unos cuantos escalones sociales con esta separación. Debe dolerte muchísimo saber que ya no formarás parte de la facción de Trentia y perderás tus privilegios en la casta sacerdotal.

Un destello de indignación ilumina los ojos de Edel, previamente empañados de lo que parece una pena demasiado grande para intentar ponerle palabras.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que lo que más me duele perder es el privilegio? —jadea. Clava las uñas en los reposabrazos del sillón—. Lo que yo decía. No ves más allá de tus narices, pero tampoco creo que te haga mucha falta. Todo lo que te importa está dentro de tu atrofiada

cabeza. Debería haberlo sabido antes de...

—No te pega nada hacerte la víctima. ¿Por qué no cierras la boquita y te limitas a sonreír un poco? Con ese ceño fruncido le estropeas la vista a tus admiradores.

Edel aprieta la mandíbula.

—No te preocupes por cómo se lo pasan mis admiradores, te aseguro que los tendré muy bien atendidos. Habrá Edel para todos y cada uno de ellos cuando empiecen a repartir trofeos.

Dareon se tensa a mi lado, y aunque a simple vista no me parece un comentario más desagradable que ningún otro que hayan soltado, yo también me pongo tiesa como un palo. No tardo en darme cuenta de que es por el aire, que se ha helado bruscamente. Lo que produce un frío de castañetear los dientes son los celos de Laertes, que revienta la copa que sostenía y se moja de lo que quiera que estuviese bebiendo.

Aunque ella sonríe con orgullo, se nota que en el fondo no está muy contenta de haberlo provocado.

—¿Vas a tirarte a un escuadrón de sureños que saben coger una espada por casualidad? No voy a decir que no te pegue, pero ahora incluso va a juego con tu nueva categoría social. No creo que nadie vaya a tocarte, ni siquiera por pena, cuando pierdas tu inaccesibilidad.

—Yo nunca he sido inaccesible —le suelta—. ¿O te lo tengo que recordar?

—Bueno. —Dareon carraspea y da una palmada—. ¿Quién quiere comer?

—¡Yo! —exclamo, desesperada. Me estoy asfixiando en este espacio tan pequeño—. Uf, pensaba que me moriría de hambre...

—Me das asco —dice Laertes.

Dareon y yo nos ponemos rígidos e intercambiamos una mirada turbada. Antes de que Edel pueda responder, él se desmaterializa en el aire.

Ladeo la cabeza para mirar a Edel, que ha dejado de sonreír y se frota el hombro con dolor. Intenta que no me dé cuenta de que al retirar la mano del tatuaje tiene los dedos manchados de sangre. Aunque se esfuerza por limpiarla en una de las servilletas de seda que han colocado junto al bufé, esta sigue manando. Ella no logra

contenerse mucho más tiempo y emite un sollozo ahogado antes de marcharse también. La sangre que ha limpiado ha dejado un hermoso dibujo floral en las servilletas, y las pocas gotas que han rodado por su piel destacan sobre la silla vacía como hermosos rubíes.

Dareon llama a uno de los sirvientes.

—Que borden este dibujo en un paño —ordena, tendiendo el pañuelo manchado.

—¿Y los rubíes? —pregunto en voz baja.

—No te recomiendo tocarlos. El que se atreve a usarlos muere en unas pocas horas. La sangre que mana del vínculo de los *braith* es sangre maldita, y sus joyas están envenenadas.

—¿En serio? ¿Por qué?

—¿No conoces la leyenda de la princesa Vanora?

—Cuéntamela.

—Era una de las hijas de Mirelva La Gloriosa, la última reina de Turlough antes de que se instituyera como una facción libre. La predilecta, de hecho. El *braith* de Vanora, un cazafortunas, se vinculó con ella para romperle el corazón y así beneficiarse del precio y el poder de las reliquias que nacerían de su sangre, incalculables tratándose de una princesa. Cuando Mirelva supo esto, montó en cólera y lo maldijo a él y a las joyas para que nada hermoso pudiera resultar de la rotura del vínculo. Desde entonces ha funcionado así entre matrimonios, dicho de forma coloquial. Ya sabes que no lo llamamos «matrimonios».

Ladeo la cabeza hacia el pasillo por el que Edel ha desaparecido. El corazón se me parte de la pena.

—¿Se suelen romper vínculos a menudo?

—No. Ha debido haber unos tres o cuatro casos en toda la historia de Trevelyan.

—¿Es que aquí el amor dura para siempre? ¿No se ponen los cuernos? Hasta yo me sentiría tentada si viviera una vida inmortal.

—¿«Poner los cuernos»? —Dareon me sonríe—. Lo he visto en la Tierra, pero eso no existe aquí. Un hada de Turlough no conoce los celos.

—Pues Edel parece celosa.

—La madre de mi abuela era humana, por eso tiene un temperamento de temer y no termina de llevarse bien con los confederados. Yo también soy celoso, pero porque mi madre tampoco era de Turlough. Siempre digo que los mestizos nos quedamos con la peor parte de un progenitor y del otro.

»De todos modos, si no se rompe el vínculo con frecuencia es porque es una aberración. Una vergüenza. Mi abuela será condenada al ostracismo en cuanto queme su tatuaje.

—¿Y aun así va a hacerlo?

—Imagina cuán desesperada está por alejarse de Laertes.

—Pobrecita.

—Parece que así lo han querido ellos. Prefieren no resolver sus diferencias, y mira a dónde los ha llevado. A la mutua destrucción. —Dareon suspira y apoya la mejilla en la mano—. Mi abuela, tan sabia para algunas cosas y tan inocente para otras.

No me atrevo a preguntar nada más. Siento que no tengo derecho a conocer los detalles de esa historia y, además, me recuerda demasiado a la mía. Salvo por una insalvable diferencia, y es que Edel y Laertes se comportan como dos personas que una vez se quisieron más allá de los límites de su capacidad.

Roberto y yo no tenemos ni eso.

—Es la oportunidad de Vikram —dice Dareon.

Por un momento suena como una respuesta a mis pensamientos.

Pestañeo hacia el cristal.

—¿Eh?

—Que ya sale.

—No va a pelear contra nadie, ¿verdad?

—Claro que no. Su contrincante perecería, y por nada. Vikram es el mediador. Aquí es donde puede demostrar su sabiduría bélica, que no es poca.

Me fijo en el hermoso perfil de Dareon y en el brillo orgulloso que suaviza su expresión.

—Realmente lo aprecias, ¿verdad? —murmuro.

—Más que a nadie. Es mi familia.

Su voz impregnada de afecto llena el ambiente de una inusitada

calidez, de esas que suben la temperatura corporal y te hacen cosquillas en el pecho.

No puedo evitar sonreír al fijarme en las señales que hace Vikram para que cada uno ocupe su puesto. A su lado, los aspirantes parecen muñecos de paja que una ráfaga de aire podría llevarse a la otra punta del mundo. Y él es la alta torre que sobrevive a tempestades y al envite sólido del mar. Al principio, eso me daba miedo. Luego me impuso respeto. Ahora me pregunto si no se sentirá solo al no tener a nadie con quien identificarse. Alguien al que contarle cómo se siente estar ahí, muy por encima de los demás, en quien pueda apoyarse.

—Sé que tú también lo aprecias —dice Dareon con suavidad.

El corazón me late muy deprisa. Me da miedo mirarlo y tropezarme con esos ojos que parecen conectar con los rincones más íntimos de mi subconsciente. Unos que, con su franqueza, me obligarían a dejar de fingir que eso no es cierto.

Inmóvil sobre mi asiento, agarro los reposabrazos con fuerza.

—Puede —confieso con un hilo de voz. Me aclaro la garganta para cambiar de tema y me giro hacia él—. ¿Me prometes que no morirá nadie?

Dareon me dedica una sonrisa tranquilizadora que no cuadra con su tono al decir:

—Ahora no.

32

No muere nadie, pero todos salen heridos. Se suponía que Edel iba a encargarse de atenderlos —sospecho que ese es el motivo por el que a última hora se ha triplicado la participación—, pero como se ha batido en retirada, la responsabilidad recae sobre Vikram.

Dareon y yo bajamos del palco, él con la intención de felicitar a los aspirantes, darles sus medallas y pedirles que esperen mientras delibera con su consejero de guerra (Vikram) cuáles serán los elegidos para honrar a Su Gloriosa Majestad.

No se me escapa la ironía con la que Dare pronuncia su título.

«He hecho anotaciones», le comunica, al tiempo que le acerca un pergamino con nombres anotados y tachados. «Creo que estos son los mejor preparados».

Intercambian una de sus miradas de conexión cósmica y ancestral con la que claramente quieren decir: «Entonces los anotados son para nuestro ejército». «Y los otros pardillos, para la Justa». «Genial, hecho. Gracias, tío». Aunque eso lo traduzco yo porque sé de qué va el tema. Cualquiera que los vea desde fuera daría otras connotaciones a sus miradas intensitas. Unas que podrían evolucionar a *fanfiction*.

De hecho, en la Tierra ya los hay.

Me encantaba leerlos.

«Voy a atender a los heridos».

—¿Necesitas ayuda? —le pregunto de sopetón.

Vikram no oculta una sorpresa que me parece injusta. Si soy una vaga en este puñetero sitio es porque me han condenado a ello con su estúpida cuarentena, pero yo siempre estoy ansiosa por emprender nuevas actividades que sean de utilidad.

Al menos por aquí. En casa ya es otro tema.

—Sí, claro, ve con él —me anima Dareon, pendiente de la lista.

Uf, se ha puesto en boicoteador del gobierno vigente *mode*, y cuando se pone así, no hay quien lo aguante.

«¿Debo suponer entonces que vienes conmigo para no aburrirte mientras él atiende sus asuntos?».

Ladeo la cabeza hacia Vikram.

«Pues claro que no», le espeto.

Dareon levanta la barbilla y nos frunce el ceño.

—Eh, nada de lenguaje mental delante de mis narices. Secretismo el justo, ¿estamos?

«Habló», pienso, poniendo los ojos en blanco.

Dareon arquea una ceja en mi dirección.

—Incluso yo he oído eso, bonita.

Se da la vuelta y se marcha a hablar con uno de los guardias. Así me deja a solas con Vikram, que no pierde el tiempo y empieza a hacerle señales a los heridos para que lo sigan al cobertizo.

Con motivo de la enfermedad de Dareon, se incorporó a los alrededores de palacio un pequeño templo dedicado a la magia curativa, que con el tiempo se ha convertido en un sólido almacén de piedra donde se acumulan los concentrados, las panaceas, jarabes, jugos e infusiones que Dareon necesita tomar con religiosidad para poder levantarse de la cama. En él suelen trabajar un par de hadas diminutas, las de piel rosada que velaron a Dareon hasta que este las echó de muy mala manera.

En general, Dare las trata como si fueran diosas, y en cierto modo lo son. Obran milagros todos los días, ayudadas, por supuesto, de Vikram, cuya madre se dedicaba a la fabricación y venta de remedios caseros en Shapoor.

Es obvio que ha heredado su talento.

—¿Edel no está? —pregunta uno de los jovencitos, el hada con cuernos que casi me da problemas con Abril—. Qué lástima. He dejado que ese de ahí me tire al suelo para tener la excusa de verla.

—Y te creerás tan romántico —bufo entre risas. Le sujeto la puerta para que pase antes de que Vikram pida que lo hagan de uno en uno.

«Está mintiendo. Solo lo dice para reparar su orgullo herido. Riga lo ha destrozado», replica Vikram. A la vez, empieza a moverse entre botes, cajas de vendas y distintos paños de aplicación.

—Estoy loco por ella. Es la criatura más bella del mundo. —El hada suspira. Se sienta en un taburete y levanta la pierna: Riga le golpeó en la articulación y ahora su rótula asoma entre la carne rasgada. Me dan ganas de vomitar, pero las resisto como una campeona—. Pensaba que

un rato con ella me bastaría para leerle un poema que he compuesto. En mi familia todos son bardos menos yo.

—Entonces nos entenderemos bien, sé lo que es ser diferente. En mi familia, todos son unos triunfadores menos yo —bromeo. Me percato de que Vikram me mira con el rabillo del ojo antes de negar con la cabeza.

Si me pusiera a contar todas las veces que me da por perdida...

«¿Por qué no nos recitas el poema igualmente? No me sentará mal un poco de prosa feérica después de tanto salvajismo».

Su comentario me hace gracia.

«Sí, seguro que a ti te gusta mucho la poesía», comento con sorna.

«Tampoco me disgusta. Soy una caja de sorpresas».

Vikram se acerca y se arrodilla frente a la pierna maltrecha. Deja a un lado lo que ha traído y, en un visto y no visto, le recoloca el hueso. El chico suelta un aullido y Vikram levanta la ceja.

«¿Ese era el poema? Qué poca elocuencia».

Eso también me hace gracia.

—Yo se lo vendo —me ofrezco.

Nuestros ojos se encuentran.

«No. Tendrías que ponerte de rodillas».

—¿Y?

«Que llevas un vestido demasiado bonito».

Otra frase de seis palabras con la que podría haberme conquistado. Pero sus intenciones quedan muy lejos de conquistarme, ¿no es cierto? Quiero decir... El vestido puede ser bonito; lo que hay debajo, ya no tanto.

Vikram bufa al tiempo que niega.

«No te enteras de nada».

—¿De qué se supone que no me entero? ¿Estabas respondiendo a mi pensamiento?

El chico, con los ojos llenos de lágrimas, nos observa con desconcierto.

—¿Está hablándote mentalmente?

—No —espeto—. Y yo que tú me olvidaría de Edel. Está pasando por un mal momento. El vínculo con su marido es muy intenso y

sospecho que le tomará toda una eternidad reponerse. —Consciente de que tengo toda la atención de Vikram, continúo—: Incluso si le gustaras, sería difícil para ella. Tiene una historia antes de ti, una repleta de fracasos que la condicionan. Que quizá la condicionen para siempre. Dicen por ahí que el amor o la pasión todo lo puede, pero no es cierto. El amor y la pasión dan un miedo terrible, y Edel no es la más valiente.

Cuando voy a girarme hacia Vikram con aire de: «¿Lo has pillado, o te lo digo en otro idioma?», él aparta la mirada. Se agacha y, en un abrir y cerrar de ojos, ya tiene listo el vendaje. Le ofrece un cayado de tantos que descansaban en uno de los armarios y le señala la puerta.

Bien. Es mi momento. Tengo que hablar con él, ya sin usar a Edel para hacer mención a mis sentimientos, antes de que entre el siguiente... Pero debe de predecir mis intenciones, porque hace pasar a otro de los heridos antes de que separe los labios.

Así lo hace con todos y cada uno de los aspirantes —ninguno más decepcionado que el primero al no encontrar a Edel. Por lo visto, Vikram es una leyenda entre futuros soldados— mientras yo, cruzada de brazos, trato de transmitirle con la mirada que sé que intenta esquivar una conversación inevitable.

Pero los guerreros no son eternos, y a los pocos minutos, ha terminado y se lava las manos en una pila sobre la mesa a rebosar de tarros. Yo le observo aprovechando que me da la espalda: caderas estrechas, hombros amplios, piernas fuertes... No he podido pensar en ello antes, pero es sencillamente increíble que alguien como él se haya podido fijar en alguien como yo.

Vikram emite una especie de risa irónica, no más que una exhalación crispada y con aire agresivo. Arroja a un lado el paño con el que secaba la sangre entre sus dedos y se gira hacia mí exudando hostilidad.

«¿Piensas todas esas tonterías para sacarme de quicio?».

Arrugo el ceño.

—¿Cómo? No programo mis pensamientos, si es lo que estás sugiriendo. —Cojo aire y lo enfrento con toda la dignidad que consigo aunar—. Quería hablar contigo de lo que sucedió el otro día, cuando

Dareon estaba enfermo. Creo que es justo que sepas...

«No quiero saber nada más referente a eso. Tu postura quedó muy clara».

—Mi postura ¿frente a qué? Vikram, no sé a qué vino eso de hacerme elegir, y quiero que sepas que siento muchísimo la forma en que te hablé. Fue muy rastrero por mi parte sacar a colación lo de tu madre y tu hermano. Pero debes admitir que ponerme entre la espada y la pared no fue muy elegante.

Vikram se acerca a mí con rostro serio.

«Ya deberías saber que no soy elegante en ninguna de las cosas que hago, y que ponerte entre la espada y la pared es mi actividad preferida».

—Vikram... —Suspiro. Parece que no voy a poder razonar con él. O quizá la que no podrá razonar seré yo cuando se acerque—. Si con elegir te referías a un plano... carnal o... amoroso... q-quiero q-que sepas q-que yo no siento nada romántico por Dareon. Eso tampoco quiere decir que yo... —Me miro las manos, incapaz de enfrentarme a su expresión— sienta algo romántico por ti, p-pero... Pensé que debía aclarar eso.

«¿Y?», me anima a continuar. «¿No tienes nada más que decir?».

Levanto la cabeza, nerviosa, y me topo con su mirada penetrante.

—Solo que he decidido que te voy a asociar la voz del doblador de Rutger Hauer. Se llama Constantino Romero. Bueno, se llamaba, porque está muerto. Igual que Rutger —respondo atropelladamente. Observo, alerta, que me ronda como si estuviera decidiendo si confiar en mí—. ¿Sabes que cuando Rutger lo escuchó, dijo «ojalá yo tuviera una voz como esa, es mucho mejor que la mía»? Es maravillosa. Y sospecho que te encantaría *Blade Runner*, sobre todo el monólogo improvisado del final... «Todos esos momentos se perderán en el tiempo, como lágrimas en la lluvia».

Vikram apoya una mano en la mesa con la cabeza ladeada, observándome como si fuera un misterio incomprensible.

«No tengo ni idea de lo que me estás hablando».

—¡Ese es el problema! Que hablamos y, cuando nos escuchamos, cosa que no hacemos a menudo, no nos entendemos. Tú no te pones

en mi lugar y yo no me pongo en el tuyo, y esa absoluta falta de empatía impide que dos personas congenien, ¿entiendes? —Me froto las sienes, hastiada—. No, no me entiendes porque me estás mirando los labios. ¡Así no se puede, Vikram!

«Una de las cosas más importantes que me ha enseñado la mudez, es que no es necesario hablar tanto».

—¡Hablando se entiende la gente! —insisto.

«De acuerdo. Entiende esto tú, entonces». Rodea la mesa y se detiene justo delante de mí, a una inspiración de que nuestros pechos se rocen. Una emoción poderosa se adueña de su semblante. «Si no vas a dejar que te bese, apártate de mi camino y no me molestes».

Contengo la respiración.

—Ese ha sido un comentario muy poco galante. Da a entender que solo me quieres por mi cuerpo, lo cual es... —Tuerzo el gesto— muy halagador, de hecho. Lo prefiero a gustarte por mi intelecto, la verdad, pero... ¿Significa eso que no quieres mi amistad?

Me estremezco cuando él acaricia las líneas de mis clavículas con la yema del dedo índice.

«Yo no tengo amigos».

—Eso es muy triste. Deberías tener. —*¿Por qué sigo hablando?*—. Creía que estabas enfadado por lo que dije el otro día.

«Me enfada cada palabra que sale de tus labios porque nunca es lo que yo quiero escucharte decir». Su mano cae a un lado de su cadera antes de alargarla para rodear mi cintura. No veo venir su siguiente movimiento: me levanta por los muslos y me sienta sobre la mesa con las piernas separadas. «Pero luego te miro a la cara y se me pasa».

—¿Por qué? ¿Qué le pasa a mi cara?

Sus labios amagan una sonrisilla tierna.

«Que dice justo lo contrario; exactamente lo que deseo oír».

Vikram acaricia mi pómulo con los nudillos. Sigue el contorno de mi rostro y se desvía de pronto al lóbulo de la oreja. Continúa rodeando mi cuello hasta que enreda los dedos en los pelillos de la nuca. La cubre con la palma para sujetarme como si fuera un recién nacido y tira con suavidad para levantarme la cabeza. Entonces deja un beso perdido en mi barbilla, y yo, por impulso, agarro su muñeca,

tan ancha que mis dedos no llegan a tocarse.

Él examina cada uno de mis rasgos con minuciosidad.

«¿Cómo puedes estar tan ciega? ¿Cómo no puedes verlo?».

Juraría que, si hubiera podido hablar, habría sonado como un lamento quebrado.

—¿El qué?

Vikram pega los labios al lateral de mi nariz.

«Haces de mi soledad algo insoportable».

Me cuesta tragar saliva. Siento que mi corazón ha aumentado su tamaño y de pronto no me cabe en el pecho.

Rodeo su cuello con el brazo y recibo su beso ansioso con todos los músculos en tensión, como si tuviera que contenerme para no gritar o hacer algo más comprometedor que responder con otro beso, uno que sabe a desesperación y a «no puedo soportar lo que haces conmigo». Su lengua se enreda con la mía y caigo de nuevo en una espiral de pasión desmedida que me nubla la mente. Desconecto de todo lo que no es su sabor cítrico o sus formas adaptándose a las mías; el ademán autoritario y a la vez humilde con el que me abraza y me aprieta contra sí.

Vikram me embiste con las caderas para echarme hacia atrás en la mesa. Con el movimiento, golpeo sin querer a uno de los tarros. Rueda por la superficie y cae al suelo creando un estruendo de cristales rotos.

Doy un respingo y me separo con la cara ardiendo.

—¿Qué hemos roto?

Ladeo la cabeza sin aliento e intento asomarme por encima de su hombro. No muy segura de por qué, quizá para ubicarme e intentar comprender qué estoy haciendo, barro la habitación con la mirada y luego me concentro en los ojos vidriosos de Vikram. Su deseo me golpea con la fuerza de un desastre natural, y en lugar de asimilarlo, me fijo en los cristales y en el polvo rojizo que contenía el tarro.

Mi intención era volver a besarlo. Sin embargo, hay algo en ese polvillo que me suena familiar, y es esa familiaridad la que me traslada a una nueva visión que me saca el alma del cuerpo.

Estoy en el mismo sitio: el templo de sanación, el previo a la reforma que se hizo después del duro diagnóstico de Dareon. El que

no contaba con curanderas y cientos de miles de remedios artesanales. Estoy a solas entre un puñado de panaceas hasta que alguien abre la puerta y la cierra tras de sí con gesto inexpresivo.

Es Vikram. El Vikram dueño de su cuerpo superdesarrollado, pero aún demasiado joven para resultar aterradoramente letal: el muchacho de dieciséis años que acaba de llegar a Elyllon. Desliza la mirada por las estanterías llenas de frascos. Es una mirada determinada, una tan fría que arde por dentro. Entre el sinnúmero de remedios enlatados de la mesilla, descansa un pequeño tarro de cristal que parece perfume.

Se dirige a él a pasos agigantados, como si tuviera poco tiempo. Del interior de su chaqueta, extrae lo que parece un cuentagotas y un frasco minúsculo que contiene un líquido denso y transparente. Vikram lo destapa y traslada las gotas de la sustancia al perfume con precisión quirúrgica.

Atiendo a la escena sin pestañear, absorta en su concentración científica. Su semblante termina siendo el elemento que me distrae de la acción: una acción que cobra sentido en cuanto recuerdo dónde he visto antes el frasco translúcido con base pentagonal.

El horror me devuelve a mi cuerpo y al momento presente. Estoy temblando y siento como si la columna vertebral se me hubiera congelado. Ese frío, empujado por la confusión y miles de sentimientos que se entremezclan para desconcertarme más, baja hasta mi corazón para detenerlo en el preciso segundo en el que cruzo miradas con Vikram.

Él separa los labios, al principio confuso por mi cambio de actitud. Por un momento parece que va a preguntarme qué pasa, pero mis ojos se lo confiesan en silencio y no tarda en comprender lo que he visto.

El agarre de Vikram pasa de tierno y pasional a solo agresivo, pero logro escabullirme de sus brazos y correr hacia a la puerta.

Él me cierra el paso antes de que pueda tirar del picaporte.

No puedo respirar. No puedo mirarlo. Ni siquiera sé cómo me tengo en pie.

—Tú lo envenenaste —murmuro, inmóvil. Decirlo en voz alta lo confirma: lo hace tan real que todo empieza a cobrar sentido—. Intentaste matar a Dareon.

Se sume en un silencio que no podría haberme dolido tanto como las dos letras que escribe en mi mente: «Sí».

Cierro los ojos. Las lágrimas caen por mis mejillas.

—Por eso me miras de esa manera a veces; con cautela, como si fuera a desvelar uno de tus secretos... como si no te fiaras de mí —reconozco, en shock—. Por eso el bosque de Turlough te impide entrar: porque la naturaleza es sabia y lo sabe todo. Sabe que trataste de acabar con su príncipe. Y esa distante determinación que vi en ti cuando lo cuidabas... no era para que no se notase que lo quieres y te duele verlo así, sino porque ni siquiera tú eres tan cínico para desvivirte por él después de todo. Por eso me dijiste que eligiera. Porque no estáis en el mismo bando, o por lo menos no puedo querer a uno sin traicionar al otro. —Me giro para enfrentarlo con todo el dolor que eso acarrea—. ¿Cómo pudiste hacer algo así? —tartamudeo al borde del llanto—. Era... era solo un niño.

Vikram me sostiene la mirada. Su indiferencia me estremece.

«Yo también era solo un niño».

Su respuesta se me antoja de un desdén tan repugnante que arremeto contra él con los dos puños. No me parece correcto gritarle que es un asesino. Se lo he dicho otras muchas veces sin hacer hincapié en la importancia que eso tenía y me parecería una aberración comparar esto con el asesinato. Esto es... fratricidio. La traición a un hombre que lo quiere y lo admira, que lo considera su familia.

Necesito salir de aquí. Y lo intento, pero él me coge de las muñecas y me clava en el sitio con una mirada asesina.

«Ni se te ocurra irte de la lengua».

Jadeo con incredulidad.

—¿O qué? ¿Qué vas a hacerme? No me das ningún miedo —miento entre dientes—. ¡Suéltame ahora mismo! ¿Por qué irías a vengarte si hablase? Llevas todo este tiempo sospechando que lo sabía y no has hecho nada. No lo vas a hacer ahora.

Me lo he apostado todo a una carta. Si estoy equivocada, me partirá el cuello y mi aventura terminará aquí. Mi aventura... y mi vida.

Vikram da un paso hacia atrás, mirándome con incredulidad y

aprensión.

«No me puedo creer que me veas capaz de matarte».

—Te veo capaz de cualquier cosa, Vikram. —Y eso me duele más a mí que él—. ¿Por qué seguiste con Dareon después de condenarlo? ¿Por culpabilidad, o para asegurarte de que lo rematabas?

Él no responde enseguida.

«No lo hice por placer».

—¿Y el motivo por el que lo hiciste va a restarte culpa? ¿Una explicación te haría inocente?

Vikram no se mueve durante un segundo. Nos miramos en la distancia, yo en los límites del shock más paralizante, y él totalmente descolocado.

Por un instante, fantaseo con que es un error... Pero niega con la cabeza.

Nada le hace inocente.

No es inocente.

«Por tu bien, Diana... No abras la boca».

—¡Por mi bien, y no por el tuyo! —jadeo sin voz. Lo miro de arriba abajo, incapaz de contener el asco. Vikram me agarra por la cintura antes de que salga volando por la puerta. Culebreo entre sus brazos de acero, llorando tan alto que siento que voy a perder el sentido. Él parece ajeno a todo esto—. ¡Eres un monstruo despreciable! ¿Cómo pudiste? ¿Cómo pudiste...?

No le queda otro remedio que dejarme ir cuando la puerta se abre y uno de los heridos asoma la cabeza.

—Perdón —musita, mirándonos alternativamente—. Me acaban de mandar aquí. Dicen que es donde atienden las heridas del torneo.

Aprovecho la interrupción para apartarme entre tropiezos y colocarme detrás del pobre chico. Espero que no se atreva a hacerle daño para llegar a mí, pero no parece por la labor. Se ha quedado inmóvil, con la mirada desenfocada.

Me arreglo las mangas del vestido, descolocadas por culpa de sus zarandeos.

Haciendo un último esfuerzo de voluntad, clavo en él mi mirada furiosa.

«Ya puedes empezar a pensar en dónde vas a ir a protegerte, porque en cuanto Dareon lo sepa, los escondites de Elyllon se quedarán muy cortos para ocultar tu traición», le digo mentalmente. «Y él nunca perdona».

33

Pero no me atrevo a hacerlo. No tengo el valor que se necesita para plantarte delante de una persona y decirle que su hombre de confianza es quien ha hecho de su vida una miseria. Ni siquiera puedo alcanzar a imaginarme el grado de devastación en el que se sumiría, por no mencionar que no es el momento. Nunca es un buen día para destapar algo así, y si no, que me lo digan a mí, pero seguro que hay uno más apropiado que el actual. Se está gestando una revolución y Dareon necesita a su consejero de guerra y guardaespaldas muy cerca.

Sin embargo, al mismo tiempo, siento que quedándome callada no solo estoy contribuyendo a su traición: también estoy poniéndolo en peligro. Cada vez que pienso en esto me aturullo, me veo en tierra de nadie, agobiada por una amalgama de pensamientos destructivos que me impiden tomar una decisión firme. Entre esos pensamientos figuran algunas teorías como que Vikram podría estar saboteando a Dareon de alguna manera.

Me hago toda clase de preguntas conspiradoras. ¿Y si las panaceas que le fabrica no fueran más que placebos? ¿Y si está reclutando a los peores soldados del norte para asegurarse de que pierde la guerra? ¿Y si se ha quedado en Elyllon después de su fracasado intento de asesinato para organizar un golpe mayor? No es del todo descabellado. Y, aun así, siento que nada de eso podría ser cierto, porque me vienen a la cabeza esas miradas que Dareon y Vikram comparten, señal de que el afecto es mutuo; cómo lo defiende, cómo lo cuida... Pero, a la vez, me conozco lo suficiente para saber que mi forma más recurrente de evitar algo que me duele es o bien minimizarlo o negarlo: aferrarme a la esperanza de estar equivocada. La mayoría del tiempo busco excusas que le quiten la culpa y me invento toda clase de historias rocambolescas que concluyen con Vikram siendo inocente, ya sea porque fue víctima de un plan mayor del Hacedor o porque estaba poseído por un espíritu maligno.

Pero lo he visto. He visto cómo él, con sus dos manos y su indiferencia, lo disponía todo. Y luego he leído y he vuelto a ver cómo Dareon usaba el perfume para una fiesta de cumpleaños que nunca

llegó a celebrar. Un día que no habría vuelto a festejar si las hadas de Turlough no hubieran vinculado su alma a la de la elegida.

—¿Diana? —preguntó Dare, sorprendido, cuando esa noche me presenté en la puerta de su dormitorio. Tenía la voz soñolienta y se frotaba un ojo. Me recordó al crío entusiasta e inocente que solía ser antes de que lo confinasen en su dormitorio y le impidieran realizar actividades físicas, y el corazón se me partió un poco más—. ¿Qué haces aquí?

—¿Puedo dormir contigo? Por favor. Tengo miedo —confesé.

Dareon se despertó de inmediato.

—¿Miedo? ¿De qué? ¿Ha pasado algo? —Asomó la cabeza fuera de la habitación para revisar los dos lados del pasillo. Luego me miró sin entender—. ¿Es por lo que sucedió con el *japheth* aquel?

No me costó soltar una media verdad con mi silencioso asentimiento. Sí que estaba y está relacionado con un *japheth*. Porque no solo me preocupa cómo Dare pueda tomárselo, ni cómo yo misma vaya a gestionar que alguien a quien empezaba a mirar con otros ojos haya demostrado que merecía esos recelos iniciales por los que me he sentido injusta... sino que temo por mi vida.

«Ni se te ocurra irte de la lengua».

Eso era una amenaza. Una en toda regla.

—Pasa —accedió Dareon, turbado. Volvió a mirar a un lado y a otro antes de cerrar la puerta tras él y girarse hacia mí.

—Dormiré en ese sofá de ahí —le prometí.

Él vaciló un momento, pero, como casi siempre, hizo lo correcto: lo que se correspondería con la actitud de un caballero.

—Tonterías. Métete en la cama. Las sábanas están limpias, no tienes que preocuparte del hedor a moribundo —apuntó con humor.

—Solo si te metes conmigo. Sin nada sexual, puedes estar tranquilo. No voy a tocarte sin tu consentimiento a no ser que se me suelte la pierna en medio de la noche —intenté bromear—. Hace apenas unos días saliste de una recaída grave, no quiero que duermas en un sitio menos cómodo que tu propia cama.

—Descuida. —Esbozó una sonrisa coqueta—. No pretendía irme al sofá.

—Oh. —Tragué saliva—. Vale.

Fue extraño meterme en su cama, sobre todo sabiendo la cantidad de cosas que habían pasado bajo esas sábanas: desde noches enteras de pasión en las que desfilaron toda clase de criaturas, hasta días completos de doloroso padecimiento, y horas y horas de mirar al techo, intentando dar con alguna de las claves de los asuntos que le tenían desvelado. Pero cuando Dareon se tendió a mi lado y se echó sobre el costado para mirarme, esa incomodidad se convirtió en familiaridad.

—Me sorprende que no tuvieras miedo la noche que pasó y ahora te haya invadido de repente —comentó en voz baja—. No quiero cuestionar tus sentimientos, pero suena sospechoso. Si sucede cualquier cosa, puedes contármela. Lo sabes, ¿verdad?

Intenté respirar con normalidad después de su invitación a sincerarme, pero costaba. Me di asco a mí misma por permitirme entrar en su dormitorio y en su cama, dejar que me mirase como si valiera la pena, cuando sabía algo que cambiaría el curso de los acontecimientos y no se lo decía.

¿Era eso estar de su parte? Porque ahora tengo claro por qué Vikram me hizo elegir: no estaban en el mismo bando, como yo pensaba... o como piensa el propio Dareon. Y si elegí a Dare, si estoy de su parte, tendría que informarlo. Pero no lo hice esa tarde ni tampoco esa noche, tumbada a su lado en medio de la oscuridad.

Era el momento perfecto, y sin embargo...

¿Dónde están mis lealtades, entonces?

—A veces tardas un tiempo en gestionar lo que te ha ocurrido, y cuando lo haces tiempo después, el miedo te paraliza —respondí con un hilo de voz—. Me ha pasado algo así.

—Comprendo. —Me sonrió con afecto—. No voy a decirte que no hay nada que debas temer. Todos debemos temer algo en la vida, siempre y cuando ese algo sea razonable. Pero puedes estar segura de que no te pasará nada mientras permanezcas conmigo.

—¿A qué le temes tú? —pregunté, ansiosa por redirigir el tema. Junté las palmas y las coloqué debajo de mi mejilla.

Él parecía pensativo.

—Antes me daba miedo que me faltara tiempo. Ahora me preocupa mucho más que me sobre una vez cumpla mi cometido, porque no podría hacer nada de lo que deseo.

—¿Por qué?

Para variar, no contesta.

—También temo lo mismo que el resto de los hombres del mundo: a lo incierto. Al mañana. Laertes debe ser la única criatura que puede dormir en paz sabiendo lo que sucederá, y además con la tranquilidad de ser intocable.

—Y, aun así, a mí me parece bastante atormentado.

—Porque está enamorado de mi abuela —suspiró, exasperado—. Y porque la paz absoluta no existe.

—No es un comentario muy alentador viniendo de alguien que va a iniciar una guerra para buscarla.

—Yo no busco la paz, sino la justicia.

—¿Ni siquiera la buscas para ti?, ¿para estar en paz contigo mismo?

Dareon se reacomodó sobre el costado. La camisa se le abrió y su pecho fibroso de escultura griega, por ahora sano y joven, asomó entre los lazos que la cerraban. Él se dio cuenta de que me fijaba, pero no dijo nada. Se quedó un momento en silencio, escrutando mi rostro. Se me antojó sobrecogedoramente melancólico al deslizar un dedo por mi nariz, el arco de Cupido y mis labios entreabiertos.

—Sería una pérdida de tiempo —confesó con voz queda—. Los hombres enamorados nunca viviremos en paz.

Su sencillo comentario me cortó la respiración y me alejó por un rato del tormento de decir la verdad. Con esa frase comprendí algo que no se me había pasado por la cabeza. Todas las piezas encajaron. Su nostalgia, su resignación, los momentos en los que no logra contener la rabia. Podía ser síntoma de la enfermedad, pero no está triste porque la muerte lo aceche; solo tiene el corazón roto.

Lo sé porque yo también he estado ahí.

—¿Quién es? —pregunté, acongojada.

—Alguien prohibido.

—La humana de los rumores, ¿verdad?

—Por una vez acertaron, sí —respondió, burlón. Hizo una pausa—.

A veces me recuerdas a ella.

—¿De verdad? Qué honor.

Él asintió, perdido en un recuerdo.

—Ella también se ríe de forma escandalosa. Y levanta el dedo de los regaños cuando se pone autoritaria. Y es una cotilla insoportable.

—Hombre, gracias.

Medio sonrió.

—En tu defensa diré que eres respetuosa. Ella habría sacudido el cajón que a ti tanto te interesó y me habría abofeteado si hubiese intentado impedirlo.

—¿Abofeteado? ¿A ti?

—No sabe que soy un príncipe, pero si lo supiera le importaría un bledo. Ella es así. —Y pronunció «así» como si tres letras pudieran albergar todas las cosas hermosas del mundo; como si por eso debiéramos perdonarle todos sus pecados, sus fallos, sus defectos—. No pretendo quitar encanto a tus cualidades personales, pero a veces... A veces, tenerte cerca es agradable y desesperante a la vez por eso. Por el parecido.

Me acerqué un poco a él.

—¿Y qué más? ¿Cómo es?

Dareon cerró los ojos y descansó la mano sobre el pecho, como si de esa manera pudiera conectar con ella.

—Una energía femenina descarada. Podría poner el mundo a sus pies batiendo las pestañas.

—Ya me imagino que no podía ser fea —bromeé.

—No es algo físico. Va más allá de la belleza. Es una sensación vital.

—Supongo que estabas pensando en ella cuando te he interrumpido.

Dareon abrió los ojos y me miró, burlón.

—Si hubiera estado pensando en ella, habría tenido que cambiar las sábanas por ti.

—Mira que eres guarro, joder. —Le solté un guantazo en el hombro. Él exageró haberse hecho daño y rodó hacia el otro lado de la cama—. ¿Por qué no estás a su verita ahora mismo?

Cuando volvió a rodar hacia mí, ya no parecía tan divertido.

—Porque su existencia choca frontalmente con mis principios. Y porque me tengo que vincular con un hada de Turlough para perpetuar la estirpe.

—Tómala de amante. —Recuerdo la orgullosa especificación de Edel, y agrego—: O que ella te tome a ti de amante.

—No me dará tiempo. La sola vinculación ya queda fuera de mi agenda; imagínate convencer al huracán femenino de ser mi segunda mujer. Me tomaría media eternidad, y todo para que al final me mandara al infierno. No es la persona más razonable que he tenido el placer de conocer —bufó, bizqueando.

No le daría tiempo. No tiene tiempo. No *le queda* tiempo.

Y yo sé por qué. Yo sé quién es el culpable.

¿Por qué no se lo digo? ¿Por qué no lo confieso sin más? Quizá porque hacía tan solo unas horas estaba desesperada por sentir los brazos del asesino alrededor de mi cuerpo. Porque me conmovía la ternura del asesino.

—Por lo menos te ahorras media eternidad de discusiones —se me ocurrió decir.

Dareon permaneció en silencio un rato más.

—¿Sabes? No ser eterno no solía preocuparme. Estaba incluso orgulloso de mi finitud, en parte por lo que me contaba mi madre: «Míralos, míralos a todos, Dareon, condenados a reinventarse para no morir de aburrimiento. Tienen todo el tiempo del mundo y por eso no lo valoran. Los días se solapan unos con otros y la emoción por cumplir las metas que se marcan apenas dura unas semanas. Tú tienes el honor de vivir cada momento como si fuera el último; el don de ver la belleza en las pequeñas cosas. No tendrás una vida eterna, pero si la vives bien, será la más valorada entre todas las de este mundo».

—Tu madre sí que sabía animarte.

—Lo conseguía, sí. Estaba muy feliz porque tenía algo que los demás no. Pero entonces mi abuela me dijo que la eternidad no es suficiente cuando amas a alguien; que los «siempre» se quedan cortos. Y a partir de ahí no supe a quién dirigir mi odio: si a mí mismo, a quien me envenenó... o a ella, por hacerme consciente de mi ruina.

Podría haberle ayudado a elegir diciéndole la verdad, pero no lo hice.

—¿Cómo vas a odiarla a ella?

—Oh, créeme, la odio. Hace que me levante furioso y me acueste más furioso todavía. —Exhaló por la nariz y se cubrió con las sábanas —. Creo que ya hemos hablado bastante. Espero que te haya ayudado a perder el miedo. —Y me guiñó un ojo.

Sentí tal ramalazo de cariño que no lo pensé y me abracé a él. Apoyé la barbilla en su hombro y lo apreté, tratando de transmitirle todo mi apoyo, todo mi aprecio... y también cuánto lo sentía.

Él no me apartó, y así nos quedamos dormidos.

34

Al día siguiente continúo igual de desesperada. No salgo de mi dormitorio por miedo a cruzarme a Vikram. Camino de un lado a otro, debatiéndome entre lo que debo y lo que quiero hacer, y cuestionando tanto las razones que me animan a confesar como las que me impiden hacerlo.

En un arrebato, agarro el móvil y les escribo a mis hermanas.

DIANA (18:32):
¿Recordáis los hermanos de los que os hablé? ¿El guapo y el tonto?

ELSA (18:33):
Obvio, ¿por? ¿Habéis hecho la H contigo en medio?

Tuerzo la boca.

DIANA (18:33):
No exactamente. Resulta que me he enterado de algo y no sé qué hacer.

ELSA (18:35):
Es gay.

DIANA (18:35):
¿Qué? No, claro que no.

ELSA (18:36):
Pues sorpréndeme.

No sé con qué la voy a sorprender. ¿Cómo cuento mi situación de la forma más delicada posible?

Inspiro hondo.

DIANA (18:40):
Resulta que el guapo tiene una novia estupendísima. He podido hacerme amiga de él y me ha contado un poco su historia, que quiere pedirle matrimonio y todo eso. La novia está aquí, pasando con ellos las vacaciones. Pero el otro día, estábamos en la piscina y me pidió que le trajera bronceador de la habitación. Me dio la tarjeta y la usé para entrar en el cuarto. Y allí me encontré a su novia con... el hermano. En

una postura muy comprometedora.

No es ni por asomo tan grave como la historia real, pero para Elsa no hay nada peor que unos cuernos, así que es el ejemplo más apropiado.

Elsa me manda una fila de emoticonos que recrean *El Grito*.

ELSA (18:42):

Pero ¡qué pedazo de cerda! ¡Montándoselo con los dos, no me lo puedo creer!

DIANA (18:43):

No sé qué hacer. El guapo es mi amigo. Desde que coincidimos en el hotel hemos tenido la oportunidad de intimar y ahora se me hace cuesta arriba ocultarle algo como eso. Siento que no es justo. Pero a la vez siento que... Creo que su hermano... Tendría sus motivos.

Me dan ganas de borrar ese mensaje en cuanto lo envío.

¿Que tendría sus motivos? ¿Cuál es mi problema?

Me paso una mano por la cara e intento contener las ganas de llorar.

ELSA (18:45):

Didi, mi vida, ¿me quieres explicar qué motivos tiene un hombre maduro para zumbarse a la novia de su hermano? Porque a mí no se me ocurre ninguno.

DIANA (18:45):

A lo mejor está enamorado de ella.

ELSA (18:46):

¡Pues que se joda! ¿Qué me estás contando? ¡Que es la mujer prohibida! Yo flipo. Y con la tía esa más aún. Con lo fácil que es estar soltero para hacer lo que te dé la gana...

ABRIL (18:47):

Estáis todo el santo día con el móvil. No hay quien os siga el ritmo. ¿Qué es lo que pasa ahora?

DIANA (18:48):

¿Tú qué opinas?

Me muerdo las uñas mientras mi hermana lee y escribe.

ABRIL (18:50):
No te metas donde no te llaman.

Pongo los ojos en blanco.

DIANA (18:51):
¿Podrías darme una respuesta más elaborada, por favor?
Que se note que vas a hacer un doctorado.

ABRIL (18:55)
Vamos a ver, Diana. Aparte de que no es tu asunto, el tipo podría no creerte y pensar que se lo cuentas por las razones equivocadas. Entiendo que te dé pena que se los estén poniendo, pero tranquila, las mentiras caen por su propio peso. Todo acaba saliendo a la luz y esa infidelidad no será distinta.

ELSA (18:56):
Protesto, señoría. Sí que es su asunto. Ha sido testigo del delito y debe confesárselo a la víctima para que ambos culpables puedan pagar por su crimen. De lo contrario estaría dejando que ganaran ellos, y eso no puede ser. Hay que hacer lo correcto.

ABRIL (18:56):
Joder con la letrada, ¿ya te has metido otro maratón de *Suits* entre pecho y espalda?

ELSA (18:56):
Qué va, es que he ido hoy a hacer una práctica al plató de una serie de televisión de abogados y he visto cómo rodaban el episodio del juicio. Ha sido increíble...
Pero ese no era el tema.

ELSA (18:57):
Díselo, Diana. No se puede ser neutral con cosas tan graves como esta. ¿O tú no me dirías que una amiga se está liando con mi novio?

ABRIL (18:58):
¿Cuál de todos tus novios? Me da a mí que, de ser tú uno de los personajes de esa historia, serías la adúltera, no la víctima.

Elsa manda un puñado de emoticonos. Entre ellos destacan un par de cuchillos jamoneros.

Bajo el móvil a mis piernas y me quedo mirando a un punto perdido de la pared.

Es mi asunto porque formo parte de este mundo. La del envenenamiento fue una de las visiones no pedidas que según Laertes destacan por su importancia. No puedo hacer la vista gorda. Pero soy demasiado cobarde para enfrentarme a algo así.

Tonteo inconscientemente con la posibilidad de ir a ver a Vikram y exigirle una explicación, algo que me ayude a entenderlo mejor, incluso si no le resta gravedad al delito. Lo que más me sorprende de todo esto ni siquiera es que Vikram resultara ser el villano, pues algo en el fondo de mi corazón me decía que albergaba cierto grado de maldad, sino que aún me queden fuerzas para cuestionar hasta lo que he visto. Para intentar... disculparlo.

Pero no merece que le disculpe. No lo merece. *No lo merece.* Me lo repito una y otra vez, y hago hincapié en que estoy traicionando a Dareon. Estos dos motivos me impulsan a levantarme, tambaleándome como si estuviera borracha, y dirigirme al salón del trono. Lo hago con un automatismo impropio de mí. Me pongo en manos de una fuerza superior y dejo que guíe mi cuerpo a donde se lo pida el corazón.

Por el camino, mi respiración se va tornando irregular hasta que comienzo a hiperventilar y necesito apoyarme en la pared. La sordidez del problema y mi indiscutible papel en él me abruman tanto que pierdo el equilibrio.

Necesito cerrar los ojos y concentrarme en otra cosa para volver a ponerme en marcha.

Cuando llego a la puerta monumental de doble hoja, noto los tobillos flojos y la garganta como el papel de lija. Los guardias la abren para mí y la enormidad del salón se extiende ante mis ojos, haciéndome sentir minúscula e impotente.

No hay nadie. Solo Dareon, de pie en su plataforma superior, y Vikram cerca del primer escalón. Me estremezco al reconocer la espalda del *japheth*. Un estremecimiento que me paraliza cuando, desde la distancia y en medio de un doloroso silencio, Dareon clava en

mí sus ojos vacíos.

Vikram también gira la cabeza y me mira por encima del hombro.

No necesito fijarme en su expresión tensa para saber que se me ha adelantado.

Dareon baja las escaleras con una lentitud desquiciante. Hipnotizada por el mismo ritmo, camino hacia él, y cada paso se siente como pisar cristales rotos.

No llegamos a la misma altura. Vikram nos separa.

—¿Es cierto? —me pregunta quedamente. No puedo abrir la boca —. Responde, Diana. ¿Es verdad?

Pestañeo rápido para retener las lágrimas, que de todos modos ruedan por mis mejillas al mover la cabeza.

—¿Desde cuándo lo sabes? ¿Lo sabías anoche?

Vuelvo a asentir con una mueca de dolor. Cierro los ojos y espero a que me grite. A que venga hasta mí y me abofetee; a que dé una orden fatal. Pero solo corre un silencio mortífero, ligeramente afectado por el sonido de sus pasos.

Vuelvo a abrir los ojos, asustada por lo que pueda encontrarme. El silencio de Dareon es enloquecedor. Se ha quedado inmóvil a los pies de la escalinata, y observa el salón como si fuera la primera vez que lo ve.

Llama a los guardias.

El corazón se me encaja en la garganta.

—Llevadlo abajo —ordena sin entonación.

Los dos guardias vacilan antes de agarrar a Vikram cada uno de un brazo. Ruego para mis adentros por que no dé un paso en falso, que no se rebele, que acepte el castigo. Y eso es lo que hace. Se deja guiar a la salida sin oponer la menor resistencia.

No me mira, y yo a él tampoco.

—Si intentas huir —dice Dareon, con la vista fija en los hombros de Vikram—, te encontraré y te mataré.

Vikram asiente de forma imperceptible, aceptando con resignación un destino con el que es evidente que ha soñado tantas veces que siempre supo que acabaría haciéndose realidad.

—Y tú —se dirige a mí, implacable— vas a acompañarme.

35

Lo sigo sin atreverme a pestañear. Su expresión casi siempre cordial permanece oculta tras una máscara granítica. Me puedo imaginar que ni uno solo de los pensamientos que pasan por su cabeza ahora mismo serán agradables, pero siempre puedo quedarme muy corta en comparación con lo que de verdad piensa.

—Dareon... —susurro con voz quebrada—. Por favor, di algo.

Él no contesta. Sigue descendiendo por las escaleras, recto y digno como el príncipe que es. La capa ondea dramáticamente a su espalda. Yo le sigo a unos cuantos pasos de distancia con un pésimo presentimiento. Tengo miedo y quiero que lo sepa, quiero que se dé cuenta de que todo esto resulta aterrador y le ponga fin de inmediato. Pero ¿quién soy yo para decirle cómo manejar una traición de este nivel? No puedo acusarle de ser irracional, solo de actuar con una calculadora frialdad que me estremece.

—Abre —ordena al celador.

Este tira de la puerta corredera que conduce al pasillo de las mazmorras. Están sumidas en la penumbra salvo por las antorchas que iluminan las gruesas columnas de piedra. Estas separan las celdas, cerradas por unos barrotes carcomidos por el moho. A pesar de estar vacías, huelen a humedad y a putrefacción. De todas las celdas que voy dejando atrás al avanzar por el pasillo, solo una está ocupada por el hada de Aranrhod que leyó el cuaderno de Rheil. Se me parte el alma al verlo abrazado a las rodillas, con la cabeza hundida entre ellas. ¿Ha estado aquí desde el ajusticiamiento de Rheil?

Dareon debe intuir que tengo la intención de detenerme, porque me lanza una mirada apremiante por encima del hombro, y no estoy en posición de desobedecer.

¿Me odia? ¿Va a encerrarme a mí también?

¿Dónde está Vikram?

Al menos hallo respuesta a una de las preguntas cuando llegamos a la última celda.

Han encadenado Vikram a lo que parece una mesa de operaciones revestida de hierro. Tiene la vista clavada en el techo cuando escucha

el tintineo de las llaves que sostiene el celador. Entonces tampoco ladea la cabeza, solo se asegura con el rabillo del ojo de que somos nosotros.

Lo han desnudado de cintura para arriba. Su pecho se tensa y desinfla al ritmo de una respiración más bien calmada, pero tratándose de Vikram, podría ser puro teatro.

«Se lo merece», me repito.

Y aun así no puedo evitar temblar de compasión y fantasear con que lo libero.

Él ya ha estado encadenado. ¿Por qué tiene que estarlo de nuevo?

Dareon cierra la celda y, a continuación, con esa parsimonia de la que ahora veo que se arma para tratar asuntos de gravedad, se quita los broches que mantienen la capa en su sitio. La dobla y la deja sobre el taburete de la esquina. Hace lo mismo con la chaqueta. Se deshace de todos los ornamentos del principado uno a uno, sin apartar la vista del espacio que Vikram ocupa, hasta que ofrece la imagen de un súbdito cualquiera.

Entonces se detiene a un lado de la mesa y desenvaina el puñal con el mango enjoyado que una vez clavó en el suelo para rendirme pleitesía.

El corazón me late muy deprisa.

—Dareon, por favor. —Me oigo decir con voz estrangulada.

Él no me mira. Solo tiene ojos para Vikram, que no se oculta ni le rehúye. No es tan cobarde como yo. Le devuelve la mirada sin pestañear, como si quisiera decirle que está ahí, lo tiene a su merced y no se va a mover hasta que consume su venganza.

Dareon acaricia la punta del puñal con las comisuras de la boca apuntando hacia abajo.

—¿Has intentado matarme en alguna otra ocasión, anterior o posterior? —Su voz resuena entre las cuatro paredes y sigue propagándose por el pasillo como un eco lejano.

«No».

—¿Me has estado envenenando con tus panaceas?

«No».

Dareon sonríe de lado con desdén.

Está claro que interpreta su respuesta como una mentira.

Apoya la punta del puñal muy cerca del brazo de Vikram.

Por un momento siento que voy a vomitar.

—No le hagas daño.

Mi petición no solo me sorprende a mí; también a los dos.

Dareon no cambia de expresión.

—Tranquila. —Me tiende el puñal—. Esto es para ti.

Me quedo mirando mi reflejo borroso en la hoja del arma.

—¿Pa... para mí? —balbuceo.

—Cógelo, Diana —me pide con falsa candidez—. Cógelo o lo usaré yo.

Trago saliva y obedezco. Me tiemblan tanto las manos que tengo que agarrarme la muñeca para que no sea tan notable.

—¿Por qué has decidido decírmelo ahora? —continúa Dareon. Su semblante se endurece—. ¿Y por qué no en el mismo momento? —Le son concedidos cinco segundos de gracia, pero Vikram no contesta—. ¿Qué esperabas que sucediera después de matarme? —Tampoco responde a esa pregunta. Dareon se inclina sobre él—. ¿Por qué lo hiciste?

Vikram continúa sumido en un silencio violento.

Y ahí es donde entro yo. Con una mueca desdeñosa y ojos vidriosos, Dareon me hace un gesto para que me acerque.

—Voy a volver a hacerte esas preguntas. Si no respondes, Diana va a usar el puñal.

—¿Qué? —jadeo, con los ojos abiertos como platos.

—Eres la única que puede hacerle daño, ¿no es cierto? Para los demás, su piel es de acero, y el resto de su cuerpo, indestructible. Pero sí siente lo que le hacen tus manos... A menos que se me haya informado mal. —Ladea la cabeza hacia Vikram con los párpados entornados—. ¿Me han informado mal?

Vikram traga saliva.

—¿Bromeas? —balbuceo—. No voy a hacerle daño, Dare.

—Por supuesto que sí lo vas a hacer. Sabes muy bien cuál es el destino que les espera a los traidores en Elyllon. Me parece que te ofrezco una alternativa de lo más indulgente cambiando una ejecución

por...

—¿Por la tortura? —concluyo, sin voz. Los ojos se me llenan de lágrimas—. Dareon, por favor, ni siquiera sé qué esperas que haga, pero esa no sería yo. Y tampoco serías tú.

—Hay muchas partes de mí que se te escapan. Pero a Vikram no —continúa, mirándolo con la cabeza ladeada—, por eso es lo bastante prudente para quedarse callado. ¿Por eso me lo ocultaste, Vikram? ¿Temías que te hiciese daño al saber la verdad? No, no lo creo... Tú no le temes al dolor.

«Haz lo que te dice», escucho en mi cabeza. «Hazlo o la tomará contigo».

Sacudo la cabeza, mordiéndome el labio inferior.

«Hazlo o te hará hacerlo».

Agarro el mango del puñal con fuerza y sigo negando.

«Hazlo, Diana», insiste una última vez. «O nos arrepentiremos los dos».

La barbilla me tiembla al juntar las dos manos sobre la empuñadura y acercarme a él.

—Eso está mejor. —Dareon deja correr un segundo y apoya las dos manos en el borde de la mesa. Mira a Vikram y repite su pregunta muy despacio—. ¿Qué esperabas que sucediera después de matarme?

Vikram se concentra en un punto perdido del techo. Espero con el corazón en la mano a que conteste, pero no lo hace.

Dareon me invita a participar con una mirada seria.

—¿Qué quieres que haga? —musito, como si no lo supiera. Él no me responde: deja que lo descubra yo acercándome a la piel morena del condenado. Despide el brillo dorado de su bronceado natural. No tiene ni una sola cicatriz—. No quiero hacer esto.

No sé a quién se lo digo con exactitud.

«Lo sé», me transmite Vikram, quizá con ternura.

Apretando los labios y sin ver muy bien por culpa de las lágrimas, arrastro la afilada punta del puñal por su costado. Enseguida brota un hilillo de sangre.

«No es suficiente. Tienes que hacerme daño».

Busco los ojos de Vikram, pero no me mira.

Me obligo a cerrar los párpados y hundirlo un poco más en el mismo sitio. La hoja apenas desaparece unos centímetros dentro de su carne, pero lo siento bajo mis manos: noto que atravieso la gruesa capa de piel, y el olor de la sangre no tarda en impregnar el aire.

No puedo.

Dejo el puñal clavado en su costado y retrocedo con una mano en la boca. Siento cómo me baja la tensión de golpe y estoy a punto de perder el equilibrio.

—Con suerte, no tendré que obligarte a que sigas —dice Dareon. Las manos apoyadas en la mesa se cierran en dos puños de los que brotan unas chispas color púrpura—. ¿Qué... esperabas... que sucediera?

—¡Respóndele! —exclamo yo, desesperada.

Pero Vikram no lo hace, y me toca pagar por su silencio.

Dareon gesticula para que vuelva a acercarme y cometo el error de no obedecer. Permanezco donde estoy, con la espalda pegada a los barrotes de la celda; rezando mentalmente para que me deje ir, para que corte todo este espectáculo de tortura sádica.

Para mi desgracia, no lo hace. Los ojos de Dareon contienen un brillo diferente cuando vuelve a mirarme. En sus pupilas chisporrotea un fuego violeta que me desconcierta.

No entiendo qué es lo que ha hecho hasta que me veo caminando de vuelta a la mesa, cogiendo el puñal con la destreza de una asesina aventajada y apuñalando a Vikram en el estómago.

Grito de horror e intento apartar la mano, pero no me pertenece. Mi cuerpo ya no es mío, está dirigido por otro. Vikram se arquea con la mandíbula apretada y cierra los ojos. No emite ni un solo sonido, ni una queja, pero las venas aparecen en su cuello como señal de que ha ahogado un aullido.

Un pensamiento logra infiltrarse entre el pánico. *De veras puedo hacerle daño*.

Me veo desclavando la hoja y observando cómo la sangre se derrama sobre su vientre. Apenas me da tiempo a gestionar lo que estoy viendo cuando mi mano, de nuevo guiada por un halo púrpura, se levanta por detrás de mi cabeza y lo inserta sobre el ombligo.

El sonido hace que me castañeteen los dientes.

Mi puño cerrado arrastra el arma hacia un lado, abriendo una brecha de la que mana la sangre caudalosamente.

—¿Qué haces? —le chillo a Dareon—. ¿Qué me estás haciendo?

Él no me escucha.

—¿Por qué lo hiciste, Vikram?

El puñal vuelve a atravesarlo guiado por mi mano, esta vez en el esternón.

—¿Es que quieres matarlo? ¡Basta! ¡Basta ya!

Dareon da la vuelta a la mesa, nervioso. Pierde la paciencia, tal vez porque no está obteniendo el resultado esperado, y me arranca el puñal para apuntarlo al cuello con la punta. Vikram tiene los ojos inyectados en sangre, respira con dificultad y parece a punto de desvanecerse.

—Dime por qué lo hiciste. ¡Dime por qué lo hiciste! —aúlla, colérico. El amarillo de sus ojos se va oscureciendo hasta que el negro del iris se confunde con la pupila—. ¡Habla!

Vikram hace acopio de sus fuerzas para mirarlo.

«Porque te odiaba».

Dareon junta las cejas en una mueca de rabia y confusión a partes iguales. No suelta el puñal, pero deja de agarrarlo como si quisiera romperlo. Sus ojos vuelven a su tono habitual, y con ello parece abandonarlo el espíritu que lo ha poseído.

—Yo te admiraba —murmura, derrotado—. Te quería sentado a mi mesa. Te trataba como si fueras mi hermano. ¿Qué podría haber hecho yo para que me odiaras?

Vikram no responde.

Dareon suelta el puñal y retrocede unos pasos, sumido en la incredulidad. Su espalda choca con la pared.

—Y ahí estabas tú —continúa en voz baja, sin enfocar la vista—, fingiendo preocupación. Fingiendo ser leal hasta la muerte.

Con un gesto nervioso, Dareon se limpia la nariz con el dorso de la mano e inspira profundamente. Entonces la veo: veo la profunda decepción de la que ha estado intentando protegerse, una que queda empañada por el dolor que conlleva. La congoja es tal que se tambalea

y necesita quedarse un segundo apoyado en la pared.

—Solo era un niño —musita con incredulidad—. Un niño, Vikram. ¿Qué daño pude hacerte un niño? Uno sin poderes ni fuerza para luchar.

Silencio.

Derrota.

Dareon rodea la mesa y abandona la celda. Todavía manipulando mis piernas, me obliga a salir, cerrarla y dejar a Vikram allí, retorciéndose entre escalofríos.

Puede controlar mi cuerpo, pero no evita que llore al cerrar con llave.

Vikram ladea la cabeza hacia mí. Espero un «¿contenta?» o algún tipo de comentario zaheridor por su parte, pero ni siquiera hace el amago de meterse en mi cabeza.

De pronto es como si no lo necesitara. Ni él, ni yo. Solo intercambiando esa mirada nos decimos lo único que se puede decir en una situación como esta.

«Lo siento».

Primer final

Debería dar gracias porque Dareon no me haya encerrado. Me ha llamado traidora y lo mínimo que merece una persona que ha cometido ese delito es ser privado de su libertad. Supongo que no lo ha hecho porque todavía le sirvo para algo. Quizá tiene planes para mí. Y muy posiblemente esos planes no me gusten en absoluto. Hay una alta posibilidad de que consistan en seguir torturando a Vikram, y si eso es así, tal vez debiera irme de aquí.

Huir... Qué cobardía la mía, ¿verdad? Una que se verá reforzada si digo que llevo todo el día tumbada boca abajo en la cama, llorando con una amargura que ni siquiera me provocó mi divorcio. Pero nadie puede negarme que el impulso de salvar el propio pellejo sea el rasgo más característico del ser humano. Puede que pueda trasladarme al pasado y leer el presente de muchos; puede que mi alma sea inmortal... pero, en el fondo, yo me sigo sintiendo una mujer normal y corriente, nacida y crecida en una ciudad andaluza que nunca pensó que tendría que vérselas en determinadas circunstancias.

Pienso en las protagonistas de todas esas novelas de fantasía que he leído y recuerdo lo mucho que me burlaba de las que no afrontaban con coraje su destino. Es inevitable que me pregunte: si fuera protagonista de una novela, ¿qué pensarían de mí quienes la leyeran? Que soy una llorona, como me llama Vikram. Lo era antes de comenzar esta aventura y lo soy también ahora, porque aunque las experiencias nos cambian, nuestra naturaleza permanece intacta.

Es triste pensar que mi esencia está compuesta de amargura, cobardía e indecisión. Una persona con esa falta de virtudes no podría mantener el guion de una historia, no podría hacerla interesante. Pero esto no es una historia: esto es mi vida. Una vida que se ha torcido hasta un punto que jamás creí posible.

Me he machacado con eso durante buena parte de la tarde, pero ahora hago las paces conmigo misma e intento ser coherente con las historias que componen mi existencia. Me he visto obligada a participar en escenas de terror que hacían que me cubriese los ojos cuando se desarrollaban en una pantalla. He visto a un hombre dictar

una sentencia de muerte sin que le temblara el pulso, y a otro ejecutarla con la misma determinación. Han intentado matarme. Me han hechizado. He pensado que estaba soñando. Que estaba loca. Y, ahora, que no estoy a la altura de mis sueños.

También he torturado a un hombre que, por muy culpable que sea, sigue siendo una criatura. «Sintiente», me dijo Vikram, colocando mi mano sobre su corazón.

Qué cómodo era soñar en la apacible soledad de mi dormitorio, sabiendo que podría dejar de escribir en cualquier momento y refugiarme en la aburrida tranquilidad de la vida de una chica del montón. Qué fácil era fantasear con estar aquí cuando no sabía lo que significaba en realidad. Pero ¿cómo iba a saberlo? Soy una mente demasiado grande y poderosa en un cuerpo en el que apenas quepo, y hasta ahora había vivido sabiendo quién era al cincuenta por ciento. Es decir; a menos del cincuenta por ciento de mis posibilidades. ¿Qué se espera de mí? ¿Que alce las armas, que me acostumbre a la sangre, que acepte que me utilicen para matar a un hombre al que solo el hecho de que yo no lo quisiera parecía hacerle sufrir?

Quiero estar a la altura, pero hay barreras que lo impiden. A veces no puedo ser una heroína. La mayor parte del tiempo me parece suficiente con sobrevivir a mi humanidad, que ya es bastante difícil de por sí.

Y aun así... ¿Podría marcharme y dejarlo todo? ¿Podría abrazar ese impulso de supervivencia y regresar a mis rutinas como si no hubiera estado aquí? ¿Podría abandonar a Dareon cuando ha perdido completamente los estribos?

¿Y a Vikram?

Me abrazo a mí misma recordando cómo reaccioné en el templo de sanación. Me aterra que pueda pensar que he disfrutado haciéndole daño. Me aterra que Dareon vuelva a hacérselo y en lo que pueda convertirse si termina implantándolo como una costumbre. Entre todas las ideas que se arremolinan en mi cabeza, destacan dos: no le di a Vikram la oportunidad de hablar... y Dareon ha sido capaz de utilizarme en contra de mi voluntad para sus propósitos. Para uno que me parte el corazón si lo recuerdo.

Cierro los ojos en medio de la cama e intento concentrarme en Vikram. Laertes dijo que bastaba con un recuerdo nítido para invocar las visiones, pero no me sirve el más reciente, así que sigo navegando. Pienso en su cara de concentración al ver *Eduardo Manostijeras*, en su pose de profesor al enseñarme a defenderme; en cómo vino corriendo cuando creyó que estaba herida.

Necesito cerciorarme de que alguien ha corrido para atenderlo a él después de que me obligaran a abandonarlo. Necesito ver que está bien.

Me cuesta horrores porque no consigo llevar mi mente a ese lugar de calma que necesita, pero mi obstinación acaba concediéndome el deseo y me muestra la celda.

Mi corazón se para de golpe al comprobar que acaba de abrirla. Se guarda algo en el bolsillo y arroja la capa ensangrentada de Dareon al suelo. Ha debido usarla para limpiarse las heridas, que, aunque cicatrizan a una velocidad increíble, aún están abiertas.

«No», pienso, esperando que lo escuche. «No huyas. Afronta esto, Vikram».

Él se detiene un momento, como si me hubiera oído. Levanta la cabeza y en las arrugas de su gesto contraído me parece ver a un hombre de cien años. Si me ha oído o no, eso no importa, porque sale de todos modos. Las cadenas que bloqueaban los barrotes están derretidas.

Supongo que no eran de hierro, después de todo.

O tal vez el hierro tampoco pueda pararle.

Me pongo de pie enseguida. Puedo imaginarme cómo va a vengarse Dareon si se entera de que lo ha desobedecido y pretende marcharse. En la visión parecía tomar un pasadizo hacia el bosque de Namara. Y es ahí a donde pretendo dirigirme para detenerlo cuando, al abrir la puerta, me topo con los ceños fruncidos de los dos guardias que me vigilan.

Mierda.

Piensa, Diana, piensa.

Giro la cabeza hacia el balcón. Hay una caída importante. Es la misma de la que Vikram rescató al Dareon pequeño que casi se

precipitó al vacío. Pero, quizá, si uso las sábanas...

De algo deben servirme la cantidad de películas que he visto.

Sin molestarme en quitarme el camisón o recoger más que el móvil y la 88 disecada, arranco las sábanas de la cama, las fundas de las almohadas y también la bajera. Me toma unos cuantos minutos anudarlas todas y atarlas a una de las columnas de la balaustrada, todo rezando para mis adentros que no sea demasiado tarde.

«Por favor, espera. No te vayas».

Con el vértigo causando estragos en mi estómago, me obligo a agarrarme a las sábanas y esperar que no haber probado bocado en estos últimos meses haya servido para que no se rasgue por la mitad.

¿Qué es más conveniente? ¿Bajar de golpe, o poco a poco?

Qué importa. Habrá que improvisar.

Rogando para no abrirme la crisma —y si me la abro, que mi sacrificio haya servido para algo—, cierro los ojos y empiezo a bajar. Comienzo muy despacio, sin poder creerme que esto esté dando resultado, pero entonces escucho que se rasga y me entra el pánico. Me deslizo más y más rápido. No puedo evitar que, al final, cuando queda un metro para tocar tierra, se rompa y me lance al suelo.

No aterrizo sobre ninguna superficie mullida, por desgracia.

De hecho, me doblo el tobillo.

Ni se te ocurra gritar. No grites.

Ahogo un berrido y contengo las lágrimas parpadeando muy deprisa.

¿Qué es un esguince, después de todo? Joder, muy bien parada he salido teniendo en cuenta la cantidad de historias en las que me he visto inmersa. Además, debería celebrar que mi reputación de llorona me haya hecho la cama; si no, Dareon me habría visto capaz de huir por la ventana y habría doblado la vigilancia.

Echo a correr hacia el bosque tanto como me lo permite el dolor en la articulación. Al reconocer la enorme figura de Vikram de espaldas, tirando de las riendas de un caballo, no puedo contenerme y exclamo con la mano en alto:

—¡No te muevas!

Él se da la vuelta con el ceño fruncido.

«¿Qué haces aquí?».

—¿Qué haces *tú* aquí? —le reprendo. Arrastro mi pie malherido hasta donde está.

Él se fija en mi caminar.

«¿Qué te ha pasado?».

—Hagamos las preguntas de una en una. Ni se te ocurra marcharte, Vikram. ¿No has oído a Dareon? Como te escapes... Ya sí que no te perdonará. —Le ofrezco una mano temblorosa—. Vamos... Acompáñame dentro.

Entiendo que no la acepte. He sido yo la que indirectamente le ha empujado a confesar y provocar todo esto. Soy yo la culpable de que vaya doblado de dolor, incluso si ha sido Dareon quien me ha hechizado.

«Si has venido a pedirme disculpas con todos esos pensamientos destructivos, ahórratelo. No tienes la culpa».

—No lo creo. Has confesado porque te puse entre la espada y la pared.

Él niega con la cabeza.

«Llevo toda la vida esperando este momento. Sabía que no sería un secreto para siempre».

—Te agradezco que seas misericordioso. Ahora mismo no estoy en condiciones de tolerar la rabia de nadie más. Pero cuando todo esto pase, deberías... —Desvío la mirada a mis pies—. Creo que deberías hacérmelo pagar. Imaginaba que esto pasaría, imaginaba que... pero...

El silencio se hace entre nosotros. Vikram mira a un lado y a otro antes de cogerme del brazo.

«No podemos estar aquí en medio. O vienes conmigo, o te quedas. Yo no pienso pasar ni una noche más de mi vida metido en una celda».

Lo miro con los ojos muy abiertos, esperando una descripción de cómo se siente cuando lo encierran. Por supuesto, los detalles no llegan.

—Vale —respondo con voz estrangulada—. Yo no... No puedo irme contigo. Pensaba que podría convencerte de quedarte, pero... Vikram, estoy segura de que hay una razón. A lo mejor me arrepiento de

decirlo, pero tengo la sensación de que no es todo tan sórdido como parece.

«No lo es». Hace una pausa. «Pero eso no me hace inocente, Diana».

—Aun así, quiero saberlo. Ya sé lo que vas a decir —agrego rápidamente—. Podría haberte escuchado antes de todo esto, y nos habríamos ahorrado... —Trago saliva—. No me puedo creer lo que te ha hecho. Ni lo que me ha hecho a mí. Quiero decir... Esto no va sobre mí, pero... Quiero que sepas que no ha sido agradable. No quería herirte.

Vikram me mira con resignación. Adelanta un pie para secarme las lágrimas con los pulgares. La ternura del gesto me toca la fibra sensible.

«Lo sé. Verte sufrir lo hizo más doloroso».

Apoyo la frente en su pecho. Solo lleva una camisa blanca de mangas anchas atada sobre el pecho con un lazo celeste.

—No tengo ni idea de lo que estoy haciendo, y... No quiero dar más problemas. —Sorbo por la nariz—. A lo mejor te escucho y me sigue horrorizando lo que has hecho, pero si quieres sincerarte conmigo...

«No creo que tenga otro remedio. Si no te lo digo, lo acabarás descubriendo. A fin de cuentas, puedes indagar en mi pasado».

Joder, claro que sí. Qué estúpida soy. ¿Por qué no lo he hecho?

Ah, sí, por esa tontería de respetar la intimidad de los demás.

«Ven, vamos allí». Señala el bosque.

—¿A Turlough? ¿Con lo mucho que te adoran la flora y la fauna?

«Turlough limita con el este. Nos dirigimos a Namara, al oeste. Acompáñame, Diana. Estamos en un punto muy vigilado. Es un misterio por qué los guardias no han pasado por aquí ya. Te diré lo que quieras saber... y luego podrás volver».

Me apoyo en su brazo para dirigirme a donde apunta. El tobillo se me está empezando a hinchar y él se da cuenta de eso. Anuda las riendas del caballo en su muñeca y, haciendo con esfuerzo algo que no le habría costado ni un pestañeo en circunstancias normales, me coge en volandas.

—¿Qué haces? —jadeo, pateando el aire—. ¡Bájame ahora mismo! Estás hecho polvo. Debería ser yo la que te lleva en brazos.

«Me gustaría ver eso alguna vez», se mofa sin energía.

—Vikram, bájame...

No sirve de nada.

Apenas hemos avanzado unos cuantos metros en el bosque —que, por suerte, no es mágico ni odia a Vikram— cuando avistamos un claro iluminado tímidamente por la influencia lunar. El agua del riachuelo parece plateada, igual que los bordes de las hojas de los árboles que se inclinan sobre la llanura. Vikram me deja sobre la hierba mullida y ata el caballo a uno de los troncos. Le acaricia el morro un momento, y este, que parecía bastante nervioso, se calma y agacha la cabeza.

Observo la escena abrazada a las rodillas, sumida en el silencio. Después, Vikram se da la vuelta y camina hacia mí. Manchas de sangre empiezan a aflorar en la impoluta camisa. Abro la boca para sugerirle una intervención inmediata —aunque no sepa ni cómo empezar a curar sus heridas—, pero no es eso lo que sale de mi boca.

—¿No se habrán dado cuenta ya de que has desaparecido?

Sacude la cabeza.

«No podrían ni empezar a imaginarse cómo he escapado de una cárcel mágica. En teoría, ni siquiera los *japheth* pueden librarse de los hechizos del Seir».

—¿Del... Seir? ¿La magia oscura del sur de Aranrhod?

«Ajá. La reina Agrona era una hechicera del Seir, ya lo sabes. Blindó las mazmorras a prueba de toda suerte de criaturas».

—Pero tú has escapado.

Vikram no contesta a la pregunta implícita. En su lugar, clava en mí una mirada pensativa y empieza su historia con una afirmación.

«Viste lo que pasó con mi hermano».

Trago saliva y asiento, tratando de parecer respetuosa con la memoria del pequeño. Su rostro está sumido en la penumbra de la noche. La luna delinea tan solo los contornos de su mandíbula marcada.

Pese a eso, veo que le duele mencionarlo.

—Nakem —recuerdo.

«Nakem», repite, asintiendo. «Cuando huí de Shapoor, o cuando

creía que estaba huyendo de Shapoor, llegué a odiarlo por ser el favorito de mi madre. Fue uno de esos pensamientos estúpidos que te sobrevienen cuando te es imposible lidiar con la trascendencia de los últimos eventos. Creo que me era más fácil detestarlo a asumir que estaba muerto».

—Pero no lo odiabas.

«Por supuesto que no. Era el niño más tierno que puedas imaginar. Pero mi madre no me eligió a mí ante los soldados porque lo prefiriera a él», añade, mirándome con fijeza. «Me eligió porque yo no podía morir, y Nakem sí».

—¿Cómo?

Vikram recoge las rodillas, y reprimiendo una mueca de incomodidad por las heridas que deben tirar de la piel afectada, apoya los codos sobre ellas.

«Mi madre cometió un error y, aunque lo mantuvo en secreto, llegó a oídos de alguien a quien no le gustó en absoluto». Se frota los ojos enrojecidos y vuelve a la misma postura. «Cuando huía no sabía nada de esto. Solo tenía miedo de lo que acababa de suceder. Pero llegado cierto punto, el comportamiento de mi madre empezó a cobrar sentido. Cómo se sentaba a coser siempre en la puerta y miraba a un lado y al otro del camino con miedo, sabiendo que podrían aparecer en cualquier momento; esa absurda cantidad de cerrojos que tenía la puerta de mi dormitorio; su desesperación por encontrar a un hada poderosa que la protegiera, a ella y a su casa... Yo a veces le preguntaba qué era lo que la inquietaba tanto. Que me lo dijera, que yo la salvaría. Ella solía responder con evasivas o me distraía con cuentos. Nunca me dijo que nos buscaban por mi culpa porque me quería. Se desvivía protegiéndome incluso sabiendo que mi final era inevitable. Y para eso debía ocultarme quién era yo».

Trago saliva y me preparo para la verdad.

«No lo supe hasta que, en mi huida, llegué al enclave de Jorghen el Hacedor. Llevaba un tiempo oyendo por el pueblo que había un hombre viviendo en las zonas volcánicas del este de Shapoor, cerca de Lagasse: un no practicante que hacía milagros. Estaba solo, desesperado y muerto de miedo por lo que pudieran hacerme por

haber asesinado a dos feéricos, así que fui en su busca con la intención de pedir auxilio. Le conté lo que había pasado. Habían intentado matarme, y yo... me había defendido».

Asiento con la cabeza para hacerle ver que lo entiendo, que yo misma interpreté así la visión.

«Me hizo volver allí donde mataron a mi hermano y señalarle los cadáveres de los supuestos bandidos. El Hacedor consiguió rescatar el distintivo de un uniforme militar, y así fue como descubrí quiénes eran».

Vikram saca de su bolsillo la insignia del pájaro de alas flabeladas que Dareon siempre lleva en el pecho. La hace girar entre los dedos con una expresión indescifrable. Eso me recuerda que tengo la mariposa a salvo en el bolsillo interior del camisón, y la saco inconscientemente para hacer lo mismo.

«Eran guardias de la reina Agrona».

No muevo ni una pestaña.

—¿Cómo?

«Agrona reinaba en ese momento. Todo el mundo sabía que Egren, después de descubrir que su esposa lo había sometido a un hechizo para obligarlo a vincularse con ella, se había retirado a la facción de Trentia. Había renunciado a su corona y ahora la reina estaba al mando».

«No entendí por qué hasta que el Hacedor empezó a experimentar conmigo. En un principio, me ofreció cobijo y fue atento con mis necesidades. ¿Por qué no iba a devolverle el favor prestándome a sus ensayos? No iba a doler, o eso juró. Me haría fuerte, me dijo. Me haría invencible. Nunca volvería a pasarme nada como lo que me pasó». Su mirada se pierde en algún punto del bosque. «En su momento ni se me ocurrió vengarme de la reina. Estaba seguro de que mi madre había cometido un pecado imperdonable. Pero después de la mutación, del dolor, de casi volverme loco, busqué un culpable. Alguien sobre quien vomitar mi rabia... Y encontré en ella a mi enemigo».

—Eso no explica por qué Dareon acabó pagando por ello.

Vikram me mira a los ojos.

«Es que yo nunca quise matar a Dareon».

—Pero es cierto lo que has dicho. Le odiabas. Lo he visto.

«Le odiaba», cabecea. «Eso no lo discuto. No puedes imaginarte el desprecio que me envenenó la sangre al ver a ese niño engreído rodeado de amor, gozando de privilegios que yo ni siquiera había visto de lejos. Lo odiaba tanto que una pequeña parte de mí, pequeña pero corrosiva, se alegró de que enfermase». Agacha la mirada. «Aun así, el veneno era para ella. Por eso lo metí en su perfume».

«Todavía no sé qué demonios pasó para que Dareon acabase probándolo. Estaba destinado a Agrona. Ponía su nombre y me encargué de que el comerciante que se lo vendió se cerciorara de que lo adquiría para su uso personal. Imagino que lo olería, le parecería maravilloso y se lo cedería a su hijo. Desde luego, eso explicaría por qué no se inició una investigación para averiguar quién se lo dio y por qué, o Agrona habría tenido que dar muchas explicaciones y no me cabe la menor duda de que le habrían condenado. Era aceptada como reina porque Dareon, como descendiente de las hadas de Turlough, le permitía seguir afincada en su trono. Si le hubiera procurado el menor daño, la habrían ejecutado en el acto. No era muy popular, solo muy poderosa. Por eso todo el mundo estaba deseando acabar con ella».

—¿Por qué no le dijiste eso a Dareon? —jadeo, perpleja—. Vikram... No te puedo prometer que lo entendiera mejor. Sé que quiere a su madre. Pero seguro que habría sido más razonable.

«Habría tenido que explicarle por qué quise vengarme de Agrona... y después habría descubierto por qué Agrona intentó matarme».

—Pero no intentó matarte a ti. Recuerda quién murió en tu lugar.

«Los guardias eran unos ineptos y unos fanfarrones. Dieron a escoger a mi madre porque pensaban que me protegería a mí por mi poder. Pero ella eligió al revés para salvarnos, porque sabía que una lanza no podría matarme a mí, mientras que a un niño hada corriente podría causarle un daño mortal». Suspira. «De todos modos, su intención era matarnos a ambos para no dejar ni rastro».

—Sigo sin entender por qué no se lo explicaste así a Dareon.

«Porque me habría condenado a muerte igual que la reina. A los príncipes no les gusta que les disputen su poder».

Arrugo el ceño.

—¿Es porque en realidad conoces la magia? ¿Porque eres poderoso?

En lugar de contestar, Vikram se lleva las manos al collar de hierro y se lo quita. Apenas suena al caer sobre la hierba. Le siguen las esclavas de las muñecas, los pendientes y los *piercings*. Lo hace con una lentitud hipnotizadora que casi hace que se me olvide de qué estamos hablando.

—Llevabas todo eso para que no supieran que lo eres. ¿Por qué?

«Porque entonces lo habrían descubierto enseguida. La mutación hizo que pasara desapercibido, que mi energía de *japheth* se impusiera a mi verdadera naturaleza y nadie pudiera llegar a sospechar quién soy».

—¿Y quién eres?

Vikram me dedica una de esas miradas que transmiten confianza y estira el brazo hacia mí. Yo le voy a ofrecer mi mano desnuda, pero él insiste en coger la que agarra con fuerza la 88.

«Cuando el Hacedor inició la experimentación, hubo mucha sangre. Mi sangre. Sangre con un color y un sabor muy característico, propio de una raza feérica superior. Fue esa sangre lo que permitió que yo superase la primera y más violenta de las mutaciones y mis hermanos no lo hiciesen. Fue esa sangre lo que hizo que pudiera salvar a mi madre de los guardias de Elyllon. Y fue esa sangre lo que me condenó a muerte».

Vikram coloca la palma de mi mano boca arriba y traza un dibujo con el dedo índice sobre la superficie de cristal que contiene a la 88. Un remolino dorado derrite el vidrio y devuelve los colores vibrantes a la mariposa, que aletea torpemente un par de veces, con vida, antes de salir volando.

«Sangre de Egren».

Miro a Vikram, muda de asombro. Su cercanía me permite apreciar las motas del amarillo pálido de los narcisos en el fondo de sus ojos anaranjados.

Amarillo. Como los de Dareon.

¿Cómo no he podido darme cuenta antes?

—Tú eres el legítimo príncipe de Elyllon.

Él asiente con lentitud, saturnino, y yo trago saliva.

Y como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, levantamos la cabeza a la vez para, con un nudo en la garganta, admirar el vuelo de la mariposa viva.

Continuará en...

EL PRÍNCIPE DE ELYLLON

CAPÍTULO II

Nota

Lo primero de todo: si has llegado hasta aquí, quiero que sepas que eres una guerrera, que te quiero y que me refiero a mi público en femenino porque es la inmensa mayoría (de hecho, no me consta que me lean hombres. Si lo hacen, que se manifiesten, y luego ya veremos). Espero que no me odies mucho por haber dividido el libro en dos partes, pero en total, el primer libro de *El príncipe de Elyllon* consta de más o menos seiscientas páginas y me habría parecido muy tiránico meter con embudo esa cantidad en un solo volumen a riesgo de que no lo acabarais... aunque fuese por rabia. El segundo libro ya está disponible aquí, y saldrá oficialmente un mes después de la publicación de este para que no haya que esperar demasiado.

Dicho esto, y como me gusta abrirme en canal en las notas de autora, os voy a confesar que le profeso un cariño especial a esta novela porque... es un poco tonta. Y un poco seria. Y un poco de risa. Y un poco de llorar. Puede que no te haya transmitido la pena, la desesperación, la risa o no te hayas creído del todo la parte de fantasía, pero si no te ha disgustado, cuéntamelo. En serio, ¡por favor! Ven y me lo dices. No podrías imaginarte lo necesaria que es una reseña para un autor *indie* que se estrena en un género nuevo: el mamarracho-fantástico.

Sabe Dios la locura que ha sido escribir esto. Lo indecisa, insegura y en tierra de nadie que me he sentido. Pero al final ha salido adelante, y no puedo guardarme para mí los nombres de quienes lo han hecho posible: ese grupo de personas que lo leyó antes de que saliera y me demostró que, a lo mejor, tampoco estaba tan mal. Esa gente que no solo se apasionó haciendo comentarios, sino que toleró largos audios, se comió mis *spoilers* y me rebatió todo lo que se me iba ocurriendo. Saben quiénes son.

Pero tengo que hacerle una ovación especial a Elena, que además de ser la única persona que sabe qué va a suceder (tendría que haberla matado), me ha hecho pasar unas madrugadas divertidísimas hablando de este libro y de los siguientes sin que me sintiera

demasiado pesada. A Laura, porque a pesar de que no le gusta la fantasía y tardó un huevo y parte de otro empezar a leerlo (y mira que le dije que mucha fantasía, lo que es fantasía, no era), lo hizo al final. Esa confianza tiene en mí, que se lee hasta mis desvaríos emocionales (literalmente). A Angeline, que se niega a odiar a ningún personaje (y se resiste a preferir a mis favoritos, pero eso ya es otra historia), y a Dayan, que precisamente prefiere a mis favoritos, como debe ser, y es a la que más le he dado el coñazo con diferencia durante los últimos tres años con la Mamarrachada Fantástica.

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28

29

30

31

32

33

34

35

FIN

Nota

[1] Criaturas feéricas de condición femenina con habilidades de guerra que dedican su vida al entrenamiento y a la participación en conflictos bélicos, mayoritariamente al servicio del virrey de Windhalm debido a su naturaleza acuática; poseen características similares a las ninfas. Se las define también como «guerreras de clausura». Se reúnen en torno al Cuartel, un territorio inexpugnable situado al este del mapa de la Confederación, al norte de la península de Turlough.

[2] La suerte está echada.

[3] En *El nombre del viento* de Patrick Rothfuss se dice que existen siete palabras para enamorar a una mujer.

[4] Gentilicio del virreinato Windhalm.

[5] Lengua hablada en Elyllon, también gentilicio del principado.

[6] De Jasir, la ciudad élfica independiente a la entrada del bosque de Namara, en el noroeste.